
EL JUEGO DE LAS ESFERAS
SALVADOR BAYARRI

El Juego de las Esferas

Trilogía de las Esferas 2

SALVADOR BAYARRI

Cubierta de Alex Drasse Bayarri
https://www.facebook.com/ADdesigN.alexdrasse

ISBN: 1512081159
ISBN–13: 978-1512081152

Para mi Luz de Luna,
por iluminarme cada día

ÍNDICE

Examen final

I

La cápsula gemía como un animal herido. El zarandeo de las turbulencias y el impulso de la deceleración me aplastaban contra el asiento donde estaba prisionero. Trataba de imaginarme en una de las simulaciones de la Academia, pero lo cierto es que eran un pobre sustituto de la realidad. En los ejercicios nunca había experimentado los crujidos que ahora resonaban en mi cráneo, ni el silbido del escudo desintegrándose contra la atmósfera, tampoco el furioso temblor que volvía ilegibles las pantallas de los controles. Sobre todo, el simulador no me había preparado para la certeza de que moriría de un momento a otro, abrasado en una masa de metal fundido. El descenso no era un ejercicio. Tenía que afrontarlo. Debía calmarme y controlar la respiración, pero ¿cómo podía concentrarme en medio de la infernal sinfonía que me rodeaba? Traté de pensar en algo agradable, volviendo en mi mente a las tibias aguas de Dercanlea. Cuando ya sentía bajo mis piernas el vaivén de las olas y el cuerpo acorazado de mi montura, el daelacanto Vliror, los recuerdos de su batalla contra el Almirante hrtar y de su agonía me devolvieron a la aterradora realidad del descenso.

Habían arrojado la cápsula desde la órbita baja de Habesport. Supuestamente era el inicio típico de una misión, pero sospeché que con el brutal lanzamiento trataban de comprobar mi resistencia al miedo. Querían ver si les suplicaba para que me llevaran de vuelta. Y esto era solo el comienzo del examen final. ¿Tenía agallas para convertirme en un agente de inteligencia? El análisis psicológico había sido positivo. Los especialistas de admisión en Maj Taled estaban de acuerdo: mis traumáticas experiencias en la destrucción de Vikatee y en la lucha contra los hrtar no aconsejaban que interviniera en combate; pero mi curiosidad, inteligencia intuitiva y capacidad de improvisación podrían servirme como agente.

Discrepando con las señoras y señores del jurado, en este momento no me sentía capacitado. Reprimí varias veces el impulso de activar la evacuación de emergencia, aunque lo cierto es que no

hubiera podido hacerlo: la deceleración me impedía levantar los brazos. Además, la cápsula tampoco tenía sistema de eyección. El único mecanismo de emergencia consistía en lanzar una baliza al aire para que el equipo de rescate encontrara mis restos.

Consulté el cronómetro: dos minutos hasta la apertura del paracaídas. Intenté no pensar en todo lo que podía fallar hasta entonces. El entrenamiento era claro; tenía que reservar mis reacciones de estrés para el momento en que necesitara energía adicional. Hasta entonces debía permanecer tranquilo, porque no había nada que yo pudiera hacer. Esos estúpidos consejos funcionaban muy bien en el simulador, donde uno se divertía experimentando curiosas formas de morir. Ahora no resultaba tan fácil relajarse. Si el escudo se calentaba demasiado, el sistema de defensa de Habesport me detectaría con sus sensores infrarrojos. Los cañones de plasma y los interceptores balísticos me volarían en mil pedazos. Y si la concha de protección se calentaba aún más y se ponía incandescente, cualquiera que estuviera paseando durante la noche podría ver el rastro de la cápsula contra el cielo. Si tenía suerte, las patrullas locales me darían un caluroso recibimiento tras estamparme contra el suelo.

En el examen psicológico de admisión había ocultado mi miedo a las caídas. Quizás esa fobia tenía que ver con la pesadilla recurrente de mi infancia, el sueño en el que veía a un hombre, quizás mi propio padre, desplomarse desde la borda de Vikatee. También podía ser un trauma causado por mi brusca bajada desde la ciudad volante, por verla destruida, con mi madre y mi hermana, mis compañeros de clase, mi amigo Nilome, el viejo profesor Birker… el bibliotecario me había conducido inadvertidamente hasta la máquina voladora construída por mi padre, Gawhan Glemen. Me había metido en esta estúpida aventura para encontrarlo y para vengarme de aquellos que lo habían apartado de mí. Pero no había conseguido ninguna de las dos cosas. Si mi padre había sobrevivido realmente a su propio descenso, como había dicho el espectral avatar Fravashi, ahora podía estar a cientos de años-luz, demasiado viejo para reconocerlo, o más probablemente muerto. Los malditos dioses Fravashi me habían engañado otra vez. ¿Por qué oscuro motivo habían querido alejarme del planeta de nubes eternas? Imposible saberlo. No se habían comunicado conmigo desde que el avatar se había aparecido en la bodega de la Cascanueces. El puskoru que el viejo Sidin me había legado había permanecido mudo desde estonces. ¿Acaso los dioses esperaban también el resultado de mi examen para dedicir qué hacían conmigo? ¿Seguían

vigilándome para asegurarse de que mantenía el secreto del Juego de las esferas?

Quedaba solamente un minuto. Los dígitos borrosos avanzaban con exasperante lentitud. ¿Dónde habrían enviado a Jilai?, me pregunté. Existían diez mundos habitados en el sistema Taled, incluyendo tres planetas y siete lunas, además de un centenar de asteroides y bases espaciales. ¿Estaba pasando ella por lo mismo que yo, resistiendo el calor y la vibración, contando los segundos? ¿Pensaría acaso en mí?

Sentí una punzada de dolor en las cicatrices de mi memoria. Habían pasado dos años desde nuestra salida de Mekham. Los novatos estábamos ya acostumbrados a la rutina de la Cascanueces y a los espacios más amplios de la MM, la nave nodriza María Meyer. Casi todo nuestro tiempo se consumía aprendiendo los conocimientos que necesitábamos para entrar en la Universidad de Maj Taled: historia, sociología, matemáticas, física, biología, tecnología, y también las extrañas reglas y costumbres que nos esperaban en la Alianza de las Cuatro Estrellas. Por si fuera poco, mientras el resto de la tripulación y los cadetes disfrutaban de su tiempo libre en las salas de entretenimiento y en el gimnasio de la MM, una docena de novatos seguíamos estudiando horas extra en la Cascanueces: idioma Avestan, lenguajes de signos y códigos de comunicación, estrategias militares y técnicas de combate. La sargento Azenobeth nos había reclutado para este grupo especial, del que ella misma era profesora.

A medida que pasaban los meses, Jilai se hacía más bella y adulta; su pecho, su rostro y sus caderas adquirían formas de mujer, y su cabello oscuro se volvía largo y seductor. Yo observaba desolado cómo los reclutas de la MM pugnaban por su atención, pero me consolaba pensando que ninguno de ellos llevaba su anillo. El oscurecido trozo de metal representaba para mí un vínculo indefinido pero indestructible, los recuerdos que solo Jilai y yo habíamos compartido en Vikatee y Dercanlea; los días en que intentábamos descifrar la inscripción de la Insignia, la temeraria excursión al nivel prohibido, la búsqueda de la misteriosa máquina voladora, y la batalla del Palacio Real contra los demonios hrtar. Esas experiencias únicas nos habían convertido en algo más que simples amigos, pero ese algo nunca se había expresado, no había llegado a tomar forma. Quizás únicamente existía en mi imaginación.

Un día descubrí, al despertar en mi litera, que el dedo donde llevaba orgulloso el anillo se había hinchado y tenía un feo color

oscuro. El oficial médico fue tajante: tenía que cortarlo con urgencia. Por un momento pensé que se refería al dedo. Un técnico de mantenimiento inmovilizó la joya en su banco de trabajo y me mostró una amenazadora sierra circular, jurando que había segado cables más finos sin hacer ni una muesca en el soporte. Sin darme tiempo a protestar, la sierra mordió el anillo, lanzando una lluvia de chispas y un agudo chirrido, como si una bandada de demonios hrtar se burlaran de mi infortunio. El anillo se desprendió por fin, sin más daño que el de mi amor propio. Solo me dolió sentir que perdía para siempre mi vínculo con Jilai. El crecimiento de mi cuerpo me había privado de la pequeña joya. Sin embargo, a ella no pareció importarle la pérdida. Miró el metal deformado como si fuera el juguete de una niña que ya no existía, una reliquia de otra vida.

–Qué pena. Quizás puedan arreglarlo.

Unos meses más tarde decidí arriesgarme. No podía esperar a la Universidad, donde tendría que competir con muchachos exóticos e inteligentes que la perseguirían como aves de presa. Los novatos de Dercanlea organizamos una fiesta de Año Nuevo para recordar la feria anual de Vitera. La duración del año estándar era diferente a la de Mekham, pero no importaba. Una fiesta era una fiesta. Los instructores nos dieron permiso para pasar la noche cantando viejas canciones marineras, bebiendo jugo de frutas que Anael había fermentado en secreto, practicando bailes típicos y llorando de nostalgia viendo las grabaciones que la tripulación de la Cascanueces había filmado durante su estancia en Dercanlea. Tras unas horas, la bebida, las emociones y el cansancio acabaron por hacer mella en nosotros.

–Me voy a dormir –dijo Jilai.

–Espera, te acompaño –desperté de mi letargo. No estaba seguro de que su anuncio fuera una invitación, pero era sin duda la oportunidad que necesitaba.

Caminamos juntos, tambaleándonos hacia los dormitorios de la nave nodriza bajo la mirada torcida de los guardas de turno. Al entrar en el último tramo sentí que la gravedad oscilaba –el escudo que nos protegía de la aceleración 3g solía fluctuar–, o quizás se trataba de un efecto relativista del licor. El caso es que me encontré rodeando a Jilai, sintiendo la llamarada negra de su pelo sobre mis brazos. Entonces la besé. Lo había estado deseando al menos desde que ella me había salvado en la batalla del Palacio Real y el deseo había aumentado hasta hacerse incontenible. La sensación en los labios fue extraña; suavemente rugosa, húmeda, viscosa, con sabor

ácido y aliento afrutado, todo aderezado por un temblor cálido y nervioso. Nos separamos. Apenas me atreví a mirarla. Cuando lo hice, sus ojos brillaban.

–Hasta mañana –dijo, acariciando mi mejilla, y se retiró hacia el dormitorio apoyándose sobre el mamparo.

No pude descansar esa noche. Repasaba cada instante. Quería grabar cada detalle, guardar para siempre las sensaciones, las palabras, los olores, la visión de su rostro y el descubrimiento de su boca. Sin ser consciente de haber dormido, desperté enfebrecido, teletransportado a un mundo donde todo era borroso y distante salvo la presencia de Jilai. Me vestí apresuradamente y acudí a la cantina. Ella estaba allí, en su mesa de costumbre, sorbiendo café con cara de no haber descansado tampoco. Sus ojos seguían brillando furiosamente.

–Recuérdame que no vuelva a probar ese brebaje de Anael –me saludó–. Mi cabeza resuena como una calabaza.

No supe qué decir. Jilai era siempre así, bromista, impredecible. La llegada de los demás me impidió preguntarle si recordaba lo sucedido la noche anterior. En unos segundos la habían rodeado Ekwin, hijo de una familia noble de Kevat, y Cerinan, sobrino de un comerciante de pieles del sur. Ella les regaló su voz cantarina y los deleitó con su risa, recordando anécdotas de la fiesta. ¿Es que el beso no había significado nada para ella? ¿Había el licor impedido que lo olvidara, o es que prefería ignorar lo que había sucedido?

Un terrible empujón me dejó sin respiración. Había regresado al presente. Una luz parpadeaba en el panel, indicando el despliegue de los paracaídas. Tras un par de segundos la asfixiante presión cedió. Las sacudidas de la cápsula se convirtieron en un lento bamboleo. Estaba a merced de los vientos de Habesport.

Salí a la superficie nocturna, temblando por los nervios y el frío, y desperté mis músculos caminando alrededor de la humeante carcasa de la cápsula. Había conseguido pasar la primera prueba. Animado, utilicé los paracaídas para ocultar el aparato, saqué la mochila del interior y activé el código que bloqueaba el acceso. Mientras me alejaba, volví por última vez la vista hacia los restos, comprobando que el camuflaje adoptaba las formas y el tono de los secos arbustos que me rodeaban. Me pregunté si algún agente local de Inteligencia vendría para recoger la maltrecha cápsula o para hacerla desaparecer.

A pesar del duro entrenamiento físico de Maj, mi corazón trabajó

fatigosamente para ascender la ladera. Me pesaba la fuerte gravedad, como si llevara botas magnéticas. Además, después de tanto tiempo caminando sobre el plano suelo de las naves espaciales y del asteroide, no estaba acostumbrado a la rugosidad del terreno y andaba tropezándome a cada momento.

Había pisado la superficie de otro planeta un mes después de llegar al sistema Taled, dos años atrás. Después de soportar durante cuatro años los estrechos alojamientos y la dura aceleración del viaje en la Maria Mayer, los novatos nos instalamos en los dormitorios de la Universidad, entusiasmados con nuestro leve peso, sintiendo que hubiéramos podido flotar de un simple salto. Durante los primeros días disfrutamos de nuestra libertad explorando los intrincados laberintos del asteroide. Mi primo Anael y mi hermana adoptiva Goldinaz destacaron en las pruebas iniciales, sorprendiendo a los instructores con su agilidad en la cúpula de baja gravedad. Pero tras unas horas de diversión todos comenzamos a mirar con añoranza por las ventanas hacia el disco verdoso del planeta Vinegran, tan solo a una semana de nosotros. Nos atraía, incluso, el brillo lejano de Tenimhor, el gigante gaseoso con lunas habitadas. Los otros dos planetas colonizados en el sistema, Habesport e Yldo, eran entonces invisibles al otro lado del sol azul de Taled.

Hablamos con la supervisora Rendra, responsable de nuestra adaptación, para convencerla de que antes de comenzar la dura rutina de la Academia necesitábamos respirar una dosis de aire sin enlatar y pisar un suelo que no fuera artificial. Nuestra insistencia y el hecho de que faltaba un mes para el comienzo del curso terminaron por convencerla.

–Está bien –concedió secamente–. Pero recuerden que si organizan el más mínimo altercado me encargaré de incomunicarles durante todo el semestre.

Juramos por los Benefactores, como era habitual allí, que nos comportaríamos de manera intachable. El profesor de Organización Social, un tipo joven, dedicó una mañana entera a ponernos al día. Descenderíamos a Vinegran, un planeta cálido terraformado durante un período de varios siglos. Viajaríamos a la zona tropical de su hemisferio sur, donde se encontraba la pequeña nación costera de Benize. Según su descripción, era un paraíso donde podríamos tomar moderadamente el sol, practicar el acento de Taled y observar las costumbres locales. El profesor nos explicó el uso de nuestros nuevos comunicadores para permanecer siempre en contacto y para pagar pequeños caprichos a cargo de un limitado

crédito.

Al principio todo fue bien. El viaje en lanzadera civil hasta la base orbital fue espectacular, pues la ausencia de nubes nos permitió admirar los colores y formas de la superficie de Vinegran. Bajar al planeta resultó emocionante tras años de encierro en el espacio. Al desembarcar en el espaciopuerto nos mezclamos con los bulliciosos visitantes de otros mundos y los abrumadores estímulos de las pantallas y paneles indicadores. Tras viajar una hora en el interior de un gran vehículo de superficie, nuestra excitación llegó su punto álgido al llegar a un edificio enorme que nos servía de alojamiento, el hotel. A pocos pasos pude ver por fin lo que añoraba: la superficie ondulante del mar, un océano que no era gris y apagado como el de Mekham, sino de un azul brillante. Sonreí a Jilai. Se había bañado una sola vez en Vitera, iba a ser toda una experiencia para ella.

En el hotel nos proporcionaron unos recatados trajes de baño. Tras cambiarnos en la habitación, lujosa para lo que estábamos acostumbrados, Anael y yo bajamos en ascensor para unirnos a los demás. Al salir al vestíbulo noté que algo sucedía. En la decorada estancia, una extraña multitud acosaba al resto de novatos y a nuestros dos tutores, como una jauría de depredadores. Por encima de ellos revoloteaban gigantescos insectos, apuntando sus apéndices hacia nuestros aturdidos compañeros.

–¿Quién de vosotros es Nadiroz? –gritó uno de los acosadores, moviendo su dedo en el aire como si guiara a los ruidosos insectos.

La mata rubia de Goldinaz sobresalió del grupo.

–¡Dejadlo en paz! –respondió.

Pero era demasiado tarde. Varios novatos habían girado sus caras confusas hacia mí. En un instante me rodearon los depredadores de coloridos vestidos y las criaturas volantes, encañonándome con sus tubos. Tenía que haber huido en ese momento hacia el ascensor, pero mi curiosidad fue más fuerte, o quizás la vanidad de sentirme por una vez el centro de atención. Un gigante del pelo estirado se plantó frente a mí, parapetándome del resto.

–¿Eres Nadiroz, el chico que mató al Almirante Kautrk? –me interrogó con una sonrisa deslumbrante.

–Bueno… en realidad fue mi amigo Vliror quien lo derribó.

–¿Está aquí? –miró interesado hacia los demás novatos.

–No, murió en la pelea.

–Qué lástima. Y, dinos, ¿es cierto que vivías en una ciudad voladora, y que caíste de ella cuando la atacaron los hrtar?

–Sí. Los demonios la destruyeron. Mataron a todos.

–¡Increíble! –sonrió el tipo–. Afortunadamente las fuerzas de la Alianza se encontraban cerca y pudieron salvar tu planeta de la destrucción total.

Me miró, esperando una respuesta, pero antes de que se me ocurriera algo que decir, una mujer de grotescas gafas empujó al gigante a un lado. Su insecto volador se acercó peligrosamente a mi cara.

–Nadiroz, ¿no es cierto que la Alianza recogió unos misteriosos objetos de tu ciudad, unos artefactos buscados por los hrtar?

Miré desconcertado a Anael. Parecía dispuesto a saltar sobre la mujer. Para bien o para mal, no nos habían permitido traer armas.

–¿No es cierto? –chilló la mujer de gafas enormes.

Entonces su artefacto volador se acercó en picado a mi cara, como si quisiera ensartarme con su tubo. Me defendí instintivamente, apartándolo de un golpe seco. Oí gritos mientras un dolor lacerante me cegaba. Antes de darme cuenta, Anael me había llevado de vuelta al ascensor. Mientras mi primo pulsaba ansiosamente el botón vi que mi mano sangraba de un profundo corte.

El resto de la visita fue un desastre. La Universidad envió una escolta para sacarnos del hotel. Tras una tensa espera, pudimos salir finalmente protegidos por la escolta, atravesando el grupo de ‘periodistas’, como se denominaban los asaltantes. Los insectos voladores siguieron nuestro vehículo como una plaga hasta el espaciopuerto, en cuyo interior pude por fin sentirme a salvo.

Pero en la terminal comenzó otra pesadilla. Salvo Anael y Goldi, que me preguntaron varias veces por la herida, el resto del grupo estaba furioso, culpándome por la cancelación de las vacaciones. “¡Ni siquiera pudimos acercarnos al agua!”, se lamentaban sin disimulo. Jilai intentó defenderme, pero terminó tan cabizbaja como sus amigos.

Mientras caminábamos hacia la puerta de embarque sorprendí a una mujer mirándome fijamente con una mezcla de admiración y temor. Sobre ella, una inmensa pantalla proyectaba a cámara lenta el momento en que yo golpeaba el maldito insecto; el rostro de un chico de diecisiete años desorientado en un extraño mundo.

De vuelta en Maj, un soldado vino a buscarme inmediatamente al dormitorio.

–Arriba, cadete Glemen –tronó su voz–. Los demás, a dormir.

No me molesté en preguntar. El soldado me condujó hasta un transbordador que nos llevó hasta la sección militar de Maj, terreno prohibido para los novatos. Como el resto del asteroide, la base militar estaba construída sobre los restos de una antigua explotación minera. De alguna manera, los grandes huecos vacíos en el cuerpo esférico me recordaban a la bahía de Vitera, y las zonas de atraque a sus puertos de pesca y de mercancías. Deseaba echar un vistazo más de cerca a las grandes naves de guerra en los muelles, pero las ventanas se volvieron opacas en cuanto nos aproximamos al sector.

Unos minutos después el soldado me hizo entrar en una gran sala situada en medio de un laberinto de pasarelas y compuertas. La habitación contenía una larga mesa de reuniones y varias consolas de combate. Sentado frente a un sobrio escritorio, con la mirada fija en su pulida superficie, se encontraba un maduro militar. Un proyector enviaba finos haces de luz directamente a sus ojos.

–Adelante, cadete –indicó con un movimiento impaciente.

No sabía si debía saludarle militarmente. Desconocía quién era y qué protocolo debía seguir.

–Soy el Argbar Perton Frinrod –dijo, apagando su proyector–, responsable de la guarnición militar de Maj. Las secciones de Defensa, Inteligencia y la propia Academia están bajo mi mando. Incluso la Universidad depende de mí en cuestiones relativas a seguridad.

Por entonces había oído ya hablar del ‘Fantasma’, apodado así por su mítica habilidad para materializarse de la nada en los momentos más inoportunos. Como novato, malinterpreté a qué se refería el Argbar con ‘seguridad’.

–Señor… no corría peligro, pero las cámaras me asustaron.

Frinrod sostuvo su mirada desprovista de compasión.

–¿Sabías que en Vinegran es un delito destruir un dispositivo audiovisual autorizado en un espacio público?

–No, señor. No lo sabía.

–Pues ese reportero lo sabe. Nos ha demandado por un ataque a la libertad de información.

Tragué saliva. Me había metido en un buen lío. Quería gritar al Argbar que la culpa no había sido mía y mostrarle el profundo corte en mi mano, pero sabía que los tipos como él no se conmovían con esas minucias.

–Vuestra supervisora no debería haber aprobado la visita. No estabais preparados.

–Llevábamos cuatro años sin… –respondí, hasta que la mano alzada de Frinrod me detuvo.

–Tenemos incidentes en todas las salidas, chicos que se pierden en una escapada o se meten donde no deben, enzarzándose en peleas con los locales, los turistas o los guardas de las estaciones; o chavales que conocen al amor de su vida y tratan de huir en una nave minera. Tengo cientos de historias para contarte, pero no te he llamado por eso, Nadiroz Glemen.

Frinrod jugueteó con el ovoide mate que colgaba de su muñeca.

–Dicen que los rumores son lo único que se propaga a más velocidad que la luz –las comisuras de su boca se estiraron en una sonrisa rapaz–. Aparentemente no hemos sido capaces de mantener algunos secretos aquí en Maj.

–Yo no…

–Obviamente. Eres el primer interesado en que nadie conozca lo que sabes. Tampoco yo. ¿Entiendes? Ni tan siquiera debes hablar de ello conmigo, a no ser que te haga una pregunta directa, y en ese caso solo debes informarme de aquello que te solicite. Tengo mis órdenes –volvió a girar el ovoide gris entre sus dedos–, que incluyen velar por tu seguridad y evitar el acceso de otros a la información sensible. La verdad es que no entiendo por qué se complican tanto. Sería más sencillo eliminarte –frunció sus finos labios.

–Ya consideraron esa opción, señor.

–Esa es precisamente la clase de información que no debes contarme, maldita sea –hizo temblar la mesa de una palmada.

Aferró el ovoide con fuerza durante un segundo. Luego pareció tranquilizarse.

–Tu supervisora te comunicará ciertas restricciones. Por mi parte, espero no volver a verte hasta el día de tu graduación. Sin embargo, debes advertirme inmediatamente de cualquier intento por obtener información inadecuada.

Aturdido, me despedí con una inclinación de cabeza y di un tembloroso paso atrás. Pero Frinrod no había terminado.

–Mientras tanto, cadete, debes tener cuidado. No sé por qué razón, pero te consideran valioso.

Volví a la sección de la Universidad pensando en las palabras del Argbar. Los dioses aún vigilaban mis movimientos y me amenazaban para que me mantuviera en silencio. ¿Para qué me querían entonces? Cuando regresé al dormitorio mis compañeros dormían, o fingían hacerlo. Aproveché para abrir el armario y comprobar el puskoru. Seguía sin recibir mensajes, sin tener

ninguna indicación sobre la voluntad de los Fravashi.

Aún peor que la conversación con el Fantasma fue la charla de la Supervisora Rendra. Reunió a todos los novatos para informarnos de que no saldríamos de Maj en todo el semestre, tal como había amenazado con hacer si nos metíamos en líos. Después me informó de que para mí la prohibición se extendía por tiempo indefinido. En otras palabras, estaba prisionero en el asteroide hasta nueva orden. Debía ser esto a lo que Frinrod se había referido con 'restricciones'.

El aislamiento más duro no fue el de los túneles de Maj, sino el muro de silencio de mis compañeros. Nunca había sido especialmente popular, a pesar del halo de misterio que rodeaba mi participación en la batalla de Vitera, pero tras el incidente de Benize me convertí en alguien a evitar. A veces conseguía reunirme con Jilai cuando tenía un hueco en su vida social, y me entretenía luchando con Anael o Goldinaz, pero al final del primer año los dos se marcharon de Maj sin poder revelarme su destino. La separación fue dura. Eran mi única familia, pues nunca volvería a ver a los que se habían quedado en Dercanlea: el viejo Sidin, la Señora y el Señor, mi hermana Nalivar y mis otros hermanos y primos. Sin amigos que me acompañaran, me concentré en los estudios y me relacioné ocasionalmente con extraños que el resto de estudiantes ignoraba, teniendo cuidando con no contarles demasiado acerca de mí. No olvidaba las advertencias de Frinrod.

El más peculiar entre mis conocidos era Tomlin Rudenlo, un brillante científico de aspecto bonachón que había conocido en una visita a la sección de Investigación. Tomlin había aparecido flotando por sorpresa en la baja gravedad del laboratorio. La profesora de física lo recibió como a un genio y nos contó que se trataba de un personaje famoso por sus conocimientos enciclopédicos y sus experimentos revolucionarios. Para sorpresa de todos, Tomlin se quedó en el taller y respondió a nuestros comentarios de admiración. Debí impresionarle con mis preguntas sobre el condensador de materia, porque al día siguiente recibí un mensaje suyo invitándome a su propio laboratorio. Desde entonces nos veíamos de vez en cuando. Unas veces me mostraba sus últimas invenciones y otras charlábamos sobre 'asuntos metafísicos', desde la síntesis de agujeros negros a la composición de las albóndigas que servían en la cantina.

Y así transcurrieron dos largos años. Por la mañana era estudiante de Ciencias en la Universidad y por la tarde cadete de Inteligencia en la Academia Militar. Fue un alivio ver finalmente mi nombre entre los convocados para el examen de graduación. Había

temido que no me permitieran realizar la prueba final, que incluía una misión fuera del asteroide. Mi nerviosismo fue creciendo mientras esperaba el día del examen.

Me levantaron temprano, llevándome a un laboratorio en el que nunca había estado. Allí se desarrolló una extraña sesión de condicionamiento, durante la cual varios técnicos y doctores se turnaron en complejas máquinas para inocularme por sugestión los conocimientos necesarios para la prueba, y manipular mi cuerpo en formas que no conseguí recordar más adelante.

Finalmente, los veinte cadetes de la promoción nos encontramos en la sala de misiones. En su arenga, Mara Genin, la Sardar de Inteligencia, nos despidió recordando que ella misma había pasado la misma prueba veinte años atrás y que nunca había olvidado las lecciones aprendidas. Creo que este comentario nos asustó aún más.

–Que los Benefactores velen por ustedes –terminó.

Mientras esperábamos el abordaje me acerqué a Jilai. Hacía tiempo que no hablábamos y quería desearle buena suerte, pero una mirada gélida se interpuso en mi camino. El Fantasma hizo honor a su nombre apareciendo como un silencioso espectro. Sus pasos silenciosos cruzaron la sala hasta llegar a la Sardar. Ya está, pensé, va a cancelar mi misión. Recordé su ovoide grisáceo. Debía ser un tipo de puskoru, el medio que utilizaban sus amos Fravashi para comunicarle las órdenes. Pero esta vez esas instrucciones no parecían referirse a mí. Frinrod salió de la sala tan rápido como había entrado, dejándome como despedida un rictus de su mandíbula. La Sardar Genin pareció aliviada, y yo también. Pero Frinrod me había hecho perder mi oportunidad para despedirme de Jilai.

–Cadetes, pasen a la sala de embarque –indicó un oficial con uniforme de vuelo.

–Nadiroz, tú esperarás al siguiente –me detuvo la Sardar cuando me disponía a ir con los demás.

¿Por qué me separaba de los otros? ¿Cuál era mi destino?

II

Los cosquilleos del traje sensorizado corregían mi rumbo en la

oscuridad. No había tenido tiempo para practicar con él, así que confiaba en mi intuición y en el condicionamiento hipnótico. Las fibras del ajustado tejido contenían circuitos con misteriosas habilidades: actuaba como una antena, descifrando las señales de posicionamiento de los satélites para que los nódulos de cálculo computaran mi localización y generaran los impulsos que me guiaban. Seguramente mi sofisticado atuendo se autodestruiría en caso de captura, lo cual me dejaría vistiendo solo unos ridículos calzoncillos, pensé, sonriendo tontamente.

Estaba atento a los sonidos de la noche. Me había despertado pocas horas antes de subir a la cápsula y la diferencia de horario me confundía. Tenía la sensación de que el sol de Taled había sido apagado fuera de hora. Todo a mi alrededor me recordaba que era un forastero en Habesport: la forma irregular del terreno, los sonidos ululantes de exóticos animales nocturnos y el crujido de mis propios pasos sobre la maleza.

Sabía que los parches osmóticos del traje me inocularían sustancias euforizantes o tranquilizantes cuando lo necesitara. Por el momento solo estaba cansado por la gravedad, harto de caminar en la oscuridad, y un poco nervioso por las pruebas que me esperaban. ¿Tendría que conseguir los planos de un arma secreta? ¿Infiltrarme en una reunión de agentes de Angra Mainyu para averiguar dónde escondían las once esferas Zarayan que habían robado de Vikatee? Seguro que no sería nada tan importante. Simplemente tendría que demostrar mi paciencia, esperando durante horas para conseguir alguna nimiedad que cualquiera podía averiguar en una guía turística. Sea lo que fuere, estaba empeñado en aprobar. Era el único camino para salir de mi encierro y demostrar a Jilai que ya no era un novato imberbe, sino un verdadero agente digno de acompañarla en peligrosas misiones por el universo.

Me detuve en lo alto de una colina. Durante la última hora el tenebroso cielo había ido clareando hasta revelar nubes de colores cada vez más brillantes. Desde mi atalaya observé admirado cómo una deslumbrante concha amarillenta asomaba sobre la línea del horizonte, creando alargadas sombras en la llanura. Era la primera vez que veía amanecer sobre la superficie de un planeta. Era muy diferente el alba fulgurante de Vikatee, que encendía de rojo las crestas del mar de nubes, y de los grises días de Dercanlea, donde el disco solar era un fulgor lejano tras las nubes perennes.

Animado, comí mientras oteaba el camino que tenía por delante. Una línea ondulante cruzaba el llano hasta una extensión verdosa.

Más allá se distinguía un amasijo de construcciones aún iluminadas. Una ciudad.

Con la luz del día encontré un sendero que descendía hasta la planicie. Allí comencé a ver vehículos que volaban hacia los distantes edificios de la urbe y también un sistema de trenes elevados sobre los campos cultivados. No debía continuar caminando por las plantaciones. Era probable que tuvieran sistemas de alarma.

"Observad constantemente", nos repetían en las clases de Inteligencia. Me senté un rato, espiando el funcionamiento del sistema de trenes. Tras ver pasar varios de ellos deduje que los rieles elevados llevaban transportes de larga distancia mientras los que circulaban por debajo, más pequeños, se detenían con mayor frecuencia. La mayoría de mis compañeros en la Academia habían sido criados en un planeta similar a Habesport. Para ellos tomar un tren sería tan trivial como cepillarse los dientes por la mañana, pero para mí era como saltar en marcha sobre una nave 10g rodeada de cazas Mukjasar. Tenía que armarme de valor y confiar en mi entrenamiento.

–Traje. Ejecutar orden. Cambio de diseño. Habesport, diario, estudiante –dije a mi atuendo mientras cruzaba los surcos de un campo hacia una estación acristalada.

Como si tuvieran vida propia, las mangas de mi camisa se alargaron para cubrir mis manos. El cuello se dobló en un pliegue rojizo mientras el pantalón se acortaba, y los zapatos crecieron para formar unos botines amarillos. El estilo era horrendo pero, como decía otro de nuestros lemas: "Adopta los usos y costumbres sin juzgar". No me acostumbraba a que los mundos fueran tan diferentes entre sí. La gente cambiaba su forma de vestir y su peinado, se insertaban adornos e implantes que parecían instrumentos de tortura, y se inventaban palabras desconocidas para el traductor. Quién sabe qué extrañas costumbres tenían los hrtar o los brutales Mukti. Por mi parte, rogué que el diseño del traje y los rudimentos del idioma local implantados por la sugestión estuvieran actualizados. Siempre tenía la coartada de ser un estudiante extranjero, pero al parecer los forasteros eran escasos en Habesport, donde no aceptaban fácilmente inmigrantes de otros planetas.

Los pasajeros del tren me lanzaron fugaces miradas mientras buscaba mi tarjeta de crédito. Finalmente la pasé por el lector y me senté en un hueco libre. Mi torpeza no parecía haber despertado sospechas, pero los sistemas de vigilancia detectaban rostros y

conductas extraños, así que mantuve mi cabeza inclinada y los ojos cerrados, como si estuviera medio dormido. Recordé algo que había dicho Azenobeth en sus lecciones:

–En algunas culturas se considera de mala educación, incluso amenazador, mirar directamente a los ojos.

La intensa mirada violeta de nuestra instructora siempre hacía que me estremeciera. El rostro de Beth, como la conocían en la Cascanueces, era un óvalo de bronce que enmarcaba los ojos que habían visto muchos mundos. Cuando recogía su largo pelo castaño, como solía hacer en las clases, su rostro se volvía aterradoramente bello. Pensé en lo que debía haber sufrido Sidin, el viejo consejero, al dejarla marchar. El anciano también la había tenido como profesora en su juventud, cuando ella buscaba agentes para Ahura Masda en Dercanlea. La magia de la dilatación temporal me había puesto, muchos años después, en la misma situación que Sidin. Imaginé que para un muchacho como él debió haber sido irresistible encontrarse con una misteriosa mujer del espacio, segura de sí misma y llena de exótica sabiduría. No era de extrañar que hubiera dejado a su familia para servir a la causa de Azenobeth. Sin embargo, tras rescatar conmigo las dos Zarayan, había decido quedarse con los suyos en Dercanlea.

Un día había encontrado por casualidad a Azenobeth en la zona de entrenamiento físico de la MM. La sargento corría y saltaba, salvando con ágiles zancadas los obstáculos del circuito. Parecía ansiosa por llegar al agotamiento. Yo me senté en una masajeadora y seleccioné el programa que el médico había indicado para recuperarme de un esguince en el tobillo. La suave presión y el ronroneo del aparato me hicieron entornar los ojos, igual que ahora en el tren de Habesport.

–Tu masaje ha terminado –la voz de Azenobeth me sacó del ensueño.

Estaba de pie frente a mí, secándose con una toalla desechable, sin ser consciente del efecto que el contorno de sus caderas podía causar en un muchacho en desarrollo. Azenobeth era impresionante por muchas razones, y algunas destacaban a la vista.

–Estaba relajándome –respondí.

–Ya lo veo. Anda, ven a caminar.

–Pero mi esguince…

–No se recuperará solo con unos masajes, necesitas robustecer los músculos.

La seguí resignado. Me sentía incómodo caminando tan cerca de

ella. No sabía qué decir.

–¿Qué tal la vida aquí en la nave? –me preguntó.

–Me he acostumbrado, supongo, pero echo de menos Mekham. Sobre todo el viento, los árboles… y el mar.

–Claro.

–Para ti debe ser normal, tanto tiempo en el espacio.

–Estoy habituada a viajar. Aunque casi siempre uso la hibernación en mi nave.

–¿Tu nave?

–La Amatista. No pude traerla esta vez –explicó con añoranza-. Pero la María Meyer es una maravilla, muy espaciosa. Me gusta venir a correr aquí.

–Con tantos viajes, ¿no preferirías quedarte en un sitio?

–Claro –me miró de soslayo–. Pero tengo misiones que cumplir.

Caminamos un rato, hasta que el tobillo comenzó a molestarme.

–Suficiente por hoy –me detuvo.

–¿No echas de menos a la gente que dejas en otros planetas?

–En este trabajo hay que acostumbrarse a la pérdida, Nadir. No hay otro remedio –respondió, caminando hacia los vestuarios.

–Pero si Sidin hubiera querido… podrías haberos retirado, ¿no?

Azenobeth se detuvo como si algo la hubiera golpeado.

–Lo siento –añadí alarmado–, no quería…

–No pasa nada.

Al llegar al vestuario se despidió con un movimiento de su fina mano. Me sentía fatal por haberla herido. Me prometí no tocar el tema de nuevo.

Extrañamente, al día siguiente Azenobeth me invitó a otro paseo por la zona de entrenamiento. Ahora va a torturarme, pensé preocupado cuando hizo que me tumbara en una camilla. Pero se limitó a examinarme el tobillo, manipulándolo con movimientos precisos.

–Mejor –concluyó.

Caminamos por la pista unos minutos y luego la sargento se acercó a una portilla de observación. No había mucho que ver allí afuera, tan solo el punteado de las estrellas lejanas y la tenue mancha alargada de la Galaxia.

–Sidin no tuvo opción, Nadir –me dijo sin preámbulos–. Tuvo que quedarse en Mekham.

–¿Cómo? Pero si le dijiste que podía escoger.

–Escuchaste nuestras conversaciones –me reprochó sin hostilidad–. Es cierto. Yo creía que reconocerían su trabajo de tantos años. Pensé que tenía derecho a la inmortalidad o a cualquier cosa que deseara pedir a los dioses. Al fin y al cabo, habíais salvado las dos esferas de las garras de los hrtar. Pero no me di cuenta de que Sidin había infringido la regla del secreto, y los Fravashi son implacables.

Comprendí lo que trataba de decirme. Había sido culpa mía, por presionar al viejo para que me contara la verdad. Tras romperme el brazo en la Meseta de las Mil Grutas y descubrir los poderes curativos de su medallón, le había perseguido con mis preguntas, hasta que me había revelado por fin el Gran Juego de los dioses, enfrentados por el control de las Zarayan.

–Si no me lo hubiera contado habría podido marcharse contigo –resumí avergonzado.

–No sé lo que habría decidido –respondió ella, dominando la tristeza que apagaba sus ojos–. Es posible que se hubiera quedado igualmente. Él sentía que le debía algo a su familia.

Malditos fueran los Fravashi, crueles y vengativos. Debí haberme rebelado ante aquel avatar, en lugar de perseguir el vano espejismo de mi padre. Los Ahura Masda no eran mejores que los Angra Mainyu o los demás dioses que jugaban con los destinos humanos.

Tras la charla con Azenobeth la sangre me hirvió durante días, lleno de odio hacia los Fravashi. Me reafirmé en mi propósito de destruirles, aun dándome cuenta de que era una fantasía creada por mi rabia infantil. ¿Cómo podía atacar a seres inmateriales que ni siquiera se encontraban en nuestro universo, que nos controlaban a través de agentes ocultos repartidos entre los mundos? Recordé entonces algo que el avatar había revelado en nuestro extraño encuentro. Había otro bando entre ellos, los Gayoma Retan, el partido de la Paz, los verdaderos Constructores de Vikatee. Ellos habían encontrado las esferas y las habían ocultado bajo la ciudad para detener su búsqueda y así acabar con el malvado Juego. Pero según el avatar los Gayoma habían desaparecido. Su último agente en la ciudad, Jared, se había pasado al bando de los Angra Mainyu. Sin embargo, no podía confiar en todo lo que la aparición había dicho. ¿Y si aún existían miembros de Gayoma entre los Fravashi? ¿Y si conseguía contactar con ellos para ver cómo detener el Juego?

Pero los días pasaron y la rutina del viaje me hizo olvidar mis preocupaciones. Mi humor fue mejorando. Hasta que recibí otro duro golpe: Azenobeth se marchaba.

–Tengo otra misión, o mejor dicho, otra tarea –nos anunció en su última clase al grupo de novatos–. De todas formas, ya estáis preparados para la Universidad. Allí continuareis vuestra formación como oficiales, o como agentes.

–¿Dónde vas a ir? ¿Vienen a buscarte? –preguntó Jilai.

–Me iré en la Cascanueces con el capitán Hendich y el resto de su tripulación. Vosotros tenéis espacio de sobra en la Meyer.

Estaba seguro de que su nueva tarea tenía que ver con las Zarayan. Tras alejarnos del territorio hrtar, la Cascanueces iba a llevar su preciosa carga a un lugar seguro, a un refugio secreto.

Al día siguiente Azenobeth vino a despedirse definitivamente mientras desayunábamos.

–Bueno, chicos, tengo que irme ya. Prometedme que os portaréis bien en Maj Taled, o me enteraré de todo –detuvo su mirada un segundo sobre mí–. Serán dos años duros, pero muy productivos. Aprenderéis cosas que la mayoría de la gente solo puede soñar.

Nos besó y abrazó a todos. Quizás fue mi imaginación, pero me pareció que para mí el abrazo fue más largo y estrecho.

–Nos volveremos a ver, Nadir –me susurró.

Entristecido, no fui capaz de responder. Vimos la partida de la Cascanueces desde la cubierta de observación. Silenciosamente, sin encender sus propulsores, el redondeado casco se separó de la MM, alejándose hacia la oscuridad. Era imposible ver su interior, pero de alguna manera sentí la tenue energía de las esferas que transportaba. Me pregunté si la Insignia de la ciudad también seguía allí dentro. ¿Cuáles serían los siguientes movimientos en la compleja partida del Juego? ¿Hacia dónde se dirigirían las piezas que los dioses movían por el tablero del espacio?

–Qué pena que se haya marcado –comentó Jilai a mi lado.

–Sí –no tenía ganas de hablar con nadie.

–Os habéis hecho muy amigos.

–Estuvimos hablando de Sidin –desvié el asunto.

–Me hubiera gustado saber qué pasó realmente entre ellos.

–No me contó mucho –mentí–, solo que resultó difícil separarse.

Miré a Jilai. En ese momento no estaba seguro de qué ausencia provocaba mi melancolía.

Un repiqueteo rítmico me devolvió a la realidad. La lluvia golpeaba la cubierta acristalada del tren. Estábamos entrando en la ciudad y el vehículo se detuvo en una estación. Algunos pasajeros

salieron, cubriéndose con capuchas desplegadas desde sus cuellos. Me pregunté si mi vestimenta también disponía de una. Entonces me asaltó la preocupación. No había recibido ninguna indicación de mi traje desde que había entrado en el transporte. Quizás allí dentro no recibía la señal que necesitaba para orientarse. Me levanté de un salto y salí al andén, sintiendo la llovizna en la cara. La sensación era agradable. Me recordó que estaba libre del encierro de Maj Taled, aunque fuera temporalmente. Fuera del tren sentí enseguida los rápidos tirones del traje. Señalaba la misma dirección que seguían las vías del transporte, así que volví a subir en el vehículo antes de que las puertas se cerraran. Debía continuar.

Repetí la misma maniobra en las siguientes estaciones. En cada ocasión salía y miraba a mi alrededor, como si buscara a alguien en el andén. En el vehículo fueron quedando cada vez menos pasajeros, con aspecto de estudiantes dirigiéndose a sus clases. Finalmente, los que quedaban salieron en masa en una parada llamada "Universitet Centras". Los seguí hasta la plataforma. Los tirones del traje me indicaron la dirección que habían seguido los estudiantes: un conjunto de monumentales edificios rodeados por una gran verja.

III

Sintiendo el agradable calor del sol tras la lluvia, las señales táctiles me llevaron a través de los elegantes edificios, hechos de cristal y madera rojiza. Observé a través de los ventanales cómo los estudiantes se acomodaban en sus clases. Qué diferencia con las frías aulas de Maj Taled, pensé. Fuera, los muchachos de diferentes razas y variadas indumentarias caminaban entre los árboles o se sentaban sobre la hierba húmeda, protegidos por sus impermeables. Casi había olvidado que yo era un extraño en el campus, cuando me crucé con un par de vigilantes. Su aspecto arrogante debía ser el mismo en cualquier planeta. Controlé mi sobresalto y les saludé con una ligera inclinación de cabeza, como si los conociera de siempre.

–Si alguien te mira fijamente, salúdale como a un viejo conocido, sin darle importancia –había dicho mi amigo Tomlin con su grave voz–. Dará por sentado que lo conoces y se alejará avergonzado por no recordarte.

Había sido el consejo que me había dado el brillante científico tras contarle que iba a hacer mi examen. No me pareció que los guardias del campus se avergonzaran de no conocerme, pero al menos siguieron su camino con indiferencia.

Continué hasta llegar a una amplia plaza en la que confluía una multitud de estudiantes. Me sentía feliz, en la desnuda superficie de un mundo nuevo, mezclado con sus habitantes, y nadie parecía sorprenderse de mí. Entonces me llamó una voz.

–Disculpa, ¿me podrías indicar la oficina de matriculación? –la voz provenía de un chico aún más joven que yo, un novato de extraño acento–. Acabo de llegar y…

–Lo siento, solo estoy de visita –contesté azorado. Entonces observé un rótulo sobre uno de los pequeños edificios que daban a la plaza: "Regestracsio"–. Mira, debe ser allí –señalé.

El chico miró el cartel unos momentos.

–¡Qué despiste! –sonrió–. Anda que no está bien claro. ¡Gracias!

Controlé mi corazón desbocado. Menos mal que había sido tan solo un muchacho despistado. Debía serenarme y encontrar el lugar indicado por el traje. Pero sus tirones se habían detenido. Maldición. ¿Se habría averiado? Me alejé por uno de los pasajes que salían de la plaza y tras caminar unos cincuenta pasos sentí de nuevo los tirones, llevándome de regreso. Volví a la rotonda y empecé a deambular alrededor de la estatua que se erguía en su centro, como si la estudiara. Los tirones no volvieron. Eso significaba que había llegado a mi meta. Mi destino era la plaza. Pero ¿qué debía hacer allí?

–Camúflate entre ellos –había dicho alguien durante la preparación hipnótica–. Recibirás instrucciones.

Camuflarme. Estaba frente a la oficina de matriculación, observando la cola donde se había incorporado el chico novato. ¿Debía intentar inscribirme? Tenía la documentación falsa que me había proporcionado la Agencia, pero dudaba que fuera suficiente. Di una vuelta más a la estatua, pensando, cansado y hambriento. ¿Qué querían que hiciera? La cola de estudiantes era larga y no tenía sentido esperar para llegar frente a una ventanilla sin saber qué decir. Además, me moría por comer algo. De una de las esquinas de la plaza salían muchachos devorando envoltorios que olían a carne recién asada. Pero me detuve, notando algo. Mi vestimenta era demasiado formal. El novato me había confundido con un empleado de la Universidad. La mayoría de los estudiantes vestían sudaderas impermeables con el escudo verde y amarillo de

la Universidad Central.

"Camúflate". Escuché una voz que me susurraba. Mientras me preguntaba si provenía de un implante de comunicación o de la sugestión hipnótica, descubrí un establecimiento que vendía recuerdos y ropa de la Universidad. En toda mi vida solamente había entrado en una tienda. Había sido en Mekham, en la forja que el hijo de Sidin tenía en la ciudad de Kevat. Y ni siquiera había comprado nada. En Maj Taled nuestras necesidades básicas estaban cubiertas y las pocas mercancías en venta podíamos adquirirlas a través del comunicador. En fin, tenía mi documentación falsa y una gran experiencia inventando historias, había sido tragado vivo por daelacantos y luchado contra el ejército hrtar. Comprar en una tienda no podía ser peor.

Tras pasar entre pilas de camisas y murallas de pantalones, localicé al fondo del comercio las sudaderas impermeables que necesitaba. Estaba buscando una de mi tamaño que no fuera demasiado llamativa, cuando escuché un chirriante aullido. Mi cuerpo se giró en una rápida finta, preparado para el combate.

–¡Huy! –el pequeño ser de voz aguda saltó hacia atrás, asustado. Su pelo estaba tan estirado y tintado, y su piel tan arrugada, que me pareció otra raza alienígena. Luego me di cuenta de que era solo una vieja mujer de aspecto estrafalario. Sus ojos estaban ocultos tras una banda traslúcida que rodeaba su cabeza.

–Perdone, me ha sorprendido –recuperé mi apariencia de chico inofensivo. La anciana no parecía una amenaza inmediata.

–Le prrreguntaba si puedo ayudarrrle en arrrgo –repitió con abrasiva pronunciación.

–Bueno… sí, gracias, señora.

–¿Señorrra? –chirrió la mujer, mostrando sus dientes–. Ya no estoy casada, ji, ji, pero quizásss con un apuesto caballerrro…

Esto iba a ser difícil. ¿Qué había querido decir? El término 'caballero' se refería a los antiguos soldados que combatían sobre animales o vehículos blindados. ¿Había descubierto la anciana mi disfraz?

–He venido de visita –traté de reconducir la conversación–. Me vendría bien una de éstas –señalé las sudaderas.

–Ah, clarro. La temporrrada de lluvias. Vamos a verrr… parrra ti debe serrr una talla dieciocho o diecinueve.

La anciana escarbó espasmódicamente en la pila de ropa, con manos resecas como ramas.

–Ésta debe sentarrrte bien –ondeó una sudadera de rojo cegador.

–¿No tiene otro color más… discreto?

–Tonterrrías, un joven como tú no debe ser discrrreto, debe lanzarrrse a la aventurrra desplegando plumas como un pájarrro en celo.

La mujer profirió más frases incomprensibles mientras comprobaba el tamaño de la sudadera sobre mis pectorales, palpándome sin contemplaciones.

–¿A qué has venido entonces, a buscarrr las chicas, eh? –me guiñó un ojo por detrás de la banda traslúcida que los ocultaba.

–Por un curso de idiomas, pero quizás el próximo semestre me matricule…

–Aquí siemprrre buscamos a los mejorrres. La Doña Darrrensin se encarrrga de ello, con buenas becas.

Darrensin. El nombre me resultaba familiar. Salía en las noticias. Se trataba de una rica mujer de negocios de Habesport, una megamillonaria de la industria de la belleza. A juzgar por el maquillaje que la anciana llevaba en su rostro, debía ser una de las principales clientas en la división de cosméticos. Sin embargo, no parecía haber hecho uso de los servicios de rejuvenecimiento de la corporación.

Sin esperar mi confirmación, la mujer pasó mi prenda por el lector de su muñeca e hizo lo mismo con mi tarjeta de crédito.

–¿Te la llevas puesta?

–Pues… sí, gracias.

Me coloqué la prenda. Era cómoda, aunque un poco calurosa. Tendría que ajustar mi traje para no cocerme en su interior.

La anciana observó el resultado y arregló la caída con un par de estirones.

–Listo. Ahora ¿tiene el caballerrro un lugar parrra pasarrr la noche? –añadió mirándome fijamente.

Algo pasó entonces. Me encontré bloqueado, encerrado como un prisionero en mi propia cabeza. No podía moverme, ni siquiera pensar. Lo único que pude hacer fue escuchar mi mecánica respuesta.

–Un caballero espera pasar la noche donde la suerte le lleve.

–La suerrrte te ha traído hasta aquí, querrrido visitante –contestó la mujer maquinalmente.

De repente el extraño bloqueo cesó y recuperé el control. Las respuestas hipnóticas habían hecho su trabajo. Como si se hubiera desvelado una parte suprimida de mi memoria, pude recordar las

palabras de la doctora que había aplicado el casco de inducción.

–Es la única manera segura de establecer contacto –había explicado–. Las claves inconscientes no pueden extraerse con drogas.

Mis recuerdos de la sesión eran incompletos y confusos, como los de un sueño medio olvidado. En la sala había una litera que parecía flotar en el aire, gente que entraba y salía, contándome cosas que debía saber, voces que provenían de la nada, imágenes de lugares que nunca había visitado, diferentes dispositivos, hacían algo en mi brazo, en mi cabeza… y también estaba Tomlin Rudenlo, hablando conmigo. O quizás eso había sido antes o después de la sesión. No podía unir los pedazos en una secuencia lógica.

La vieja mujer de la tienda se despertó también de su trance y cogió mi mano, llevándome hacia un mostrador.

–Has tenido mucha suerrrte, ya lo crrreo –gorjeó–. Hoy tenemos una promoción especial.

Sacó una bolsa de mano de detrás del mostrador.

–Un pequeño obsequio de Univerrrsidad Centrrral. Esperrramos haga más placenterrra tu estancia.

–Ah, muchas gracias, señora, quiero decir… gracias –tomé la bolsa, deseando salir de la tienda cuanto antes.

–Y vuelve cuando quierrras –añadió.

La anciana levantó su banda traslúcida y me guiñó un ojo, justo antes de pellizcarme el trasero. Asentí ruborizado y salí del establecimiento, deseando que el insólito episodio tuviera algún sentido.

Mi apetito se había esfumado, así que desistí de buscar comida en el lugar de la esquina. Camuflado con mi sudadera nueva, encontré un lugar tranquilo para sentarme y examiné el contenido de la bolsa que me había entregado la mujer de la tienda. Lo primero que encontré fue un peluche verde y amarillo, un animal de seis patas, cuatro ojos y un abultado cuerno. Recordé haber visto la mascota de la Universidad en unos pósters. Aparte del muñeco, la bolsa solo contenía un paquete y un sobre, que guardé en un bolsillo de la sudadera.

Más tranquilo, compré por fin un bocadillo de fiambre en un puesto callejero y volví a sentarme para abrir el paquete. Se trataba de un comunicador similar a los de Maj, rodeado con una cinta amarilla y verde en la que se leía: “Benvenito al Universitet Centras – Facultas W”. Pegada al aparato encontré una tarjeta de estudiante

con un pequeño holograma de mi cabeza.

Al menos no necesitaría perder tiempo en la cola de matriculación. Alguien se había ocupado ya de registrarme en la misteriosa Facultad W. ¿Pretendían acaso que pasara allí un semestre? Tenía que volver para mi graduación en Maj Taled. Terminé el bocadillo, mirando intranquilo a cada persona que pasaba. Justo lo que no debía hacer, me regañé.

Tomé una infusión en el mismo puesto de bocadillos. Fuera por la bebida, por el cambio horario o por el estrés acumulado, me sentí agotado y somnoliento. Activé el comunicador con la tarjeta de estudiante, pensando en cómo buscar un lugar para dormir. Para mi sorpresa, un aviso apareció inmediatamente en la pantalla. Mi alojamiento había sido confirmado en una residencia del campus. Genial. Acepté y seguí las indicaciones a través de las animadas calles.

Observé que la mayoría de los estudiantes eran de pelo castaño y liso, de menor estatura que yo. Las chicas eran morenas, con pequeños pechos sin sujeción bajo las sudaderas y delgadas pantorrillas que las impulsaban a gran velocidad. Intenté recordar si había alguna regla sobre encuentros fugaces durante la prueba de graduación. Aquí las chicas no me conocerían de nada, y quizás tuviera ventaja como forastero exótico, hablando de planetas lejanos y contando misteriosas aventuras. Planeé descansar unas horas y salir más tarde para explorar el ambiente nocturno del campus.

Llegué, fantaseando, hasta la residencia que tenía asignada. El recepcionista aceptó mi tarjeta y tras leerla me indicó el camino hacia la habitación.

–Tu compañero no ha llegado, así que escoge el lado que más te guste –sugirió sin levantar sus ojos del mostrador.

–¿Sabe cuándo llegará?

Esta vez alzó su rostro, mirándome con perplejidad.

–Esto no es un hotel, muchacho. Por cierto, la puerta se cierra a las diez en punto, y sigue cerrada hasta las siete de la mañana.

Evidentemente el encanto de los forasteros no le había afectado a él, me lamenté. Mis planes de escapada nocturna habían sido severamente restringidos.

–¿Es ese todo tu equipaje? –el recepcionista señaló mi mochila y la bolsa de la Universidad.

–Mi maleta se perdió en el viaje.

“Prepara por adelantado tus historias”, rezaba otro de los

principios de Inteligencia. Seguramente acababa de perder algún punto.

–Si la traen durante el día te dejaré un mensaje –rezongó el hombre–, pero no esperes que lleve tus trastos arriba.

El cuarto estaba al final de un pasillo. Era más sencillo que el fantástico hotel de Benize, pero me gustaron los muebles de madera. Echaba de menos el tacto cálido y rugoso. El único lugar donde había encontrado madera fuera de Dercanlea había sido el despacho del Argbar Frinrod.

Desconecté el traje y liberé mis pies doloridos. Al tumbarme sobre una de las dos camas mis ojos se cerraron instantáneamente. Pero tenía algo pendiente: el sobre que había encontrado en la bolsa. Lo recogí de la sudadera. Contenía un folleto turístico y un localizador con un mensaje de audio. Jamás había oído la voz femenina que sonó al activarlo.

–Hola cariño. Espero que el viaje haya ido bien. Te mando el billete para la visita. ¡No olvides traerme un recuerdo!

Observé el folleto turístico. Mostraba la fotografía animada de un castillo colosal con paredes milagrosamente curvadas y torres ramificadas. En la página interior se veían jardines, fuentes y salones de rebuscado gusto. "El Palacio Xandu, la residencia más lujosa del espacio conocido", anunciaba el texto. Pulsé para leer el resto, pero mis ojos ya no respondían, así que dejé el panfleto sobre la cama preguntándome por qué me enviarían de visita a un castillo.

Tras utilizar el exiguo baño consideré si debía lavar mi traje. No olía muy bien, pero pospuse la cuestión para tratar de dormir un poco. Cuando recogí el folleto del castillo para dejarlo en la mesilla, mis ojos captaron un nombre: Darrensin. Utilicé mis escasas fuerzas mentales para leer el párrafo: "Esta maravilla incomparable fue concebida y construida por nuestra protectora, la muy querida Doña Arkana Darrensin, benefactora de la afamada Universidad Central, quien no escatimó en gastos para que el Palacio Xandu se convirtiera en una residencia sin parangón en los mundos conocidos. Los estudiantes de Arte de la Facultad Winograd tienen el privilegio de visitarlo anualmente para admirar sus múltiples colecciones."

Ajá. Winograd era la W en la que me habían matriculado. ¿Estudiante de Arte? Tenía más conocimientos sobre física transfotónica que dotes artísticas. De todas formas, era solo una excusa fabricada para colarme en la visita al Palacio Darresin. Me

pregunté si la rica Doña nos recibiría en persona.

IV

Desperté en una cama extraña. El reloj indicaba la media noche. Algo no cuadraba. Sentí mi cuerpo aplastado por su propio peso. La gravedad. Tardé unos segundos en recordar que me encontraba en Habesport y no en Maj Taled. La otra cama del cuarto seguía vacía. Intenté conciliar el sueño de nuevo, pero no lo conseguí. Demasiadas preguntas bullían en mi cabeza. Para empezar, tenía que averiguar cuándo y dónde debía unirme a la visita del Palacio Xandu. Conecté el comunicador a la pantalla de la habitación e introduje el localizador que había encontrado con el folleto. El lugar de la cita no estaba lejos, junto a la puerta oeste del campus. La partida era a las nueve de la mañana de hoy. Eso significaba que solo tenía unas horas para prepararme. Debía comprar algo más de ropa. No podía presentarme en la lujosa mansión con una sudadera, aunque fuera de la Universidad que financiaba su propietaria.

Como no podía salir de la residencia hasta las siete, y no tenía nada mejor que hacer, busqué información sobre Arkana Darrensin. Sorprendentemente, hallé más incógnitas que datos fiables. De lo que no había duda era de que la mujer era despreciablemente rica. Su imperio comercial abarcaba todo tipo de productos de lujo y mercancías raras, desde setas protegidas hasta implantes hormonales. Pero su fortuna se debía, sobre todo, a la venta de milagrosos productos y tratamientos de rejuvenecimiento. En las redes se comentaban una y otra vez sus extravagancias personales: una isla móvil en el Océano Austral, una cohorte de sirvientes que acompañaban sus visitas por sorpresa a cualquier lugar del planeta; y sobre todo estaba el Palacio Xandu, su obra maestra, el culmen de su ostentoso despilfarro. Extrañamente, no encontré información sobre su localización. Los datos sobre la propia Darrensin eran aún más escasos. Las estimaciones sobre su edad variaban desde los cincuenta hasta los noventa años. Salvo sus más fanáticos admiradores, todos suponían que el nombre de Arkana Darrensin era falso. Nada se sabía de su origen y familia. Y lo más raro: nadie había visto su rostro, al menos en los últimos veinte años. Los artistas, intelectuales y políticos que poblaban sus famosas fiestas

hablaban de una mujer fabulosamente vestida, apareciendo por sorpresa sobre un dragón que arrojaba fuego azulado, o abriéndose camino con un desintegrador desde el interior de la estatua gigante de una diosa. Pero su rostro siempre permanecía oculto tras máscaras y velos. Ni siquiera sus abundantes amantes mencionaban jamás su cara, aunque las leyendas la describían como increíblemente hermosa. Cualquier vestigio de fotografías o vídeos suyos había desaparecido. Periodistas y devotos aficionados juraban haberla sorprendido sin disfraz, pero cualquier imagen había sido sistemáticamente eliminada. Se rumoreaba que quienes las habían intentado publicar se evaporaron sin dejar rastro. ¿Por qué una mujer así, que lo tenía todo, se escondía obsesivamente?

El misterio que rodeaba a la Doña Darrensin, como se la conocía en Habesport, se había agudizado aún más en los últimos meses. Sus fiestas habían cesado, o se habían vuelto tan privadas que nadie sabía de ellas. Sus amantes se mostraban sorprendidos de que la generosa benefactora hubiera prescindido de sus favores. Los comerciantes que recibían los valiosos cargamentos en lejanos planetas temían que algo terrible hubiera sucedido a su proveedora favorita, pero la mercancía seguía llegando sin retrasos desde las fábricas del cinturón orbital, y los portavoces de la Corporación Darrensin aseguraban que recibían instrucciones directas de la Doña. Sin embargo, no había ninguna prueba fehaciente de que la persona más poderosa del sistema estuviera viva.

¿Esperaba la Agencia que averiguara la verdad sobre Arkana Darrensin? ¿Era ese el motivo de que me enviaran a su lujosa residencia? Incluso si aparecía allí como la Doña Darrensin, sin velos ni máscaras, yo no tenía forma de comprobar que fuera realmente ella. De todas formas resultaba dudoso que eligiera una visita estudiantil para reaparecer ante el mundo.

Las horas de oscuridad se hicieron interminables. Estuve tentado de salir de la habitación y buscar algo de comer por la residencia, pero no quería despertar las sospechas del recepcionista. Ocupé mi mente un rato con Jilai, preguntándome de nuevo dónde habría viajado para su examen y a qué pruebas la someterían. Ella era inteligente y se entendía bien con todo el mundo. A diferencia de mí, había salido varias veces de Maj. No tendría problemas. En Dercanlea había matado soldados hrtar utilizando sus propios tubos de rayos, salvándonos la vida al rey Etienar y a mí. Lo que realmente me preocupaba era lo que sucedería después de que nos graduáramos. Quizás tuviéramos que separarnos durante mucho tiempo.

“Los problemas se resuelven por partes”, decía Tomlin cuando le pedía ayuda con trabajos de ciencias. “Descubre los pasos que puedes dar desde donde estás. No trates de alcanzar la meta de un solo salto”. Bien. Mi preocupación inmediata era llegar al Palacio Xandu y averiguar qué debía hacer allí. Pero la vieja de la tienda no me había dado ninguna pista. ¿Debía esperar más instrucciones programadas mediante sugestión?

Aburrido, seguí buscando información. Habesport y Vinegran, los mayores mundos habitados de Taled, eran duros rivales que competían por la hegemonía económica y política, turnándose como representantes del sistema en la Alianza de las Cuatro Estrellas. Por causa de esta eterna rivalidad la Universidad de la Alianza y la base militar de Taled se habían alojado en el asteroide Maj, cuya órbita excéntrica cruzaba periódicamente las de ambos planetas. Por hacer algo, busqué posibles coincidencias entre Arkana Darrensin y Maj Taled. Para mi sorpresa, descubrí que la Doña había estudiado allí biología, en la Universidad de la Alianza. Al menos eso afirmaba una biografía extraoficial, pero no daba ninguna fecha. Otros artículos afirmaban que Arkana había abandonado la Universidad sin completar sus estudios y años después, cuando ya era rica y famosa, se había enfrentado a Maj al financiar en su lugar la Universidad Central de Habesport, que gracias a ella se convirtió en la más grande del sistema.

Vaya. Así que la Doña había tenido problemas con Maj Taled. Era posible que se hubiera estado preparando allí para ser agente. Los estudiantes más despiertos eran reclutados para engrosar las filas del ejército y del cuerpo de inteligencia al servicio de Ahura Masda. Si Arkana había fallado su examen de graduación, eso explicaría su resentimiento hacia la Universidad. Mi misión podía después de todo resultar interesante, sobre todo si por una fantástica coincidencia llegaba a tener una charla con la señora Arkana Darrensin.

Fui el primero en salir cuando el conserje abrió a las siete la puerta de la residencia. No era el mismo recepcionista de la tarde anterior. Éste era fuerte y alto, pero igual de antipático. Enseguida encontré un bar para desayunar. Famélico, agarré un par de bollos, leche caliente con cereales, un queso con manchas naranjas, un par de salchichas, varias frutas y un batido energético.

–¿Solamente eso? –murmuró sarcástica la dependienta.

–Ayer no cené.

“Di la verdad siempre que sea inofensiva”, rezaba otra de las reglas de oro del agente de inteligencia.

Comprobé aliviado que la tarjeta de crédito seguía funcionando. Me senté en un rincón del comedor aún vacío y devoré mi festín en cinco minutos. Con ganas de sumergirme de nuevo bajo el sol, tomé mi mochila y atravesé el campus hasta la Puerta Oeste. Como había esperado, a un lado del gran arco estaba la parada del transporte de superficie. En una hora y media debía estar aquí, pero antes tenía que conseguir otra ropa.

Esperé unos minutos hasta que la tienda de la plaza se abrió. En lugar de la vieja de ayer me recibió una mujer de mediana edad.

–¿En qué puedo ayudarle? –preguntó nada más verme.

–Hmm, ayer me atendió una mujer mayor.

–¿Ayer? No es posible –sonrió con suficiencia–. Habíamos cerrado por inventario.

Si hubiera traído la sudadera conmigo se la habría enseñado como prueba. De todas formas, era mejor no insistir. Era obvio que todo formaba parte del examen.

–Creo que me he confundido de lugar. Disculpe.

La mujer me miró como si necesitara una revisión psicológica, pero me ayudó a elegir una chaqueta con cambio de color, que coloqué sobre el traje de agente. Al salir de la tienda pasé por la Facultad Winograd y ajusté discretamente mi apariencia para aproximarla lo más posible a la de los estudiantes que llegaban a las primeras clases.

Faltaban solo diez minutos para las nueve cuando llegó a la parada de la Puerta Oeste un grupo de chicos y chicas, bromeando entre sí. Mis compañeros de viaje, supuse. Un muchacho se me acercó.

–¿Estás aquí para la visita a Xandu? –preguntó.

–Eso espero –respondí imitando el acento local.

Noté un movimiento nervioso de su mano. Parecía un temblor momentáneo, pero en realidad era un mensaje. Azenobeth nos había enseñado pacientemente los gestos básicos. El muchacho estaba pidiendo mi confirmación. Contesté afirmativamente con mi dedo corazón. Entonces una voz grave resonó en mi cráneo.

–Mensaje para Rajis Sademli –escuché tan claro como si me oyera a mí mismo–. Por favor, confirme.

El implante de comunicación. Recordaba ahora haber hecho

pruebas con él cuando estaba bajo los efectos de la hipnosis.

–Rajis Sademli. Por favor, confirme –insistió la voz. El muchacho sonreía inofensivamente a mi lado, observándome de reojo. Moví otra vez el dedo corazón. Rajis Sademli era el nombre que figuraba en mi documentación falsa.

–Deberá introducirse en las habitaciones privadas de la residencia –continuó el martilleo en mi cráneo–. Allí tendrá que tomar algún objeto personal de uso reciente. Por favor, confirme.

–¿Un objeto? –dije en voz alta. Una pareja de chicos se volvió.

–Por favor, confirme –se repitió el mensaje.

Asentí con el dedo. No iba a conseguir más.

–En caso de emergencia active la baliza del traje. Por favor…

Moví el dedo, fastidiado. ¿Meterme en las habitaciones privadas de la Doña Darrensin? ¿Robarle sus cosas? No era el tipo de situación que había simulado en la Academia.

El muchacho de mi lado dobló sus dedos mientras extendía su pulgar para desearme suerte. Se marchó sin mirarme.

Un par de segundos después se detuvo frente a nosotros un vehículo sacado de un cuento infantil: una cadena de pequeñas ruedas sostenía un ancho cilindro de punta afilada, con pequeñas ventanas circulares.

–¡Un transexpreso! –aulló un chica del grupo, entusiasmada.

Se abrió una compuerta. De ella emergió una figura enjuta que aterrizó sobre la plataforma con el salto teatral de un bailarín. Las líneas rectas de su brillante casaca acentuaban su cuerpo estilizado, coronado por una corta melena rubia y facciones delicadamente maquilladas. Me resultaba imposible decidir si se trataba de un hombre o de una mujer. El grupo de visitantes lanzó exclamaciones de júbilo al verlo, así que deduje que el estilo andrógino resultaba popular, al menos entre los estudiantes de arte.

–Muy buenos días –saludó el personaje con voz de contralto–. Y realmente será un día muy especial para vosotros, afortunados invitados.

Puedes apostarlo, respondí mentalmente.

–Como sabéis, vais a tener el privilegio de disfrutar de la gracia anual que nuestra benefactora, la Doña Arkana Darrensin, concede graciosamente a la Facultad Winograd. Durante vuestros estudios consultáis virtualmente los fondos de grandes museos y estudiáis originales y reproducciones creadas durante miles de años en todos los mundos conocidos. Pero nada de ello es comparable a la

experiencia de visitar el Palacio Xandu. En ese lugar único cada elemento ha sido rescatado de un pasado glorioso o creado exprofeso por los mejores artistas de nuestro tiempo.

Seguíamos embelesados la cadencia danzarina de la voz y los gestos del personaje. Estaba acostumbrado a fascinar a su audiencia.

–Pero basta de charla por ahora –cortó el aire con su mano–. En el viaje tendremos ocasión de hablar. Por cierto, mi nombre es Arielderand, curador artístico del Palacio y vuestro guía en esta jornada propicia. Ahora, mostrad los pases al conductor.

Un hombre uniformado se situó junto a la puerta para verificar nuestros documentos. Los demás fueron entrando delante de mí entre risas y exclamaciones de alborozo. Al llegar mi turno, alargué el localizador al guarda con estudiada indiferencia.

–Identificación –solicitó el guarda tras examinarlo.

Saqué la tarjeta de la universidad.

–Recién llegado, ¿eh?

–Sí, mi primer semestre.

–Has tenido suerte de que te seleccionaran, sobre todo siendo extranjero. Debes tener buenos contactos –me dirigió una mirada inexpresiva.

Era mejor no contestar. “No facilites información, cierta o falsa, a menos que sea necesario”, decía otra regla. Al final el guarda me devolvió la tarjeta y se marchó. Me senté dentro junto a una chica cuyo pelo estaba cortado siguiendo un patrón geométrico que continuaba en su piel. Por suerte se pasó el viaje hablando con otros estudiantes en un dialecto indescifrable. Me dediqué a mirar por la gruesa ventanilla circular, viendo los edificios y calles que pasaban cada vez a mayor velocidad. De repente todo se volvió oscuro y noté una presión en los oídos.

–Estamos bajo tierra –me explicó un estudiante desde atrás–. ¿Eres nuevo?

En este caso decidí aplicar una regla de mi propia invención: “Improvisa mientras te das un poco de importancia”.

–Acabo de llegar a la Universidad. Mi madre fue amiga de la Doña Darrensin hace años y consiguió que me seleccionaran.

–¿En serio? –sus ojos se quedaron fijos en mí–. ¿Tu madre la conoció en persona?

–Parece que por aquel entonces no era tan reservada.

–Madre mía, tienes que contárselo a todos.

–No, no –me arrepentí–. No debería haberte dicho nada.

–Entiendo. Será nuestro secreto.

Cuando iba a intentar un cambio de tema, el transexpreso se inclinó bruscamente hacia arriba, pegándonos contra los asientos. La luz del día nos iluminó de nuevo.

–No se alarmen –la voz ambigua de Arielderand sonó por los altavoces–. Vamos a despegar.

En un segundo el transexpreso estuvo flotando en el aire, meciéndose con el viento. A través de la ventana observé que habían aparecido alas a ambos lados del cilindro. En el brillante cielo podía ver nubes blancas, como grandes ramilletes de flores. Pensé en los torpes intentos de mi padre por imitar a las aves. Ojalá donde quiera que estuviese hubiera podido cumplir su sueño de volar.

La voz melosa de Arielderand regresó a los altavoces para informarnos de que quedaba una hora para llegar al Palacio, y nos anunció que allí pasaríamos por estrictos procedimientos de seguridad para garantizar que nada entraba o salía indebidamente de la residencia. Asimismo firmaríamos declaraciones jurando no divulgar nada de lo que viéramos a partir de este momento.

Entonces entró en el compartimento el hombre que había revisado nuestros documentos.

–Pasad la declaración y firmadla con vuestras tarjetas –explicó la voz de Arielderand.

Aquí comienza mi carrera criminal, me lamenté. Con lo que le había costado a mi madre que dejara de mentir. Pero era mi trabajo. Además, utilizaba un nombre falso.

–¿Qué pasa si no firmamos? –bromeó el chico de atrás.

–Tenemos paracaídas a bordo –respondió secamente el guarda–. Pero tardarían un tiempo en encontrarte en medio del mar.

Todos miramos inmediatamente por las ventanas. Era cierto. Volábamos sobre un interminable océano de azul profundo.

A medida que nos acercábamos al Palacio las risas se transformaron en callada expectación. Teníamos que retener cada detalle de este día en nuestra memoria, pues no habría video panóptico ni cámaras voladoras para grabarlo. Según la declaración que habíamos firmado, ni siquiera podíamos escribir lo sucedido para nosotros mismos. La visita debía ser como un sueño cuyos detalles se olvidan al despertar. Pero en mi caso no sería así, desde luego. Tendría que informar a mi regreso, y llevar un objeto personal de la Doña, lo que parecía imposible con una seguridad tan estricta.

–Estamos llegando –avisó Arielderand.

Quería ver el Palacio antes de descender hacia él, así que me asomé por la ventana, evitando a la chica del pelo geométrico, pero lo único que había bajo el transexpreso era el mar. Entonces la nave viró hacia un lado y algo apareció. Pero no podía ser… una ciudad entera flotando en el cielo, con delicadas construcciones curvadas culminando en mágicos torreones, espacios verdes con penachos arbóreos sostenidos por columnas rosadas y plataformas de paseo unidas por enroscados puentes. Sobre el inverosímil conjunto se entrecruzaban gigantescos arcos de nacaradas aureolas, uniéndose en la parte superior a un enorme pilar que ascendía hasta perderse de vista.

Por un momento pensé que los Gayoma Retan, los constructores de Vikatee, habían recreado mi ciudad en la atmósfera de Habesport utilizando formas y materiales mucho más bellos. Pero ésta era una construcción puramente humana, fruto de la voluntad y el poder de una misteriosa mujer.

V

La maniobra de aterrizaje fue rápida, un giro preciso que nos depositó en un hangar cubierto. Cuando la puerta se abrió salimos en silencio bajo la mirada de un puñado de guardas. Al sentir el aire enrarecido por la altura me invadió una sensación de familiaridad, como si revisitara uno de esos lugares inexistentes a los que siempre volvemos en los sueños; la casa en la que nunca hemos vivido pero cuyas habitaciones conocemos al detalle en nuestra fantasía.

Mientras los hombres uniformados descargaban bultos de la nave me acerqué al extremo del hangar por el que habíamos entrado, un semicírculo abierto al luminoso cielo. Me di cuenta de que echaba de menos el viento helado de mi infancia, el frío cortante de la altitud.

–Eh, chico, ven aquí –gritó un guarda–. Es peligroso.

En otras circunstancias habría contado al vigilante que yo había saltado por la borda de la ciudad volante de Vikatee para explorar su nivel prohibido, y que había caído desde sus ruinas al mar para ser rescatado por un monstruo marino. Pero no era la ocasión apropiada para relatar mis hazañas, y menos aún para intentar

repetirlas. Simplemente me alejé del borde y seguí al resto del grupo hacia la salida, cubierta por un arabesco de ramas entrecruzadas.

–Tenéis que pasar por seguridad, uno por uno –explicó Arielderand con delicados gestos–. Os esperaré al otro lado.

Traté de disimular mi nerviosismo. Los guardas nos vigilaban como pájaros de presa. Cualquier error haría fracasar la misión y pondría en peligro mi vida. Esos hombres eran, claramente, profesionales que se debían haber enfrentado a decenas de intrusos que pretenderían llegar hasta la Doña.

"Créete inocente para que los demás lo crean", decía una de las reglas. Me gustaría saber si los que las habían escrito eran capaces de aplicarlas. Indeciso, fingí observar la decoración del panel mientras dejaba que los demás se adelantaran, pero finalmente tuve que entrar en el puesto de seguridad.

–Quítate toda la ropa –dijo una voz invisible.

–¿La ropa?

–Toda la ropa –repitió la voz, aburrida.

Dejé mi chaqueta nueva en el cajón que había salido de la pared, pero dudé al quitarme el traje de agente. Sin él estaría indefenso. No podría activar la baliza de alarma.

–Todo –insistió la voz–. Y levanta las manos.

El frío no resulta tan agradable si estás totalmente desnudo. Oí un lejano zumbido, seguido por un pitido que no auguraba nada bueno. Un tipo alto como una torre entró en el pasaje, ignorando mi desnudez.

–Llevas un implante –acusó con vozarrón de trueno.

Pensé en el dispositivo dentro de mi cráneo, el que había transmitido el mensaje del muchacho de la estación. Se suponía que estaba hecho de polímeros orgánicos indetectables.

–Yo no me meto esas cosas en el cuerpo –respondí.

–¿Y esto qué es? –el hombre me retorció el brazo, apretando con fuerza junto al codo.

–¡Ay! ¿El qué?

–Hay un implante aquí dentro.

¿De qué hablaba? Entonces recordé mi encuentro con el cortacabezas en la meseta de las Mil Grutas y la fractura en el brazo. El puskoru de Sidin había curado mis huesos demasiado rápido. Los médicos de la Cascanueces habían tenido que romperlos de nuevo para soldarlos en la posición correcta, colocando un

soporte de metal como sujección.

–Ah. Es por una fractura que tuve hace años. ¿No ves la cicatriz?

–Ya –respondió el enorme guarda, arqueando una ceja y examinando el brazo por todos lados–. ¿Quién te lo puso?

–Los médicos… en Lorenar –era el planeta donde había nacido Rajis Sademli.

–Ese biocompuesto es tecnología militar –dijo el guarda a un palmo de mi cara.

No iba a ser tan fácil convencerle.

–Supongo. Mi padre era oficial. Me llevó a su hospital.

El guarda me fulminó con ojos llameantes y salió. Miré a todos lados buscando una escapatoria, pero no había ni una rendija. Lo único que pude hacer fue esperar. Finalmente la voz oculta gruñó.

–Vuelve a vestirte.

Ahora me interrogarán, pensé, examinarán mi traje y lo descubrirán todo: mis papeles falsos, mi matrícula ficticia. Querrán saber dónde cayó la cápsula de descenso… El cajón de la ropa se abrió de nuevo, pero dentro solo había un slip, un mono azulado y unas sandalias.

–Vamos, caballero Sademli –dijo Arielderand cuando salí por fin–, estamos esperando.

Me alejé del pasaje de acceso sin mirar atrás, siguiendo a los otros estudiantes, vestidos con monos idénticos al mío. No quería volver a ver el rostro huesudo de aquel guarda. En un interrogatorio no hubiera tardado ni un minuto en derrumbarme ante él.

–Tenemos mucho que ver así que, por favor, que nadie se quede descolgado –Arielderand inclinó sus largas pestañas hacia mí–. Desde esta posición podéis admirar la vista occidental del complejo –movió lánguidamente su mano por el aire–. La veremos iluminada por el sol poniente durante la partida, así que no os detengáis ahora.

Ascendimos por terrazas rodeadas de plantas colgantes. El curador describía las minucias del estilo arquitectónico de los jardines, cómo conjugaban el más exquisito paisajismo con avanzadas tecnologías de materiales, combinando forma y función, como los arcos flotantes que sostenían el Palacio. Qué diferente a la sencilla estructura de niveles de Vikatee, pensé. Seguro que aquí no aplicaban las estrictas reglas de reciclado que eran tan importantes en mi ciudad natal. Desde luego, dudaba mucho que la Doña bebiera el agua filtrada de sus propios residuos.

–¿Quiénes fueron los arquitectos? –preguntó una chica de aspecto casi normal.

–Fue un complejo trabajo en equipo –respondió Arielderand, paladeando las palabras como si fueran un delicioso manjar–. Y debo decir que la Doña Darrensin tuvo una decisiva intervención personal, una aportación frecuentemente ignorada. La Doña tiene grandes dotes artísticas, como descubrirán durante la visita.

Noté que no había revelado los nombres de los arquitectos. De hacer caso a los rumores, Arkana Darrensin los había eliminado para preservar intactos los secretos de su residencia.

–¿Está ella aquí? –se alzó una voz tímida del grupo. Era la pregunta que todos queríamos hacer. Esperamos en silencio la respuesta.

–Lamentablemente, no –contestó Arielderand con un remedo de tristeza–. Es una mujer muy ocupada.

Tan ocupada que nadie la había visto desde hace meses. ¿Se habría ocultado del mundo aquí mismo, en su paraíso privado? No parecía probable. Lo más seguro era que se hubiera marchado a un lugar muy lejano.

Mientras cruzábamos otro maravilloso pórtico, miré hacia arriba, siguiendo el ascenso de los arcos hasta la columna donde se unían, apenas visible a gran altura. La ilusión de que la ciudad flotaba en la atmósfera era fantástica.

–¿Cómo se sostiene el Palacio? –intervine.

Todos me miraron como si mi pregunta estuviera fuera de lugar. Quizás era una cuestión demasiado prosaica.

–Bien, joven... –comenzó Arielderand como si reprendiera a un niño impertinente–, es obvio que la Doña es una de las pocas personas de la historia humana favorecidas personalmente por los Dioses. Si al decirlo no traicionara su modestia, casi me atrevería a afirmar que su misma naturaleza es sobrenatural. Por tanto, es obvio que son los mismos dioses los encargados de sostener con su omnipotencia esta creación casi divina.

–Vi la columna de arriba desde el transexpreso –repliqué.

El rostro pálido de Arielderand se arrugó por un momento, pero su irónica sonrisa volvió enseguida.

–Por supuesto, caballero Sademli. La columna asciende directamente hasta la morada de los Dioses –señaló con un fino índice–. Resulta apropiado que las dos residencias estén conectadas entre sí.

Tras esa explicación ya no supe qué decir.

La visita continuó por los jardines, formados por plataformas verdes entrelazadas mediante una red de puentes colgantes. Mientras nuestro erudito guía daba detalles sobre la estructura, escuché a los pájaros que anidaban en los edificios cercanos y observé los empinados torreones que los remataban. En algún lugar tras las armoniosas curvas debían hallarse las habitaciones privadas de la Doña, pero ¿cómo iba a encontrarlas? Tras cruzar una estrecha pasarela, desde la cual vimos con vértigo el inmenso mar azul, llegamos por fin a uno de los edificios que formaban el Palacio. El grupo formó allí un círculo para admirar un espectáculo chocante: un hombre y una mujer se besaban, desnudos e inmóviles, sentados sobre una piedra tan blanca como ellos. Era demasiado sólido para ser un holograma.

–He aquí el objeto más antiguo del Palacio –afirmó Arielderand con apropiada solemnidad–. La leyenda cuenta que fue salvado in extremis de la Vieja Tierra, pero no tenemos forma de comprobarlo. Quién sabe si allí, en la mítica cuna de la humanidad, quedarán otras primitivas maravillas como ésta.

–Es bonito –dije en voz alta, admirando las figuras.

–¿Quién ha dicho eso? –se alzó la voz de Arielderand, buscando tras la primera fila.

Levanté mi mano.

–¿Bonito? –Arielderand lo repitió como si fuera un insulto–. Aquí no hay nada bonito, caballero Sademli. El único adjetivo pertinente en el Palacio es 'sublime'. Debería saber ya que hay grados de existencia y experiencia que solamente el arte puede mostrar. Ni el pensamiento, ni siquiera las impresiones que nos depara la naturaleza alcanzan este grado de penetración estética.

Fuera hombre, mujer o una mezcla entre ellos, Arielderand estaba un poco chalada. Eché un último vistazo a los cuerpos que se besaban y seguí cabizbajo al grupo. Cuando levanté la cabeza me encontré ya en el interior del castillo, en un inmenso salón repleto de formas indescriptibles.

–Ésta es el ala de escultura –dijo Arielderand girando como una peonza–, aunque ya habéis visto que hay piezas singulares dispersas por toda la residencia.

A los cinco minutos de recorrer la sala mi cerebro estaba abrumado por las estatuas, volúmenes de luz, instalaciones articuladas y las formas caprichosas del propio salón. Seguramente nunca volvería a ver tanta belleza en mi vida, pero me sentía

incapaz de absorberla.

Un rato más tarde me encontraba completamente desorientado. Había cruzado por estancias del tamaño de montañas, pasadizos estrechos como la garganta de un daelacanto, y escaleras en espiral hechas con huesos de animales extintos. No tenía ni idea de en qué parte del laberíntico complejo nos encontrábamos y mucho menos imaginaba cómo llegar a las habitaciones de la Doña.

Por fin salimos a un espacio abierto, un amplio patio rodeado por paredes ondulantes que subían hasta una cúpula irregular cuyas vidrieras atravesadas por el sol nos bañaban en color. El efecto era maravilloso. Arielderand llevó al grupo hasta el centro del patio, sentándonos a una gran mesa central en forma de flor. Hasta el infatigable curador parecía agotado.

–Vamos a descansar aquí –anunció para alivio de todos–. Enseguida traerán el almuerzo y comprobaréis que la comida también puede ser un arte.

Cuando llegaron los platos vimos que los alimentos se habían preparado como elaboradas esculturas en miniatura. Daba pena devorar aquellas obras efímeras, pero el hambre a veces pasaba por encima de lo sublime.

–Este claustro es el centro y el corazón de Xandu –explicó Arielderand tras terminar los entrantes–. Como veis, las formas arquitectónicas del Palacio convergen aquí como en el ojo de un huracán.

Tras decir esto nos lanzó una mirada enigmática y volvió su vista hacia arriba, donde las curvas de los muros formaban espirales que ascendían hacia la base de la cúpula. Había algo raro en la expresión de Arielderand mientras se fijaba en las ventanas que daban al patio. Me fijé en la estructura de las aristas. Además de subir hasta la cúpula, las ondas de las paredes formaban una corona de pétalos alrededor de un mirador redondeado, a pocos metros bajo la bóveda.

¡Las habitaciones de la Doña!, comprendí. Era lógico que estuvieran aquí, en el vértice desde el cual las formas del Palacio se extendían como una tela de araña alrededor de su dueña. Ahí arriba estaba mi objetivo. Era el momento de intentarlo. No tendría otra oportunidad. Sin pensarlo más, me levanté antes de que llegara el segundo plato. Me dirigí a uno de los camareros.

–Perdone, ¿podría decirme dónde está…?

El término local para los retretes no estaba entre el vocabulario que había estudiado. Afortunadamente, el lenguaje no verbal me

permitió superar esa pequeña dificultad de comunicación.

–Por la puerta, a la derecha –señaló el camarero, comprensivo.

–La salsa era un poco fuerte –añadí para que no sospechara si tardaba en regresar.

Me dirigí hacia la salida, forzando el paso para que mis piernas no temblaran. Los baños estaban a un lado, como había indicado el camarero. En el otro lado del vestíbulo se abría una escalera de caracol. Debía decidir rápido. Di un paso hacia la escalera, pero justo entonces percibí un reflejo rojizo en el techo. Cámaras de seguridad, por supuesto. Observé la escalera apreciativamente, como si admirara su decoración, y entré en los lavabos antes de que los ocultos vigilantes sospecharan.

Hice uso del urinario mientras pensaba con ahínco. Al menos allí dentro no habría cámaras, o eso suponía. Entonces me fijé en un panel junto a los lavabos. Había visto portezuelas similares en los pasillos de Maj Taled. Eran accesos para mantenimiento. Este tenía una sencilla cerradura hexagonal. Podía abrirla con… ¡Maldita sea! Habían requisado mis zapatos con las herramientas. Fastidiado, busqué alrededor. No había nada que pudiera utilizar.

Una de las ventanas que daba al patio estaba abierta. Podía oler las flores que brotaban de las enredaderas y escuchar las risas de los estudiantes disfrutando de la comida. Tenía que volver con ellos. Pero cuando iba a retirarme se me ocurrió algo. Arranqué un tallo seco de la enredadera y volví junto al panel. Mordí el extremo de la ramita para adelgazarla y la introduje en el hueco hexagonal hasta que se quedó atascada. Entonces me envolví la mano con una toalla desechable e intenté girar la improvisada llave. No se movió ni un ápice. Probé con más fuerza. Nada. Recordé con frustración aquella noche en Vitera, cuando Sidin, Anael y yo habíamos ido a la ciudad para rescatar a los reyes y a Jilai. Anael había intentado sin suerte abrir el portalón de la muralla, hasta que los mismos guardas de Palacio lo habían hecho desde dentro. Las cerraduras también cambiaban de una cultura a otra. Probé a girar la rama al revés, y noté con alegría que se movía. La portezuela se abrió.

El esplendor de la rica decoración quedó atrás. Estaba ahora en el mundo donde moraban los camareros, sirvientes, jardineros, vigilantes y cocineros; un reino de toallas, vajillas y dispositivos de limpieza alejado de los tesoros artísticos, con sus propios olores y sonidos. Rodeé una columna cubierta de tubos y cables, pasé por un almacén atestado de repuestos mecánicos y tras un recodo encontré lo que buscaba: un elevador de servicio. Lo llamé y en unos segundos se abrió la puerta. Se acercaban voces. Entré de un salto y

pulsé el botón del último piso. Mi tiempo era limitado. Tenía que llegar hasta el final, y rápido.

El elevador me dejó en una terraza justo debajo de la cúpula. Me asomé con recelo a la barandilla que daba al patio. Allí abajo continuaba el almuerzo. Un diminuto Arielderand regalaba lánguidos gestos a su cautiva audiencia. Busqué el mirador circular que había visto desde el patio. Se encontraba a pocos metros debajo de mí, hacia la izquierda. Caminé en esa dirección por la terraza, hasta que choqué con una de las columnas que sujetaban la cúpula. El paso estaba cerrado. Los pétalos en el centro del remolino quedaban más allá. Qué mala suerte. Entonces me fijé en que una de las aristas del muro formaba un amplio arco que bajaba desde el extremo derecho de la terraza hasta el mirador. Corrí hacia allí, calibrando la inclinación de la rampa, cuando un grito furioso me detuvo. En la terraza gemela al otro lado del patio un guarda me hacía violentos gestos. Había sido descubierto.

La adrenalina fluyó a mi sangre. El guarda seguía gritándome mientras levantaba su arma. Absurdamente, le hice un gesto para que esperara y continué hacia el saliente de la terraza. Sin detenerme a pensar, salté sobre la barandilla y caí en la cornisa. Un disparo impactó a mis pies. Qué locura, la voz de mi razón observó impotente. Una cosa era fallar el examen y otra que me mataran. Pero algo en mi interior era más fuerte que esa vocecilla cautelosa; mis entrenadas respuestas, mi orgullo o quizás el condicionamiento hipnótico. Algo me impulsó a escurrirme por la pendiente. Vi de reojo que los estudiantes se agolpaban al fondo del patio, tratando de ver qué sucedía mientras el guarda de la otra terraza seguía disparando.

Milagrosamente conseguí llegar vivo al lugar donde el saliente se unía a la enorme corola que enmarcaba el mirador. La cauta voz de la razón insistía en que me rindiera. En estas circunstancias era imposible tomar un objeto de la Doña y salir vivo del Palacio. Como nos habían advertido en la Academia, ese tipo de agente solo existe en las películas. Pero la ventana del mirador estaba solo a un metro, invitándome a descubrir los secretos de una mujer misteriosa. No era un mal modo de morir.

Cuando oí otra bala pasando cerca de mi cabeza, salté hacia el ventanal. Pensaba romper el vidrio y aterrizar dentro. En lugar de eso descubrí que el cristal era en realidad una lámina pegajosa que me atrapó como la envoltura de un caramelo. Al caer del otro lado me di cuenta de que mi intuición había resultado cierta. Era un insecto, inmovilizado por la telaraña que se expandía desde las

habitaciones de la Doña. Había sido un ingenuo pensando que sus aposentos privados estarían desprotegidos.

Me quedé allí, con mi cara aplastada contra el suelo de frías baldosas, esperando. Pronto oí unos pasos que se acercaban, un borrón de tonos pastel que ondeaba hacia mí.

VI

La muchacha cerró su bata de baño mientras se acercaba. Una melena rosa le llegaba hasta los hombros, rodeando la tez bronceada. Los inquisitivos ojos eran de un suave marrón y su boca pequeña, apretada con decisión, delataba su temor.

–¿De dónde sales? ¿Estás loco o qué? –me increpó.

–Me perdí al ir al lavabo y los guardas… –balbuceé contra el plástico que me atrapaba.

–No me tomes por tonta –me cortó sin piedad.

Dio unos pasos a mi alrededor. Los pequeños pies descalzos estaban cubiertos hasta las pantorrillas con tatuajes de fuego, por lo que parecía caminar sobre las llamas.

"Observa siempre", me recordé. La habitación era grande, cubierta por estanterías transparentes cargadas de libros antiguos, con varias esculturas sobre pedestales rosados y fantásticas ilusiones holográficas. En un rincón había una enorme omnipantalla personal. Tres puertas de acceso, la principal a la izquierda, detrás del sillón donde se había sentado la muchacha, otra al fondo y una más a mi derecha, hacia otra habitación.

–¿Aún piensas en escapar? –rio ella con voz cruel.

–Preferiría que no me mataran.

–Ah, el viejo instinto de supervivencia –sonrió malévola.

No era mayor que yo, pero hablaba con temible desparpajo.

¿Qué podía hacer? Los agentes de Ahura Mazda estaban lejos y sin el traje no podía avisarles. "Siempre te queda el arma de tus palabras", rezaba uno de los aforismos del instructor Rogens.

–Está bien, te lo contaré. Hice una apuesta en la facultad.

–Has venido con ese grupo de estudiantes –movió su pie tatuado, como si siguiera el ritmo de una canción–. Había olvidado ese tonto capricho de mi madre.

¿Su madre? ¿La chica era hija de Arkana Darrensin? En ningún lugar se mencionaba que la Doña tuviera una hija, o cualquier otra familia. Lo cierto es que los detalles de su vida personal, amantes aparte, eran tan confidenciales como los secretos militares de la Alianza.

–No pareces un estudiante de Habesport –se inclinó hacia mí, sujetando la abertura de su bata–. Tu acento es muy extraño.

–Nací en un planeta lejano –respondí, sintiendo que la lámina adhesiva me asfixiaba.

–Un muchacho exótico entra en la habitación de una dama por causa de una apuesta. Resultaría romántico, si fuera cierto.

Se levantó y correteó con sus pies descalzos hasta la omnipantalla. Había visto una así de grande en la sala de entrenamiento avanzado, donde realizábamos las simulaciones. El panel transparente se encendió alrededor de su rosada cabeza como un aura luminosa, mostrando la vista exterior del Palacio.

–Vamos a ver a qué juegan los soldaditos –dijo.

Sobre la panorámica aparecieron unas luces que debían indicar la situación de los guardas. La joven hizo un gesto y la vista mostró entonces la estructura interna del castillo, con sus pisos y salas.

–Creo que ya vienen a por ti –sonrió divertida–. Ha sido un placer conocerte, querido…

–Na… Rajis, Rajis Sademli.

–Hasta la vista, Rajis –se despidió.

Un trote de botas sonó junto a la puerta de entrada. Un golpe brutal desgajó los paneles de madera, que cayeron al suelo. Por el hueco resultante entró el gigantesco guarda que había conocido en el puesto de seguridad. Me apuntaba con un enorme fusil.

–¡Rutko! ¿No te han enseñado a llamar? –protestó la chica.

–Pero mi… –se detuvo ante un gesto cortante de ella. Desde luego no cabía duda sobre quién estaba al mando.

Rutko sacó algo de su mochila en el mismo momento en que llegaban media docena de guardas más.

–Es un agente, un espía –levantó unos jirones. Los restos de mi traje.

La chica se giró hacia mí.

–Venías a espiar a mi madre, ¿no es cierto? –se acercó. Incluso a través del plástico podía oler su intenso perfume.

–El traje es de fabricación Kilmana –observó Rutko–, pero apostaría mi vida a que viene de Maj Taled.

–No apuestes la vida tan fácilmente, Rutko. Haz algo por mí, anda. Sácalo del plexividrio, creo que se va a ahogar.

El jefe hizo un gesto a otro guarda, que puso un arma contra mis costillas y disparó. Sentí un chispazo en la piel. La lámina que me envolvía estalló en mil pedazos que tintinearon por el suelo. Ahora sí parecían vidrios rotos, como yo había esperado desde el principio.

Mientras trataba de recuperar la respiración, Rutko me enganchó por la axila, levantándome como a un muñeco.

–Me lo llevaré para interrogarlo.

La chica no dejaba de mirarme como a una pieza rara entre las esculturas de la habitación.

–Déjanos solos –ordenó con suavidad al matón.

–Puede ser peligroso –Rutko no estaba feliz–. Podría llevar algo escondido.

–Si tengo algún problema os llamaré.

–No sabemos… –insistió el guarda, pero la muchacha hizo otro de sus gestos cortantes.

–Mi madre lo dejó bien claro, Rutko. En su ausencia soy la cabeza de la casa y debéis obedecerme.

Los guardas aceptaron la declaración sin rechistar. Entonces la chica levantó su dedo índice, recordando algo.

–Los demás visitantes deben creer que ha sido un inofensivo incidente con otro admirador de la Doña, un estudiante que hizo una apuesta temeraria –sonrió traviesa–. Dile a ese especialista de arte que continúe la visita. Es preferible no darle importancia.

–Como deseéis –aceptó Rutko, soltándome para retirarse.

Sus ojos duros como piedras se clavaron en mí antes de marcharse a través de la puerta destrozada.

Gracias a la muchacha estaba libre, por el momento. ¿Por qué lo había hecho? Observé como caminaba de un lado a otro, como si buscara algo.

–¿Te gusta bañarte? –preguntó por sorpresa.

Era imposible adivinar las intenciones que ocultaba su bello rostro, ligeramente infantil.

–Me encanta bañarme. En realidad, lo echo de menos –contesté con sinceridad.

–Mi madre guarda trajes de baño por algún lado.

Salió por la puerta de la derecha dando unos graciosos saltos. Escuché cómo removía en un armario. Era el momento apropiado

para salir a través del agujero que había dejado Rutko, pero no tenía forma de escapar del Palacio volador. Además, la muchacha tardaría menos de un segundo en encontrarme con su omnipantalla. En ese momento, la hija de Arkana regresó con unos calzones cortos.

–Éste debe venirte bien. Es anticuado, pero no hay mucho donde elegir. Puedes cambiarte ahí mismo –señaló la habitación de la que acababa de salir.

Atónito, tomé la prenda y entré. Era un dormitorio, tan grande como la bodega de la Cascanueces. El techo estaba formado por una gran vidriera similar a la del patio. La luz que atravesaba sus vetas azules producía el efecto de caminar bajo el agua. El centro de la lujosa estancia lo ocupaba una cama circular en la que podían dormir fácilmente media docena de gigantes, y sus sábanas estaban revueltas como si lo hubieran hecho. Rodeando al enorme lecho se abría un abanico de armarios y vestidores donde cabían los uniformes de toda la guarnición militar de Maj. En la pared del fondo se alzaba un grandioso espejo, rodeado de focos, y junto a él un surtido de botellines, pulverizadores y aparatos salidos de un quirófano o de un taller de microrobótica.

Esta habitación era evidentemente la alcoba de la Doña. Tenía a mi alcance todos los objetos personales que pudiera desear. Pero si iba a bañarme no podía esconder ninguno conmigo. Tenía que esperar. Envuelto por dulces perfumes femeninos, me quité rápidamente el mono y me metí en los estrechos calzones de baño. Tras cubrirme de nuevo con el mono, me acerqué silenciosamente a la puerta del salón. La chica estaba sentada frente a la omnipantalla. Capté un rostro familiar entre las imágenes que veía: se trataba del mismo vídeo transmitido tras el incidente en Benize, con mi cara en el lugar protagonista. ¡Malditos periodistas! Ahora la hija de Arkana sabía exactamente quién era yo.

Hice un ruido exagerado al traspasar la puerta. La pantalla se apagó inmediatamente.

–¿Dónde vamos a bañarnos? ¿Abajo, en el mar? –pregunté.

–Iba a ir a la piscina, antes de que rompieras la ventana.

–¿Piscina? –no conocía ese término.

–Ahora verás –su sonrisa resultaba sospechosa.

Ninguna de las maravillas del Palacio, ni las fantásticas esculturas, ni las pinturas de luz o las coloreadas vidrieras, me habían preparado para la Piscina. Tras entrar en el elevador

personal de la Doña y bajar con la muchacha hasta a un oscuro espacio interior, temí una trampa. A primera vista nos encontrábamos en una lóbrega y húmeda mazmorra. Pero cuando la chica encendió las luces, oh… Arielderand tenía razón. Los dioses debían haber creado este lugar para recompensar a su favorita, y ahora me tentaban a mí, demostrándome lo que podían ofrecer a aquellos que los complacían. No me atraía el premio de la inmortalidad, pero vivir aquí, junto a esta muchacha… quizás hubiera entregado mi alma por ese precio.

La Piscina era una laguna artificial oculta bajo el Palacio. Las paredes y el suelo que contenían este tesoro estaban recubiertos por un exquisito tapiz de pequeñas losetas de oro y añil. Una cálida luz ambarina emanaba de globos estratégicamente colocados, unos colgados del techo, otros sobre puntales al borde del agua, y algunos más sumergidos en la propia piscina. La luz ocre de los globos hacía que las losetas doradas brillaran sobre el azul marino como alhajas en una alfombra mágica. Por si fuera poco, ese paisaje enjoyado se reflejaba en el quieto espejo del agua, duplicando así el prodigio.

Me aproximé al agua con la reverencia reservada a un lugar sagrado, descubriendo en el fondo un entramado de cenefas geométricas que destellaban con un verde sobrenatural. Me puse de cuclillas, tratando de discernir si lo que me rodeaba era real o había sido transportado a la dimensión donde moraban los mismos dioses.

–Es bonita, ¿verdad? –dijo la chica, acercándose.

Comprendí por qué Arielderand había rechazado un rato antes ese adjetivo. 'Bonita' no describía ni de lejos a la Piscina, y 'sublime' era otra forma de intentar expresar lo inexpresable. No había ninguna forma de transmitir la experiencia a través del lenguaje. La única manera era estar allí.

Cuando la chica abandonó su pudor para quitarse la bata, vi su perfecta figura resaltada por el más tenue de los bañadores, y supe que no podría decir nada durante un buen rato, que no *debía* decir nada si quería salvaguardar la magia del momento. Me limité a quitarme el mono y seguirla dentro del agua, rodeados los dos por reflejos de luz dorada y profundidades azules. Dejé que mi cuerpo se hundiera por un momento como hacía en el mar de Dercanlea, sintiendo mi ingravidez y rezando en silencio para que nada de esto desapareciera. Regresé a la superficie sin llegar a tocar el fondo y nadé hasta el otro lado como una nave viajando entre estrellas amarillentas, sintiéndome libre y dichoso. La chica me siguió con facilidad.

–¿Te gusta? –preguntó, recogiendo su melena rojiza.

Asentí lentamente.

–No pensé que algo así podía existir.

Ella sonrió, alzando sus brazos sobre el borde, bañando su piel en la luz cobriza.

–Es mi lugar favorito. Creo que solo vengo al Palacio para poder bajar aquí.

–No me extraña –dije con sana envidia.

Del rostro de la muchacha había desaparecido la dureza de unos minutos atrás, la altivez con la que había tratado a los guardas. Ahora el agua reflejaba su verdadera edad, como si la magia de la piscina le hubiera devuelto la inocencia.

–¿No vives siempre aquí? –pregunté tras cruzar el agua otra vez.

–Claro que no. Estudio en la Universidad. Este será mi último baño antes de comenzar las clases.

–¿Vas a la Universidad Central?

–Sí, segundo año de Gestión Empresarial. Mi madre se empeñó, para que la ayude con sus negocios.

Quería preguntarle por la Doña, pero lo último que deseaba era incomodarla, que se rompiera el tenue hilo que me sujetaba a una fantasía convertida en realidad, así que me limité a asentir con interés.

–Se supone que un día manejaré el gran imperio –dijo sin entusiasmo–. Pero creo que me moriré de aburrimiento si tengo que pasar mi vida con esa gente: proveedores, comerciantes, espías industriales, embajadores, políticos.

–Pero nadie sabe que existes –me arriesgué.

–Unos pocos lo saben. Mi madre tenía que tranquilizarlos respecto al futuro del negocio. Ahora tú también lo sabes. Ella te tiraría al mar si se enterara, o te borraría la memoria. Seguramente las dos cosas –sonrió.

Me miró con una sombra de desconfianza.

–Por eso te enviaron, ¿no? Para averiguar sus secretos.

Maldición. Había metido la nariz demasiado pronto.

–Solo soy un aprendiz de agente en la escuela de Inteligencia de Maj Taled. Esta misión era mi examen final, aunque lo cierto es que no sé para qué me enviaron –exageré la chispa de verdad–. Supongo que querían saber si tu madre estaba aquí.

–Un aprendiz –dijo tras evaluarme un momento–. Eso es cierto. Un verdadero espía no hubiera sido tan torpe.

Ella rio. Tenía razón. Mi actuación había sido ridícula.

–Ni siquiera yo podría decirte mucho sobre la Doña –confesó–. No me dijo dónde iba ni por qué. Mi madre hace lo que le place, sin más.

Observé su enérgica boca marcando las palabras. No podía negarlo. Ella también estaba acostumbrada a hacer lo que quería.

–Ha sido agradable estar aquí –abrió los ojos marrones, absorbiendo una última bocanada de la belleza que nos rodeaba–, pero ahora volveré al campus. Es más divertido que este mausoleo.

–Y cuando seas la Doña Darrensin, ¿también te esconderás?

Los ojos se giraron hacia mí con asombro. Pensé que la había ofendido, pero simplemente bajó la mirada. Tardó unos instantes en responder.

–No sé. Seguramente es mejor que nadie me conozca, poder salir a la calle y viajar sin que me molesten. Quizás me vaya muy lejos, a otros sistemas.

Nadamos un rato más. Disfruté cada sensación como si fuera la última vez, pues temía que nunca regresaría a la Piscina, ni tampoco volvería a ver a la chica. Me había impresionado su seguridad y su independencia. Se desenvolvía con tanta naturalidad, elegancia y soltura que cautivaba tan solo con su movimiento. La observé de nuevo mientras salía del agua, impulsada por brazos finos y fuertes.

–Por cierto, me llamo Numa. El apellido depende de la ocasión.

Ella había visto en la omnipantalla quién era yo, así que no perdía nada con decirle la verdad.

–Mi nombre es Nadiroz Glemen, pero todos me llaman Nadir.

Ojeé la biblioteca de la Doña, repasando las hileras de antiguos volúmenes, disfrutando de su olor y su tacto. No había visto ningún libro en papel desde mi trabajo junto al viejo profesor Birker en la biblioteca de Vikatee. Estos tomos almacenados en las habitaciones de la Doña debían ser parte de la colección de arte del Palacio, reliquias de los tiempos pasados. Muchos estaban escritos en idiomas desconocidos para mí. Una sección contenía tratados de economía, comercio y finanzas en lengua común, y otra aún mayor se dedicaba a temas de química, biología y fisiología. Supuse que la selección tenía que ver con el trabajo de Arkana en la industria estética. El resto de volúmenes resultaron ser obras de ficción, tan antiguas que sus folios estaban envueltos individualmente en fundas plásticas. Sus títulos eran terriblemente dramáticos, como “Cumbres

borrascosas", "Orgullo y prejuicio" o "Amor en los tiempos del cólera".

Mientras yo admiraba la biblioteca, Numa estaba sentada frente a su pantalla. Me había dicho que necesitaba unos minutos para organizar su regreso al campus. Observándola de reojo, me pregunté cuáles eran mis alternativas. No sentía lealtad hacia Ahura Masda. Quizás fueran menos crueles que los Angra Mainyu, pero sus escrúpulos no les impedían manipularnos en su absurdo Juego. Me había alistado en la Academia para salvar mi vida, soñando con encontrar a mi padre y vengarme de alguna forma de los dioses Fravashi. Sin embargo, con el paso de los años veía claro que mis deseos no tenían ninguna posibilidad de cumplirse. Esta loca visita a Habesport podía ser mi oportunidad para escapar, para comenzar una vida normal con una identidad diferente. Quizás la hija de Arkana Darrensin podía arreglar mi matrícula real en la Universidad Central, y yo me encargaría de que Nadir Glemen y Rajis Sademli desaparecieran en un lamentable accidente.

–¿Has encontrado algo interesante? –llegó Numa, con una sencilla camisa y unos pantalones que cubrían sus tatuajes de fuego.

–Una vez trabajé en una biblioteca –respondí, deslizando la mano por los lomos rugosos–. Me traen recuerdos.

–¿En serio? ¿Trabajaste con libros antiguos? ¿Dónde?

Numa ya sabía que yo era el chico que había luchado contra los hrtar, el que había caído de la ciudad voladora. Pero debía ocultarle la información sobre las esferas. El conocimiento prohibido podía ponernos en peligro a los dos.

–En mi ciudad se conservaban algunos volúmenes –respondí con cautela–, copiados en papiros. Desde luego tu madre tiene una colección magnífica.

–Dice que algunos datan de la Vieja Tierra –añadió Numa, rozando también los volúmenes.

–La Vieja Tierra –repetí maravillado, recordando la estatua de los amantes.

–El planeta originario. Las leyendas cuentan que fue destruido, pero no creo que un planeta entero pueda desaparecer.

Observé los libros todavía con mayor admiración.

–Entonces son muy valiosos.

Como había hecho otras veces en el pasado, me pregunté por la biblioteca de Vikatee. ¿Es que los Gayoma Retan, sus constructores, eran aficionados a coleccionar antiguos libros? ¿Por qué los habían dejado en un húmedo sótano a cargo de viejos bibliotecarios?

–Es hora de que te marches –dijo Numa con suave tristeza.

Mi corazón se vino abajo. Había esperado la oportunidad de proponerle un plan, pero su despedida era tajante. Sin embargo, me sorprendía que me dejara marchar sin más. Rutko no iba a estar de acuerdo. Pero Numa era la jefa, eso había quedado claro.

–No hablaré a nadie de ti –le dije.

–No prometas lo que no puedes cumplir, Nadir. Te meterás en problemas si les ocultas información.

–Pero no diré tu nombre.

–Juzga por ti mismo cuando llegue el momento –dijo ella.

Entonces sus facciones dibujaron una expresión enigmática.

–Sin embargo, aunque no vayas a guardar mis secretos, sí te voy a pedir que guardes otra cosa –continuó.

Ah. Tenía que pagar un precio.

–Mi madre siempre ha tenido extrañas mascotas en la residencia. Cuando regresé, la mayoría parecía haberse marchado con ella. Pero aún quedaba una.

La miré sin comprender. ¿Quería que eliminara un animalito indeseable? No es que fuera un tarea agradable, pero tampoco era un precio muy alto por mi libertad.

–Ven, ayúdame a encontrarla –cogió de repente mi mano.

Me llevó hasta el dormitorio de la gran cama redonda.

–Kyobi, chica lista, ¿dónde estás? –llamó hacia los vestidores.

Si el animal estaba dentro de los inmensos armarios nunca lo encontraríamos, pensé.

–¿Cómo es? –necesitaba alguna pista para la caza.

–Tiene un palmo de altura –extendió su mano–, pero cuando se enfada se hace una bola y es difícil verla. Tenemos que conseguir que haga algún ruido.

Los agentes deben estar preparados para cualquier misión, por temeraria que sea, me dije con resignación.

–¡Kyobi! –llamé–. Ven aquí, preciosa. Tengo una cosa para ti.

Numa me miró, frunciendo una fina ceja. Me encogí de hombros y seguí alrededor de la cama. Por alguna razón pensé en los daelacantos y recordé los silbidos que utilizábamos para comunicarnos con ellos. Los animales pequeños eran sensibles a los sonidos agudos. Silbé con suavidad, modulando el tono lentamente, luego más rápido. Mis gorgoritos no hubieran atraído a ningún monstruo marino, pero no se me ocurría otra cosa. Continué silbando y gritando el nombre de la pequeña Kyobi, sintiéndome

cada vez más ridículo.

Entonces oí un eco de mi llamada. Venía de un armario.

–Está ahí –señalé a Numa.

Abrí la puerta corredera, en guardia contra posibles garras y dientes. Una de las pilas de ropa se movía.

–Kyobi, ¿por qué te escondes? Es un chico inofensivo.

Numa levantó la ropa, descubriendo a la criatura. Como ella había dicho, el animal había formado una bola, plegando sus patas en el espacio de una ciruela.

–Anda, sal y te presentaré a Nadir –Numa alargó sus manos.

La chica confortó entre sus dedos a la criatura y luego la levantó entre sus manos. El animal se desplegó, extendiendo sus finos apéndices. No se trataba de una criatura peluda y suave, sino más bien de un insecto humanoide. No, tampoco era un insecto. Al ver sus articulaciones comprendí que se trataba de una pequeña máquina. La mascota de Arkana Darrensin era un frágil robot femenino. Sus miembros y su torso imitaban los de una muñeca, pero en lugar de rostro su cabeza tenía una lente panorámica.

–Salúdala –me indicó Numa.

–Hola, Kyobi –le hablé en el tono que mi hermana Mian usaba con sus muñecas–. Me llamo Nadir.

–Bee-pip –respondió la cosa.

–¿Significa algo? –pregunté a Numa.

–Ahora Kyobi ya te reconoce –explicó, acariciando la criatura–. Es fácil saber cuándo está contenta o quiere algo. Es una chica muy lista, pero no la programaron para comunicarse en nuestro idioma.

–¿Por qué no?

–Pues porque las mascotas no hablan.

–Claro.

–Como te decía antes, Kyobi se aburrirá aquí sola en el Palacio, y yo no puedo llevármela al campus. Así que he pensado que tú…

–¿Quieres que la lleve conmigo?

–A menos que prefieras quedarte aquí a cuidarla con Rutko.

–Me la llevaré –la elección era obvia. Tendría tiempo para deshacerme del robot cuando estuviera fuera.

–Es fácil de cuidar. Solo tienes que ponerla cerca de una toma de energía de vez en cuando.

–Pero, ¿por qué no la apagas? Es solo…

–¡Nadir! –Numa me miró como si fuera a desintegrarme con sus

ojos pálidos.

–Bueno, no sé qué dirán en el asteroide.

–Es pequeña. Puedes ocultarla. Si la descubren pensarán que es un aparato de espionaje y la desmontarán. Pobrecilla. Además, la necesitaremos para mantenernos en contacto.

"Mantenernos en contacto". Sonaba bien.

–¿Cómo?

–Te he dicho que es muy lista. Si la pones junto a tu comunicador y le dices que me envíe un mensaje, lo hará.

–¿Y tú podrás contestar?

–Pues claro, a través de Kyobi.

La robot respondió a su nombre lanzando otro pitido.

Una mascota como transmisora de mensajes. No parecía muy prometedor. Difícilmente iba a tener potencia suficiente para enviar señales desde el asteroide, y resultaba peligroso ocultarla en la Academia. Pero era la única opción para volver a ver a Numa.

–De acuerdo, me quedaré con ella hasta que tu madre regrese. Pero no puede andar por ahí haciendo esos ruidos, la descubrirán.

–Por aquí debe estar su cubierta –Numa rebuscó por los cajones del tocador, sujetando a Kyobi con una mano.

Qué locura. Esconder una inútil mascota en Maj Taled. Y no podía presentarla como 'objeto personal' de la Doña… ¡Había olvidado mi misión! Tenía que coger algo del dormitorio antes de marcharme, cualquier cosa que Arkana Darrensin hubiera usado. Miré alrededor mientras Numa seguía abriendo y cerrando cajones. Junto al espejo estaban los extraños aparatos que había visto antes, rodeados de recipientes con perfumes y otras pociones, seguramente productos del imperio cosmético Darrensin. Escogí entre ellos un pequeño frasco anaranjado que cabía en mi puño y lo guardé en un bolsillo del mono.

–Ajá, lo encontré –se giró Numa en ese mismo instante.

Levantó una bola metálica en una mano. Al girar su ecuador, la esfera se abrió como un molusco de la Laguna.

–Salta dentro, Kyobi –ordenó Numa.

La robot entró en la cápsula, plegando sus largas patas. Numa cerró la tapa. El bicho estaba atrapado en el interior.

–¿Lo ves? Nadie sospechará de esta pelotita.

–Diré que es un recuerdo de mi primera misión –fanfarroneé.

Tomé con cuidado la bola, sopesándola, y la metí en otro bolsillo del mono, sintiendo una ligera vibración.

–Prométeme que la dejarás salir y le hablarás todos los días –dijo Numa con un mohín en sus labios.

–¿De qué voy a hablarle?

–De cualquier cosa. Es muy curiosa. No te preocupes, ella misma se entretendrá por ahí.

–¿Por ahí? Espero que no se escape.

–Hará lo que tú le digas, tonto. Por ejemplo, dile: "Kyobi, no salgas de aquí hasta que yo vuelva". Lo entiende todo.

Mis cejas se alzaron con incredulidad. Entonces sonó un golpe seco en la puerta de entrada, o mejor, en el marco que quedaba en pie.

–Adelante, Rutko –ordenó Numa, cambiando de tono.

–¿Me has llamado? –dijo el guarda, mirándome de soslayo.

–Lleva a nuestro visitante con su grupo y consíguele un traje nuevo. Cualquier cosa que no sea ese mono ridículo.

Sin previo aviso, Numa se acercó a mí y me besó en la mejilla, apenas rozando mi boca con un rastro húmedo y perfumado.

–Ah, Rutko –se dirigió otra vez al esbirro–. El chico lleva a Kyobi. Se la he dado yo.

–Comprendido.

–El frasco de perfume de su bolsillo también puede llevárselo.

No pude evitar ruborizarme, tanto por su cariñoso beso como por haber sido pillado en falta.

–Y manda arreglar la maldita puerta.

Rutko asintió levemente. Numa me observó con una pérfida sonrisa, avergonzándome aún más.

–Tienes mucho que aprender, Nadir. Tendremos que volver a vernos –añadió antes de darse la vuelta.

Y así me dejó, caminando con gracia felina hacia el dormitorio. Con la miel aún cerca de mis labios, acompañé a Rutko hacia la salida, aferrándome a las últimas sensaciones, a los minutos que había vivido en compañía de Numa, al mismo tiempo eternos y demasiado breves. Como el propio Palacio, seguí adelante flotando entre nubes.

VII

Dormí durante el viaje de vuelta en el transexpreso. Estaba exhausto tras las correrías por el Palacio, el baño en la Piscina y el cambio de horario. Mis sueños se fundieron con los recuerdos de Numa, con abrazos bañados en el fluido sin gravedad que formaba mis fantasías. Me desperté sobresaltado cuando el vehículo tocó la superficie, pero cerré los ojos de nuevo al entrar en la oscuridad del túnel, librándome así de las miradas curiosas de mis compañeros.

Salí del transexpreso cuando los demás ya se alejaban. Estaba atardeciendo sobre los edificios del campus. Habían pasado solo unas horas desde esta mañana pero, tal como Arielderand había advertido, no era el mismo Nadir que había salido de la Universidad Central.

El vehículo se marchó, dejándome solo en la parada.

–¡Caballero Sademli! –escuché a mi espalda.

Arielderand, nuestro andrógino guía, se acercaba hacia mí con su eterna mueca de desdén. Por todos los dioses, maldije mi suerte, esto aún no se había acabado.

–¿Dónde va usted con tanta prisa? –preguntó.

–A mi residencia. Estoy muy cansado.

–Lo imagino. Ha sido un día emocionante, especialmente para ti.

–Pues sí.

Temí que quisiera sonsacarme sobre lo que había pasado.

–¿Tienes hambre?

¿Era el agotamiento o su voz había cambiado de tono? Ahora sonaba claramente masculina.

–Vamos por allí, hay un buen sitio.

El experto en arte indicó una zona comercial con anuncios luminosos. No cabía duda. Su voz y sus gestos habían cambiado. Obviando su pelo y su maquillaje, parecía ahora un tipo bastante normal. Escogió un restaurante de aspecto elegante, conduciéndome hasta una mesa situada al fondo. Le pedí que pidiera por mí, pues no me sentía con fuerzas para descifrar la carta.

Tras seleccionar unos platos, Arielderand sacó un localizador de su bolsillo y lo dejó frente a mí con una floritura.

–Tu billete de regreso –dijo con naturalidad–. El transexpreso hacia el espaciopuerto sale a las ocho y media de la mañana.

Parpadeé varias veces hasta que conseguí entender lo que pasaba. Los malditos Fravashi y sus malditos agentes de la Alianza. Nadie era quien parecía ser. Incluso un insoportable experto en arte podía ser un operativo camuflado.

–No entiendo –dije furioso–. ¿Por qué me enviaron a mí, si tú ya estabas en el Palacio?

–Puedo moverme por el recinto y la colección de arte, pero únicamente la guardia es capaz de entrar en las habitaciones. Créeme, nunca he visto a la Doña, o quien sea que vive ahí dentro. Tiene sus propios accesos.

–¿Por qué me dejaste ir solo? Los guardias casi me matan.

A pesar de los discursos de Frinrod sobre mi seguridad, lo cierto es que habían preferido sacrificarme a mí antes que a Arielderand. Y había escapado por muy poco.

–Fuiste tú el que te saltaste todo el plan –rio el agente–. Había preparado una distracción para que subieras por la escalera después de la comida.

–Podías haberme avisado.

–Para tu tranquilidad, los proyectiles de los guardas son solo tranquilizantes. Además, hubiera intervenido en caso de emergencia.

–¿De verdad? Bueno, al menos he conseguido…

–No me cuentes nada. Ya me dirán lo que necesite saber.

Había olvidado. Alguien podía estar escuchando. Además, ni siquiera podía estar seguro de que Arielderand trabajara para Ahura. Otro punto negativo en el examen.

En algo no me había engañado el supuesto agente. La comida resultó ser estupenda. Me sentí mejor tras saciar el hambre. Al fin y al cabo, había sobrevivido a la odisea de la visita, cumplido con mi peligrosa misión y descubierto las insospechadas maravillas ocultas en el Palacio Xandu.

–¿Qué tal el trabajo? –pregunté a Arielderand, más animado.

–Resulta duro tener que caracterizarme cada día, aprender historia del arte y al mismo tiempo mantener mi sofisticado estilo –rio–. En fin, hay que tomárselo como una representación teatral, como un juego.

–Supongo que sí –me pregunté si la mención al juego era casual.

–Lo peor es que a veces uno ya no sabe quién es realmente –

apuró la copa de licor que había pedido como postre.

Tras un rato más de charla nos despedimos en la puerta del local. Mientras caminaba hacia la residencia me pregunté si volvería a verlo, y si sería aún Arielderand o estaría disfrazado de otro personaje estrafalario. No tenía forma de saber cuáles eran los próximos movimientos de las piezas.

El regreso a Maj transcurrió frente a mí como una película en la que me costaba participar, flotando todavía en el recuerdo del Palacio Xandu, en la piscina con Numa, en su beso de despedida. Tan ensimismado estaba que estuve a punto de equivocarme en el transbordo desde la base orbital. Por suerte la máquina que verificaba los localizadores me advirtió de mi error, indicándome el carguero que me llevaría al asteroide. Pasé las largas horas en el transporte distraído con mis ensueños y con el primitivo comunicador de mi asiento. Pero no encontré ninguna información sobre Numa. No sabía con qué apellido se ocultaba, y tampoco tenía una imagen que pudiera utilizar para rastrearla, ni una pista concreta que me ayudara. Creo que si el asiento no me hubiera ofrecido comida de vez en cuando, hubiera sobrevivido todo el viaje alimentándome únicamente con mi obsesión por ella. ¿Era esto el amor? No dejaba de imaginarla allí mismo, dando ágiles saltos por el pasillo. Escuchaba su risa despreocupada y sus enérgicas órdenes a los guardas, que resultaban ser solo mensajes en la megafonía de la nave.

Los últimos visos de fantasía se esfumaron cuando oí la señal de aproximación a Maj. Asomé la nariz por la rendija de observación para ver la masa carcomida del gran asteroide, repujada con miles de luces. El carguero rodeó los cuatro lóbulos de la gran roca, restos de la antigua explotación minera transformados en instalaciones civiles y militares. La Universidad y la Academia Militar se situaban en la corona ecuatorial, donde la gravedad de la rotación artificial nos hacía la vida más cómoda, mientras que los equipos pesados y las naves se alojaban en el eje central y los polos.

Mi primera preocupación al llegar fue cómo esconder a Kyobi y ocultar el frasco de perfume. No tuve problema para pasar el registro de entrada en la terminal civil. Les extrañó que no tuviera mi identificación conmigo, pero me dejaron pasar al comprobar mis datos biométricos. Volvía a ser Nadir Glemen.

–Le esperan en la Academia –me advirtió en tono rutinario la mujer que operaba el escáner.

¿Dónde podía ocultar la bola del robot? Tenía mi armario de cadete, donde guardaba el puskoru aparentemente inservible y mi vieja espada de Dercanlea. La fuente de energía del arma se había agotado hace años y no resultaba muy útil en un mundo de rayos, cañones de plasma y misiles autodirigidos. En cualquier caso no podía esconder a Kyobi en el armario. Si lo descubrían allí no tendría forma de eludir mi responsabilidad.

–¡Glemen, estás vivo! Me gusta tu modelito –bromeó el cabo de guardia al entrar en la sección de la Academia–. Por cierto, será mejor que te presentes inmediatamente a tu supervisora –añadió más serio–. Te está esperando.

–Lo sé, pero voy a cambiarme antes –sonreí con desgana.

Entré en los dormitorios, confuso de nuevo por el cambio de horario. El reloj de la entrada marcaba la hora décima, pero ninguno de los demás cadetes estaba allí. Pensé que estarían asistiendo a algún evento relacionado con la graduación, pero cuando vi que la mayoría de sus bolsas había desaparecido también sospeché que se habían largado de permiso. ¿Cuántos de ellos habían pasado las pruebas? Realmente no me importaba.

Me cambié rápidamente y salí con el perfume y la bola de Kyobi en mi bolsa de deporte. Como sospechaba, el área de entrenamiento también estaba desierta, así que escogí una taquilla libre en el rincón más alejado del vestuario y guardé allí a Kyobi. Luego tomé la llave y la lancé sobre los armarios, donde nadie la vería. En los vestuarios no había cámaras. Salí del gimnasio tan silenciosamente como había entrado y traté de prepararme mentalmente para la entrevista.

–Su declaración será grabada y analizada –informó el sargento. Una forma cortés de advertirme que podían detectar mis mentiras.

Al poco rato entraron el instructor Rogens y Tantram, la profesora de operaciones. La rígida mueca de exigencia en sus rostros nunca cambiaba. La Academia imprimía esa marca en todos ellos. Se sentaron frente a mí, callados durante un tiempo interminable mientras consultaban las pantallas donde sin duda aparecía el informe de mi misión.

–Esperamos a la Sardar Genin –dijo finalmente la profesora Tantram, detectando mi inquietud.

¿La jefa de Inteligencia venía a la evaluación? Rogué por que no apareciera también el Fantasma a través de las paredes. No podría resistir su helada mirada en un interrogatorio.

Un minuto más tarde apareció Genin, saludando marcialmente antes de sentarse y desplegar su propia pantalla.

–Cadete Nadiroz Glemen –leyó–. Prueba final de graduación para la promoción ciento ochenta y siete. Comienza la revisión oficial. Por favor, firmen su presencia.

A su señal, Rogers y Tantram hicieron algo en sus pantallas. Una luz parpadeó sobre la mesa. La grabación había comenzado.

–Bien, cadete, esperamos su informe –la Sardar me miró inexpresiva.

Describí lo sucedido desde mi aterrizaje en el páramo de Habesport, sin mencionar los difíciles momentos que había pasado durante el descenso, ni mis emociones al encontrarme sobre la superficie de un planeta. Nada de impresiones subjetivas. Conté cómo el traje me había guiado hasta la plaza de la Universidad, y cómo había establecido contacto con la vieja mujer de la tienda.

–Supuse que se trataba de una respuesta hipnótica –expliqué al recordar el involuntario intercambio de frases.

–Sus suposiciones no importan ahora, cadete –me cortó Rogens.

–Siga –indicó Genin.

Enumeré el material que había recibido en la bolsa y relaté mis averiguaciones sobre la Doña Darrensin, incluyendo el hecho de que Arkana había estudiado aquí en Maj Taled. La profesora Tantram levantó una ceja y frunció sus labios.

–¿No le pareció peligroso acceder a esa información desde un terminal que no era seguro? Podría haber alertado al objetivo.

No se me había ocurrido.

–Bueno, el comunicador fue suministrado por mi contacto. Además, pensé que no resultaría extraño que un estudiante buscara información sobre la benefactora de la Universidad, sobre todo si iba a visitar su Palacio al día siguiente.

–Bien, continúe –dijo Tantram, aparentemente satisfecha.

Hablé entonces de las instrucciones transmitidas por el muchacho de la parada a través de mi implante craneal, y de cómo el viaje en transexpreso había culminado con mi descubrimiento del Palacio Xandu colgando en la atmósfera. Los examinadores me escuchaban interesados, lo que me animó a comentarles mi angustia por la inspección de los guardas de seguridad, sobre todo cuando Rutko había sospechado del refuerzo óseo de mi brazo. Luego resumí la visita dirigida por Arielderand, hasta el momento en que había decidido buscar las habitaciones de la Doña tras intuir su localización desde el patio.

–¿Por qué te arriesgaste? –preguntó Genin. No supe si se refería a mi seguridad personal o a la misión.

–Estaban distraídos con la comida. Me pareció el momento adecuado. Pero no sabía nada de los guardas en las terrazas, y cuando comenzaron a disparar…

–¿Te dispararon? –exclamó Rogens sorprendido.

¿Debía confesar que los proyectiles eran solo tranquilizantes?

–No nos adelantemos –protestó Genin, mirando a Rogens de soslayo–. Siga en orden cronológico, cadete. Estamos evaluando su capacidad para tomar decisiones.

Asentí, tragando saliva. Conté cómo había salido del baño y subido por el elevador hasta la terraza, viéndome descubierto por el guarda que patrullaba en el tejado. Entonces relaté cómo había huido temerariamente, deslizándome por la fachada.

–¿Podemos ver el sónar? –interrumpió Rogens.

–Sí, será mejor –concedió la Sardar.

El sargento, que había permanecido callado al fondo, se acercó arrastrando un carrito del que sobresalía un estrecho cono. Lo colocó junto a mi brazo.

–No se mueva –gruñó.

–Vamos a las 44:13 –pidió Genin, consultando su pantalla.

El sargento operó los controles del carrito y sobre la mesa se materializó una reconstrucción tridimensional del Palacio. Distinguí las figuras de los que comían en el patio y las formas ondulantes de los muros que nos rodeaban. Rutko había tenido razón después de todo. El implante de mi brazo contenía un dispositivo de espionaje.

Sobre la mesa, como en un sueño, el esqueleto tridimensional del Palacio comenzó a moverse.

–Te levantas de la mesa –interpretó Rogens.

Aunque el holograma permanecía en el mismo lugar, la vista iba cambiando mientras subía por el elevador, salía a la terraza, huía de los disparos y me dejaba caer por la cornisa. Los profesores seguían con perplejidad los movimientos, hasta que finalmente la espectral escena dio un brusco giro y luego se estabilizó.

–Salté a través del mirador para escapar de las balas –expliqué.

Se podía ver ahora el interior de las lujosas habitaciones y la figura de Numa envuelta en su bata, acercándose. Mi pulso se aceleró recordando el momento, la primera vez que la había visto. El holograma mostraba solo una concha vacía y borrosa, una pobre imitación de la muchacha.

A un gesto de Genin, el sargento detuvo la grabación.

–¿Es ella? –preguntó la profesora Tantram, nerviosa.

–No lleguen a conclusiones precipitadas –la reprendió Genin–. Prosiga su explicación, cadete Glemen.

¿Qué podía hacer? Deseaba con todas mis fuerzas que Numa continuara oculta a las perversas miradas de los Fravashi, fuera de sus sucios juegos. La razón por la que Arkana la había ocultado con tanto cuidado era obvia. Si ella misma había sido una agente –esa era mi sospecha–, sabía muy bien que Ahura Masda y sus enemigos eran implacables. Había querido librar a su hija de esa carga, y yo había echado todo a perder entrando en su refugio. ¿Engañaría a los examinadores si les decía que la figura era la propia Doña? No era probable. Detectarían la mentira en el análisis de las grabaciones. Numa me lo había advertido. Sabía que el secreto de su existencia desaparecería cuando yo volviera. Pero le había prometido preservar su nombre. No revelaría más que lo que fuera estrictamente necesario. No daría pistas que les condujeran a ella.

–¿Quién era esa mujer, cadete? –insistió Tantram. Los tres me observaban expectantes.

El sargento amplió la imagen tridimensional de Numa hasta el tamaño natural. Entre las borrosas líneas de luz no era posible distinguir sus finos rasgos, ni examinar el contraste entre la melena rosada y la suave piel morena.

–Me dijo que era hija de la Doña Darrensin –respondí por fin.

La frialdad de mis examinadores se convirtió en mudo asombro.

–No puede ser –Tantram fue la primera que consiguió hablar, mirando a la Sardar–. No tenemos información de…

–¿Qué más dijo, cadete? –intervino Rogens, intentando mantener la compostura.

Si me hacían esas preguntas era porque la grabación del implante no incluía el sonido. Me alegraba de que nuestras conversaciones quedaran entre Numa y yo. Pero los analizadores aún podían detectar si les ocultaba información. Traté de conservar mi aplomo.

–Me contó que su madre, la Doña, se había marchado unos meses atrás de la residencia, pero no sabía dónde estaba, ni por qué razón se había ido. Al menos, eso fue lo que me dijo.

Los tres evaluadores cuchichearon entre ellos y tomaron notas. Genin dio instrucciones al sargento para que continuara con la grabación, acelerándola en unos tramos y frenándola en otros. Fue extraño revivir de esa forma los minutos pasados junto a Numa: la irrupción de la guardia, el baño en la piscina, la charla junto a la

biblioteca y la búsqueda de Kyobi por el dormitorio. Esta última resultaba una escena surrealista, pues la mascota apenas se apreciaba en el holograma.

–¿Qué hacíais? –interrumpió Genin, frotándose los ojos. Debía estar tan mareada como yo con los movimientos de la imagen.

–La ayudé a buscar una muñeca.

–¿Un juguete?

–Una mascota robot. Se había escondido en el armario.

–¿Por qué la muchacha no te entregó a los guardas? –el rostro de Rogens mostraba su extrañeza.

–No sé. La chica los trataba como si fueran sus sirvientes. Les ordenó que me dejaran en paz.

Perplejos, los examinadores siguieron tomando notas. Tantram y Rogens se miraron, esperando que fuera el otro quien rompiera el silencio, pero fue Genin la que finalmente habló.

–¿Piensas que creyó la historia de que te habías perdido?

No debían saber que Numa había averiguado mi identidad como cadete, y mucho menos que yo se la había confirmado.

–Creo que esa muchacha se aburría en el Palacio y le divirtió que un extraño apareciera en su habitación –esto bien podía ser cierto–. Le apetecía un poco de compañía, así que la entretuve hablándole de mis supuestos estudios de Arte y quedamos en…

Llevado por el entusiasmo casi les había revelado que Numa estudiaba en la Universidad Central. Tenía que desviar su atención hacia otra cosa. Saqué el frasco de perfume anaranjado de mi bolsillo y lo coloqué sobre la mesa, en medio del holograma.

–Siguiendo las instrucciones, tomé esto del tocador de su madre.

Los ojos de los tres se cruzaron en el pequeño botellín como si fuera un objeto sagrado. La Sardar hizo un gesto al sargento, que lo metió en una bolsita transparente. A partir de ese momento Genin cumplió precipitadamente con el resto de trámites, como si tuviera otra reunión más importante. Escribió algo más en su terminal, hizo un gesto de asentimiento a Tantram y Rogens, y me avisó de que más adelante quizás me hicieran una prueba para sacar de mi cabeza un retrato-robot de la chica.

–Puedes marcharte –se levantó bruscamente.

–¿He aprobado… señora? –pregunté con mis mejores maneras.

–La notificación oficial se hará pronto, quizás hoy mismo.

Había hablado sin mirarme, como si pensara en otra cosa. Entonces levantó su rostro y me escudriñó durante un instante.

–Pero puedo decirle una cosa, Glemen. Tiene algo que resulta de gran importancia para un agente, algo que no se adquiere con el mejor entrenamiento del mundo.

–¿Qué? –pregunté extrañado.

–Una suerte increíble –respondió antes de marcharse.

VIII

Tomé el camino de vuelta a los alojamientos. Hubiera debido preocuparme por el resultado de la evaluación y por lo que me pasaría si descubrían lo que Numa sabía. Pero en lugar de ello me refugié de nuevo en mis recuerdos, en la presencia de la hija de la Doña, sus movimientos fluidos, precisos, y su voz cantarina. No paraba de darle vueltas a cómo encontrar una forma de volver a Habesport. Después de todo, mis compañeros habían ido a las playas de Vinegran o a una estación de ocio para celebrar la graduación. Yo también me había ganado un permiso. Tenía derecho a descansar tras pasarme dos años encerrado en Maj. Pero no podía regresar a Habesport como Nadiroz Glemen. Necesitaría una nueva identidad, y solo podía conseguirla con una nueva misión.

Qué crueles eran los dioses. No tenían bastante con meterme en sus juegos de muerte, también me torturaban con un amor imposible. ¿Podría acaso negociar sus favores a cambio de plegarme a sus intereses con las esferas? ¿Llegaba el poder de los Fravashi hasta el corazón de una joven muchacha?

Llegué por puro automatismo hasta el dormitorio. Mi comunicador seguía estando donde lo había dejado, en el cajón. Me senté en el camastro y observé anodinamente los mensajes pendientes. Como me temía, la mayoría de ellos eran bromas de mis compañeros cadetes, enviados tras regresar de sus pruebas. ¿Me había asustado de otra cámara volante? ¿Estaba aún dentro del armario, escondido para evitar salir del asteroide? Qué pandilla de imbéciles. Creían que tenía miedo de un viaje espacial, cuando la mayoría de ellos solo habían pisado las estaciones orbitales donde sus adinerados padres los habían malcriado. En el fondo debían tener envidia de los que veníamos de mundos lejanos. Si esos imbéciles supieran dónde había ido en mi misión y con quién había

estado, aún me envidiarían más. Debería gritárselo a la cara. Pero no quería exponer a Numa, y además revelar esos detalles supondría una falta grave.

En el comunicador había también un mensaje de Jilai. “Ya he vuelto de la prueba. Todo ha ido bien, aunque la entrevista ha sido dura. Ya te contaré. Vamos a Transitan 1 de permiso. Nos vemos allí o al regresar a Maj. Besos”. Me alegró que se hubiera acordado de mí. Necesitaba a alguien con quien liberar las emociones que amenazaban con ahogarme, pero tendría que esperar a que regresara, rodeada por su enjambre de admiradores y las insufribles anécdotas de su estancia en Transitan.

Enrojecido de ira, salí del dormitorio sin rumbo definido. Tras expulsar mi furia saltando por los pasillos, libre de la gravedad de Habesport, pasé junto al complejo deportivo y recordé lo que había dejado en la taquilla. Con todas las preocupaciones que tenía, ¿qué iba a hacer con la inútil mascota? ¡Estúpido de mí! ¿Cómo había podido olvidarlo? Kyobi podía comunicarse con Numa.

La pequeña bola parecía inerte, pero desprendía calor y una sofocada vibración. Al menos no estaba muerta. Giré el cierre magnético, descubriendo las brillantes extremidades de la muñeca.

–¿Kyobi? –la llamé.

–Blit-biit –sonó su voz metálica.

El cuerpecillo articulado saltó por el aire, posándose en mi hombro. Me sobresalté. No estaba acostumbrado a tener bichos andando sobre mi cuerpo, aunque fueran robóticos.

–Pip-pop –me saludó la criatura, mirándome con su único ojo.

–Espera –agarré sus bracitos y la llevé hasta un banco. Sus contoneos femeninos tenían su gracia. Pero el juguete estaba fuera de lugar en una academia militar.

–Bop-pipip-bip-popip –comenzó a parlotear.

–Baja la voz, te van a oír –extendí el dedo índice hacia su ojo–. ¿Qué voy a hacer contigo?

–Boop –contestó lastimera. Sin esperar mi respuesta, saltó al suelo y caminó repiqueteando sobre el pavimento.

–Pero, ¿dónde vas? –la seguí preocupado.

En cuanto alcanzó una terminal de energía se colocó de espaldas a ella. Oí el chasquido del contacto.

–Bib-tit –gorjeó satisfecha.

–Pobrecita, tenías hambre…

La observé durante unos segundos, preguntándome cuánto

tiempo necesitaría para recargarse. Me alegré de que los demás estudiantes estuvieran fuera de la Academia. Hubiera sido difícil explicarles qué hacía en las taquillas con una muñeca robot. Entonces, como si un hado perverso me hubiera espiado el pensamiento, oí pasos por el corredor. Sin tiempo para esconderla, me situé delante de Kyobi.

–¡Nadir! ¡Qué alegría! Estaba preocupado.

El corpulento Tomlin Rudenlo entró en los vestuarios, bamboleándose con sorprendente agilidad. El científico llevaba puesta su eterna bata de laboratorio, medio quemada por radiaciones y sustancias químicas que hubieran sido mortales para cualquier otro.

–¿Cómo has sabido dónde estaba? –le pregunté. Mi amigo no solía venir por la zona de entrenamiento.

–Ya sabes, me entero de todo –sonrió culpable–. Estaba esperando tu regreso.

Siempre me había sorprendido la capacidad de Rudenlo para averiguar lo que pasaba y lo que sucedería en Maj. Si íbamos a realizar un cambio de trayectoria, él me avisaba antes de que se anunciara oficialmente. Cuando un agente llegaba tarde de un permiso en las estaciones de ocio, Tomlin me enviaba un mensaje burlón antes de que la reprimenda se hiciera pública. Sospechaba que el técnico tenía acceso al sistema de comunicaciones militares de la Academia y le gustaba vanagloriarse conmigo de su poder. Así que los dioses no eran los únicos capaces de espiar mis movimientos. Pero Rudenlo no tenía malas intenciones. Simplemente se preocupaba por el otro bicho raro y asocial del asteroide. Si yo desaparecía, ¿quién iba a soportarle sus charlas científicas?

–Estoy vivo –le informé de lo evidente–, pero a duras penas.

–¡Bibop! –el tintineo de Kyobi sonó detrás de mí.

–¿Qué taquiones es eso? –Tomlin se inclinó con curiosidad de ingeniero.

Me aparté para que la viera, pero Kyobi se retiró de la toma de energía, asustada por el hombretón.

–Pip-pap –saltó a un lado.

–Es un amigo –la tranquilicé.

–Vaya monada –rio Tomlin–, una miniaturización excelente… con servos de nanofibras. ¿De dónde la has sacado?

–Una amiga me pidió que la cuidara. Por favor, no se lo cuentes a nadie. No me dejarían tenerla.

–Seguramente no –se rascó la cabeza pelada–. Si quieres puedo guardarla en mi laboratorio, camuflándola en algún experimento.

Era evidente que Tomlin quería echarle un vistazo más de cerca al robot. Su oferta me hubiera librado de la responsabilidad de cuidar la mascota, pero la necesitaba para contactar con Numa.

–Gracias, Tomlin, pero está programada para obedecerme a mí.

–No será difícil reprogramarla –contestó casi ofendido–. Pero si quieres quedártela, por supuesto, es tuya. Haremos una cosa: si alguien la encuentra dile que te la he prestado yo. De esa manera no la confiscarán.

–Vale. Buena idea.

Rudenlo seguía mirando a Kyobi, fascinado. Entonces oímos otro pitido metálico.

–Esta vez he sido yo –Tomlin señaló su comunicador.

El técnico leyó con atención su mensaje.

–Estupendo. Por fin podré enseñarte mis experimentos secretos –levantó la mirada, alegre.

A Rudenlo le gustaba también alardear de la confidencialidad de sus proyectos, jactándose de que el futuro militar de la Alianza y la paz universal dependían de su inspirado trabajo.

–¿Qué pasa? –le pregunté.

–Ya es oficial. Eres agente de inteligencia –apuntó de nuevo a su brazalete–. Lo anunciarán pronto.

Miré como un bobo la pantalla curva sobre el antebrazo peludo de mi amigo. Había pasado el examen final. La noticia me dejó inerte. En lugar de quitarme un peso de encima, me sentía aplastado bajo una losa del tamaño de Maj. Como hubiera dicho el viejo Sidin, ahora era un peón de pleno derecho, preparado para saltar donde me indicara la estrategia de la Alianza y los oscuros mandatos de Ahura Masda. Quizás me lanzaran a la búsqueda de las esferas robadas por los hrtar, o simplemente me enviarían lejos de Taled, donde no me pudiera meter en líos. Lo que era muy improbable es que volvería a Habesport y consiguiera encontrarme con una maravillosa jovencita que estudiaba en su Universidad Central y visitaba ocasionalmente el Palacio Xandu.

Tomlin observaba mi reacción, expectante.

–Pensaba que te alegrarías.

Me pregunté por enésima vez si el aniñado científico conocería el Gran Juego, si además de espiar las comunicaciones de la Academia también sabía acerca de los Fravashi y de sus maquinaciones. Había

querido preguntárselo muchas veces y pedirle ayuda contra la barrera de silencio levantada a mi alrededor, pero temía los oídos invisibles de los dioses. No quería encontrarme de nuevo, como había sucedido en la Cascanueces, con un avatar inexpresivo leyendo una sentencia de muerte para mí y para aquellos a quienes había revelado información prohibida.

–Vamos, Kyobi –llamé a la mascota robot–. Es hora de dormir.

–Ba-bip –aceptó con tristeza, saltando dentro de su cápsula.

–Éste no es un lugar seguro para ella –dijo Tomlin, inspeccionando el vestuario–. Te daré acceso a mi almacén de material, donde guardo las cosas para mis clases.

El técnico jugó con su comunicador.

–Ya lo tienes. Llévala allí y nos veremos después. Creo que tienes más cosas que contarme –arqueó una gruesa ceja.

–De acuerdo.

Tomlin era infantil para algunas cosas, pero no era tonto. Se había dado cuenta de que algo me había pasado en Habesport. Siempre escuchaba pacientemente mis penas. Sin embargo me temía que no tenía mucha experiencia en cuestión de amores imposibles con ricas herederas.

El almacén de Rudenlo era un cuartucho. Sus materiales didácticos –componentes ópticos, micromáquinas y reactivos químicos– estaban dispuestos en cajones que se abrían con un simple empujón. Busqué uno que no estuviera muy lleno, ni muy vacío, para guardar la cápsula de Kyobi. Al abrir su bola, la criatura saltó sobre mis manos.

–¿Blip? –preguntó con evidente alegría.

–No, Kyobi. Solo quería explicarte que debes quedarte aquí, sin salir del cajón.

Suponía que el robot no podía abrir su cápsula desde dentro, pero al menos tenía derecho a saber lo que le esperaba.

–Tut-tut –oí un pitido en mi comunicador.

Kyobi señaló insistentemente mi brazalete con su brazo cromado. ¿Qué sería? Tenía desactivados los molestos avisos sonoros. Vaya. Había recibido una solicitud de acceso urgente con la identificación “K4031”. ¿Podía tratarse de Rudenlo?

–Blip-pip –Kyobi apuntó a su único ojo.

–¿Has enviado tú la petición? ¿Eres K4031?

No pude evitar una carcajada. K4031 se parecía a KYOBI. ¿Por

qué quería la mascota conectarse a mi brazalete? ¡Claro! La robot no necesitaba potencia para emitir a distancia. Enviaba mensajes a través de otros sistemas de comunicación.

Después de aceptar la solicitud me di cuenta de que había violado una de las reglas de seguridad. Bueno, pues al cuerno con las estúpidas normas de la Academia. No me impedirían hablar con Numa. Ella desde luego no tenía ningún interés en espiar los sucios planes de los militares. Como yo, era una muchacha escondida, oculta a los ojos del mundo, que necesitaba confiar en alguien.

En la penumbra del cuarto de almacenamiento, iluminado por el resplandor del ojo de Kyobi, leí un mensaje recién llegado.

De: ND   Para: K4031-V53770442138KLDW

Responded y sabré que los dos estáis bien. Besos.

Normalmente 'ND' era la abreviatura de 'no disponible', un remitente desconocido. Pero también podías ser las iniciales de Numa Darrensin. La palabra final hizo que me estremeciera al recordar una vez más los labios sedosos sobre mi mejilla.

Contesté febrilmente: "Estamos bien. Esperamos verte pronto. Muchos besos". Deseaba preguntarle cómo estaba, si había vuelto a la Universidad, si podría escaparse antes de comenzar las clases. Hubiera querido pedirle una cita, aun sabiendo que era inviable. Pero no debía parecer demasiado ansioso.

–Blop-bi-pip –confirmó la pequeña robot.

–Eres una chica lista, Kyobi. No te preocupes, aquí estarás segura –le señalé el cajón–. Ahora métete en tu camita y sueña con ovejas eléctricas.

–Ppiip –protestó antes de replegarse en la cápsula.

IX

Seguí a Tomlin durante un buen rato. El científico no me dijo dónde íbamos, pero el hecho de que avanzáramos siempre contra la gravedad y que ésta fuera disminuyendo indicaba que nos acercábamos al eje del asteroide. Por insistencia de mi amigo, había solicitado a intendencia mi nuevo uniforme de agente. Aunque sentí

cierto orgullo al ponerme el almidonado traje gris, me pareció que no era más que un disfraz. A pesar de llevarlo, seguía siendo solo un jovenzuelo fuera de lugar en el centro militar de la Alianza. Los estirados oficiales de la flota y los agentes de inteligencia que nos miraban al pasar debían tener la misma opinión.

Llegamos por fin a una pasarela de tubo que se internaba en otra sección. Supe entonces dónde estábamos. En el legendario núcleo de investigación, el centro mismo de Maj Taled.

–¿Un nuevo agente? –la oficial de seguridad que custodiaba la entrada comprobó mis datos.

–Recién aprobado –asintió Tomlin.

–Tenga cuidado ahí dentro –me dijo ella, abriéndonos el paso con la acostumbrada brusquedad de los guardas.

Al traspasar la compuerta observé el inmenso grosor del muro que rodeaba el núcleo y el pesado portalón que servía para sellarlo. ¿Era un mecanismo de protección ante ataques externos, o una barrera para que nada escapara del interior?

–Tendremos que usar prendas de baja gravedad –Tomlin señaló las botas y brazaletes que colgaban en el corredor.

Resultaba difícil caminar con el calzado magnético, pero agradecí seguir sujeto al suelo. El pasillo blindado desembocó en un mirador abierto a un vasto volumen esférico, donde personas y robots flotaban junto a voluminosos equipos ligados por soportes que se entrecruzaban. Me mareé tras mirar durante unos segundos la maraña de máquinas y personal colocados en todas las posibles orientaciones, como si una mano invisible hubiera retorcido el espacio.

–Bienvenido al núcleo –Tomlin imitó un torpe saludo militar–. Aquí realizamos las instalaciones más delicadas y los experimentos que requieren baja gravedad, o que son potencialmente peligrosos.

A pesar de mi experiencia previa en ingravidez, me sentía desorientado. Quizás fuera el hecho de ver oficinas y técnicos colgando sobre mí como murciélagos en una cueva.

–No te preocupes, te acostumbrarás –Tomlin me palmeó la espalda–. Vamos, te enseñaré algo interesante y luego comeremos. Tu estómago está demasiado vacío.

Con la ayuda de nuestras botas y guantes magnéticos seguimos el perímetro del gigantesco laboratorio esférico para entrar por una doble puerta que siseó al cerrarse. Esperaba encontrarme en una de esas salas inmaculadas con el personal cubierto de batas blancas. En lugar de eso tuve la sensación de que nos habíamos convertido en

seres microscópicos, en insectos que caminaban por el interior del tubo formado por una hilera de anillos, tapizados de sensores y cables.

Salimos del enorme cilindro por una de sus secciones, que había sido desmontada. Tomlin saludó a los científicos que hormigueaban junto al masivo aparato y me llevó hasta el extremo de una tubería más delgada que surgía de uno de sus flancos. Su abertura apuntaba a un aro vertical. Entonces el científico sacó de su bolsa unas servilletas y un par de empanadas típicas de Maj, rellenas de carne y verduras secas. Me dolió la mandíbula solo de pensar en comerlas. Eran duras como tablas, a menos que se las horneara un buen rato.

–Estamos ensayando un nuevo rayo de energía –explicó Tomlin señalando el tubo–. La idea es conseguir una sección efectiva mayor que la de un láser o un cañón de plasma convencional, con un haz igualmente colimado. Además, solo afectaría a la materia orgánica, sin destruir las naves. Lo llamamos 'la freidora'.

Me aparté del cilindro con aprensión. Tomlin hablaba de la terrible arma como si fuera un juguete. En Vikatee había visto lo que los rayos hrtar hacían a los cuerpos humanos y no me parecía divertido.

–Probemos con la versión más pequeña.

Se acercó al soporte anular y colocó en él una de las empanadas, justo enfrente de la oscura boca del tubo. Apretó unos botones. En la sala se encendieron luces de advertencia. Los demás técnicos nos miraron de reojo, pero continuaron su trabajo sin inmutarse.

–Un microsegundo para una cocción óptima –dijo Rudenlo, ajustando los controles. Las señales de alarma se apagaron.

Sujetándola con una servilleta, Tomlin desprendió la empanada del soporte y me la pasó. Estaba muy caliente. Relamiéndose, mi amigo colocó la otra en el anillo.

Nos sentamos fuera. Procuré no mirar hacia el hueco del núcleo. Quería mantener la comida dentro de mi estómago. Tomlin no parecía tener problemas, masticando ávidamente su empanada.

–¿Qué te pasó en Habesport? –dijo al terminar su tentempié.

¿Cómo sabía que había ido precisamente a ese planeta? Como siempre, se enteraba de todo.

–Una chica, ¿verdad? La misma que te dio esa mascota –me guiñó el ojo, limpiándose los rastros de salsa–. ¿Es guapa?

–Nunca había visto a otra como ella.

–Ah, el universo es grande y contiene muchas mujeres capaces de enredar nuestros neurotransmisores –se llevó una mano a la redonda cabeza.

Asentí en silencio, con una difusa opresión en el pecho.

–Supongo que seguiste las recomendaciones sanitarias para contactos seguros –entornó sus ojillos.

–¡No pasó nada de eso! –protesté, avergonzado.

Tomlin levantó su mano, pidiendo paz.

–¿Entonces no viste a esa vieja bruja Darrensin?

–¿También sabes eso?

–Ha habido rumores. No todos los mandos estaban conformes con tu misión.

–No vi a la Doña, pero visité su residencia, el Palacio Xandu. Un lugar increíble. Te hubiera gustado. Me recordó a mi ciudad, flotando allí arriba en la atmósfera. Colgaba de una enorme columna que se perdía en el cielo. Según ellos, la magia de los dioses la sostiene.

–Esa magia es ingeniería avanzada –rio, esparciendo migas de empanada–. La columna es un ascensor espacial. Las empresas Darrensin la utilizan para sacar sus productos fuera del planeta burlando las aduanas, e imagino que también para introducir mercancías de contrabando. Como el Palacio se mueve constantemente alrededor del planeta, ningún país puede reclamar impuestos.

–Pero, ¿cómo se sostiene?

–Con el mismo truco que nos impide caer ahí dentro –señaló el inmenso espacio del núcleo–, la mágica fuerza centrífuga. Aunque no se trata realmente de una fuerza, sino de la pereza de la naturaleza, la inercia de la materia que se resiste a girar. La columna que viste está formada por cables que suben desde el Palacio hasta un masivo contrapeso en órbita alrededor del planeta. Este contrapeso actúa como una honda impulsada hacia el espacio por la fuerza centrífuga, levantando la residencia y llevándola en rotación alrededor del Habesport. Bastante ingenioso. Por cierto, me gustaría saber cómo esa ciudad tuya se sostenía sin cables en el aire –se rascó su mentón mal afeitado.

Seguro que le hubiera encantado saber acerca de las Zarayan y su misteriosa energía, capaz de alzar por el aire el enorme cuerpo de un daelacanto o una ciudad entera. De haber conocido su existencia me habría hecho mil preguntas, buscando una explicación científica al instrumento de los dioses.

–No puedo hablar de eso –me excusé.

–Ya me imagino. No pasa nada –palmeó afablemente mi nuca–. Aquí en Maj los secretos son como dulces gratis: todos nos guardamos unos cuantos a buen recaudo –guiñó un ojo–. Anda, vamos. Falta lo más interesante de la visita.

Nos quitamos las botas magnéticas para subir de un salto al andamiaje del siguiente piso. La trama de cables y equipos del núcleo danzaba ahora directamente sobre nosotros, sin nada que nos protegiera en caso de una maniobra brusca del asteroide. Los tensores que los mantenían en su sitio no parecían muy resistentes.

–Coge uno –el técnico me indicó una de las sujeciones.

El tensor era en realidad una cinta doble que corría a través de un enganche atornillado a la altura de nuestra cintura. Mientras un lado ascendía hacia el núcleo, el otro regresaba. Tomlin aferró la cinta que subía y se dejó llevar por ella. Se trataba de un elevador primitivo, pero suficiente para vencer la débil gravedad.

Al tomar la cinta con mi mano sentí un fuerte tirón y el piso se alejó bajo mis pies. Oscilé en el aire, cogido al cable. A la empanada que nadaba en mi estómago no pareció sentarse bien el movimiento y la desorientación de la baja gravedad.

–Ahora, prepárate. Viene un cambio de carril –dijo Tomlin, divertido con mi torpeza.

Nos acercábamos a una cinta que cruzaba en perpendicular.

–¡Ahora! –me avisó un segundo antes de saltar.

Apenas me dio tiempo para calcular la distancia. Habría terminado a cientos de metros si la muñequera magnética no hubiera llevado mi mano hasta la cinta. Tomlin se giró, cerciorándose de que aún lo seguía.

–¿Vamos al centro? –pregunté para disimular mi angustia.

–Mi lugar favorito. Gravedad cero.

Estupendo. No debía haber comido esa empanada. Mi sentido del equilibrio ya no apuntaba en una dirección fija, sino que giraba como una peonza. Me concentré en una referencia fija, tratando de convencer a mi mente de que ‘arriba’ seguía estando por encima de mi cabeza.

–Ahora saltaremos hacia el círculo naranja –señaló Tomlin–. No te preocupes, tiene una presa magnética.

Tardé un momento en localizar la marca coloreada sobre uno de los bloques flotantes. Pero, ¿cómo iba a saltar hacia allí? No había donde pudiera apoyarme cerca de la cinta. Entonces vi que Rudenlo

giraba alrededor del cable para impulsarse y luego se soltaba en dirección a su objetivo. Le imité lo mejor que pude, rodando por el aire. Por fortuna conseguí poner mi muñequera en el borde mismo de la mancha naranja.

–Uf. ¿Hay que hacer esto cada vez? –pregunté a mi sonriente amigo.

–No hay otra forma. Debemos evitar perturbaciones a nuestra criatura hasta que la tengamos calibrada. Una vez lo hagamos, muy pronto, la trasladaremos a otro lugar, así que quería enseñártela antes.

Como un mago presentando su efecto estrella, Tomlin abrió desmesuradamente sus diminutos ojos y señaló una gran bola blanca, tan alta como cuatro hombres. Flotaba en el centro exacto del núcleo, rodeada de instrumentos. El corazón me dio un vuelco. ¿Era posible que las Zarayan de Ahura estuvieran en su interior? Seguramente las trece esferas podían caber dentro del inmenso globo. Pero era improbable que las hubieran traído aquí, delante de tantos testigos. Además, Azenobeth había partido con ellas en la Cascanueces hacía tres años. ¿De qué se trataba entonces?

–Ahora viene la parte más difícil, Nadir –me advirtió Tomlin–. Estamos probando el sistema de estabilización, así que hay que entrar sin chocar contra ella.

¿Entrar, por dónde?, me pregunté. La superficie blancuzca de la esfera no tenía aberturas.

Tomlin siguió otro cable hasta un módulo lleno de instrumentos y los manipuló durante unos segundos. Cuando miré de nuevo hacia el globo, vi cómo se abría un agujero en su superficie, dilatándose como la pupila de un ojo en la oscuridad.

–Vamos –dijo el técnico, excitado–. Una vez dentro, agárrate a los tubos.

A diferencia de la freidora, no había técnicos rodeando el globo ni en los módulos cercanos. Tomlin había escogido este momento para enseñarme el experimento a solas. Su frente estaba empañada de sudor, algo raro en la seca atmósfera del asteroide. ¿Por qué estaba tan ansioso?

El científico se impulsó primero, pasando su grueso cuerpo por el gran orificio de entrada. Me relajé un poco. Tenía margen suficiente. Traté de concentrarme en el salto mientras Rudenlo me llamaba desde el interior del globo. Dudé un instante más y entonces me lancé hacia la esfera. Aunque perdí la orientación con el movimiento, mantuve la mirada fija en el círculo que se acercaba

y antes de darme cuenta estaba en el interior.

La gran bola era completamente hueca. Mi vuelo en línea recta continuó a su través hasta que Tomlin me agarró para llevarme hacia una de las barras que partían del centro, como púas de un enorme erizo. Lo curioso era que los tubos se sostenían en el aire sin ningún apoyo en la superficie, flotando como el esqueleto en un holograma de rayos X. Mientras observaba la estructura, Rudenlo trepó hasta su centro. Allí, junto al abultamiento donde se unían las barras, había un panel de control. Tomlin pulsó una combinación y la abertura de la entrada se redujo hasta desaparecer. Ahora estábamos aislados. Noté que la iluminación había adquirido un extraño brillo amarillento que nacía en la superficie interior del globo.

–¿Dónde está el experimento? –pregunté.

–Es toda la burbuja –afirmó Tomlin, solemne–. Se trata de la máquina más increíble que he construido.

Tomlin era ciertamente propenso a las exageraciones.

–¿Para qué sirve, de lavadora gigante?

–Qué ocurrencia. Aunque, bien pensado, podríamos decir que es una lavadora; su cometido es limpiar las trayectorias espacio–temporales de las partículas y las ondas que intentan atravesarla.

–No lo entiendo –era una frase que repetía a menudo a Tomlin.

–Su superficie interior rompe la estructura del espacio-tiempo, abriendo una de las dimensiones que están normalmente curvadas con un tamaño infinitesimal. Al romper ese tejido, forma una burbuja con su propio espacio y tiempo, nos aísla totalmente del resto del universo.

No sabía qué decir. Era cierto que las paredes parecían haber desaparecido tras la luminiscencia amarillenta, pero debían estar ahí detrás.

–En el centro de la esfera –señaló el panel de control– hay un objeto muy especial, un pequeño agujero negro.

–¿Un agujero negro? –retrocedí aterrorizado.

Tomlin hablaba frecuentemente de los legendarios cuerpos celestes, sobre cómo retorcían las dimensiones del espacio-tiempo hasta desgarrarlas con la temible fuerza de su gravedad, tragándose estrellas enteras y despidiendo una radiación tan potente que podía verse desde otras galaxias.

–Este es un microagujero, uno de los pocos que existen bajo control –explicó–. La burbuja lo utiliza como fuente de energía y como semilla para crear la discontinuidad sobre su superficie

interior.

–Entonces, ¿estamos dentro de un agujero negro artificial? –miré con temor el fondo amarillento.

–No exactamente. Utilizamos la singularidad del agujero negro y su energía para abrir una dimensión oculta hasta que ese hueco cubre la superficie interior de la esfera, formando una capa de una millonésima de milímetro –juntó su pulgar e índice, apretando un punto invisible–. Esa fina capa es la que actúa como un agujero negro. Nada puede atravesarla, desde fuera o desde dentro. Absorbe cualquier forma de materia o energía. Ni siquiera los taquiones podrían pasar, si es que existen. Cualquier cosa que intente cruzarla se desintegrará. De hecho ha sido difícil evitar que la barrera se tragara todo el aire del interior.

–Más que una lavadora es una incineradora –reí.

–La desintegración no es más que un efecto secundario –rugió molesto–. ¿No lo entiendes? Estamos fuera del universo. Podemos esconder aquí cualquier cosa y será indetectable desde fuera. Ni siquiera la masa tiene efecto alguno más allá de las paredes. Lo que hay dentro no existe para los que están fuera, y viceversa. Vivimos en nuestro propio flujo de tiempo, fuera del resto de la humanidad. De hecho, podemos ajustar la barrera para que el tiempo transcurra más lento o más rápido.

Esconder algo. Por supuesto. Seguro que el mismo Tomlin Rudenlo no sospechaba para qué servía su invento. Si alguna vez Ahura Masda capturaba las Zarayan, podían meterlas aquí y nadie las encontraría jamás.

–La he configurado para que podamos estar aquí todo el tiempo que queramos sin que nadie nos moleste. Ahí fuera no transcurrirá ni un segundo –afirmó Tomlin–. Pero no es por eso por lo que hemos venido, Nadir.

La intensidad en la mirada de Tomlin hizo que me estremeciera. Estaba a su merced, encerrado en una trampa mortal. Nadie conocía mi paradero. Si me daba un empujón hacia la pared destructora, me haría desaparecer sin dejar rastro. Pero Tomlin era mi amigo. No debía dejarme llevar por la paranoia.

–Quería hablar contigo en este lugar por una sencilla razón. En esta burbuja ni siquiera los dioses pueden escucharnos –reveló, alzando su potente voz contra aquellos que intentaran oírnos.

X

Tomlin sonreía como un niño travieso, agarrado a una de las espinas que formaban el esqueleto del globo. Si lo que me acababa de decir era cierto, por primera vez podía hablar con alguien sin preocuparme por que los Fravashi escucharan mis palabras, por que pudieran ver mis expresiones o leer mis pensamientos desde su dimensión oculta. ¿Debía confiar a Tomlin todo lo que sabía sobre ellos? Los ojillos negros del científico me observaban, esperando una respuesta.

–¿Conoces el Gran Juego? –pregunté con precaución.

El corazón me latía con fuerza. Por un momento tuve el temor de llevar inadvertidamente el puskoru de Sidin, de que los dioses estuvieran escuchándonos a través de él y supieran que había roto mi promesa de silencio. Pero no hubo respuesta, no apareció ningún rayo abrasador ni se oyó una ominosa voz. El puskoru no había salido de mi armario desde hacía tiempo.

–Estamos totalmente seguros, Nadir –me tranquilizó Tomlin.

El científico hizo girar su corpachón alrededor de la columna, disfrutando de la ingravidez.

–Me preguntas si creo en los dioses y en su control de nuestros destinos. Hace unos días te hubiera respondido que no, que los humanos y las demás estúpidas especies de este universo se bastan para crear toda la miseria y la belleza que encontramos en él. Las decisiones de los políticos de la Alianza y su jerarquía militar siempre me han parecido caprichosas, pero suponía que tenían sus propias razones. No sospechaba que respondían a otros intereses.

–Pero, ¿cómo te enteraste? ¿Interceptaste sus comunicaciones?

–Son demasiado cuidadosos para eso. Muy pocos se comunican directamente con sus amos, seguramente el Argbar Frinrod y algunos estrategas de confianza. Además, no he conseguido averiguar cómo funcionan esas transmisiones.

–Entonces ¿quién te lo dijo?

–Vas a odiarme. Yo mismo me odio por ello –encogió sus hombros–, pero tenía la intuición de que algo raro estaba pasando, y de que estaba relacionado contigo. No se me ocurrió otra manera de averiguarlo.

–Has hablado con Jilai –le recriminé.

–No, Nadir. No he hablado con ella. Escúchame. Sabía que eras

alguien especial. La gente ya hablaba de ti antes de que todos llegarais desde vuestro planeta. Comentaban los asombrosos informes de la batalla contra los hrtar, las historias de un niño que había eliminado al Almirante Kautrk, el más odiado de nuestros enemigos.

–Bueno, no fue exactamente así.

–Me lo imagino, pero las leyendas suelen sustentarse sobre una base de verdad. Algo extraño debía haber sucedido en esa batalla y tú habías tenido un papel importante. Además, toda la operación de Mekham resultaba inexplicable. ¿Por qué nuestras fuerzas se habían lanzado a un ataque desesperado para defender un planeta sin interés estratégico, alejado de todos los frentes? Los mandos no explicaron nada. Y cuando llegasteis a Maj recibimos órdenes estrictas de no haceros preguntas, especialmente a ti.

–Vaya. Por eso me ignoraron todos.

–Sobre todo tras el incidente con los periodistas. Entonces me di cuenta de que algo serio sucedía contigo y me preocupaba que te aislaran de esa manera. ¿Qué era lo que temían de ti?

–No fue casualidad que te hicieras amigo mío, y tampoco es casual que sepas siempre dónde estoy.

Me miró como un animal acorralado.

–Solo me preocupaba por ti. Sabía que no podrías contarme la verdad, así que busqué otra forma de averiguarla. Pero me costó dos años encontrarla.

¿Me había encerrado aquí para interrogarme?

–¿Recuerdas la implantación hipnótica antes de tu misión?

–Sí –contesté aprensivo–. Estaba medio dormido. No me acuerdo de mucho.

–Utilizan una droga para mantenerte en estado hipnótico y aumentar la plasticidad neuronal. ¿Recuerdas que estuve a tu lado durante una parte del proceso?

–Creo que sí… no sé. Había muchos aparatos, y la gente entraba y salía, explicándome cosas.

–Mientras estuve en la sala conecté tu casco de inducción a cierta máquina. Inteligencia la utiliza en los interrogatorios. La llaman el ‘sacacorchos’, pero puedes imaginarla como una ventana al interior de la mente. Nuestro cerebro reacciona ante los estímulos activando las conexiones de sus redes neuronales para reconocer palabras, objetos, personas y situaciones. Cuando soñamos o recordamos vuelven a activarse las mismas conexiones y los objetos o sensaciones que representan aparecen en nuestra consciencia.

–Pero la mente no se pueden leer. Las conexiones son diferentes en cada persona –habíamos discutido la cuestión en clase.

–Se puede leer a una persona si sabes cómo está formada su estructura particular de representación de la información. El sacacorchos lo consigue en dos fases. Primero envía estímulos artificiales para elaborar un mapa de tus conexiones, presentando rápidamente imágenes, sonidos, frases, incluso olores; y observando qué circuitos neuronales se estimulan. Bastan unos pocos minutos para recoger y procesar los patrones. De esa forma construye una especie de diccionario de tu cerebro. Entonces empieza la segunda fase, el interrogatorio. Por ejemplo, si te muestra la imagen de una playa se activarán en tu cerebro las conexiones relacionadas con tu concepto de playa, conectado a infinidad de recuerdos, sensaciones e historias en las que aparecen otras personas, lugares y objetos. El diccionario de tu mente permite al sacacorchos interpretar que conceptos se han activado.

Sin proponérmelo, recordé las primeras lecciones de nado en la Laguna, la pelea contra los hrtar en el lago subterráneo de la Meseta, la fugaz visión del mar de Benize antes de que aparecieran los malditos periodistas…

–Lectura del pensamiento –comprendí.

Debía estar enfadado por la intromisión de Tomlin en mi cerebro, pero estaba fascinación por las implicaciones de su relato.

–No exactamente. Quizás algún día lleguen a conseguirlo. De momento solo funciona en el estado de hipnosis.

–Entonces viste mis recuerdos, todas las cosas que sucedieron en Dercanlea.

–Conseguí leer frases entrecortadas de una gran novela –sonrió Tomlin, más relajado–, lo suficiente para darme cuenta de que los dioses existen y para entender por qué te mantienen a buen recaudo.

–Supuestamente tengo un importante papel en el maldito Juego, pero no sé qué esperan de mí, encerrado en esta roca.

–Ellos tienen más paciencia que tú, amigo. Pero no tardarán mucho en actuar. Están organizando algo importante.

–¿Qué quieres decir? ¿Vamos a atacar en Altair, por fin?

–No creo. Los jefazos tienen miedo. Parece que los hrtar y los Mukti se han aliado de nuevo. Es posible que realicen una incursión en el espacio de la Alianza para probar nuestras fuerzas.

–Pero si las esferas no están aquí.

–Ah, las esferas –bufó Rudenlo, recuperando su ánimo burlón–.

No entiendo qué pintan esas cosas en todo el embrollo. Tendrás que hacerme el favor de contármelo, ahora que no pueden escucharnos.

Reflexioné sobre ello. El técnico tenía acceso a máquinas poderosas e información secreta. Quizás pudiera ayudarme. Sería un buen aliado.

–Tomlin… ¿cómo podríamos luchar contra los dioses?

Cualquier otro se hubiera escandalizado o atemorizado frente a esa pregunta. Pero Tomlin era orgulloso y práctico. Aparentemente nada era demasiado complicado para él.

–Antes que nada tendríamos que encontrarlos, o al menos averiguar si es posible llegar hasta ellos –sus ojillos brillaron de interés.

–Se supone que viven en otra dimensión, en su propio universo.

–¿Y esa aparición que viste? –inquirió Tomlin.

–Era como un holograma.

–Hmm.

Entonces tuve una inspiración.

–Empecemos por encontrar a mi padre –sugerí, animado–. Él debe saber mucho más.

–¿Tu padre? Pensaba que había… El sacacorchos lo mostraba cayendo al vacío.

–Yo era muy niño. Esas imágenes pueden ser solo pesadillas. Sé que intentó volar sobre unas alas de cuero, y un agente las saboteó. Pero el avatar dijo que estaba vivo, fuera de nuestro planeta.

–¿Dónde? El espacio es muy grande.

–No sé nada más. Al menos me gustaría saber qué le pasó, a dónde fue. Si trabajaba para Ahura Masda, sus datos deberían estar en el sistema militar.

Los ojillos oscuros de Tomlin se cerraron. Durante unos momentos solo oí el suave rumor de las energías que alimentaban la burbuja.

–Es un gran riesgo para los dos –alzó sus cejas, como si aceptara lo inevitable–. Pero para qué estamos los amigos si no es para unirnos contra los amos del universo –añadió sarcástico–. Eso sí, tendrás que contarme todo lo que sabes.

–Ya has entrado en mi cerebro. Lo habrás visto todo –dije con pudor.

–Solo algunos fragmentos. Es como un álbum de fotografías desorganizado.

Tomlin comenzó entonces a hacer preguntas precisas. ¿Qué sabía

sobre la organización de los Fravashi? ¿Cómo se comunicaban con sus agentes? ¿Podía yo enviar mensajes con el puskoru? Le respondí como pude, pero lo cierto era que mis conocimientos se limitaban a las pocas revelaciones de Sidin, las mentiras de Jared y la conversación con el avatar en la Cascanueces.

–¿Ese avatar, te respondía inmediatamente o había un retraso?

–A veces parecía consultar con los dioses, pero no noté ninguna pausa. No era como una transmisión a distancia.

–Fantástico. Comunicación instantánea. Realmente están en otra dimensión.

–Pero las señales tendrían que ir más rápido que la luz –recordé las lecciones de física.

–Si estuvieran en nuestro universo… quizás mediante taquiones, pero no hay ninguna prueba de que existan –negó Tomlin–. Por tanto, deben estar fuera de nuestro espacio-tiempo. Es la única forma.

–Podrías examinar mi puskoru. Debe contener algún mecanismo para enviar y recibir sus mensajes.

–Esa es una excelente idea.

A Tomlin le animaba la misma curiosidad que a mí. Sabía que no pararía hasta conocer la verdad, y tenía que aprovecharme de ello.

–Encuentra información sobre mi padre y te prestaré el puskoru para que lo estudies.

–De acuerdo –me respondió, pensativo–. Veré qué puedo hacer para encontrar a ese otro Glemen.

XI

Apenas pude pegar ojo esa noche. Sentía la presencia de espectros que vagaban por el vacío dormitorio tirando de mis sábanas, gritando burlas e insultos. “¿Dónde te habías escondido, Nadir? ¡No creerás que vas a escapar de nosotros!”, bramaban con voces chillonas. “¡No te valdrá de nada ocultarte en esa burbuja! ¡Te encontraremos!”. En algún momento recibía en el comunicador un mensaje de Tomlin, revelando que mi padre era la clave para librarnos del Juego y de la opresión Fravashi. Pero los malditos demonios se abalanzaban sobre mí como grandes insectos

mecánicos, robándome el dispositivo y lanzándoselo entre sí. “¡Devolvedlo! ¡Es de mi padre!”, los perseguía yo.

Abrí los ojos y giré con dificultad mi cuello dolorido. No estaba solo. Los demás cadetes habían regresado durante la noche. Por sus ronquidos y por el olor que despedían deduje que lo habían pasado bien en Transitan. Me pregunté si habían sido ellos los espectros de mis pesadillas. Revisé el comunicador, pero no tenía ningún mensaje de Tomlin, solamente más notas estúpidas de mis compañeros. Me levanté sigilosamente, vistiéndome con el uniforme. Gracias a la insistencia de Rudenlo, era el primer cadete que lo llevaba.

El comedor estaba desierto, salvo por unos pocos técnicos que comenzaban sus turnos y por los oficiales de guardia. Tomé una dosis extra de estimulante vitaminado con mi leche sintética y mi pastel de mermelada. Pensé con angustia que en cualquier momento me podían llamar para asignarme un destino. Normalmente los nuevos agentes pasaban un tiempo en Maj a las órdenes de los veteranos. Pero había excepciones, como las de Anael y Goldi.

Tenía que averiguar cómo marcharme de aquí antes de que me metieran en una nave con rumbo desconocido. Pensé de nuevo en la posibilidad de matricularme en la Universidad Central. Debía intentar escapar en cuanto tuviera la información de Tomlin. A través de Kyobi podía organizarlo con Numa. Su madre, la Doña Darrensin, se había marchado de Maj en su juventud y simpatizaría conmigo, incluso podía gustarle la idea de enfrentarse a los dioses. Tenía dinero e influencia, además de sus propias naves y fuerzas de seguridad.

Un grupo de chicas entró en el comedor, cadetes convertidas en nuevas agentes que despertaban de su resaca. No presté mucha atención hasta que una de ellas se acercó a mi mesa.

–¿Por qué no contestas a mis mensajes?

Jilai estaba de pie junto a mí, magnífica con su uniforme. No llevaba su pelo recogido bajo la gorra, como indicaba la norma, sino desparramado en una fulgurante melena negra.

–Lo siento. Regresé ayer y estuve ocupado –atiné a decir–. ¿Todo fue bien en Transitan?

–Sí, muy bien –respondió sin una sonrisa–. Podemos quedar luego en el mirador y te cuento –dijo, mirando de reojo a sus compañeras.

–Es que… –protesté, pensando que debía hablar con Tomlin.

–No tenemos nada que hacer hasta que anuncien nuestros

destinos. Dentro de media hora, en el mirador norte –insistió.

–Bueno –acepté.

La vi marchar, pensando cómo decirle lo de Numa.

El gran ventanal del mirador se oscureció automáticamente para filtrar la radiación del sol azul de Taled cuando éste se hizo visible por encima del lóbulo Norte, iluminando las naves civiles que cargaban y descargaban sus mercancías. Justo en ese momento un transporte despegaba del muelle, despedido por la velocidad tangencial del asteroide. Deseé estar dentro de esa nave rumbo a Habesport, pero tenía que esperar a Jilai. ¿Por qué esta prisa repentina por verme, tras haberme ignorado durante tanto tiempo? Al igual que Rudenlo, se debía haber enterado de que algo había pasado durante mi misión. Sentía una terrible vergüenza ante la idea de hablarle de Numa. Temía que se riera al verme enamorado de una chica con la que no tenía posibilidades. Pero Jilai se había exhibido muchas veces con los chicos. También yo podía mostrarle que merecía la atención de una muchacha, aunque fuera en circunstancias extrañas.

Jilai llegó caminando alegremente. Al darme un abrazo noté por primera vez que sus ojos quedaban por debajo de los míos. Hasta ahora siempre había sido un poco más alta que yo.

–Lo conseguimos –suspiró.

–¿El qué? –pregunté confuso.

–Pasar el examen, hombre. ¡Ya somos agentes!

–No he tenido tiempo de celebrarlo como vosotros.

–Te enviaron a Habesport, un largo viaje. Hay rumores de que estuviste en el Palacio Xandu –rio forzadamente.

Con el tiempo su risa infantil se había teñido de malicia. No era la misma Jilai de Dercanlea. Tampoco yo era el mismo.

–La verdad es que fue interesante –respondí sin emoción–. Pero no puedo contar nada, ya sabes.

–¿Por qué no? No era una misión de verdad.

Mi misión sí, la corregí para mis adentros. Todavía ignoraba por qué habían enviado a un novato a investigar a Arkana Darrensin. Pero no les había salido tan mal.

–¿Qué hiciste tú? –cambié de tema.

–Lo mismo que todos –jugó con su pelo–. Primero tuve que encontrar a mi contacto, que resultó ser un chico de Katlain. Apenas entendía su extraño acento. Me ayudó a infiltrarme en Lemagen,

una de las bases de la Alianza en el continente oriental. Tuve que preparar un mapa mental y estimar las tropas y los vehículos. En la evaluación me hicieron sudar un rato repasando todo, pero luego me felicitaron. Dijeron que había sido muy precisa.

–Vaya, estupendo.

–Seguro que lo tuyo fue más emocionante –me miró.

–Te lo he dicho. Me gustaría contártelo, pero no puedo.

Fue un error. Debía haberme inventado cualquier historia tonta, o hablarle del descenso en la cápsula y de la pícara vieja de la tienda. Con mi negativa solo conseguía picar más su curiosidad.

–Desde que salimos de Mekham me has ocultado cosas –dijo con implacable suavidad–. Sé que te pasó algo allí, antes de que saliéramos, pero nunca he querido preguntarte.

–Es mejor así, Jilai. Ya viste…

Iba a recordarle cómo Jared había sido desintegrado tras revelar sus tratos con los Fravashi. Pero esa era precisamente una de las cosas que no debía discutir con ella.

–A pesar de todo, no tenías por qué alejarte de mí. Éramos buenos amigos. Hemos pasamos por muchas cosas juntos.

–No me alejé de ti, Jilai. Fuiste tú quien se marchó con esos tipos sin cerebro de la MM.

–Oh, Nadir… eras solo un niño.

–Tenemos la misma edad –respondí herido.

Las lágrimas pugnaban por aflorar en mis ojos, precisamente ahora. Me di la vuelta para alejarme. No tenía sentido pelearnos.

–Bueno, espero que tengas suerte con tu destino –me despedí, sin atreverme a mirarla.

–No te vayas así –me siguió por el corredor–. No fue culpa de nadie, son cosas que pasan.

–De todas formas pronto tendremos que separarnos.

–¿Es por eso? –me sujetó del brazo–. ¿Te han asignado ya una misión?

–No, Jilai, no es eso. Quiero decir, no lo sé –seguí caminando, intentando escapar.

–Vamos por aquí –volvió a tomarme del brazo, llevándome por un túnel de mantenimiento–. Quiero enseñarte algo.

La seguí sin pensar. No tenía fuerzas para oponerme. Fuimos por el estrecho corredor recubierto de conducciones, con nuestras cabezas casi tocándose. Su largo pelo me hacía cosquillas en la mejilla.

–¿Dónde vamos? –pregunté.

–¿Recuerdas aquella vez, cuando bajamos al nivel prohibido?

–Claro.

Nunca olvidaría aquel episodio. Gracias al anillo perdido de Jilai había descubierto lo que sustentaba nuestra ciudad flotante. Todo había cambiado después de ese descubrimiento.

–Encontré este lugar por casualidad, y pensé que te gustaría –me llevó por un desvío.

Supe a qué se refería cuando llegamos al panel recortado en el suelo. Era muy parecido a la trampilla del nivel prohibido, la que habíamos abierto con la clave numérica de la Insignia.

–Acércate, que no muerde –se mofó.

En medio del disco se abría un ojo de buey. Apoyé las manos sobre la cubierta y acerqué la cara. Pensaba ver un pozo o una sala de maquinaria, pero frente a mí estaba la negrura del espacio. Era una trampilla de acceso a la corteza exterior, una portilla de mantenimiento, como las de Vikatee. Entonces, el gran círculo verdoso de Vinegran surgió desde el borde, siguiendo el rápido giro de Maj. Por un momento pareció que volábamos sobre los mares y continentes del cercano planeta. Podía imaginar allí abajo valles y acantilados, lejanas islas y montañas. Ojalá hubiera podido perderme allí o en Habesport, como un simple habitante del campo o la ciudad, con una familia normal y una aburrida vida por delante.

–Es una bella vista –dije, levantándome–. Gracias por traerme.

La cara de Jilai se iluminó con la luz del planeta. Entonces, como si una fuerza inconsciente hubiera emergido desde la claraboya, nos acercamos hasta fundir nuestros labios. Nos separamos enseguida, indecisos, pero nuestros brazos nos volvieron a atrapar en un beso más profundo, como si nuestros cuerpos actuaran por sí mismos. La calidez suave y resbaladiza de su boca, la única que había conocido, despertó en mí los deseos apartados durante mucho tiempo. La ayudé a tumbarse sobre el suelo del túnel, sujetando su cintura, inclinando su cuello bronceado, dejando que el pelo se le desparramara por el suelo. La luz del planeta desapareció de la claraboya y sus ojos brillaron entonces como joyas negras en la penumbra. Nos besamos de nuevo, sin miramientos, como si quisiéramos romper la barrera invisible que nos había separado. Me apreté contra su cuerpo y seguí la forma de sus senos con una mano temblorosa.

–Espera –me detuvo.

Nos pusimos de rodillas para desabrochar nuestras camisas.

–¿Qué llevas ahí? –dijo al ver lo que colgaba de mi pecho.

Levanté el pequeño objeto en mi mano, para que lo tocara.

–Mi anillo. Pensé que lo habías tirado.

–Claro que no, lo puse en esta cadena.

Volvimos a unirnos. El sabor de su saliva caliente se fundió con el tacto firme de su espalda y la suave textura de su piel. Conseguimos deshacernos de los rígidos pantalones. Vaya forma de estrenar los uniformes, pensé. Entonces recordé la Piscina, cuando Numa se había quitado su bata, revelando las exquisitas formas de su cuerpo. Cómo había deseado abrazarla allí mismo, seguir hablando con ella para siempre en ese agua rodeada de estrellas ambarinas.

–¿Qué te pasa? –dijo Jilai.

Sin proponérmelo, me había separado de ella.

–Lo siento.

–¿Qué sucede?

–No sé. No puedo.

El rostro de Jilai se puso tan rígido como los muñecos de nuestras prácticas de tiro. Imaginé que iba a chillarme. Pero en lugar de eso pasó su mano delicadamente sobre mi mejilla.

–No es por ti. Conocí a una chica en Habesport.

–¿Una agente?

–No, en la universidad. No pasó nada, pero estuvimos charlando y nos dimos un baño, mi primer baño de verdad desde Dercanlea. Tendrías que haber visto ese sitio.

–¿Vas a volver a verla? –Jilai bajó sus ojos.

–Me gustaría, pero va a ser difícil –respondí, tapando sus hombros desnudos. Mi deseo no había desaparecido, pero no podía seguir. No hubiera estado bien.

Pasamos un minuto en silencio. Me sentí mal por ella.

–No sabemos dónde nos enviarán –habló de nuevo–. Pero sea donde sea, no debemos nunca dejar de ser amigos.

Tomé su mano y la apreté con fuerza. Si alguna vez volvíamos a encontrarnos en la profundidad del espacio, nuestras edades y nuestras vidas podían ser muy diferentes. No quería perder a la Jilai que me había acompañado desde pequeño. Odiaba pensar que las circunstancias y el tiempo nos separarían. Pero era inevitable.

–¿Y esa chica…? –comenzó Jilai con cautela.

Justo entonces una vibración cosquilleó en mi muñeca. Tenía un mensaje. Pero Kyobi seguía apagada en su cápsula, así que no podía ser de Numa. Sin soltar la mano de Jilai, leí la pantalla.

–La oficina de la Sardar. Tengo que presentarme enseguida.

Tras vestirnos apresuradamente, nos abrazamos bajo la sombra de un mal presentimiento.

La oficina de la Sardar Genin no era tan grande como el despacho de Frinrod. Se trataba de una pieza compacta y funcional, con las paredes cubiertas por pantallas y proyectores ahora apagados.

La Sardar me saludó inexpresivamente, pero pronto noté que sus maneras habían cambiado desde la entrevista. Sus gestos hacia mí eran ahora pausados y cuidadosos.

–Sígame, cadete… disculpe, agente –se corrigió sin ironía.

La seguí por una puerta lateral, todavía sintiendo el sabor agridulce del encuentro con Jilai. Cruzamos la sección de Inteligencia, rodeados por conversaciones y paneles gráficos, incomprensibles para mí. Tras pasar varios controles llegamos a una sala en forma de domo. En su interior, varios círculos concéntricos estaban suspendidos a diferentes alturas, como las gradas de un anfiteatro. Pegados a los anillos, hileras de sillones envolvían los cuerpos de analistas de inteligencia, permitiéndoles girar en cualquier dirección del espacio. Rodeados por omnipantallas holográficas, sus dedos aleteaban sobre interfaces de aeropresión mientras los movimientos involuntarios de sus labios delataban conversaciones por subvocalización.

En medio de los círculos concéntricos, sentado en el ojo de un remolino de información, como un general rodeado por sus huestes, se encontraba el mismísimo Fantasma. Lejos de la opulencia de su oficina, el Argbar Frinrod trabajaba allí en una sencilla terminal. Apenas reconoció nuestra llegada con un leve alzamiento de sus cejas. Genin lo saludó marcialmente y se marchó sin decir una palabra. ¿Por qué Frinrod utilizaba a su jefa de Inteligencia para traerme ante él?

Recordé la primera vez que nos habíamos encontrado, tras el incidente en Benize, lo que me hizo observar con nerviosismo los movimientos de su cabeza rasurada.

–Agente Glemen, observe esto –pronunció con voz de trueno, colocándome un proyector retinal.

Distinguí luces frente a mí, una miríada de estrellas de diferentes

colores y formas flotando por la sala. Giré mi cabeza para explorar la fascinante nube de información.

–Nuestro interfaz de situación y planificación táctica –explicó el Fantasma–. Los puntos con halo son sistemas solares o bases en el espacio profundo. El resto representan fuerzas móviles: flotas o grupos de combate, naves y agentes individuales viajando durante sus misiones.

Me miró, espiando mis reacciones.

–Se puede cambiar la escala –añadió, manipulando el visor.

La nube se amplió súbitamente, haciendo que me tambaleara.

–Aproximar al marcador Alianza de las Cuatro Estrellas –ordenó el Argbar.

La vista se expandió a toda velocidad, dándome la sensación de zambullirme a través de las estrellas. Reconocí los cuatro sistemas de la Alianza en el centro. Al llegar junto a ellos cada estrella se dividió en una miríada de formas: rectángulos, triángulos y círculos de diferentes tamaños.

–Aproximar al marcador Maj Taled –continuó Frinrod.

De nuevo se produjo la expansión a una velocidad imposible, acercándome al sistema Taled. Su gran círculo azul se descompuso en cuerpos que giraban alrededor del sol; Tenimhor, el gigante gaseoso con sus lunas; Yldo, un planeta rocoso en proceso de terraformación; y, más cerca de la estrella, el triángulo de Maj flotando junto a un círculo verde-amarillento que debía ser Vinegran. Más lejos vi otro círculo de tono anaranjado: Habesport. Al detenerse finalmente el movimiento de los puntos, los planetas y sus estaciones se vieron rodeados de símbolos y datos.

–Aproximar al marcador Nadiroz Glemen –recitó el Argbar sin darme tiempo para una pausa.

La vista de Maj Taled se amplió ahora, haciendo visible las formas lobulares del asteroide, convertido en una superficie transparente en cuyo interior aparecían miles de puntos verdes dispersos por las diferentes secciones. Me zambullí en los laberintos de la zona militar, hasta llegar a unos anillos concéntricos poblados de figuras humanas y entre ellas a un cuerpo verde, mi cuerpo, de pie junto a una deslumbrante estrella dorada.

El Argbar mostraba gráficamente lo mismo que el viejo Sidin me había transmitido con palabras: todos éramos piezas ocupando nuestro puesto en el inmenso tablero del Gran Juego. Era la forma que tenía el Fantasma de decirme lo insignificante que resultaba yo en el gran esquema de las cosas.

–Imponente, ¿verdad? –gruñó con orgullo.

–Sí, señor.

–Y muy complejo –se frotó sus ojos.

El jefe militar parecía cansado, como si hubiera trabajado largas horas en un difícil problema. Observé la estrella que lo representaba en el mapa tridimensional. ¿Qué significarían los indicadores que la acompañaban? El Argbar continuó, tensando los tendones bajo la piel de sus recias manos.

–Si supieras manejar el grafo táctico comprenderías que todos estamos relacionados. El individuo más insospechado puede ser crucial para las vidas de millones, aunque su misión le lleve a un pedazo de roca abandonado en los límites del espacio.

Sus ojos parecieron hundirse en oscuros pensamientos.

–Extensión completa –ordenó.

Las figuras humanas del esquema táctico desaparecieron absorbidas de nuevo por el cuerpo del asteroide, que se contrajo a su vez dentro del sistema Taled. Observé los patrones de colores, la gran mayoría verdes con aislados puntos naranja. Pero al alejarse la vista atisbé por un momento un grupo de puntos rojos, pronto fusionados en un bloque escarlata. Enseguida, el alarmante objeto se perdió dentro de los inmensos bloques coloreados en que se había dividido el universo sintiente, como trozos de frutas flotando en la gelatina del espacio.

¿Qué oscurecía el rostro del Argbar mientras me quitaba el proyector? No podía ser solo el cansancio. ¿Se trataba de las luces rojas? En la burbuja, Tomlin había mencionado la posibilidad de un ataque.

Cuando Frinrod habló casi pude ver la sombra de duda asomar tras su pose severa.

–Vamos a asignarte una misión, Nadiroz. La tarea te parecerá rutinaria pero eventualmente podría significar la salvación de muchos.

¡Una misión, tan pronto! Se habían cumplido mis terribles augurios. La visita al Palacio Xandu no había sido un mero examen de graduación. Entonces… –el corazón me dio un brinco– ¡era posible que me enviaran de nuevo allí!

–¿Cuál es la misión, señor? –pregunté, anhelante.

El Argbar ladeó su cabeza huesuda con aprobación.

–Te incorporarás a la tripulación de la Samotracia, en ruta a Lembardi. Allí te unirás a una operación en el planeta Katlain.

Mi esperanza se hundió bruscamente. Lembardi era el sistema más alejado y pobre de la Alianza, y Katlain un desierto donde solo florecían cultivos subterráneos; un destino horrendo, irremisiblemente alejado de Numa.

–¿Cuándo debo partir… señor?

–Esta misma noche. A las veinte y treinta, muelle catorce. No puedo darte las órdenes por escrito, así que recuerda los detalles.

–Pero, señor…

¡Esta noche! ¿Por qué tanta prisa?

–Veinte y treinta, muelle catorce. No necesitas llevar nada. En la Samotracia te darán todo lo que necesitas. Y… lo siento, Glemen, es una misión S cuatro. No puedes decírselo a nadie.

Una misión supersecreta. Por eso Genin me había traído. Solo órdenes verbales. Ni siquiera Tomlin se enteraría.

–Señor –supliqué–, tengo que despedirme de…

–Lo lamento, agente. Son las reglas. Puedes dejar mensajes con envío retrasado, sin dar pistas de tu destino, por supuesto.

Así, sin más. Tras dos años de confinamiento, pasaría otra vez una larga temporada encerrado en una nave. Precisamente ahora que tenía la oportunidad de buscar a mi padre con la ayuda de Tomlin. Y desde luego tendría que olvidarme para siempre de Numa Darrensin.

–El viaje no resultará largo, Glemen –Frinrod trataba de tranquilizarme–. Utilizaréis equipos de hibernación.

Encima iban a congelarme. Los peones deben llegar frescos y sonrientes a su destino. La desesperación me ahogaba, pero el rostro de Frinrod era implacable. Yo ya no era un niño. Había aprendido a callarme ante mis superiores. Pero no iba a aceptar una nueva condena sin lucha. Acudiría a Tomlin. Haría cualquier cosa.

El Argbar me sorprendió extendiendo su mano. La estreché con simulada firmeza.

–Te deseo la mejor de las suertes, Nadiroz. No es fácil ser agente, siempre de un lado a otro, pero ten la seguridad de que cada misión se asigna por una buena razón. Nuestros pequeños sacrificios se combinan para conseguir un gran objetivo. Nada es casual.

El militar parecía genuinamente emocionado, pero sus palabras me sonaban vacías e injustas. Observando el anfiteatro donde los analistas manejaban la operativa del Juego, me pregunté si los dioses habrían hecho ya sus apuestas sobre mi nueva misión.

–Una cosa más, agente –el Argbar adoptó de nuevo un tono

formal–, acerca de eso que guarda en secreto…

Me puse rígido. Sabía lo de Kyobi.

–… ellos desearán que lo lleve consigo. Pero no deje que la tripulación de la Samotracia vea ese medallón.

Mis pulsaciones bajaron. El Fantasma se refería al puskoru.

XII

–Glemen, tenemos entrenamiento, ¿no has visto el tablón? –gritó el coordinador de mi pelotón desde la entrada–. Ya sabes cómo se pone Rogens.

Estaba en mi litera, paralizado ante la inminencia de mi partida.

–Ahora voy.

Por alguna razón recordé las lejanas tardes en Vikatee, cuando había escapado de los ejercicios de fenton para ver a Jilai. Mi amiga también estaría ahora en los entrenamientos. Razón de más para no ir al gimnasio. Ella se daría cuenta inmediatamente de que pasaba algo grave y se enfadaría de nuevo si no le explicaba lo que era. Además me avergonzaba tener que verla de nuevo. Qué idiota. Toda la vida deseando hacer el amor con ella y había perdido mi única oportunidad. El recuerdo de Numa lo había hecho imposible.

Repasé el plan: recoger el puskoru, preparar mi bolsa, dejar un mensaje a Jilai y otro a Tomlin. Debía recordarles que guardaran mi espada y el cuchillo de Dercanlea. Y también le dejaría a Jilai el colgante con su anillo. Había llegado el momento de devolvérselo para siempre. ¿Qué más…? Dioses. La maldita mascota. ¿Qué iba a hacer con Kyobi? Abrí el armario, dejé el anillo y cogí el inservible medallón, escondiéndolo en mi uniforme.

Salí al pasillo, rogando que nadie me viera. De todas formas, si alguien me preguntaba dónde iba le mandaría a hablar con Frinrod. Seguro que entonces me dejaría en paz.

La cápsula de Kyobi seguía en el fondo del cajón, brillante y cálida. La miré unos segundos, preguntándome qué hacer con ella. Tomlin estaría encantado de quedársela, pero no podía faltar a la promesa que había hecho a Numa. Tenía que cuidar la mascota de su madre. Además, era mi única esperanza de seguir en contacto

con ella. Finalmente, abrí la bola. Kyobi saltó de su interior como si me hubiera estado esperando.

–Blip-biip.

–Kyobi, necesito enviar un mensaje a Numa.

–Pip –comprendió.

–Discúlpame ante ella. Tengo que marcharme y no podré verla, como le habíamos dicho.

–¿Poop-bup? –la mascota pareció alarmada.

–No te preocupes, yo cuidaré de ti.

Noté una ligera vibración en mi muñeca. Kyobi era rápida. Vaya. Comprobé que su mensaje había sido retenido en el comunicador. Frinrod ya me había advertido que las comunicaciones serían bloqueadas hasta después de la salida.

–¿Necesitas energía? –pregunté con desánimo a la robot, que ejercitaba sus articulaciones como una atleta.

–Bop-boop.

–Bueno, te llevaré en el bolsillo –decidí–. Espero poder sacarte en la Samotracia.

En ese instante oí a alguien, hurgando en la puerta del cuartucho.

–¡Adentro, Kyobi!

Cerré la bola justo cuando la puerta se abría.

–Nadir… –susurró la voluminosa figura de Tomlin.

–Maldita sea. Me has dado un buen susto.

Pero me alegraba de ver una cara amiga.

–¿Has desactivado tu comunicador? –preguntó sin preámbulos.

–Tengo que irme de Maj –le confesé, violando la prohibición.

–¿Una misión, tan rápido?

–No puedo hablar de ello.

Deseaba con todo mi corazón que a Tomlin se le ocurriera un plan para escapar, pero al mismo tiempo no quería meterlo en líos.

–Definitivamente, algo está pasando –dijo a trompicones.

–¿Qué hago?

–Cumple tus órdenes –había urgencia y miedo en sus ojillos–. De hecho, creo que es buena idea que te marches de Maj. Pero no te preocupes, te seguiré la pista.

Así que estaba solo, como siempre. Me invadió el desánimo. Sin embargo, Rudenlo sonrió.

–Tengo otras noticias, Nadir, y son mucho mejores.

Hizo un gesto para que me callara y extrajo de su roñosa bata un cuaderno de notas. A Tomlin le gustaba dibujar cuando me explicaba abstrusas teorías. Escribió algo con su lápiz mordisqueado, una simple frase.

"He encontrado un G. Glemen en tránsito hacia la Tierra", leí con incredulidad.

¡Tomlin había encontrado a mi padre!

–¿Cómo… ? –le imploré una explicación.

Tomlin suspiró y anotó: "Salió hace 6 años de Mekham".

–No puede ser. Eso fue cuando nosotros…

Rudenlo me detuvo y volvió a escribir: "Dilatación temporal". Cierto. Había olvidado que el tiempo se acorta para el que viaja en una nave. Si había salido antes que nosotros, ¡realmente podía ser mi padre! Después de todo, el avatar no había mentido. ¡Mi padre estaba vivo!

–¿A qué tierra se dirige? –pregunté a Tomlin, sin importarme quién pudiera oírme.

"La Vieja Tierra" –escribió furiosamente, llevándose un dedo a los labios.

–¿No es una leyenda?

–¿Pero qué os enseñan en la Academia? –explotó–. ¿De dónde crees que venimos, del polvo cósmico?

–Pero fue destruida.

¡Mi padre! –aún no podía creerlo–. ¿Estaba también él representado en las luces coloreadas de la sala táctica, un punto diminuto volando hacia el mítico planeta de nuestros orígenes?

–¿Cómo voy a encontrarlo? –supliqué a Tomlin, sabiendo que mi deseo no podía trasladarme a través de los años-luz.

–No lo sé. Por lo menos ya sabes que está vivo.

–Sí –suspiré–. Gracias.

–Ahora tienes que darme lo que me prometiste, ¿recuerdas?

Lo había olvidado. Había prometido dejarle el puskoru a cambio de información sobre mi padre. Se lo había ganado.

–Pero no puedo. Tengo órdenes de llevarlo conmigo.

–Solo necesito una hora –insistió Tomlin.

Quizás Rudenlo averiguara algo importante examinando el misterioso aparato. Valía la pena.

–Está bien, una hora.

Saqué el colgante con el puskoru. Su pantalla seguía vacía.

–Pero es posible que se haya estropeado –le advertí.

Un par de horas después me encontraba en la antesala del muelle catorce, esperando la llamada para el embarque. Había repasado todo el procedimiento: revisión médica, registro de salida, entrega de órdenes y presentación ante el oficial de guardia en la Samotracia. Esta vez no se trataba de prácticas. Era mi primera misión oficial.

Toqué el bulto del puskoru, enterrado ahora en la mochila. Tomlin me lo había devuelto hacía tan solo unos minutos.

–Disculpa, Nadir. Tuve una emergencia y casi no he tenido tiempo de estudiarlo –jadeó, entregándomelo en un envoltorio.

–¿Qué has averiguado?

–No mucho. Cuando pueda analizaré los datos del escáner. Los circuitos de ese medallón son muy complejos, una tecnología totalmente diferente a la nuestra. Contiene un increíble sistema de síntesis molecular que parece orgánico, como si hubiera crecido a partir de microcélulas madre. Nadie que yo conozca es capaz de fabricar algo así.

–¿Cómo se comunica?

–Eso es lo más raro. No parece tener una fuente de energía para emisiones a larga distancia. Como sospechaba, debe utilizar una forma desconocida de comunicación interdimensional.

Un minuto después se despidió de mí, aplastándome con un abrazo emocionado.

De nuevo me veía obligado a dejar a mis amigos y a abandonar un lugar que apenas había llegado a ser mi hogar. Se abría otra vez ante mí un futuro incierto, y esta vez ni siquiera tendría a Jilai para acompañarme.

Un pitido insistente sonó en mi comunicador. “Agente Nadiroz Glemen. Embarque inmediato en puerta 14.3”. Levanté mi escasa mochila y me levanté para dirigirme a la entrada.

Pero una voz femenina me detuvo.

–¡Espera, Nadir!

Al girarme vi una figura corriendo con elegancia hacia mí. ¡Numa! No podía ser. ¿Cómo había llegado aquí? Vi la cara ovalada, a la vez dulce y enérgica, el pelo corto teñido de brillos rojizos. Pero no era Numa.

–¡Azeni! ¿Qué haces aquí? ¿Vienes conmigo?

Me parecía que había cambiado ligeramente en cuatro años, pero

la única diferencia obvia era el color de su pelo.

–Acabo de llegar a Maj –respondió agitada–. Solo quería desearte buen viaje… pero, madre mía, ¡cuánto has crecido! –puso los brazos en jarras y me miró con sus ojos violeta. También yo la contemplaba. No me había percatado antes de su semejanza con Numa; la misma combinación de energía, inteligencia y belleza. Pero Azenobeth era una agente de Ahura Masda. No debía olvidarlo.

–¿Qué sabes de mi viaje? –le pregunté, inseguro sobre cómo se aplicaba a ella el carácter secreto de mi misión.

–Es un plan complicado –respondió.

Sus ojos me decían que estaba tan aterrada como Frinrod. ¿Qué estaba sucediendo?

–Pero no te preocupes. Solo he venido a desearte suerte.

Si no tenía de qué preocuparme, ¿para qué me deseaba suerte?

–Y también a dejarte algo para el camino, uno de mis dulces favoritos. La comida de los transportes militares no es una maravilla.

–Gracias –tomé el paquete que ofrecía, decepcionado.

–Ahora pórtate bien y cuídate. Debes estar siempre alerta.

Aunque era ya un agente, seguía hablándome como la profesora responsable de mi buena educación.

–Lo haré. Hasta la próxima vez que nos veamos.

Dudaba de volver a ver a mis amigos, pero estaba seguro de que me encontraría otra vez con Azenobeth. Era como un ángel guardián o un hada madrina de los cuentos: aparecía siempre en los momentos cruciales, hasta llegar el final de la historia.

Le di un beso en la mejilla.

–Gracias por todo.

Me retiré hacia la compuerta, sin dejar de mirarla.

Ella forzó una sonrisa.

–¿Por qué me has llamado Azeni al verme?

–Ah, no me di cuenta. En Vikatee solíamos acortar los nombres de esa forma. ¿No te gusta?

–Me recordó a alguien. Anda, embarca ya o van a ponerte una falta en tu expediente.

Me giré para verla por última vez antes de que la compuerta se cerrara. Azenobeth seguía allí, con la cabeza gacha. ¿Qué era lo que le preocupaba tanto?

FUGITIVOS

I

Ormuth contempló sus dominios personales, una vasta extensión de escenarios y experiencias que podía convocar, modificar o destruir con un simple deseo. Con frecuencia vagaba con una parte de su consciencia por este espacio de caprichos mientras otros hilos de pensamiento manejaban los asuntos ordinarios de Ahura, una vasta pirámide de influencias, favores, estímulos, objetivos y recompensas que contemplaba con ojos omnipresentes desde su posición en la cima. En el mundo Fravashi los lugares y los tiempos se extendían y replegaban, se creaban de la nada para luego disolverse en un recuerdo que podía ser olvidado a voluntad. A diferencia de los burdos sintientes, los dioses controlaban sus procesos inconscientes cuando era necesario y podían multiplicar la mente según sus recursos. Pero también había reglas pensadas para equilibrar los poderes de los Dominios y asegurar oportunidades equitativas. En el principio de los tiempos, él personalmente había participado en la creación de los preceptos, y siempre se había asegurado de que Ahura Masda los seguía, incluso en los momentos más difíciles del Juego. ¡Ah, el Gran Juego!, desplegó complejos sentimientos internos. ¿Qué sería de ellos los inmortales sin el excelso pasatiempo? ¿Cómo podrían vivir eternamente sin los gozos del riesgo, la dulce tortura de la impaciencia y la explosión emocional de la sorpresa, sin la observación furtiva y la paternal intervención en las fugaces vidas de los sintientes?

Con un esfuerzo óptimo, Ormuth extendió un tentáculo de presencia hasta el canal reservado de Pari. Ella había formado parte del núcleo inicial de Ahura y desde entonces le había acompañado siempre con sus sabios consejos y su lealtad. Solo confiaba en ella para las tareas que requerían precisión y sensibilidad. También eran amantes en las muchas formas que los dioses podían serlo. Aunque para ellos el sexo, la belleza y el deseo eran tan moldeables como sus residencias privadas, Pari había mantenido un toque de inalcanzabilidad femenina que nunca saciaba el apetito de Ormuth.

–¿Mi señor Ormuth? –Pari aceptó su presencia.

–Oh, deja las formalidades. Estamos en el canal privado.

–Como desees –rio ella, eternamente seductora.

–¿Está todo preparado?

–Lo está. La probabilidad de alcanzar el próximo subobjetivo se estima en noventa y cinco por ciento.

–Guarda las cifras para convencer a los apostadores.

–Si no quieres probabilidades, ¿para qué pagamos al Oráculo?

–Solo quiero que me digas si todo va bien.

–Ya veo. El gran Ormuth está nervioso. ¿Qué te preocupa? Hemos hecho jugadas más complicadas.

–Estamos en inferioridad. Es un movimiento desesperado.

–Pareces un broker de Angra Mainyu.

–Maldito sea ese Arhiman, Vairya. Es astuto y sin escrúpulos. ¿Cuántos sintientes perderemos esta vez? Quizás deberíamos haber negociado un compromiso.

Pensó por un momento en lanzar una conciencia paralela para contactar con el líder de Angra, pero era demasiado tarde. Sus rivales estaban convencidos de que pronto darían el golpe definitivo, seguros de que a partir de ese punto ya no podían perder. La única estrategia viable para Ahura era seguir con el plan, dejar que los enemigos se confiaran. Las cuotas de las apuestas bajarían, y entonces darían el golpe de mano. Si todo salía bien, las ganancias del subobjetivo serían al menos de un doscientos por cien. Entonces estarían en disposición de presentar batalla por el gran premio.

–¿El muchacho lleva el puskoru? –preguntó a Pari.

–Sí. Frinrod se lo ordenó y Azenobeth se ha asegurado de ello.

–¿No confiamos demasiado en ella? Al fin y al cabo, es una simple humana.

–Sabes muy bien que no es una simple humana –contestó Pari, defensiva–. Lleva mucho tiempo a nuestro servicio y nunca nos ha fallado.

Ormuth asignó otro hilo de su inmensa mente a examinar los indicios preocupantes sobre la agente Dwarme, rastreando datos de su problemático pasado. Pero no quería discutir ahora con Pari. Tenía un hueco reservado en el Retiro de Fuego, solo para dos.

–¿Aún opinas que es mejor no enviar mensajes al muchacho? –inquirió su compañera, preocupada por la larga pausa.

–Cuanto menos nos relacione con la misión, mejor –contestó Ormuth.

Es la grandeza del Juego, se permitió reflexionar. Todo puede depender de la diminuta mente de un chico humano y de miles de

variables más. Ah, la voluble emoción de la incertidumbre…

La Samotracia era la peor pesadilla de un claustrofóbico. Sus pasillos apenas permitían el paso a dos tripulantes y los tubos que atravesaban los techos les obligaban a agachar la cabeza constantemente para evitar golpes. Obviamente, había sido diseñada para viajar en hibernación. Ninguna tripulación aguantaría mucho tiempo despierta en una ratonera así sin perder la razón.

Yo era el único agente de inteligencia en la dotación de veinte infantes. El capitán me había dejado claro con su frío recibimiento que mi presencia era tan útil como una infestación de cucarachas. Acostumbrado a recibir muestras de despectiva superioridad, ignoré las miradas de la tripulación y busqué mi camarote.

–La suite presidencial está por allí –me orientó una soldado.

Tomlin jamás podría viajar en esta lata de conservas, pensé al ver el ajustado pasaje de entrada a los camarotes.

–Te acompaño –se ofreció un muchacho de tez rojiza, poco mayor que yo.

Bajamos por el tubo hasta un estrecho compartimento. Las literas eran poco más anchas que mis hombros y se amontonaban de tres en tres, sin apenas espacio.

–No les hagas caso –mi acompañante apuntó al piso superior–, siempre son rudos con los nuevos. Me llamo Linyon.

–Encantado, Linyon. Soy Nadir –estreché su mano–. Estas camas son muy pequeñas, ¿no? –dije por entablar conversación.

–No importa. En tres días estaremos tiesos –señaló el panel oculto en la parte superior–. Se cierra y te quedas congelado.

–¿Lo has probado ya?

–Sí, desde Míminar.

–¿Qué tal?

–Brrr –simuló tiritar.

Cuando Linyon se fue para continuar sus tareas guardé mi bolsa en un cajón y me senté en el taburete desplegable de la litera, bloqueando el angosto corredor. Estaba aún abatido por mi repentina salida. La aparición inesperada de Azenobeth me había animado un poco y también me sentía contento de que mi padre siguiera vivo, aunque fuera a años-luz de distancia. Pero la otra cara de mi alegría era la rabia por no marcharme a su encuentro. Debía encontrar la manera, antes de que fuera demasiado tarde.

Decidí abrir el paquete de Azeni. Hacía un buen rato que no había comido y su dulce exótico era justo lo que necesitaba. Saqué el paquete, pero… tenía que haberlo sospechado. El dulce no existía. Dentro del envoltorio solo había una cajita alargada, con una nota manuscrita. Por lo visto el papel era el medio preferido para evitar el espionaje de los Fravashi. Los trazos de Azenobeth eran diferentes a los de Rudenlo, finos y bien delineados: "Siento la prisa. Por favor, reprograma tu hibernación siguiendo las instrucciones. Después de despertarte, utiliza la inyección en el momento crítico". En la parte trasera de la nota había indicaciones para cambiar el período de congelación.

En la pequeña caja encontré una bolsa sellada con un cilindro: el inyectable que mencionaba la nota. Vale. Tenía que utilizarlo después de salir de la hibernación. Pero ¿qué quería decir con 'el momento crítico'? Era mi triste destino: recibir mensajes crípticos, códigos indescifrables, medias verdades y órdenes confusas para intervenir en tortuosos planes cuya naturaleza ignoraba. Había sido así desde mi descubrimiento de los planos de Vikatee en el gran salón del Arqueón; luego me había enfrentado al misterioso texto de la Insignia y las revelaciones de Dombrir y Jared sobre la desaparición de mi padre; y había continuado más tarde con las historias del viejo Sidin sobre las esferas de los dioses y las explicaciones del Avatar. Mi principal cometido en el Gran Juego parecía ser buscar a ciegas significados ocultos, rasgar interminables velos de mentiras y desenterrar los secretos de unos u otros. Pero lo único que conseguía era encontrarme siempre con más preguntas.

Escondí la nota de Azenobeth y saqué otro objeto de mi bolsillo: la cápsula de Kyobi.

–Plip –tintineó la muñeca robótica, explorando el camarote con su único ojo.

–Nos vamos de viaje, Kyobi. Me temo que no vas a ver a tu dueña y a Numa en una temporada.

–¿Blop-pip? –preguntó.

Noté al instante la vibración en mi muñeca.

–A mí también me gustaría hablar con ella, pero por el momento no nos dejan enviar mensajes.

La robot señaló entonces un terminal de energía incrustado en el techo de la litera y se quedó allí pegada. Pensaba que iba a alimentarse, pero en lugar de ello se puso a hurgar con sus deditos en los conectores de datos.

–¡Vas a romper algo! –la reñí.

–Bi-blip-pop –intentó explicar.

Iba castigar a Kyobi encerrándola en su cápsula cuando sentí otra vibración. ¿Qué sucedía? El comunicador me informó: “K4031 pide autorización para abrir canal alternativo”.

–¿Qué haces, loquita? No debes entrar en la red de la nave.

–Bip.

Me estaba jugando el cuello. Una intromisión no autorizada en el sistema de una nave militar era una falta muy grave. El capitán administraba la ley a bordo, y no me había parecido el oficial más magnánimo del universo. Me prepararé para jurarle por mis muertos que no había visto a este bichito metálico en mi vida.

–De acuerdo –alcé mis ojos, buscando la ayuda de dioses más benévolos que los Fravashi.

Acepté la solicitud y crucé los dedos mentalmente mientras el brazalete trataba de establecer la conexión. Supe que la magia de Kyobi había funcionado cuando comencé a recibir mensajes de Jilai y Tomlin, y dos notas de Numa.

–¡Lo conseguiste! –felicité a la inteligente muñeca.

–Bilip-pip –aceptó humildemente, colgando de la terminal.

Por desgracia Linyon volvió antes de que pudiera leer los mensajes. Venía a avisarme de la maniobra de lanzamiento. Me coloqué frente a la litera para ocultar a Kyobi y luego seguí al joven infante con un gesto de silencio en dirección a la robot.

En el nivel superior encontré a los demás miembros de la tripulación. Nos alineamos a lo largo del pasillo de entrada, anclándonos a los arneses dispuestos en nichos de protección. Enfrente de cada uno se encontraba el traje presurizado para casos de emergencia o de ataque enemigo. La Samotracia apenas llevaba armas, ni tenía cápsulas de salvamento. A mi llegada había visto en la bodega de carga varios contenedores octaédricos de suministros, pero nada de equipos militares. Normalmente una nave así viajaba como parte de una flotilla de combate cargada de temibles armas pesadas, o en una operación logística. Pero en esta misión volaba sola. Nuestra ruta estaba lejos de las zonas de peligro.

Escuché la voz de la segunda oficial y me preparé, presionando con mis manos sobre las paredes del nicho. La sacudida no tardó en llegar. Soltado el amarre que nos sujetaba al asteroide, su fuerza de rotación nos arrojó hacia el espacio. Me hubiera gustado ver la enorme estructura de Maj Taled para despedirme silenciosamente de la Academia, pero tuve que imaginarme la gigantesca mole mientras escuchaba los crujidos de la Samotracia al distenderse las

juntas de sus mamparos. Los arneses me sujetaron hasta que la segunda oficial anunció que los motores iban a ponerse en marcha. El escudo inercial de la nave evitaba la mitad del aplastante empuje 3g, pero incluso una gravedad y media supuso un duro golpe después de la baja gravedad del asteroide. Al encenderse los propulsores caí repentinamente, sintiendo que mis piernas temblaban al tratar de sostener mi peso adicional.

Mientras el primer turno comía, Linyon me enseñó los conocimientos básicos para sobrevivir en la Samotracia. Me enteré de que estas pequeñas naves se fabricaban en Míminar utilizando materiales de su cinturón de asteroides. Según Linyon, el carácter poco sofisticado de los miminarianos era visible en la robusta simplicidad de los diseños. Al utilizar el inodoro comprendí a qué se refería: un sencillo tubo de aspiración sin más accesorios que la advertencia de no meter la mano. Fue allí en el baño donde pude por fin leer los mensajes de Numa, mientras Kyobi observaba desde mi hombro como si también quisiera descifrarlos.

La primera nota había sido enviada ayer por la noche.

De: ND Para: K4031-V53770442138KLDZ

Iré a visitar Maj dentro de diez días con un grupo de la Central. ¿Tienes un rato libre?

El segundo mensaje era de esta misma tarde.

De: ND Para: K4031-V53770442138KLDZ

Vaya, veo que me ignoras. No es propio de un caballero hacer esperar a una dama. ¿No te habrás fugado con Kyobi, verdad?

Mi risa resonó en el angosto retrete. Kyobi se alarmó.

–Numa está loca –le expliqué.

Realmente quería volver a verme. ¿Por qué hubiera ido a Maj si no? Tomé el comunicador para responder, pero me costaba pensar qué decirle. El ojo de la mascota me enfocaba con impaciencia.

–Contéstale tú, Kyobi. Dile que he tenido que marcharme a una misión urgente y que no sé cuándo podré regresar. Y asegúrale que te cuidaré bien.

Sentado en la apestosa letrina, me sentí furioso. No podía romper las cadenas que me arrastraban lejos de ella. Pero mi rabia era inútil. Los responsables de mis desgracias no estaban a mi alcance.

Miré a Kyobi, preguntándome qué sabría la mascota de las desdichas humanas. Ojalá yo hubiera sido también un robot, obedeciendo órdenes sin miedo ni odio, sin preguntarme qué me esperaba. Pero no era un robot, ni quería ser tampoco un peón.

–¿Qué voy a hacer contigo? Tendrás que ser mi mascota hasta que encuentre una manera de devolverte a tu Doña.

Aproveché para leer los mensajes de Jilai y Rudenlo. Como había imaginado, mi amiga se preguntaba dónde estaba, preocupada por el silencio que rodeaba mi desaparición. Le envié una nota diciéndole que estaba bien, pero que no podía contarle nada más. No era mucho, pero al menos la calmaría. Respecto a Tomlin, simplemente me deseaba suerte y me pedía que me comunicara con él cuando las circunstancias lo permitieran.

Los días previos a la hibernación pasaron entre comidas insípidas, sueños incómodos y tareas de mantenimiento. Al revisar los sistemas de congelación de las literas con Linyon reprogramé el mío con los sesenta días indicados en la nota de Azenobeth. El resto de la tripulación iba a estar hibernando dos años, el tiempo que transcurriría en la nave durante el viaje de siete años–luz a Lembardi. La hibernación reducía considerablemente el envejecimiento, aumentando aún más la diferencia de edad entre los que se quedaban y los que viajaban. Con siete años más Numa sería una mujer adulta, casada con un tipo rico y afortunado. La habría perdido para siempre.

Por fin llegó el momento del sueño helado. Habíamos alcanzado una velocidad de trescientos kilómetros por segundo, recorriendo un millón y medio de kilómetros desde Maj, apenas una décima parte del radio de su órbita alrededor del sol azulado de Taled. Como decía Sidin, el espacio es grande y las piezas se mueven lentamente.

Sonó la alarma. Las luces se atenuaron y las láminas transparentes descendieron automáticamente, dejándonos encerrados en las literas. Pensé en Kyobi, despierta en el cajón. Me había prometido esperar un rato antes de salir y campar a sus anchas por la nave, sin tocar nada.

Entonces vi que un vaho helado lo empañaba todo…

Al intentar moverme, miles de agujas se me clavaron por el cuerpo, encerrado en el interior de una máquina que me atravesaba con cristales. Lentamente las pesadillas se fueron evaporando al disiparse el vaho helado. Tosí con fuerza, aliviado al respirar aire más cálido, pero necesité un rato para que los pinchazos desaparecieran. Finalmente me incorporé, dándome un buen golpe contra la litera de arriba.

–¡Por todos los demonios!

Me levanté mareado. Había conseguido sobrevivir a mi primera hibernación. Un piloto luminoso parpadeaba a un lado, sobre un vaso de líquido oscuro.

–Beba el reconstituyente, por favor –indicó una voz.

La bebida era cálida, densa y repugnante, pero me despejó. Consulté el calendario del brazalete, todavía enfocando los ojos con dificultad. Comprobé que realmente habían transcurrido sesenta días. El resto de la dotación de la Samotracia seguía congelada en los demás cubículos, que brillaban fantasmagóricos bajo la luz de emergencia.

¿Y ahora qué hago?, me pregunté. Según Azenobeth, tenía que ponerme la inyección cuando llegara el momento crítico. ¿Sería en media hora, en un día o en un mes? No podría sobrevivir la soledad espectral de la nave durante mucho tiempo. Ojalá el momento crítico no fuera aquel en que me volviera loco o muriera de hambre. Por cierto, debía encontrar algo para llenar mi estómago.

Tras devorar un par de raciones en la diminuta cantina, vagué sin rumbo. En el vacío puesto de mando de la nave las pantallas también dormían. Solo los indicadores de seguridad parpadeaban. Según la consola de situación nos encontrábamos en las regiones exteriores del sistema Taled, viajando a más de seis mil kilómetros por segundo, aún lejos de la velocidad luz pero cien veces más rápido que una lanzadera. La Samotracia disponía de una omnipantalla táctica para ver naves y objetos cercanos, pero ignoraba cómo activarla.

–Blip-pop –escuché un tintineo a mi espalda.

Kyobi se acercó contoneando sus piernecitas, desfilando por un territorio con el que se había familiarizado durante mi sueño. Me alegré de la compañía semi-inteligente.

–Buenos días, Kyobi. ¿Todo bien?

–Biip.

–Estupendo ¿Te has aburrido?

–Pip-piip.

–Busquemos algo para entretenernos.

En el comunicador no había mensajes de Numa. Posiblemente había creído que la historia de mi repentina misión era una excusa para no verla. Mi primer impulso fue confesarle que se me había roto el corazón al marcharme sin verla. Pero ¿de qué serviría eso? Los indiferentes vientos del Juego y los impulsores iónicos de la Samotracia nos llevaban por caminos diferentes. Debía tratar de olvidarla y añadir su pérdida a la lista de motivos para odiar a los dioses.

Llevaba un par de horas despierto, caminando con Kyobi por los rincones de la Samotracia, y ya estaba volviéndome loco. Ni siquiera había un gimnasio donde ejercitar mis músculos agarrotados y desfogar los nervios, así que me entrené subiendo y bajando por las escaleras de mano. Con una gravedad y media, ese simple ejercicio fue suficiente para dejarme exhausto en pocos minutos. Mientras lo hacía no dejaba de preguntarme qué pretendería Azenobeth de mí. ¿Por qué me había dado el inyectable a escondidas? ¿Estaba enterado Frinrod de ello, u obedecía a otro retorcido plan de Ahura Masda?

Exhausto, me tumbé en la ‘librería’, como Linyon llamaba al cuchitril para oír música y ver películas. Trasteé un rato con los menús. La mayoría de archivos eran manuales militares y documentales de formación, pero también había viejas historias de ficción. A pesar de no comprender la mitad de sus argumentos, me entretuvieron durante unas horas. Sentada tranquilamente en mi hombro, la mascota robótica las miraba emitiendo suaves ronroneos.

–Kyobi, ¿recuerdas a tu ama, Arkana?

–Bilip –contestó tras un breve silencio.

–¿Eso es un sí?

–Blip.

–¿Sabes si estudió en la Universidad Maj Taled?

–Plip-blop.

Así no iba a llegar muy lejos.

–¿Puedes contestarme a través de mi comunicador?

–Blip-blip.

–Bueno, pues hagámoslo así. ¿Estudió Arkana en Maj Taled?

La respuesta hormigueó en mi muñeca: “Según la información de

que dispongo, esa afirmación es cierta”. Desde luego Kyobi era lista, pero no dejaba de ser un robot.

–¿Estabas tú con ella en Maj?

“No. La Señora mandó construirme más adelante”.

Mandó construirla. La Doña no se había limitado a comprarla. Podía permitirse la fabricación de caprichos a medida.

–¿Sabes por qué se ha marchado tu señora?

La respuesta tardó un par de segundos.

“Dijo que necesitaba un cambio. No especificó a qué tipo de transformación se refería”

Sonreí. La inteligencia de Kyobi era demasiado literal. Era muy posible que la mujer simplemente se hubiera tomado unas vacaciones, harta de la persecución de los medios. La entendía muy bien.

–¿Sabes dónde se encuentra ahora?

“He recibido instrucciones no cancelables de no revelar esa información”

Vaya. Eso era interesante, aunque no muy útil.

–¿Estás en contacto con ella?

“Transmito mi localización y estado de forma periódica, y respondo a peticiones específicas por su parte”

¿Arkana Darrensin estaba en contacto con Kyobi? Probablemente se trataba solo de un programa automático. Pero la robot había dicho que le hacía “peticiones específicas”. ¿Acerca de qué? ¡Por los demonios del Peklon! ¿Estaba Kyobi espiando para la Doña? Por primera vez fui consciente de que podía haber extraído secretos militares de Maj Taled y de la Samotracia. ¿En qué lío me había metido por hacer un favor a Numa? Sentí el impulso de apagar la pequeña muñeca para siempre y encerrarla en su cápsula. Pero era mi única compañía. Si había estado espiando… ya era demasiado tarde para solucionarlo.

Durante dos días traté varias veces de sonsacar información a Kyobi, pero su pequeño cerebro óptico desviaba hábilmente mis preguntas. Intenté que me avisara de cuándo enviaba informes a Arkana, pero no quiso decírmelo. Tomlin hubiera sabido interceptar sus comunicaciones y quizás averiguar el paradero de la misteriosa Doña. Pero yo no era Tomlin.

Últimamente tenía una sensación muy extraña. Una presencia, como si un ente inmaterial habitara la nave. Me parecía que alguien

me vigilaba, siguiendo mis aburridos paseos con Kyobi. Llegué a la conclusión de que era un efecto del aislamiento sobre mi mente. Nos habían explicado que el confinamiento era el medio más efectivo para desequilibrar a los prisioneros capturados por Inteligencia. A los pocos días comenzaban a tener visiones y a hablar solos, y tarde o temprano pedían desesperados que cesara la tortura. ¿Era eso? ¿Me estaba volviendo paranoico mi encierro? Pronto comenzaría a experimentar voces y apariciones. De hecho ya escuchaba un sonido, unas campanillas que me llamaban desde las entrañas de la nave.

–¿Oyes eso? –pregunté angustiado a Kyobi.

“No escucho nada fuera del rango habitual”, respondió a través del comunicador.

Aun sabiendo que se trataba de una alucinación, no pude resistir el impulso de seguir la llamada. Al menos así me convencería de que no era real y quizás desaparecería también la sensación de una presencia extraña. Lo más curioso es que el ruido me recordaba algo, un recuerdo de mi infancia que no podía identificar. Mi memoria se estaba volviendo poco fiable.

Me dirigí ansioso a la popa, seguido de cerca por Kyobi, que se había convertido en una fiable extensión de mí mismo.

–¿Plop? –preguntó al entrar en la zona de carga.

–¿Todavía no lo oyes?

Tras bajar dos niveles llegamos a la bodega, atestada de contenedores. Era prácticamente imposible moverse por su interior. Pero las campanillas estaban allí, más fuertes que nunca. Percibí el sonido con claridad mientras me arrastraba encima de los módulos octaédricos.

–¿Pap-blop?

–Está cerca –confirmé a Kyobi, que me seguía con facilidad.

Al pasar sobre otro de los contenedores supe que estaba en su interior, bajo mi cuerpo. Podía sentir el calor. No tenía espacio para incorporarme, así que me descolgué junto a la compuerta de carga. Bajé con cuidado. Con una gravedad y media podía romperme un hueso. Una vez abajo me volví hacia el octaedro, temblando de expectación. Deslicé la tapa de la cerradura manual y comencé a girarla febrilmente. ¿Estaba loco? –me detuve–. Podía tratarse de algo peligroso, componentes radioactivos o materiales venenosos. Pero el sonido seguía llamándome. Continué girando la cerradura hasta que la junta se separó. Estiré con todas mis fuerzas para abrirla y una ráfaga de energía me empujó. Radiación, color, fuego,

ondas hipnóticas. Caí hacia atrás, aplastando casi a Kyobi.

–Bilip-pop-plip –protestó.

Dentro del contenedor octaédrico había una Zarayan, barriendo la bodega con su furiosa tormenta de energía. Era ella la que enviaba el sonido, ella y su hermana gemela. No necesitaba abrir el módulo de al lado para comprobar que la segunda esfera estaba en su interior. La Samotracia llevaba en su bodega las dos Zarayan que la Cascanueces había salvado de Dercanlea.

–Pide una confirmación urgente –dijo Vairya al mensajero–. Y avisa a Kerlock.

–Enseguida, Ahriman –llegó la respuesta.

Taimado Ormuth, ¿cuál es tu jugada? –se preguntó Vairya–. ¿Qué saben tus espías sobre el ataque? Nuestras apuestas son demasiado transparentes, reconoció. Delatan demasiada confianza en una pronta victoria.

Si hubiera estado en su mano, Vairya hubiera establecido una pantalla de falsas jugadas y apuestas de compensación. Pero no tenía tanto margen de maniobra. A diferencia de Ormuth, su título de Arhiman no era vitalicio. El puesto era otorgado y confirmado periódicamente por la junta de Angra Mainyu. Mantenerlo dependía de los beneficios que obtuviera para los miembros de la asociación. Vairya había tenido que esperar cinco mil años para alcanzarlo, y no iba a dejarlo escapar fácilmente.

Abarcó de un vistazo la amplitud de la fortaleza, el corazón que gobernaba la inmensa maquinaria de sus Dominios, protegida por el impenetrable laberinto topológico del Escher. Había apostado todo lo que tenía en el ataque a la ciudad flotante y a pesar de la estupidez suicida de los hrtar y del Almirante Kautrk, las ganancias habían sido enormes. Ahora, con once de las trece Zarayan en sus manos, la junta confiaba en él para exprimir más recursos de los ansiosos apostadores. Por primera vez estaban en disposición de adelantar a Ahura, de convertirse en los más poderosos entre los inmortales. Y lo harían. Quizás la junta tuviera razón. Las apuestas debían reflejar su suprema confianza.

–Saludos, Ahriman –llamó cautamente Kerlock–. He recibido tu mensaje.

Vairya estudió con detalle a su jefe de estrategia militar. El veterano guerrero había escogido presentarse con una antigua armadura de combate. Muy apropiado.

–¿Qué piensas? –le preguntó–. ¿Arriesga Ahura sus únicas Zarayan

en una pequeña nave sin protección?

–¿Una maniobra para desviarnos? Es posible –respondió Kerlock, lacónico.

–¿Podemos detener el transporte?

–La flota tendría que cambiar bruscamente de trayectoria, y aun así tardarían un año en alcanzarles.

–Eso es lo que quiere Ahura, obviamente. Pero, ¿por qué apostarían sus últimas esferas para salvar ese pequeño sistema de la Alianza?

–Sabemos que tienen allí un programa de armamento secreto.

–¿Esos juguetes del asteroide? No les servirán de nada si juntamos las Zarayan. No. Creo que lo que pretenden es confundir a los apostadores, hacerles dudar. Sus brokers venden la idea de que Ahura tiene una escapatoria, de que aún guarda un as en la manga.

–Tenemos una alternativa al desvío de la flota –informó Kerlock, tras estudiar concienzudamente la situación–. Podríamos interceptar con rapidez esa nave mediante un par de corbetas Mukjasar que permanecen ocultas en la nube cometaria de Taled en tareas de vigilancia.

Vairya deliberó durante unos instantes, utilizando prácticamente todos sus recursos mentales. Era un complejo equilibrio. Los carniceros Mukti sin duda se abalanzarían con ansia sobre la presa, pues odiaban a los humanos de la Alianza. Pero los mercenarios no eran muy fiables. Podrían estar tentados de vender su botín al mejor postor. Y si algo fuera mal, las corbetas estarían sin apoyo en medio del espacio. Examinó otra vez los datos que Kerlock le había dejado preparados.

–La información no es concluyente –dijo por fin al expectante guerrero–. Esas trazas de radiación podrían haber sido simuladas.

–Hay una pista nueva –el jefe de inteligencia estaba recibiendo información simultánea por otro canal–. El chico ha subido a esa nave desarmada. Acaba de graduarse como agente de Ahura.

–¿El hijo de Glemen? –respondió Vairya sorprendido, pensando en las implicaciones.

–Su nombre no aparecía en el listado oficial de órdenes de la Alianza, pero su localizador está en el manifiesto de a bordo.

–Maldito Ormuth. Las apuestas se van a volver locas. Avise a Lenea para que coordine a nuestros brokers y tipsters. Va a ser duro.

–¿Y respecto a…?

–Envíe a esos Mukjasar a toda velocidad. Y desvíe tres cuartas partes de la flota hacia el mismo vector. Llegarán tarde, pero si los Mukti capturan las Zarayan vamos a necesitar fuerzas para reclamarlas y protegerlas de cualquier ataque. Ah, y vaya trazando las rutas de apoyo

hasta el Destino Final.

–Así se hará, Ahriman –respondió formalmente Kerlock, entrechocando los talones de su armadura.

–Otra cosa… no creo que sea necesario con los Mukjasar, pero transmítales nuestro deseo de que no haya supervivientes.

–¿Ni siquiera el muchacho, señor?

–Es mejor eliminarlo Nunca me ha gustado que se inmiscuya en nuestros asuntos. En todo caso, es una pieza de Ahura, o peor aún, podría ser un truco de Mithra.

–¿Mithra? ¿Tiene alguna indicación de que siga operativa?

–Debemos siempre prever el peor caso, Kerlock. Hay algo en esta maniobra que lleva su pérfida impronta.

III

Consideré un momento la posibilidad de estar soñando o trastornado por la hibernación y por los dos días de soledad en la Samotracia.

–¿Qué ves ahí dentro, Kyobi? –apunté al contenedor.

La robot orientó su ojo panorámico.

"Esfera de dos metros de diámetro. Emisión de amplio espectro electromagnético y radiaciones residuales alfa, beta y gamma".

Si se trataba de una alucinación, era terriblemente retorcida. Por otro lado, si no era una ilusión, la realidad misma resultaba ser una locura. Las Zarayan estaban en el borde del sistema Taled, alojadas en una nave sin protección. ¿Qué pretendía Ahura Masda? Me habían mentido de nuevo. Mi misión tenía que ver con las esferas. Pero, ¿cuál era realmente mi misión? Me senté sobre el suelo de la bodega, frotándome la cabeza con las manos, intentando calmar la tempestad de mis pensamientos.

–¿Ba-blop? –preguntó Kyobi desde abajo.

"¿Qué es ese objeto? Parece peligroso" –llegó su mensaje.

–Es una larga historia –suspiré.

Siempre había asumido que Azeni había acompañado a las Zarayan a un lugar seguro con la Cascanueces. Pero quizás no las había llevado con ella, o es que las había traído de vuelta a Maj

justo a tiempo de embarcarlas en la Samotracia. Recordé su preocupación al despedirse en la zona de embarque, y noté un temblor, como si las piezas del rompecabezas se desencajaran a mi alrededor.

–Plep-bop –exclamó Kyobi, alarmada.

El temblor era real. Una fuerte sacudida nos mandó rodando por el suelo. Inmediatamente se encendieron luces de alarma y sonó un insistente pitido, acompasado con las convulsiones de la nave.

–Este es un mensaje automático –bramó la megafonía–. Alerta de nivel 3. Posible ataque con armamento pesado. Naves no identificadas se aproximan. Secuencia de reanimación general. Los tripulantes en activo diríjanse a los puestos de combate.

Un ataque. La comprensión me golpeó al mismo tiempo que los impactos sobre la Samotracia. Tenía que despertar a los infantes y a los oficiales. Sin molestarme en cerrar el octaedro que contenía la Zarayan, escalé angustiado los contenedores, gateando a toda prisa mientras los pitidos y el mensaje de emergencia se repetían. Corrí sin aliento por los retorcidos pasajes de la nave hasta el puente. Más luces parpadeando de miedo. Las pantallas mostraban gráficos llenos de rojo sangriento. ¿Podía hacer algo? No estaba entrenado para manejar los sistemas de navegación, y me costaría tiempo comprender cómo funcionaba el inútil armamento ligero de la nave. De repente la Samotracia se dio la vuelta y salí despedido hacia el techo.

–Maniobras evasivas automáticas –anunció la voz–. Defensas y contramedidas insuficientes. Nivel de alerta cuatro. Anticipación de daños en el casco.

Nos estaban machacando. Salí como pude de la sala, caminando unas veces sobre el techo y otras por las paredes, protegiéndome como pude de los golpes con mis antebrazos. Avancé hacia el pasillo de entrada donde estaban los trajes de presión, sacudido por la macabra danza de la nave, pero al llegar al tubo de los camarotes me detuve. ¿Podía acelerar la descongelación de los soldados? El pasadizo hacia las literas colgaba sobre mí, pero un nuevo vuelco de la gravedad me lanzó hacia él de cabeza. Casi me rompí el cuello al aterrizar junto a los cubículos. Vi que la escarcha de los paneles se estaba fundiendo muy lentamente. El proceso normal tardaba una hora. Estaríamos fritos mucho antes. La tripulación no tenía oportunidad de defenderse.

Abrí el cajón junto a mi litera. El puskoru estaba allí, inerte. Ningún mensaje. Los dioses callaban, o quizás Ahura ignoraba el

ataque. Podía intentar avisarles, preguntarles qué debía hacer. Azenobeth me había enseñado. Entonces recordé su mensaje. El momento crítico. Tenía que ser ahora. Ella sabía lo del ataque y cuándo llegaría. Dejé el puskoru para coger el inyectable. Tenía que seguir sus instrucciones. Pero el maldito vaivén de la nave lanzó el tubo volando y empujó mi cuerpo de nuevo contra el techo. El impacto hizo que algo se rompiera en mi hombro, dejándome un brazo inútil. ¿Dónde había caído la jeringuilla? Confuso por la contusión, alcancé a verla, dando tumbos al fondo del pasillo. Maldita sea. Tengo que salir de aquí, pensé con desesperación. Entonces otra maniobra al azar de la Samotracia me ayudó, empujándome hacia el inyectable, como si la nave jugara también con mi destino. Alargué mi brazo útil y lo recogí, clavándolo inmediatamente en mi bíceps. Sentí con doloroso alivio cómo penetraba el fluido.

Pero la situación no había mejorado. El dolor del hombro era insoportable y estaba atrapado en una ratonera a punto de reventar. Estirando el brazo sano, me apoyé contra la pared del tubo y ascendí penosamente. Por suerte la siguiente sacudida llegó mientras estaba protegido en el estrecho pasaje.

–Rotura del casco. Atención. Rotura del casco –gritó la voz de la megafonía. Una estridente sirena se añadió a la cacofonía que me rodeaba–. Alerta de nivel cinco. Sellado automático de secciones. Evacuación inmediata. Repito. Evacuación inmediata.

Me alcé con el brazo hasta la cubierta. El rumor lejano de los impulsores iónicos había cesado. Estaba en gravedad cero. Cualquier esperanza de escapar se había evaporado. Con el brazo inútil enganchado al cinturón, me empujé hacia uno de los trajes de presión. Abrí su cremallera magnética impulsándome con los pies, pero no resultó fácil meterme en la escafandra sin el apoyo de mi propio peso.

–¿Kyobi? –busqué alrededor.

–¿Bi-blop? –la robot salió volando desde los camarotes como un insecto nadando en el agua. No estaba acostumbrada a la falta de gravedad.

–Tienes que empujarte contra la pared. Salta hacia aquí.

Se impulsó torpemente hacia el nicho con sus patas de alambre. La agarré antes de que pasara de largo.

–Nave fuera de control –la megafonía sonaba extrañamente calmada en medio de las sirenas–. Daños críticos en el casco y sistemas de impulsión. Fuga de aire en el sector de servicio. Objetos

desconocidos se aproximan –continuó, imperturbable–. Posible intento de invasión. Preparen defensas manuales.

¿Defensas manuales? La armería quedaba al otro lado del puente. Ni siquiera tenía mi vieja navaja de Dercanlea. Pero el traje debía tener algo que sirviera de arma. Lo repasé hasta encontrar un cortador de emergencia en el cinturón. También llevaba un par de granadas de nulignita, pero no debía usarlas dentro la Samotracia, al menos mientras yo estuviera allí.

Nuestros atacantes no tenían tantos escrúpulos como yo con los explosivos. La compuerta de entrada, a pocos metros, salió despedida con un estampido atronador. El saliente del nicho me libró de la onda de choque, pero me resultó difícil respirar cuando el aire comenzó a escapar a chorro hacia el espacio.

–Quédate aquí dentro, quietecita –coloqué a Kyobi en el bolsillo de mi pecho.

Me apresuré a cerrar el traje y a colocarme el casco hermético. El aire siguió saliendo de la nave, arrastrando ante mí una nube de fragmentos inertes. Comprobé los indicadores del traje, siguiendo la rutina de los entrenamientos, evitando pensar en lo que sucedía. Entonces vi los haces de luz que entraban a través de la compuerta desgajada, proyectando sombras amenazadoras. Vienen a por las esferas, pensé aterrado al ver las formas que se acercaban. Quizás si me quedaba quieto en el nicho no me verían.

–¿Plop-ba-blop? –preguntó la robot, aferrándose a mi camisa.

–Silencio, Kyobi.

El primer atacante pasó apoyado en largas piernas escuálidas. Al alejarse hacia el interior vi que era un robot. Le siguieron otros dos. Uno de ellos se metió por el tubo que llevaba a las literas. Iba a salir del nicho para tratar de evitar la matanza, pero nuevas sombras hicieron que me detuviera. Otras figuras atravesaban la entrada con la familiar torpeza de los humanoides. Me encogí en el traje, pensando en los hrtar, pero al aproximarse el primero de ellos vi que su armadura era más sofisticada que la de los demonios, con sensores y equipos de soporte vital.

Más alto que un humano, el alienígena dobló sus rodillas hasta el pecho para moverse por el estrecho pasadizo. Solo podía ser uno de los temibles guerreros Mukjasar. Como los demonios verdes, los Mukti eran una evolución adaptada a un planeta sin oxígeno. Y al igual que los hrtar, odiaban a muerte a los humanos.

El guerrero llevaba un arma compacta, una pistola que podía manejar en el reducido espacio del pasillo. Por suerte el gigante me

ignoró y siguió adelante. Mi estrategia de inmovilidad había funcionado. Sin embargo, tras él venían dos humanoides más. El último de ellos iba a ser un problema. Avanzaba mirando con desconfianza a todos lados, revisando los nichos uno por uno con su pistola. Desesperado, decidí probar un truco del instructor Rogens: me hice el muerto sin cerrar los ojos, fijando la vista en un punto de la pared opuesta. Rogens, un veterano de muchas operaciones, nos confesó que le había funcionado en más de una ocasión. Según su testimonio, el oponente dudaba instintivamente antes de disparar o golpear a un muerto.

El soldado se acercó con la parsimonia de un cazador y finalmente se detuvo frente a mí. Me había visto. Dio un paso cauteloso. Aun después de tantos años, las sesiones de condicionamiento en la Laguna dispararon mi reacción inconsciente al notar su movimiento de ataque. El Mukjasar iba a golpearme para comprobar si vivía, pero mis ojos ya no eran inertes. Busqué un punto débil y clavé el cortador láser del traje con mi brazo intacto, entre los aparatos adheridos a su torso. El cuchillo se hundió, pero el Mukjasar no pareció afectado. Unos ojos grandes brillaron tras el visor, sorprendidos por mi atrevimiento.

Me apoyé contra su muslo y saqué el cortador incrustado en la armadura. El humanoide levantaba su pistola hacia mí, preparado para disparar. Entonces su visor se nubló y comenzó a convulsionarse. Intentaba tapar el agujero que el láser había dejado al sacarlo de su traje. Aproveché para atacarle de nuevo en el costado. Otro chorro de vapor escapó del uniforme, condensándose en una neblina blanca, y el invasor moribundo flotó a la deriva por el pasillo.

Entonces noté un pinchazo y un frío abrasador recorrió mi pierna. Otro de los gigantones acababa de dispararme. Afortunadamente su siguiente tiro fue interceptado por el cuerpo del Mukjasar muerto, que giró con el impacto. Aproveché mi suerte para resguardarme en el nicho y localizar el agujero en mi pernera. Tembloroso, saqué el espray sellador del cinturón y rocié el orificio por el que penetraba el hielo del vacío. Tomé entonces una de las granadas explosivas y giré dos clics el temporizador. Escudándome tras el humanoide muerto, lancé el explosivo hacia el interior de la nave, donde acechaba el otro Mukjasar armado.

Todo fue rápido. La onda de la explosión barrió a mi atacante, pero también golpeó de lleno el cadáver del Mukti, y su enorme cuerpo me empujó hacia la salida. Antes de que pudiera evitarlo, estaba volando por el espacio en medio de una nube de humo.

–¡Bi-bi-blip! –protestó Kyobi, agarrándose a mi camisa.

IV

A pesar del terrible dolor en el hombro y de mi muslo insensible, seguí sujeto al cuerpo inerte del Mukti. Ambos girábamos en el espacio, alejándonos de la Samotracia como una aburrida pareja de baile mientras la nave seguía vomitando gases al espacio. Su casco estaba magullado y ennegrecido, herido de muerte en una desigual batalla. La popa se había llevado la peor parte, resquebrajada por cañones de plasma. Los motores se parecían ahora a masas de queso fundido. Junto a ellos un comando Mukjasar estaba abriéndose camino hacia la bodega de carga, utilizando láseres montados sobre plataformas móviles. En esa bodega encontrarían lo que buscaban.

Al seguir girando apareció en mi visor una nave que iluminaba a la Samotracia con poderosos haces de luz. Sus flancos estaban delineados con azul fosforescente, el color del imperio Mukti. A más distancia nos vigilaban un par de corbetas.

Quise reír por la ironía, pero el dolor y la rabia me lo impedían. La destrucción de Vikatee, todos los heridos en Dercanlea, la muerte del viejo Frideric, de mi amigo Vliror, todo había sido inútil. Los estrategas de Ahura se habían dejado robar las esferas por unos matones con un par de corbetas. De todas formas, ahora ya no importaba. Seguía adentrándome en la negrura del espacio. Muchos de mis recuerdos vivirían en otras personas, en Jilai, Azenobeth… Pero nadie más sabría la historia de la Samotracia.

Un grupo de Mukjasar acudían desde la nave azul, atraídos por la explosión en la Samotracia. Una de las plataformas, conducida por un gigantón, se había separado de la bodega y se dirigía hacia mí. Lo que faltaba, pensé al ver su cañón láser, viene a ver si su compañero sigue vivo. Si hubiera tenido un rifle de plasma, incluso una pistola, hubiera podido atacarle, incluso intentar quitarle el vehículo. ¿Y luego qué? ¿Utilizaría su láser contra una veintena de sangrientos Mukjasar? ¿Destruiría las dos corbetas?

Sentía un gran cansancio, una paralizante somnolencia causada por mis heridas o por la falta de oxígeno. Tratando de despejarme, busqué la pistola del alienígena muerto, palpando su largo brazo, pero ya no estaba allí. Quizás el Mukjasar tenía otras armas, pero

no pude adivinar dónde. Nervioso, miré de reojo hacia el deslizador que se acercaba. ¿Me había visto ya el Mukti?

Un reflejo en el casco deformado de la Samotracia me alertó. Estaban sacando uno de los octaedros. Mientras, la plataforma con el láser estaba ya muy cerca, apenas a cincuenta metros. Traté de esconderme lo mejor que pude tras el inmenso cuerpo del Mukti muerto. En el siguiente giro, cuando ya era inevitable que me viera, el ocupante del deslizador ladeó su cabeza, como si escuchara algo en el profundo silencio del espacio. Entonces giró su plataforma y se alejó hacia la nave de las bandas azules. Comprendí lo que sucedía al ver un segundo octaedro saliendo de la Samotracia. Los Mukjasar ya tenían lo que necesitaban. No podían perder su tiempo rescatando colegas moribundos.

Un alarmante siseo en mi casco me asustó. Había sido mi suspiro de alivio. Pero la marcha del Mukti solo era una breve prórroga. La terrible somnolencia me vencía. Mis músculos estaban agarrotados de frío y dolor. Al intentar moverme sentí punzadas desgarradoras por mi cuerpo, como si las fibras musculares se rompieran por dentro. Afortunadamente, pensé resignado, no durará mucho. Giraré unas cuantas veces más hasta dormirme y descansaré por fin. No habrá más pesadillas ni preocupaciones, a no ser que los dioses sigan torturándome en un infierno de su invención. El terrible pensamiento me dio fuerzas para luchar contra el sopor.

Pensé en una historia que Tomlin me había hecho leer, una antigua novela, quizás escrita en la legendaria Tierra. Un hombre quedaba varado en el espacio tras un accidente. Rebelándose contra su destino mortal, sobrevivía durante días con los tanques de oxígeno de su nave abandonada, alimentado por su profunda rabia y un deseo de venganza que le llevaba a conseguir lo imposible: el poder de teletransportarse únicamente con el supremo esfuerzo de su voluntad y su odio. Utilicé los vestigios de furia que me quedaban y traté de concentrarme en Maj. Visualicé la sala de entrenamiento, un lugar apropiado para el salto espacial… pero mi mente cambio de destino, escogiendo el lugar que deseaba más que ningún otro, la piscina del Palacio Xandu. Me vi nadando con Numa, aferrándola en mis brazos…

Abrí con gran esfuerzo los párpados. El negro espacio seguía dando vueltas a mi alrededor. Una luz pasó fugazmente por delante. Me forcé a seguir despierto otro giro para ver de qué se trataba. Era un amasijo metálico, una sección desgarrada de la Samotracia, planchas de su casco aún pegadas a restos de mamparos retorcidos. Me acercaba a los despojos, aún aferrado a mi enemigo, pero yo

estaba tan tieso como el humanoide muerto: no podía girar el cuello y apenas alcanzaba a mover los ojos. ¿Qué me sucedía? Todos mis músculos parecían haberse congelado.

–¡Blip-plip! –Kyobi trató de despertarme, presintiendo el fin.

En el siguiente giro los restos metálicos pasaron cerca, diez o quince metros a lo sumo, pero me di cuenta de que no llegaría a tocarlos. Pasaría de largo con mi involuntaria pareja de baile. Pensé de nuevo en la historia del astronauta abandonado. ¿Habría entre esos despojos medio fundidos algo que pudiera salvarme? Con súbita inspiración, recordé mis torpes maniobras sin gravedad, cuando había saltado con Tomlin para entrar en la burbuja de aislamiento. Física básica. Ley de acción y reacción. Despedí con una patada de mi pierna sana al Mukjasar cautivo, apartándolo con un horrendo desgarro muscular. Apenas pude reaccionar cuando mi cabeza chocó contra un bloque de metal. Alargué mi brazo por puro instinto. A pesar del dolor, conseguí aferrar un reborde. Pero no podía respirar. Mis pulmones se resistían a trabajar un segundo más. Utilicé mi último hilo de consciencia para activar el ancla magnética del traje y luego perdí el conocimiento. Muy lejos, cada vez más distantes, pequeños vehículos introducían dos contenedores octaédricos en el costado de una nave con ribetes azules.

Esta vez la congelación fue diferente. Podía notar el transcurso del tiempo de forma acelerada. Mi cuerpo se mantenía inmóvil y mi consciencia ahogada en una almohada que me impedía pensar. Tan solo podía observar con indiferencia el rápido giro de las estrellas y los movimientos de arañita de Kyobi por el interior de la escafandra. En algún momento se encendieron a lo lejos estelas de polvo iónico, fugaces cometas. Volví a pensar en el teletransporte, en la repentina desaparición de Jared durante el ataque hrtar, aferrado a su medallón. Pero mi puskoru se había quedado en el cajón de la Samotracia. En cualquier caso, no podía mover ni un dedo. Ni siquiera mi mente parecía responder a mis deseos. Debía limitarme, como en un sueño, a observar. El tiempo transcurrió, un largo tiempo en el vacío. No sentía nada, ni frío ni tacto, ni tristeza ni dolor, solo estaba allí mirando el giro de las estrellas, esperando. En algún momento durante la eternidad apareció una luz brillante, un disco blanco en el cual se abrió un túnel oscuro que se tragó las estrellas y luego me engulló.

Mithra observó desde el Zigurat la colosal plaza del Dominio Cinco, admirando la algarabía del mercado, las construcciones proporcionadas y la puerta de dorados leones desde la que surgían los carros alados de

los comerciantes. Los Fravashi aparecían en miles de formas, metamorfoseándose según su humor, su poder y su capricho. La imperante moda de cuerpos traslúcidos le parecía a Mithra obscena y costosa, un derroche de recursos en pos de una vana y breve superioridad, o peor, de la conformidad con la moda. Pero ella siempre había sido una extraña entre los dioses.

Echó de menos el comienzo, cuando la osadía y la necesidad de llenar un universo vacío los habían inspirado para construir los Dominios Inmortales, reinos esplendorosos sin límites ni castas. Luego llegó la organización de las transacciones, la regulación de la geometría espacio-temporal y la saturación del espacio de posibilidades, el hastío y el aburrimiento, la muerte en vida de los inmortales. El Juego fue necesario para escapar de la catatonia, para salvar con una ficticia creación el mundo estancado. Los dioses habían olvidado los viejos tiempos, y el Juego lo había absorbido todo. Solamente ella recordaba el principio, la heroica rebelión contra la materia, la huida de todo pasado.

La excitación se palpaba en la plaza, una emoción cuantificada con precisión en el mercado de apuestas, en la oscilación rápida de las cuotas. La multitud sabía que un final de ciclo se aproximaba, y anticipaba con diversos grados de temor y anhelo las victorias o los sacrificios de sus piezas favoritas, y saboreaba los últimos objetivos. Quizás incluso esperaban algo diferente, un final con inesperados giros, con ganadores sorprendentes que causaran un vuelco en los delicados equilibrios de la sociedad Fravashi. Sobre todo, anticipaban el clímax de la recombinación de los Dominios, la Gran Unificación que pondría fin a la partida.

Habían olvidado el conocimiento protegido por el Guardián de la Memoria, mientras Mithra escapaba parcialmente a la amnesia. Recordaba haber participado en el diseño original y también, renuente, en la creación de las reglas del Juego, el diseño de los complicados mecanismos de comunicación con el universo sintiente. Debía haber sospechado que el olvido y la ambición de los dioses los llevarían a la ruin manipulación de unos seres inferiores. No fue la única que se rebeló contra la cruel injusticia. Junto a otros, creó Gayoma Retan con el secreto objetivo de terminar con el Juego. Durante un tiempo tejieron su propia de red de agentes en ambos universos, hasta revelar su existencia en la Batalla de Salindra, donde consiguieron por sorpresa arrebatar las Zarayan. Tras esconder las esferas en la ciudad volante, la ansiada paz parecía por fin a su alcance, y pusieron en marcha planes para una nueva era de creación, una renovación total de las reglas y los Dominios. Pero la inercia les venció. Todas las facciones presionaron al

Consejo. El órgano de los dioses no aceptó el ultimátum de Gayoma para suspender el Juego, acusándolos de traición y chantaje.

Mithra tuvo que retirarse a la clandestinidad con unos pocos supervivientes. Afortunadamente habían preparado los resquicios necesarios para desaparecer, imperceptibles cuñas en las transacciones y dimensiones de los Dominios. Pudieron ocultarse restringiendo sus comunicaciones y mendigando sus recursos. Tuvieron que comenzar desde cero.

Rescatándolo de los amargos recuerdos, tres formas familiares se materializaron a su alrededor, una tríada de grandes pájaros que la rodearon con sus alas blancas creando una comunión que los aisló de la plaza del zigurat. Instantáneamente, los cuatro aparecieron en la oscuridad de un lugar moldeado para el secreto.

Mithra fue la primera en hablar.

–Queridos amigos. Después de una larga espera, el momento ha llegado –dijo, modulando su legendaria voz–. Las alternativas son claras y ninguna de ellas lleva a nuestra supervivencia personal. El punto de no retorno que habíamos previsto está sobre nosotros. Es el momento adecuado para echaros atrás o continuar hasta el final, hasta una gloriosa muerte.

Los tres que la acompañaban hablaron a la vez, como si se hubieran puesto de acuerdo.

–Seguiremos adelante, por el bien de todos los seres.

V

Las sensaciones volvieron en el sueño. Sentí el frío del viento, caí sobre la tierra, noté la dureza del suelo y el olor de la hierba. Miré aún sin vista. Estaba solo, perdido en un mundo ilimitado donde el horizonte se elevaba en todas direcciones.

–Ya está –dijo la voz omnipresente.

Pude verla. Su rostro era alegre, con unos ojos mágicos enmarcados en divertida sorpresa. Yo conocía esa cara.

–Azeni –escuché mis propios labios.

–Hola –me levantó un párpado–. ¿Cómo te sientes?

El mundo sin límite se había transformado en una habitación sencilla de formas redondeadas y cálidas, decorada con buen gusto.

La amplia ventana mostraba un paisaje de praderas verdes con montañas al fondo, unas cumbres misteriosamente manchadas de blanco. Del mirador llegaban sonidos de pájaros. ¿Estábamos en un planeta? Algo no cuadraba.

–Es el mundo de los dioses, ¿verdad?

Ella rio con ganas, sin ánimo de burla.

–No, no es el mundo de los dioses.

–Pensé que quizás me habían llevado allí… Me dejé el puskoru en la nave. El puskoru de Sidin.

–No importa. Es mejor que no sepan que estás aquí, ni siquiera que estás vivo.

–Entonces, ¿dónde estamos?

Azenobeth miró alrededor con un atisbo de vanidad.

–Mi nave, la Amatista.

–Pero… –señalé la ventana.

Ella hizo un gesto y la vista cambió a una playa, con árboles que se inclinaban sobre el agua como si quisieran beberla. Oía claramente el sonido de las olas.

–Viajo mucho por el espacio. Este es mi verdadero hogar. Intento que sea acogedor.

Me pregunté dónde había dejado esta nave mientras ella viajaba con la Cascanueces. Desde luego no se parecía a ningún aparato que hubiera visto antes. Más bien se asemejaba uno de los hoteles de la costa de Benize.

–Me rescataste –comprendí al disiparse la niebla de mi sueño–. Tu inyectable me provocó una especie de hibernación. ¡Sabías que iban a atacar la Samotracia!

–Demasiadas preguntas –me regañó, caminando alrededor de la camilla sin contestarme.

–Dime la verdad. Ya no soy un niño.

–Entonces debes saber que la verdad es una maraña de muchos hilos. Yo solo conozco unos pocos, entre ellos muchos que no podrías comprender.

–Te pareces a Sidin. O quizás fue él quien copió tu estilo –dije, intentando incorporarme.

Todavía notaba dolor en el hombro, y llevaba un vendaje en la pierna, pero me moría de ganas de estirarme.

–Tuviste mucha suerte –me detuvo Azenobeth, seria–. Mi plan era que te quedaras escondido en algún lugar de la nave. Gracias al inyectable, los sensores de los Mukjasar te habrían dado por

muerto. Aunque… podrían haber volado en pedazos toda la Samotracia. La verdad es que me asusté al llegar allí. No encontré supervivientes, y tú no aparecías por ningún lado.

–Salí despedido al exterior.

–Pensé que te habrían capturado, pero cuando iba a abandonar la búsqueda vi en el radar ese pedazo de chatarra.

Recordé la luz brillante y la gran sombra que me había tragado. Los detalles fueron regresando a mi consciencia.

–¡Se llevaron las esferas, Azeni! Los Mukjasar las cogieron y las transportaron a una de sus corbetas.

–Lo sé, cálmate. Descansa y luego te contaré lo que sé.

¿Cómo podía estar tan tranquila? Sabía que habría un ataque y al parecer también que las Zarayan viajaban en la Samotracia. Pero tuve que parar de hacerme preguntas. La cabeza me dolía demasiado.

–¿Dónde está Kyobi?

Le había cogido cariño a la mascota, y además me preocupaba la reacción de Numa si algo le pasaba a la robot de su madre.

–¿Te refieres a la muñeca? Está bien. Su batería se dañó con el frío. La he dejado desconectada.

–¿Por qué? –pregunté, ejercitando con cautela mis piernas.

–Intentó acceder a los sistemas de la Amatista –me miró con una ceja fruncida.

–¿En serio? Tendré que reñirla.

Por insistencia mía salimos a buscar comida. La extravagancia de la nave continuaba fuera de la habitación. Por ninguna parte veía tubos ni paneles de mantenimiento, tan solo un suave resplandor que emanaba de las paredes, formando olas de hipnótica belleza. El suelo era de auténtica madera y el techo estaba formado por un mosaico traslúcido de infinitos tonos. Me recordó las decoradas salas del Palacio Xandu.

–El comedor –Azenobeth me indicó una sala tras una arcada formada por conchas marinas.

Como el resto de la nave, la cocina era espaciosa y limpia, con texturas y colores que emanaban sosiego. Pero no tuve tiempo de fijarme en los detalles. Frente a la consola de comida había alguien conocido.

–Hombre, el pequeño durmiente se ha despertado –Tomlin me saludó con su vozarrón–. Supongo que tendrás hambre, pero no garantizo que esto sea comestible –señaló un bol, lleno de una masa

indefinida–. ¿Quién será el genio que programó esta cosa?

–¿Qué haces aquí? –pregunté, extrañado de ver al científico–. ¿Estás en una misión con Azenobeth?

–Su única misión es la de polizón –dijo ella, irritada.

–¿Te colaste en la nave? –me resultaba divertido pensar que hubiera burlado la vigilancia de Azeni.

–Tenía mis razones –respondió el rollizo Rudenlo–, y te dije que volveríamos a vernos. Han sucedido cosas que no conoces.

–Desayunemos primero –intervino Azeni, adoptando su papel de capitana–. No te preocupes, Nadir –miró el mejunje que había preparado Tomlin–, hay también pan, huevos y queso de cabra. Auténticos.

Salvo mi breve estancia en Habesport, hacía años que no probaba auténtica comida casera y mi cuerpo absorbió los alimentos con sorprendente avidez. Me salté algunas reglas de etiqueta mientras devoraba platos de tortilla de queso con trozos de pan recién horneado. Tomlin me observaba con tal asombro que podía distinguir el blanco de sus pequeños ojos.

–Cuidado no te atragantes, muchacho –repitió varias veces.

–Déjalo. Tiene que recuperar la energía consumida por los nanobots –explicó Azenobeth–. Las pequeñas criaturas que contenía la inyección se encargaron de que tus células sobrevivieran al frío.

–Por eso me dolía cuando intentaba moverme.

–Crearon estructuras de soporte en tus tejidos –asintió ella.

Acabé otro vaso del dulce zumo de frutas y pensé, renovado, que había llegado la hora de hacer preguntas.

–¿Por qué no les diste inyectables a la tripulación? Los pobres no tuvieron ninguna oportunidad.

Recordé con pena a Linyon, el muchacho que me había ayudado. Todos habían sido sacrificados por la sangrienta crueldad del Juego.

Azenobeth inclinó su rostro serio. A pesar de su férreo control, sus perfectas facciones ovaladas también admitían la tristeza.

–Mi idea era salvar a todos. Pero los estrategas no lo aceptaron –respondió con tensa calma–. Toda la tripulación debía morir.

–¿Cómo? –salté como si me hubiera abofeteado.

–Yo también me enfurecí –intervino Tomlin–, pero la verdad es que…

–Calla, Rudenlo –estalló Azeni–. Ni siquiera deberías estar aquí.

Tomlin se retiró hacia atrás y la miró huraño.

–Escucha –la capitana se acercó a mí, dulcificando su tono–. El sistema Taled estaba bajo amenaza de muerte.

–El ataque –recordé los puntos rojos del grafo táctico.

–Debieron seguir a la María Mayer y pensaron que las esferas estarían guardadas en Maj, que nos sentiríamos más seguros protegiéndolas en el interior del sistema. Así que Angra decidió asestar un golpe demoledor.

–¿Los Mukjasar también están aliados con Angra Mainyu?

–Todos ellos quieren las Zarayan. Los Mukti no están controlados por Angra, pero el precio debió ser demasiado tentador. Y vieron la excusa perfecta para debilitar a la Alianza.

–¿Angra Mainyu? ¿De qué habláis? –interrumpió Tomlin.

–Cierra las orejas, Rudenlo –le espetó Azenobeth–, o te borraré la memoria con uno de tus aparatitos.

El técnico alzó sus manos en el aire como un escudo.

–Detectamos la primera oleada –continuó Azenobeth–, pero era demasiado tarde. Se trataba de un ataque balístico.

–Incursión a velocidad máxima sin posibilidad de cambiar la trayectoria –explicó Tomlin mientras Azeni lo ignoraba.

–No teníamos tiempo para desplazar la órbita de Maj. Algunas de las cabezas de fusión nos alcanzarían con seguridad. Pero los estrategas diseñaron un plan para afrontar la segunda oleada, las naves tripuladas que llegarían para eliminar a los supervivientes del primer ataque. Teníamos que desviar su atención con un cebo.

–Las Zarayan –comprendí.

Azenobeth asintió.

–Debía parecer un movimiento desesperado, no el resultado de un plan premeditado. Por eso los estrategas querían que la tripulación pereciera en el ataque. Los Mukjasar debían pensar que nos habían sorprendido.

–¿Qué sucedió con el ataque a Maj?

–Consiguieron evacuarla, pero la base ha sido totalmente destruida, y también hubo víctimas por algunos impactos en Vinegran. Sin embargo, la mayoría de la flota de castigo nunca llegó. Una buena parte cambió de rumbo para ir tras las esferas, y el resto fue destruida por nuestras defensas.

Menos mal. Jilai estaría a salvo. Me preocupaban más Anael y Goldinaz, destinados en el ejército de la Alianza. Quizás hubieran participado en la batalla espacial.

Ahora resultaba obvio por qué Frinrod había estado tan

preocupado al darme la misión. El Fantasma sabía que me enviaba a la muerte, aunque tuvo la decencia de hacerlo en persona. Pero ¿por qué enviarme a mí a esa misión suicida? ¿Habían decidido los dioses eliminarme?

–¿Qué hacía yo en la Samotracia? –me dirigí a Azeni.

–Hay una superstición, propagada como una leyenda desde que se filtraron los sucesos de Vikatee y Dercanlea. Dicen que las esferas van allá donde tú vas, y que tú viajas donde van las esferas. Los estrategas pensaron que tu participación convencería a los espías de Angra de que las Zarayan iban realmente en la Samotracia.

Entonces la capitana me miró con curiosidad.

–¿Y cómo supiste tú que las Zarayan iban en la nave?

Regresé en mi imaginación a las horas que había vagado por el opresivo interior de la Samotracia con la única compañía de Kyobi, y recordé aquel ensueño en que un sonido me llamaba insistentemente.

–Tuve la sensación de una presencia, como si las Zarayan me llamaran. Las encontré en la bodega.

Tomlin torció su ceño con incredulidad.

–Las leyendas dicen que aquellos que han pasado un tiempo cerca de las Zarayan son perseguidos por su llamada –dijo Azeni.

–Creo que había oído antes el mismo sonido, cuando Sidin y yo buscábamos la esfera perdida en la meseta de las Mil Grutas.

–Debe ser una sensibilización del oído producida por la radiación –razonó Tomlin–. Es posible que tras una exposición inicial puedas detectar frecuencias inaudibles, como hacen los animales.

Rudenlo tenía explicaciones para casi todo. De alguna manera, siempre había sabido que las esferas me perseguían, o que yo las perseguía a ellas. Las mágicas Zarayan habían penetrado en mi interior, y eran ahora parte de mí.

–Los Fravashi son supersticiosos, como todos los apostadores, Nadir –afirmó Azenobeth–. Sospecho que están obsesionados contigo. Se imaginan que tienes poder sobre las esferas.

El avatar había dejado traslucir algo así hace años. En lugar de eliminarme, los Fravashi habían querido que siguiera en el juego. Por alguna razón me consideraban un factor importante en sus apuestas. Los dioses no eran tan diferentes a los jugadores de naipes que pasaban todas sus horas libres compitiendo en la cantina de la Academia. Pero los Fravashi jugaban con seres humanos en el tablero.

–¿Qué pasa ahora, Azeni? ¿Se ha terminado el Juego?

–No se terminará hasta que las trece esferas estén unidas y se active su conexión. Son las reglas.

Por su mirada de soslayo hacia Tomlin, comprendí que no quería hablarme más de ello delante del científico.

VI

Quería quedarme a solas con Azenobeth, pero supuestamente tenía cosas que hacer en el puente, así que caminé con Tomlin por los bellos pasillos de la Amatista, desperezando las piernas, y redirigí mi curiosidad hacia el técnico.

–¿Por qué te escapaste en esta nave?

–El ataque a Maj era inminente –movió sus grandes manos–. Vi el plan de evacuación. A los técnicos civiles iban a darnos órdenes de quedarnos en el núcleo hasta el último minuto, para sacar todos los equipos que pudiéramos salvar.

–La Alianza no te hubiera abandonado en Maj.

–No estoy tan seguro. Sé demasiadas cosas.

Eso era cierto, en más de un sentido, pero pensé que su amplio conocimiento era una razón para salvar su vida, no para eliminarlo.

–Y decidiste fugarte en la Amatista. No puedo imaginarme la cara de Azenobeth al verte.

–Esa loca quería tirarme al espacio.

Tomlin no estaba acostumbrado a que le trataran como a un niño revoltoso, pero se lo había buscado.

–Por cierto, no sabía que erais amigos –clavó en mí las negras semillas de sus ojos.

–¿No? Seguro que la viste en mis recuerdos.

–Ya te dije que el sacacorchos no lo lee todo.

–¿Y tú, la conocías de antes?

–No, hasta hace pocas semanas. Vino a verme al núcleo después de que tú te marcharas a toda prisa. Tenía el papeleo firmado para llevarse la burbuja de aislamiento.

–¿Ese globo donde hablamos?

–Al parecer fue un encargo suyo, algo que necesitan para otra

estúpida intriga de la Alianza. Se ha negado a contarme más… Imagínate, me dejó solo dos horas para estabilizar la burbuja y transportarla a la bodega de la Amatista. No fue un plan premeditado, pero cuando vi esta nave… comprendí que era mi oportunidad para escapar con vida.

–¿Cómo entraste?

–Trivial. Después de asegurar el globo en la bodega me colé en su interior y lo programé para llevarme hasta una semana más tarde. Sabía que Azenobeth iba a despegar inmediatamente y que cuando yo saliera ya no podríamos volver. Maj habría sido destruido.

Me pregunté si en la burbuja Tomlin hubiera estado a salvo de cualquier ataque exterior. Según lo que había contado debía ser así, puesto que estaba en otro espacio-tiempo.

–La capitana se llevó una sorpresa cuando salí de su bodega. Comenzó a gritarme improperios por la megafonía.

–Tuviste suerte de que no te lanzara al espacio –reí.

–Lo consideró seriamente.

El técnico me llevó hasta el gimnasio de la Amatista. En su centro, rodeada por curiosos aparatos, había una corta pista sobre la que se podía correr sin salir nunca fuera.

–Es una nave increíble –comentó Tomlin–. Ni el sátrapa de los Mukti dispone de un yate personal como éste. Tendrías que ver el dormitorio de esa loca. Y a mí me hace dormir en un jodido nicho de hibernación.

Me sorprendió el lenguaje de Tomlin. Nunca le había oído insultar así. Parecía dolido por el trato de la capitana. El científico no estaba acostumbrado a que lo controlaran.

La habitación de Azeni estaba cerrada, así que no pude ver qué maravillas contenía. En cualquier caso, dudaba que superara el dormitorio de Arkana en el Palacio Xandu, con su cama circular. Tomlin me mostró entonces la sala de hibernación, casi un pequeño hospital automatizado. Tenía cuatro cubículos de congelación, más modernos y espaciosos que los de la Samotracia. Por lo que podía ver, la Amatista había sido diseñada para una reducida tripulación. Seguramente una sola persona podía controlarlo todo. Pero resultaba peligroso para Azenobeth viajar sin acompañamiento. ¿Quién podía ayudarla si sufría una emergencia?

–Otra cosa interesante –Tomlin señaló el suelo–. Mira estas juntas amortiguadas. En apariencia todo es delicado y elegante,

pero la estructura está hecha para soportar enormes aceleraciones –susurró confidencialmente.

Tardamos pocos minutos en montar una red de sensores uniendo pequeños discos con hilo de cobre. Parecía que íbamos a pescar invisibles criaturas marinas, y en cierta forma era así. Queríamos capturar las señales que viajaban libres por el éter.

Siguiendo las indicaciones de Tomlin, coloqué el frágil esqueleto metálico de Kyobi en mitad de la malla. Habíamos encontrado la mascota desconectada en el taller. Entonces había comentado a Rudenlo la idea que había tenido en la Samotracia: trazar las comunicaciones de Kyobi para ver cómo transmitía sus informes a la Doña. Tomlin, siempre dispuesto a montar alocados experimentos, había quedado entusiasmado por la idea. Observando cómo montaba los sensores, me alegré de tenerle aquí.

–Deberíamos consultarlo con Azenobeth –pensé demasiado tarde.

–Lo apagaremos en cuanto se establezca la comunicación –Tomlin agitó su cabezota, como si expulsara toda responsabilidad de su interior.

Pero la idea había sido mía y tendría que cargar con las consecuencias. Estaba dispuesto a ello con tal de resolver otro misterio.

–Anda, apreta su espalda –indicó Tomlin.

Encontré una pequeña depresión en el cuerpo de la mascota. Cuando Rudenlo me hizo una señal la presioné con cuidado, temiendo romper la frágil robot. Noté enseguida una débil vibración, y Kyobi se incorporó, moviendo su único ojo.

–¿Blip, bip-bi-blip?

–Estamos a salvo –respondí, mirando a Tomlin, que miraba su terminal.

–Pip-plop –Kyobi observó la maraña que la rodeaba.

–¿Algún mensaje nuevo, pequeña? –pregunté con esperanza.

–Blip –afirmó.

Inmediatamente llegaron vibraciones a mi comunicador. Comprobé con alegría que eran notas de Numa.

–Creo que tengo algo –me avisó Tomlin–. Pero no puede ser…

Dudaba entre preguntar al técnico qué pasaba y leer mis mensajes, cuando una voz furiosa tronó sobre nuestras cabezas.

–¿Qué demonios estáis haciendo?

La capitana nos había descubierto.

–Venid al puente ahora mismo –ordenó.

Lo dejamos todo y salimos corriendo del taller, abandonando a Kyobi a su suerte.

–¿Qué viste? –pregunté al científico mientras caminábamos.

–No lo había calibrado bien –jadeó–. El tiempo de retorno me daba apenas una décima de segundo.

Hice el cálculo mental. Si una señal de radio recorre trescientos mil kilómetros en un segundo, en una décima serían treinta mil, apenas un paseo en el espacio, entre un planeta y su Luna. Tomlin tenía razón. No podía haber nadie tan cerca de nosotros.

Azenobeth nos recibió secamente en su sillón de capitana.

–Sentaos, rápido. Tenemos compañía.

La visión a mi alrededor me desconcertó durante unos instantes. La pared circular del puente era un firmamento de puntos brillantes. Con un escalofrío, tuve la terrible sensación de flotar otra vez en el espacio junto a los restos de la Samotracia. Mareado, me senté junto a una consola.

–¿Qué clase de compañía? –se atrevió a preguntar Rudenlo.

Azenobeth señaló un punto en la pantalla estrellada, un círculo amarillo parpadeante, rodeado de números.

–Hay una nave pegada a nuestro trasero –explicó Azeni– y me juego mi reserva de chocolate de Katlain a que tiene algo que ver con esa mascota con la que jugábais.

Como si hubiera entendido la alusión, Kyobi entró en la sala, brincando hasta subirse en mis piernas.

–¿Blip-pop?

Azenobeth comenzó a hablar por su comunicador.

–Habla la capitana Beth Dwarme del crucero privado Amatista, matrícula XVN/1618, con salvoconducto diplomático de la Alianza de las Cuatro Estrellas. Su nave no responde a nuestras peticiones de identificación automática. Según el código de navegación, el mantenimiento de su distancia y vector actuales constituyen un acto de agresión. Identifíquense inmediatamente o expónganse a las consecuencias.

Se volvió hacia nosotros, cerrando la comunicación.

–Esto no me gusta nada.

–¿Una nave Mukti? –preguntó Tomlin, con cara arrugada de preocupación.

–Desde luego no son amigos –respondió Azenobeth, observando

los datos–. Se sigue acercando. Voy a armar los cañones y los proyectiles de inercia.

Pulsó algo y la pantalla panorámica adquirió un tono naranja. El círculo de la nave perseguidora se volvió rojo.

–¡Bilibip! –tintineó Kyobi.

Mi comunicador vibró. Tenía un nuevo mensaje.

De: ND Para: K4031-V53770442138KLEF

Estoy en la nave, prisionera de mi madre.

–¡Azeni, no dispares! –grité inmediatamente.

–¿Qué sucede? –los ojos de la capitana me apuntaron.

–Mi amiga Numa. Está en esa nave –señalé la pantalla–, con la Doña Darrensin.

Las medición que había hecho Tomlin era correcta. Kyobi se había comunicado realmente con sus dueñas.

–¿Arkana Darrensin? –el rostro de Azenobeth se llenó de un frío estupor–. ¿Quién es esa Numa?

–A mí no me mires –Tomlin levantó las palmas de sus manos.

–Es la hija de Arkana –expliqué–. Me ayudó en mi examen.

–Dioses… la chica del sonograma –dedujo la capitana.

–Nos encontramos en el Palacio Xandu.

–Ya he visto la grabación –Azeni afiló de nuevo su mirada.

–Fue ella la que te dio a Kyobi –Tomlin miró con sospecha a la mascota–. ¿Para qué han venido hasta aquí?

–No sé –contesté con sinceridad.

Azenobeth se movía nerviosa en su puesto, pálida como si se le hubiera aparecido un espectro de los dioses.

–Nada de esto tiene sentido –murmuró–. Arkana desapareció hace meses.

–Es posible que estuviera con los Mukjasar –apuntó Rudenlo.

–Viene a por mí. Ha destapado sus cartas –dijo Azeni para sí misma. Luego se giró hacia nosotros, desafiante–. Pero no os preocupéis, la dejaremos atrás. Programaré el impulsor para 10g.

–Pero no podemos abandonar a Numa. Me salvó la vida en Habesport, y está en peligro.

–No podemos fiarnos de la hija de Arkana, Nadir. No conoces las tretas de esa mujer. Haría cualquier cosa.

–Pero conozco a Numa. Está de nuestro lado.

–Ah, el amor juvenil –suspiró Azenobeth.

–Debió intentar huir de su madre para seguirme.

–No hay problema, la Amatista aún tiene sitio para otro polizón inmaduro –se burló Azenobeth–. ¿Y cómo piensas rescatar a tu doncella?

–Quizás pueda salir de la nave.

–Si está prisionera de Arkana, lo dudo mucho.

Azeni podía ver el temor en mi rostro. Acabó cediendo ante mi angustia.

–Dile que tiene cinco minutos para salir. Luego aceleraremos.

Escribí el mensaje tan rápido como me permitieron mis manos temblorosas. En un par de segundos llegó la contestación: “Voy a intentarlo”.

Mientras Azenobeth programaba nuestra huida, Tomlin observaba los datos de la nave de la Doña en la pantalla, como si pudieran darle una pista. Yo vigilaba atormentado mi comunicador. Cinco minutos era muy poco tiempo. De vez en cuando miraba a Rudenlo, esperando alguna indicación de Numa en la pantalla, pero el técnico negaba con la cabeza. El tiempo iba pasando sin noticias.

Finalmente, la capitana rompió el tenso silencio.

–Queda un minuto.

Los segundos de ese minuto avanzaron dolorosamente. Fijé mi vista en el punto rojo de la omnipantalla, como si pudiera dominarlo con mi voluntad. Una vibración me sobresaltó.

–¡Está en una cápsula de salvamento! –leí emocionado.

Azenobeth miró con aprensión la pantalla. Un segundo después sonó una alarma y un nuevo círculo destellante apareció cerca de la nave perseguidora.

–La computadora detecta un misil de ataque –dijo Azenobeth.

–Es una trampa. ¡Salgamos de aquí! –Tomlin entró en pánico.

–Tiene que ser la cápsula –rogué que fuera así.

–Aunque lo sea, ¿cómo sabemos que no contiene una bomba o un gas venenoso? –preguntó el técnico.

Me dieron ganas de golpearlo con algo contundente. “Numa, necesitamos una señal tuya”, escribí por el comunicador.

Pocos segundos después un recuadro de texto se abrió en la gran pantalla, junto al círculo separado de la nave principal.

–“Están atacándome. Intentaré…” –leí angustiado.

Entonces comenzó el baile. Entre los dos círculos apareció una

bandada de triángulos de color, con una cohorte de cifras.

–Ampliar la zona del objetivo –ordenó Azeni.

La vista se expandió, mostrando cómo los triángulos volaban desde la nave principal hacia la cápsula.

–¡Van a alcanzarla! –grité.

–Computadora, fija objetivos para los cañones láser –dijo Azenobeth con frialdad–. Apunta a misiles identificados con triángulos. Dispara.

En pocos instantes, los triángulos desaparecieron con efímeros destellos. La cápsula de Numa se alejó solitaria. Menos mal, suspiré.

–Computadora, trayectoria de intersección con el objetivo beta y captura con lazo magnético. Ejecuta –ordenó la capitana–. Si aparecen nuevos misiles, repite instrucciones anteriores.

La gravedad de la Amatista cambió. Nos movíamos al encuentro de Numa.

VII

Mis pulsaciones se iban acelerando mientras esperábamos junto a la bodega de servicio donde el lazo magnético había depositado la cápsula. Podía ver el cilindro gris a través del ojo de buey, con sus luces de posición aún destellando. Según las órdenes de Azenobeth, debíamos aguardar hasta estar seguros de que no había peligro. Ella, por si acaso, se había colocado una pistola al cinto.

–¡Pero si estaban disparándole! –protesté inútilmente.

–Si hubieran querido destruirla podrían haberla desintegrado fácilmente con sus cañones.

–Tiene razón, Nadir –Tomlin apoyó a la capitana, mirando con temor hacia el cilindro.

Era obvio que su madre solo quería asustarla para que volviera con ella, pensé. Ni siquiera Arkana Darrensin sería capaz de matar a su propia hija. Pero, ¿por qué Numa no salía de la cápsula? Había enviado ya tres mensajes para asegurarle que todo estaba bien.

Por fin, una portezuela se abrió en el extremo del cilindro, empujada por un delgado brazo tras el cual salió una figura femenina.

–¡Es ella! –exclamé.

–Por lo menos tienes buen gusto –respondió Tomlin, bloqueándome la vista con su cabezota.

Azenobeth pulsó el código y la compuerta de la bodega se abrió. Por respeto a su cargo dejé que fuera delante. La bodega apestaba a desinfectante, pero al acercarme a Numa percibí un aroma mucho más dulce. La muchacha nos observaba con expectación y cierto temor. Azenobeth se paró a un par de metros de ella, pero yo no pude detenerme hasta llegar a su lado.

–¡Qué alegría que hayas podido escapar! –la recibí.

Su cara se iluminó con alivio.

–Gracias a los dioses, Nadir.

Su abrazo me resarció de las duras experiencias de los últimos días. Solo ahora me daba cuenta de lo profundamente que se había apoderado de mi corazón.

–¿Estás bien?

–Sí, sí –sonrió, pero el miedo volvió a su rostro–. Mi madre se ha vuelto loca, quiere destruirnos.

–No te preocupes, nos alejaremos enseguida –dije.

–¿Quién controla esa nave, muchacha? –la capitana se había acercado con su mano al cinto, sin dejar de mirar a Numa.

–Mi madre –respondió, observando a Azenobeth con cautela–. Vino a buscarme cuando empezó el ataque de los bárbaros. Armó un terrible jaleo en la Universidad, aterrizando en la plaza con su lanzadera. Sus guardas me obligaron a ir con ella. Ahora todos saben ya que soy hija de la Doña –se lamentó.

–Pero, ¿cómo viniste hasta aquí? –pregunté.

–Mi madre estaba muy alterada. Nunca la había visto gritar así a todo el mundo. Cuando salimos de Habesport dijo que había localizado a la bruja, que la invasión era culpa de ella, y que por fin iba a darle su merecido.

–¿La bruja? –rio Tomlin, ansioso por participar.

–Supongo que la Arkana Darrensin se refería a mí –Azenobeth sonrió torvamente.

Fuimos al comedor, donde la capitana activó otra pantalla para seguir la nave de la Doña sobre el fondo de estrellas. No había abandonado nuestra persecución, pero tampoco parecía un peligro inminente. Nos sentamos mientras Tomlin, siempre hambriento, servía bocadillos y refrescos.

–¿Cómo supiste que yo estaba en la Amatista? –pregunté a

Numa.

Embelesado por su presencia, aún no podía creer que la hubiera recuperado inesperadamente. ¿Era posible que los dioses hubieran decidido compensarme por todo el mal que me habían causado?

–Mi madre me dijo que estabas con ella –respondió temerosa, mirando a Azeni–. No te enfades conmigo, Nadir. Te juro que yo no sabía nada.

–¿Sobre qué?

–Fue un plan, una treta para encontrarla –miró de nuevo a la capitana–. Fue mi madre la que organizó tu visita al Palacio Xandu.

Tomlin se atragantó, salpicando la mesa de migas.

–¿La Doña? –respondí, confuso–. ¿Cómo iba a organizar ella la misión a Habesport? Era parte de mi examen.

Giré la vista hacia Azenobeth para buscar su opinión, pero la capitana se limitó a observar fijamente a Numa.

–Me dijo que su experto de arte era un operativo de la Alianza, y que lo había utilizado para preparar tu visita.

¡Arielderand! Recordé que él mismo se había revelado como un agente tras regresar del Palacio.

–Al parecer mi madre le pasó información falsa sobre manipulaciones genéticas prohibidas en sus propias células, para que la Alianza enviara a alguien a tomar muestras. Consiguió que te metieran a ti en la visita anual, coincidiendo con mi estancia en la residencia.

Estaba tan sorprendido que no sabía qué decir. ¿Era posible? Por eso había podido llegar hasta la habitación de la Doña sin que los guardas me alcanzaran. ¿Había sido todo una farsa, incluyendo los incidentes con Rutko?

–¿Por qué quería la Doña a Nadir? –intervino Tomlin, fascinado.

–Tras marcharse, mi madre me dejó un mensaje sobre Kyobi –señaló la mascota, sentada en mi regazo–, explicándome cómo debía cuidarla. La nota también decía otra cosa que no entendí entonces: si me visitaba un joven extraño, debía ser amable con él y convencerle de que se llevara a Kyobi.

–La muy… ¡utilizó la muñeca para espiarnos! –dedujo Rudenlo con admiración.

Fantástico, pensé. Otra vez me han utilizado. Pero no importaba. Había salvado a Numa de su alocada madre y estaba conmigo. Benditas fueran las argucias de Arkana Darrensin.

Rudenlo seguía empeñado en desentrañar el asunto.

–De esa forma consiguió encontrar a la bruja, quiero decir, a Azenobeth.

–Arkana sabía que volvería a ver a Nadir, tarde o temprano –habló Azenobeth, muy callada hasta entonces.

Numa asintió, avergonzada.

Yo había sido solo un instrumento de Arkana. Pero, ¿por qué buscaba a Azeni? ¿Qué otros secretos ocultaban esos ojos violeta? La capitana se había mantenido alerta, como un animal preparado para saltar sobre su presa. Los tres nos quedamos ahora mirándola, esperando una explicación.

–Arkana y yo nos conocimos en la Academia, hace bastantes años.

–No es posible. Tú eres mucho más joven –reaccionó Numa.

–En la veloz Amatista los siglos pasan de largo, como nubes de polvo en el espacio –declamó Azeni con extraña teatralidad.

–¿Qué pasó en la Academia con Arkana? –pregunté aprovechando que parecía estar de humor.

–Durante un tiempo fuimos muy amigas. Pero cuando nos nombraron instructoras se empeñó en competir conmigo. Pensaba que yo quería ser la mejor en todo. Arkana era increíblemente inteligente, pero su físico no era muy agraciado, y sus celos acabaron enemistándonos. Se volvió paranoica. Me acusaba de hacerla parecer tonta a propósito.

–Pero mi madre es muy guapa –dijo Numa, temblorosa.

–Fue entonces cuando Arkana se obsesionó con la belleza y la juventud. Se marchó de la Academia para crear su imperio, aprovechando la fortuna de sus padres. Contrató a los mejores científicos e investigó durante años hasta desarrollar su famosa línea de regeneración. Utilizando sus inmensas ganancias construyó el elevador espacial de Habesport, su fortaleza Xandu, y los retiros de rejuvenecimiento, llenos de placeres prohibidos… Poco más sé de ella. No he vuelto a verla desde la Academia.

Numa miraba a Azenobeth con ojos muy abiertos, asimilando con dificultad su narración y el duro rencor que se adivinaba entre la capitana y su madre. ¿Qué había pasado realmente?, me pregunté. Algo pasional debía haber enfrentado a las dos jóvenes amigas, para generar ese odio.

–El pasado no importa, Numa. Ahora estás con nosotros –traté de calmarla–. No tienes que preocuparte.

–Gracias –respondió ella con timidez–. Y gracias a ti, por dejarme entrar en tu nave –inclinó ligeramente su cabeza ante Azenobeth.

La capitana se levantó, dirigiéndose a ella con brusquedad.

–Ha sido una historia fascinante, pero no puedes quedarte en la Amatista –dijo sin apartar sus ojos–. Te marcharás ahora mismo en tu cápsula.

–¡No puede regresar con su madre! –me levanté furioso.

–Siento defraudarte, Nadir –Azeni puso su mano pequeña y fuerte sobre mi pecho–. Esta mujer no es hija de Arkana Darrensin. La persona que conoces como Numa no es otra que la propia Doña.

Fue un choque tan brutal que solo puede reaccionar con una negación absoluta.

–¡Qué tontería! –grité–. ¡Numa no es mayor que yo!

–Créeme. Lo es. Arkana es la mayor experta existente en rejuvenecimiento; se ha hecho rica vendiendo sofisticadas técnicas de modificación y reparación corporal. Por lo visto también las ha utilizado consigo misma.

–Pero…

La tecnología no podía crear esos rasgos naturalmente perfectos. La mirada de espanto de Numa ante las palabras de Azenobeth era genuina. ¿Qué pretendía la capitana?

–Todo encaja –continuó Azeni sin pausa–. No hubo ninguna comunicación desde la nave de Arkana. Si la Doña tenía tantas ganas de encontrarse conmigo, ¿por qué no me llamó para reclamar su venganza? ¿Por qué lanzó misiles a la cápsula de salvamento en lugar de atacarnos a nosotros?

–No quiero volver –dijo la muchacha, aterrorizada–. Mi madre está desfigurada. Por eso no podía hablar.

La boca de Azenobeth se torció con desprecio.

–Únicamente quería oír de nuevo tu voz, Arkana. La cirugía ha podido alterar el timbre de tu voz, pero no ha cambiado la falsa inquietud de tu voz. La recuerdo bien.

Rememoré las conversaciones de Numa con los guardias del Palacio. Su tono era el de una verdadera Doña. Rutko y sus soldados sabían perfectamente que no estaban frente a una muchacha asustada. El único engañado había sido yo, cegado por una ilusión más fuerte que la realidad.

Los movimientos fueron tan rápidos que no me di cuenta de lo sucedido hasta que fue demasiado tarde. Numa se había levantado, apuntando con un arma a Azenobeth. Al mismo tiempo, la capitana disparaba su propia pistola, haciendo que su enemiga cayera al suelo entre insultos y gritos de dolor. El bello rostro se había

transformado en una máscara de rabia, en la cara de la Doña.

–Es solo una descarga neuromuscular –dijo Azenobeth, aún apuntando–, pero te aconsejo que no vuelvas a intentarlo.

Tomlin recogió el arma de Arkana. Yo observaba la escena como si contemplara una alucinación, incapaz de asimilar su realidad.

–La inocente Bethi –Arkana escupió el nombre–. A mí ya no puedes engañarme. Le confesaste todo a tu querida amiga.

Azenobeth se quedó paralizada, como si la hubiera alcanzado un proyectil tranquilizante.

Arkana se revolvió entonces hacia mí, apuntando con su dedo a Azeni.

–Ella me reveló la verdad. Los dioses le otorgaron hace tiempo la inmortalidad. ¿No te has fijado en que la perfecta Bethi no envejece? Fue su regalo por valiosos servicios prestados, para que siga eternamente con su misión. Pero la pobre tuvo que renunciar al amor…

–¡Cállate, Arkana! –restalló la voz de Azenobeth–. ¡Vas a volver a tu nave inmediatamente!

La capitana apuntó a la muchacha que hubiera podido pasar por su hermana menor. Ambas compartían la misma combinación de belleza y cerebro maquiavélico, de robusta esbeltez y fría inteligencia.

–Lo comprobé en el laboratorio con una muestra de sus células –continuó Arkana, impasible–. Está llena de…

Azeni no la dejó terminar. Su disparo hizo que el cuerpo de la chica se convulsionara sobre el piso. Crucé una mirada horrorizada con Tomlin. Estábamos atrapados entre dos mujeres temibles. No dudaba de que lo dicho por la Doña era cierto. La inmortalidad de Azenobeth explicaba muchas cosas.

–Avisa a tu nave –ordenó la capitana cuando Arkana volvió a abrir los ojos–. Y nada de juegos.

–A sus órdenes –la Doña saludó militarmente, aún agarrotada por la descarga.

Arkana me miró, como si hiciera un último esfuerzo por mostrarme la Numa que había sido. Luego se sentó con esfuerzo en el suelo y pulsó su brazalete. Entonces miró el círculo que representaba su nave, aún parpadeando en la pantalla del comedor. Un segundo después el brillante punto estalló en mil pedazos, formando una nube de fragmentos que el ordenador trató en vano de etiquetar.

–¿Qué has hecho, estúpida? –exclamó Azeni, descompuesta–. ¡Has matado a tu propia tripulación!

–Vaya –Arkana se mordió los labios con falso pesar–. Creo que apreté el código equivocado.

VIII

La asamblea fue tensa. Aunque los miembros se atuvieron al protocolo, Ormuth podía sentir la avalancha de temor abriéndose paso por las redes de connotación. Configuró el filtro semántico para percibir únicamente el contenido aparente, mientras lanzaba al auditorio oleadas de información tranquilizadora.

–¡Estimados miembros! –dijo empleando toda su potencia.

Para conseguir el máximo efecto acompañó el saludo con una ráfaga de impresiones individualizadas: recuerdos sintéticos de los buenos tiempos pasados con cada uno de ellos, pruebas certificadas de créditos y favores otorgados en los momentos difíciles y, como dulce postre, sutiles referencias al cumplimiento de sus deseos más recónditos cuando la victoria fuera alcanzada. Ormuth lo sabía todo de ellos. Sus ganancias en el Juego compraban información y la información sustentaba su poder, por el bien de la asociación y el suyo propio. Un perfecto círculo de realimentación.

–He convocado esta asamblea para manteneros al tanto de nuestras operaciones –continuó con serena afabilidad.

En esta ocasión había adoptado un porte clásico, una simple corona de laurel sobre un cuerpo desnudo, como referencia a sus pasadas victorias.

–Sé que ha habido movimientos bruscos de las apuestas debidos a las recientes noticias –entiendo vuestra inquietud, decía subliminalmente–. Esas noticias son ciertas –no he venido aquí a mentiros–. Unos elementos controlados por Angra Mainyu se han apropiado de las dos Zarayan que obraban en nuestra posesión, y por ello os he convocado.

–Gran Ormuth… –la interrupción de Gilgames llegó en el momento crítico. Su eterno rival se podía permitir un gran gasto, gracias a heterodoxas apuestas que en ocasiones rayaban en traición–. Creo que la pregunta, absolutamente pertinente, que se hace la asamblea es si estos acontecimientos habían sido previstos en tu sabia estrategia.

La filigrana de connotaciones tejida por Gilgames alrededor de su mensaje era adecuadamente reverencial, pero a nadie se le escapaba que en un nivel más profundo estaba cuestionando la potestad de Ormuth para decidir la estrategia sin consultar con los miembros de Ahura.

–La respuesta a esa pregunta es afirmativa, mi querido Gilgames. Para demostrarlo, daré acceso a la asamblea a un documento, sellado por un Juez Imparcial con fecha anterior a los mencionados eventos. En este documento detallé lo que iba a suceder, así como los planes de contingencia preparados para los siguientes pasos.

Los más poderosos Fravashi en la audiencia tardaron tan solo un instante en asimilar con sus vastas mentes la información que enviaba por el canal auxiliar.

–Ya veo, Gran Ormuth –continuó Gilgames con hábiles matices de humildad y reconocimiento. Sin embargo, el análisis bayesiano del Oráculo indica pesos claramente desfavorables en las apuestas y me atrevo a decir que esas expectativas se corresponden con lo arriesgado del plan propuesto en el documento. Hay muchas variables incontroladas.

–Así es, amigos. No voy a ocultarlo –magnanimidad, transparencia, empatía, sinceridad–. Miradlo de esta manera: nuestra estrategia se basa en que la mayoría de los apostadores piensen que vamos a perder. Fijaos lo que ha pasado en el ataque a Taled. Hemos conseguido desviar la flota enemiga con mínimas bajas, lo cual nos ha reportado un buen margen de ganancia en las apuestas que teníamos en contra. La mayoría de brokers ha interpretado una victoria pírrica por nuestra parte, pensando que Angra tiene la Gran Unificación al alcance de la mano, así que las cuotas siguen bajando. Pero ese descenso, amigos, solo aumentará la magnitud de nuestra victoria final. Les arrebataremos las Zarayan cuando menos lo esperen.

Pudo sentir la cálida ola de confianza. A partir de ese momento la asamblea fue más receptiva. Sin embargo, la eficiente Pari le informó privadamente de que la audiencia estaba sumando recursos en paralelo para formular una pregunta conjunta. Decidió anticiparse a ella.

–Muchos lamentamos la pérdida del chico. Era una buena pieza, pero tuvimos que arriesgarlo por un fin más importante. Sin embargo, os diré una cosa: puesto que la vigilancia fue limitada para hacer creíble la operación, no sabemos realmente qué le ha sucedido. El hecho de que no recibamos señales de su puskoru no puede considerarse una prueba de su destrucción. Es posible que haya escapado. No sería la primera vez.

Eso los apaciguó. Resultaba perturbador para Ormuth comprobar cuán dependientes del Juego se habían vuelto las emociones de los

Fravashi. ¿Cómo habían pretendido la renegada Mithra y su pandilla de traidores destruir el fundamento de la sociedad inmortal? Los dioses no necesitaban alimentos ni cuidados médicos, no tenían preocupaciones ni dolores. Precisamente por ello, requerían una dosis continua de genuina emoción a través de los sintientes. Los Fravashi necesitaban sentir el riesgo, vivir vicariamente la fortuna de los que sufrían cada día los vaivenes del azar y de los planes divinos.

Resultaba irónico, reflexionó, que los sintientes desearan la inmortalidad que aprisionaba a los Fravashi.

–Es muy peligrosa. Siempre ha sido muy inteligente, pero muy vengativa –insistió Azenobeth al percibir mi rechazo.

Los dos estábamos observando el inicio de la hibernación frente al cubículo donde yacía Arkana. Tomlin dormía ya en el nicho contiguo, convertido en un redondeado bloque de hielo. Al verlo volvió con un escalofrío el recuerdo de los tripulantes de la Samotracia, muertos en sus fríos ataúdes.

El vidrio de Arkana era todavía transparente. Su piel de bronce iba perdiendo color mientras las manos azuladas sujetaban el cuerpo inerte de Kyobi. ¿Cómo era posible? Un rostro tan dulce, la imagen perfecta de la inocencia… Quería pensar que en el interior de Arkana había una Numa esperando salir, que la Doña había representado ese papel porque tras su odio había una chica temerosa y confusa. Pero no debía engañarme. De eso ya se ocupaban otros.

–Ahora tengo dos polizones a bordo –comentó la capitana–. Y no estoy muy segura de mi tercer tripulante –me observó inquisitiva.

–¿Eres realmente inmortal? –pregunté sin miramientos.

Las facciones de su rostro ovalado correspondían a una mujer de treinta y pocos años, pero su piel era tan tersa como la de Arkana.

–Es verdad –continué sin esperar su confirmación–. Fue tu premio. Te rejuvenecieron inyectándote algo para vivir eternamente, como habían prometido hacer con Sidin. Tú le estabas esperando a él…

Azenobeth inspiró profundamente, como si le costara respirar con la fuerte aceleración de la Amatista.

–Hablaremos de ello. Cuando llegue el momento.

A pesar de mi rabia no encontré fuerzas para discutir.

–Siento que Arkana te atrapara en su red de mentiras –añadió maternalmente–. Por si te sirve de consuelo, no has sido el primero. Ni el segundo.

Trataba de hablarme como la vieja amiga que compartía su sabiduría, como la profesora que me había transmitido el conocimiento de la lengua Avestan y me había preparado para la Academia sin saber cuán duros iban a ser realmente esos años. Pero ya no era suficiente. A estas alturas me debía un gran favor, ofrecido como un amigo a otro, no para satisfacer un oscuro designio.

–Quiero ir a la Tierra, Azeni, a la Vieja Tierra –le desvelé casi sin proponérmelo–. Necesito escapar al destino que los dioses trazan para mí. Quiero seguir mi propio camino.

La capitana inmortal me miró con sorpresa. Recapacitó durante unos segundos, simulando leer los controles de hibernación.

–De momento no tienes que preocuparte por los dioses. Deben creer que has muerto en la Samotracia. ¿Por qué quieres ir a la Vieja Tierra? Solo quedan restos calcinados de lo que fue una gran civilización. Los he visto. Es un lugar triste y lejano.

–Rudenlo encontró un registro entre los datos de las misiones. En él aparecía el nombre de mi padre. No sé por qué lo enviaron a ese planeta, pero quiero encontrarlo.

–Entiendo –bajó sus ojos.

La capitana hizo un gesto para conjurar una pantalla. Al parecer podía hacerlas aparecer en cualquier rincón de la Amatista. Con unos cuantos movimientos localizó varios puntos en el espacio, programó trayectorias y calculó tiempos.

–No es imposible. Necesito hacer primero una escala. Lo cierto es que desde hace tiempo quiero volver allí. Incluso es posible que sirvamos de ayuda –deslizó un dedo junto a sus labios.

–¿Lo dices en serio? ¿Podemos ir a la Tierra?

El opresivo hielo que la pérdida de Numa había alojado en mi corazón se derritió un poco. Si podía encontrar a mi padre quizás conseguiría de verdad una vida propia. Hallarlo me devolvería una parte de mis raíces perdidas, aunque no salvaría al resto de mi familia ni a mis amigos. Esas cuentas debía saldarlas con los propios dioses.

–Pensaba que ibas a seguir a los Mukjasar, para recuperar las esferas –dije a la capitana, más animado.

Azenobeth sonrió. Había echado de menos su sonrisa en estas últimas horas llenas de terribles revelaciones.

–Eres un muchacho listo. No te preocupes, no vamos a perder de vista las Zarayan. Otros agentes se ocuparán de esa tarea. ¿Recuerdas las tácticas de persecución en cadena?

–Claro. Consisten en combinar varias naves rápidas, entrecruzando sus trayectorias por turnos con el objetivo, entrando y saliendo de su rango de detección. De esa manera no se despiertan sospechas. Tantram decía que era una carrera de relevos.

–La Alianza ha desarrollado en secreto un reducido número de naves sin tripulación, pensadas para ese tipo de persecuciones. Están dotadas de un poderoso escudo inercial y deflectores que las hacen invisibles a los sensores. Pueden soportar aceleraciones de hasta 100g.

–Madre mía. ¿La Amatista también?

–Aquí la tripulación puede aguantar hasta 7g sin problemas, gracias a un escudo especial, y 20g si tomamos una poción especial.

–Como el inyectable que me diste para el ataque.

–Algo parecido. Altamente confidencial.

Tecnología de los Fravashi, comprendí. Cócteles de nanobots.

–Ahora ha llegado el momento de dormir –me señaló otro de los cubículos–. Tendremos tiempo de hablar al llegar a la próxima escala.

–¿Cuánto durará el viaje?

–Poco más de un año para nosotros. Siete años ahí fuera.

¡Siete años! Por suerte, mi padre también estaba viajando. Rogué a los verdaderos dioses que pudiera encontrarme con él antes de que fuera demasiado tarde, y antes de que pereciéramos en otro ataque sorpresa de los Mukjasar.

Mis pensamientos se volvieron todavía más sombríos al entrar en la litera, recordando de nuevo la Samotracia. ¿Qué era preferible, ser asesinado durante el coma de la hibernación o enfrentarte a tu verdugo cara a cara? Por mi parte, prefería defenderme, y quizás por ello me daba aprensión la congelación. Esa noche sin sueños se parecía demasiado a la muerte.

Azenobeth me ajustó los parches de alimentación y las abrazaderas de monitoreo. Durante los últimos momentos de consciencia soñé con mi padre, imaginando una sonrisa en su rostro olvidado, un abrazo orgulloso a su hijo reencontrado.

Ormuth estaba furioso. No le gustaban los imprevistos, y los imprevistos que más odiaba eran los causados por traidores. Si esto llegaba a oídos de Gilgames, su rival trataría de poner a toda la asamblea en su contra para limitar sus amplios poderes. En el fondo había sospechado que esto iba a pasar, lo que incrementaba aún más su enfado. Algunas de sus subconsciencias habían detectado indicios

preocupantes, pero últimamente había estado demasiado ocupado para analizar los canales intuitivos.

–Te dije que no podíamos confiar en ella –descargó su ira contra Pari, mensajera de las malas noticias.

–No sabemos qué ha sucedido exactamente. El agente jura que otra nave se acercó a la Amatista antes de la explosión. Lo más probable es que Azenobeth fuera atacada por un grupo rezagado de Mukjasar.

–¿Y qué hacía allí? –la confrontó–. La Amatista debía haberse unido al grupo de asalto rápido en Qureliam para la operación Punta de Lanza. Tenemos el tiempo contado para preparar el contraataque mientras la flota no tripulada sigue a los ladrones de las Zarayan. Además, nadie ha confirmado la presencia de otros Mukti. ¿Sabes lo que creo? Que esa Dwarme simuló la otra nave con un falso eco de radar y lanzó al espacio un puñado de chatarra y unos cuantos misiles para fingir una explosión. Todo ha sido un montaje para desaparecer de nuestra vista, para que pensemos que ha sido destruida.

A veces Pari se preguntaba si Ormuth no tenía una vena paranoica. Veía conspiraciones y engaños por todas partes. Sin embargo, casi siempre estaba en lo cierto.

–¿Qué quieres hacer entonces?

–Envía una de las nuevas naves rápidas no tripuladas en su búsqueda. Asume que aceleró al máximo desde su última posición y vector conocidos. Tenemos que saber dónde se dirige.

Llevaba una eternidad perdido en la niebla, buscando una salida a través del muro de blanco silencio que se extendía sin límite. De repente una silueta se insinuó a través de la cortina, como un fantasma oscuro. El parapeto se abrió, cegándome.

–Buenos días –dijo Azenobeth, frotándose los brazos con brío–. Espera. Voy a quitarte los parches. No te levantes demasiado rápido.

Me lo tomé con calma. Al girar la cabeza sobre el acolchado vi que los otros cubículos seguían cerrados, opacos de escarcha.

Tras engullir un gran tazón de sopa caliente en la cocina pude por fin hablar sin que me temblara la mandíbula.

–¿Dónde estamos?

–A dos días de Océano, una base secreta de la Alianza –explicó Azeni, rodeando la calidez de su tazón como un preciado tesoro.

Desplegó la pantalla y apareció un sistema estelar binario, el primero que yo veía de cerca. La estrella más pequeña giraba alrededor de una gigante azul acompañada por su propia corte de

planetas y satélites. Pero la proyección táctica no mostraba ninguna presencia habitada, ni siquiera naves. Solo había un punto vagando entre los demás astros: Océano. Me regocijé, imaginando que flotaba en una inmensa extensión de tibio líquido, bajo un cielo coloreado. Los paisajes simulados de la Amatista no podían competir con el olor a salitre y el calor del sol sobre la piel. Sin poderlo evitar, mi imaginación me devolvió una vez más a la piscina de Xandu y a la visión de Numa que me resistía a olvidar. Todavía me costaba identificarla con la amarga Arkana, y aún más me costaba creer que su verdadera edad estaba lejos de la mía.

–¿No vamos a despertar a Tomlin y la Doña? –pregunté más tarde, mientras Azeni explicaba la maniobra de aproximación.

–No –respondió tensa–. No deben ver lo que hay en Océano.

–Ya. Por cierto, ¿qué dirán allí cuando vean a un joven agente supuestamente muerto desembarcar sano y salvo? Aunque hayan pasado siete años…

–Son personas de confianza. Y será una visita de incógnito.

¿Incógnito? No quería pecar de inmodestia, pero mi cara y mi historia eran, seguramente, conocidas en toda la Alianza: el muchacho de la ciudad flotante, el chaval que luchó con el Almirante, el recién graduado que desapareció en la Samotracia…

Al día siguiente estaba suficientemente repuesto para ayudar a Azeni en la nave. El mareo de las primeras horas había cedido y mis heridas habían curado durante la congelación. El hombro y la pierna se movían ahora con normalidad. Mientras revisábamos los sistemas después de tanto tiempo, me pregunté por la inmortalidad de Azenobeth. ¿Estaba ya viva cuando Vikatee fue creada? ¿Qué cosas fantásticas y terribles habría visto en su vida? ¿Eran sus experiencias las que la habían vuelto distante y melancólica, o simplemente era indiferencia ante los simples mortales? No, no era indiferente. La había visto emocionarse y sufrir, y había notado sus temores no expresados. No era la mujer de acero que aparentaba, aunque ciertamente no se relacionaba mucho. Imaginé que no la ayudaba estar siempre en movimiento, ocultando su eterna juventud. Quizás por esa razón Azeni había renunciado al amor, si era cierta la afirmación de Arkana. Me hubiera gustado que confiara en mí, que me viera como un amigo al que poder contar lo que le preocupaba, pero como ella decía, tendría que esperar el momento apropiado.

Pasé el día entre tareas de mantenimiento hasta que el cansancio

del desacostumbrado esfuerzo me venció. Azenobeth me llevó entonces al puente de mando. Sobre el fondo del firmamento apareció una forma ovoide enmarcada por un filo de luz. Se trataba de un asteroide, pero muy diferente a Maj. En lugar de presentar amplias cavidades recubiertas de habitáculos, este conglomerado de roca era perfectamente esférico. Parecía haber escapado a la rapacidad de las empresas mineras. En la superficie solo eran visibles ligeras estructuras de anclaje y grandes toberas de propósito desconocido.

¿Eso es Océano?, me pregunté decepcionado. Adiós a mi baño soñado. Algún bromista le había dado ese nombre para despistar a los espías. Al menos parecía un lugar tranquilo. Supuse que Azenobeth se detenía allí para repostar la Amatista y recabar noticias sobre la operación de seguimiento a las esferas robadas. A mí las Zarayan ya me importaban poco. Solo pensaba en el momento en que dejáramos la estéril roca para continuar hacia la Vieja Tierra, donde trataría de encontrar a mi padre.

Los movimientos de aproximación fueron tan suaves que solo utilizamos los arneses para el atraque. Una vez en la superficie, la vista al otro lado del portillo no resultó muy inspiradora: unas pocas torres de aspecto frágil salían del rugoso terreno, rodeadas por nubes de vapor. Había observado las mismas nubes en Maj, formadas por gases que escapaban de los cálidos habitáculos internos y se congelaban en el espacio.

–Estamos listos –anunció Azenobeth por su brazalete.

Las luces de la compuerta cambiaron de color y la esclusa se abrió. A diferencia de Maj, el asteroide no giraba lo suficientemente rápido para crear gravedad artificial. Tuvimos que equiparnos con calzado de baja gravedad para caminar por el conector que llevaba hasta el pequeño mundo. Al abrirse la esclusa del otro lado descubrí otra peculiaridad del asteroide. Si en Maj el aire era seco e insípido, aquí estaba cargado de humedad y tenía un vago aroma a moho y aceite, como si la roca estuviera impregnada de líquido grasiento.

Tras la compuerta de atraque nos recibió un pequeño comité, caras desconocidas que saludaron efusivamente a Azenobeth y estrecharon mi mano con respeto. No parecían sorprendidos de vernos. Nuestros anfitriones nos guiaron por una serie de corredores, apoyándonos en barandillas incrustadas en las paredes de piedra. Tras unos minutos llegamos a la intersección con un tubo más amplio donde encontramos unos cables automáticos para desplazarnos, parecidos a los utilizados en el núcleo de Maj. Ya no pude recordar en qué dirección avanzábamos; si era hacia arriba,

hacia abajo o en paralelo a la superficie. Mis sueños oceánicos habían quedado sepultados bajo toneladas de roca gris y no estaba de ánimo para orientarme en el laberinto de pasillos.

Llegamos con el grupo al final del túnel, deteniéndonos sobre una rejilla tras la cual se adivinaba una enorme caverna sin luz en la que resonaban nuestras voces.

–Ven aquí –me llamó Azenobeth, asomada al borde.

Instintivamente supuse que el tubo por el que habíamos llegado quedaba arriba y la rejilla era nuestro suelo. Pero al hacer esa interpretación, el borde de la plataforma se asomaba a un abismo desconocido. La capitana señaló hacia la sima invisible. Al principio no pude distinguir nada en la oscuridad, pero mis ojos se fueron acostumbrando hasta notar reflejos de las pequeñas luces encastradas en el techo, y así descubrí que pocos metros más debajo de nosotros ondulaba una enorme superficie líquida.

–Te presento a Océano –dijo Azenobeth con solemne respeto–. Su existencia ha costado muchas vidas.

Así que el nombre no era una broma. El corazón del asteroide estaba formado por agua, creando un verdadero océano interior. La superficie rocosa era tan solo una cáscara que guardaba la inmensa gota de líquido en la ingravidez del espacio. Comprendí lo que había querido decir Azeni. Este lugar no era natural, sino una tremenda obra de ingeniería que debía haberse cobrado muchas víctimas.

IX

Las zapatillas adherentes nos permitieron seguir al grupo sobre el techo, colgando sobre el agua como murciélagos andarines. Era extraño orientarme de esa forma, pero si intentaba imaginar el agua arriba me abrumaba la visión de un enorme mar suspendido sobre mi cabeza, así que prefería verme caminando cabeza abajo.

Avanzamos entre los distantes puntos luminosos con pasos cuidadosos, como si temiéramos despertar al dormido gigante líquido. Por suerte volvimos a penetrar pronto en la corteza rocosa. Seguimos otro corredor hasta un hábitat cilíndrico que giraba sobre sí mismo. Entramos por uno de los extremos y descendimos por dentro hasta su pared curvada, para disfrutar por fin de una

moderada gravedad. Mientras Azenobeth conversaba con los demás me dediqué a saltar como un tonto, tratando de llegar el eje central. Entonces, por la misma entrada que habíamos utilizado apareció una mujer alta y rubia que descendió hasta el suelo de un atlético salto. Su silueta me resultaba familiar.

–¡Goldinaz! –reconocí a mi hermana adoptiva.

Para ella habían pasado los años, pero su porte y fortaleza seguían siendo impresionantes.

–¡Nadir! ¡Vaya sorpresa! –me abrazó como una profesional de lucha–. Por los dioses, cómo has crecido. ¡Te has hecho todo un hombre!

Me reí, contento de encontrar a una superviviente de mi familia Thuregi, y al mismo tiempo triste por comprobar que el tiempo nos llevaba hacia diferentes futuros. La capitana sonrió al vernos abrazados. Azeni disfrutaba ocultándome sorpresas.

–¿Cómo estás tú? ¿Y Anael? –pregunté.

–Hace un par de años que nos despedimos. Debe haber llegado ya a su destino, un batallón de despliegue rápido.

–Qué pena, me hubiera gustado verlo.

Azenobeth se acercó entonces y las dos mujeres se saludaron, intercambiando frases que no pude oír. Obviamente, se habían visto antes de que la capitana fuera a Maj. Tras un rato de charla, aprovechamos la gravedad del hábitat para almorzar. La comida, unas mezclas especiadas de verduras y masa de proteínas, no se podía comparar con la de la Amatista, pero sirvió para calmarnos el hambre.

–Habéis mejorado las granjas solares –aprobó Azenobeth.

–Son mucho más productivas –confirmó Goldinaz–. Eso nos ha permitido ampliar los cultivos marinos y aumentar la población.

La miré con curiosidad por su tono. Enseguida nos reveló el misterio.

–Tenemos ya una docena de niños y niñas. Tendríais que verlos, nadando en el mar como si hubieran nacido ahí dentro. Una de ellas es mía –sonrió feliz.

–¡Qué alegría! –Azeni la abrazó–. Por supuesto, iremos a verlos. Tenemos que enseñar todo a Nadir.

Tras esperar un tiempo prudencial para la digestión, Azenobeth y yo salimos del hábitat y seguimos a Goldinaz por un túnel. En pocos minutos escuchamos inconfundibles risas infantiles.

–Por ahí andará mi hija Amalea, con los pequeños. Los veremos a

la vuelta.

Recordé que Amalea había sido el nombre de su madre, la señora Thuregi-Selak, la mujer que me había aceptado amorosamente en su familia de la Laguna y también, como descubrí más tarde, una agente de Ahura Masda. Sería interesante ver si su nieta había heredado el pelo rojizo de su abuela o la melena rubia de su madre, y si mantenía el rostro aniñado y la piel clara de los pescadores de Dercanlea.

Tras girar un recodo, el túnel terminó en otra espaciosa caverna abierta en el terreno. Goldinaz nos explicó que la abertura de su parte superior, ahora sellada, era una salida a la superficie, mientras que el pasaje en forma de cruz que se abría en el fondo estaba comunicado con el océano.

–Vas a ver uno de los secretos mejor guardados de la Alianza –me advirtió Goldi.

¿Qué podía esconder un remoto asteroide lleno de agua? Por toda respuesta me llegó un silbido largo y fuerte, de los que solo mi hermana podía emitir. Un segundo después la llamada se repitió como un eco que resonó también en mis recuerdos de Dercanlea. Un ronco bramido contestó desde el fondo de la caverna, haciendo retumbar las paredes de la cúpula. Un miedo ancestral trepó por mi cuerpo cuando una gran protuberancia asomó desde la abertura que daba al mar. Tras el morro acorazado salió una enorme criatura que se sacudía restos de fluido marino, dejando una nube de burbujas. En un instante el monstruo estuvo bajo la cúpula, desplegando su temible longitud revestida de escamas de oscuro brillo.

La criatura nadó por el enorme espacio, ondulando su largo cuerpo como si aún estuviera en el agua. Maniobró en un amplio giro para evitar el techo y se unió a una segunda bestia que la había seguido. Los dos gigantes se unieron en un pausado baile, hipnotizándome con sus movimientos y con la velada amenaza de sus cuerpos. A pesar de las extrañas placas que los recubrían había reconocido los cráneos blindados, las aristas que recorrían sus siluetas de reptiles marinos y las colas triples fusionadas en sólidas aletas. ¡Daelacantos! Como hace años en la Laguna, me maravillé de que pudieran existir seres así. No pude dejar de acordarme de mi amigo Vliror, el rey indiscutible de las bestias, que me había salvado llevándome en su interior al caer de Vikatee y había terminado su vida salvándome otra vez al enfrentarse con el temible Almirante Kautrk.

–¿Pero cómo han llegado aquí? –pregunté anonadado. Mi hermana disfrutaba a partes iguales de mi asombro y de la

exhibición de los animales.

–Los trajo una nave de la flota estacionada en Dercanlea.

–No fue fácil –añadió Azeni–. Hubo que preparar el asteroide especialmente para ellos, fundiendo y purificando el agua de varios cometas y añadiendo las sales adecuadas para crear el ecosistema que los alimentara.

–Lo más difícil fue ajustar su sentido de la orientación –dijo Goldi–. Sin gravedad ni sol natural, tuvieron que aprender a guiarse por las luces del interior y por marcadores sonoros.

Habían creado Océano para ellos. El asteroide era un gigantesco acuario, un criadero de daelacantos. Ese era el secreto.

–¿Y cómo es que vuelan por el aire? –pregunté, observando las gráciles evoluciones de los animales–. Parece magia.

Goldinaz recitó la respuesta como si a ella misma le costara comprenderla.

–Las placas que llevan sobre sus escamas hacen que el espacio a su alrededor se vuelva viscoso. De esa manera encuentran la resistencia que necesitan para propulsarse, como en el mar.

–Los llamamos repulsores de vacío –intervino Azenobeth.

Observé con detalle cómo los daelacantos esquivaban las paredes de la cúpula y jugaban a entrelazar sus cuerpos. El brillo violáceo de sus escamas artificiales se hacía más intenso al curvarse contra el aire. ¿Qué otras terribles maravillas se hallaban ocultas por los rincones del espacio, conjuradas por magos de la tecnología como Rudenlo?

–Lo que no entiendo es por qué los trajisteis aquí. ¿Había algún peligro en Mekham?

–No fue eso –aseguró Goldi–. Después de que descubriéramos las cavernas del Refugio del Norte, su supervivencia en Dercanlea estaba asegurada.

Mi hermana miró a Azeni, cediéndole la palabra. Era la capitana quien decidía qué secretos podían ser revelados.

–Los hrtar se interesaron por los daelacantos, ¿recuerdas?

Aquellos días intensos se habían grabado en mi memoria, tan imborrables como el texto sobre la Insignia de Vikatee. Sin embargo en aquel momento no había dado importancia a muchas cosas, entre ellas la extraña propuesta de Jared cuando me había visitado en el Palacio Real, tras ser capturado. El traidor quería que lo ayudara a conseguir información sobre los daelacantos, a cambio de mi liberación. Al parecer el propio Almirante estaba obsesionado en

que le regalaran una de las bestias.

–¿Por qué les interesaban?

–Los hrtar ocupan muchos planetas acuáticos. Debieron ver en los dóciles daelacantos la posibilidad de entrenar formidables máquinas marinas de guerra. Eso nos hizo pensar.

Además, supuse, la historia de la brutal pelea entre Vliror y Kautrk habría llegado a oídos de los jefes militares de la Alianza.

–Pero, ¿por qué aprenden a volar por el aire?

–Por el aire no, por el espacio –Azeni señaló hacia la abertura superior de la cúpula–. Las naves espaciales son fantásticas para recorrer grandes distancias, acelerar rápidamente y llevar poderosas armas, pero la inercia de sus movimientos y su rigidez las hacen difíciles de maniobrar a corta distancia. No pueden penetrar un blindaje para atacar un crucero desde dentro, y sobre todo, no tienen iniciativa ni capacidad de reacción, por mucho que mejoremos nuestros sistemas de inteligencia artificial. Un aparato en la atmósfera o el agua aprovecha la resistencia del fluido para cambiar de dirección y velocidad, pero nunca supera la agilidad de un pájaro o de un pez evolucionado en ese medio.

–¿Queréis convertir a los daelacantos en una especie de guerreros espaciales? –la idea me parecía inverosímil.

–Serían más versátiles que cualquier máquina a corta distancia.

Goldinaz se giró, admirando la exhibición de los gigantes, que continuaban ondulando sus corpachones sobre nosotros.

–Pero se congelarían en el espacio –objeté.

–Estamos trabajando en ello –respondió Goldi–. Sus escamas son un excelente escudo, duras y flexibles, y su cuerpo también tiene una buena capa aislante de grasa, pero pensamos añadir una funda de un polímero semiorgánico que los proteja del frío y selle sus orificios. Con una masa corporal tan grande podrán mantener fácilmente su temperatura.

–¿Y cómo respirarían? –la idea me seguía pareciendo descabellada y peligrosa.

–Llenaremos sus pulmones con un líquido saturado de oxígeno, como hacen los buceadores a gran profundidad.

Goldinaz hablaba con decisión. Desde luego no era un plan improvisado. Llevaban años trabajando en la idea. Pero era una crueldad, utilizar a los bellos animales en una desigual lucha contra terribles máquinas de guerra. Sus cuerpos estaban hechos de carne y hueso como los nuestros, no de insensible metal, y era imposible repararlos sustituyendo las partes dañadas.

Permanecí en silencio durante el regreso. Como me había sucedido otras veces, me atormentaban las maquinaciones surgidas del Gran Juego. Mi hermana Goldinaz y los mismos daelacantos habían caído ahora en la red Fravashi, convertidos en piezas de usar y tirar.

Me animé al visitar a los niños, viendo sus risas y travesuras libres de preocupaciones, pero tras la cena mi humor se enturbió de nuevo al visitar con mi hermana el hábitat donde dormiríamos.

–Te desagrada la idea, ¿verdad? –ella había notado mi silencio.

–No están tan mal –examiné las hamacas.

–Me refiero a los daelacantos, Nadir, a la idea de que luchen.

–No, no me gusta. Debe haber otra forma de aprovechar esos impulsores o repulsores, o como se llamen.

Goldi acarició mi pelo como solía hacer cuando era niño.

–Confieso que yo también odio utilizarlos –dijo suspirando–. Pero después de lo que nos ha contado Beth, quizás no tengamos tiempo para prepararlos. Es posible que la guerra termine pronto.

–Eso espero. Es una locura.

Mi hermana era feliz trabajando con los nobles animales y se consolaba con la posibilidad de que nunca llegaran a combatir. Ojalá tuviera razón. Océano parecía estar muy lejos de cualquier frente de batalla. Seguramente la Alianza tenía docenas de alocados proyectos como éste que nunca llegarían a la práctica.

A pesar de esos pensamientos alentadores, dormí intranquilo, soñando con daelacantos atrapados en una gran batalla. En la pesadilla yo estaba dentro de uno, como el piloto de un caza espacial, y sentía la mordedura del helado vacío penetrando a través de su coraza rota por los impactos, congelando en cristales de hielo las suaves carnes del animal, envolviéndome como un sarcófago, hasta que las agujas de afilada escarcha entraban en mi propio cuerpo.

X

Al día siguiente Azenobeth y yo acompañamos en sus ejercicios diarios a Goldinaz y a otros residentes de Océano. Los dos necesitábamos ejercicio para fortalecer nuestros músculos, todavía

débiles tras la hibernación. Después de correr un rato en círculo y utilizar las pesas, noté que Azeni había desaparecido. Cansado y sin nada mejor que hacer, decidí acompañar a mi hermana al criadero de moluscos. En la Laguna Thuregi habíamos visitado con frecuencia los viveros que alimentaban a los daelacantos, caminando por la orilla horadada por las olas del mar. Aquí andábamos pegados a las rocas del techo, mirando desde 'arriba' las redes metálicas inmersas en el oscuro líquido, donde crecían las conchas. La zona de cría estaba rodeada por un arco de brillantes luces rojas. Los daelacantos habían sido entrenados para no acercarse a ellas.

–Sin los moluscos no los podríamos adiestrar –explicó Goldi–. Son unos sibaritas malcriados. Rechazan los alimentos sintéticos.

Ensimismado por los reflejos del mar, me pregunté si las dignas bestias también rehusarían las artificiales batallas de los dioses. Confiaba en que se rebelaran. Pobres animales. Perseguidos durante siglos por su carne, utilizados como máquinas de pesca en la Laguna, y ahora incorporados al Juego como elemento sorpresa.

¿Y Azenobeth? ¿Qué capacidad de decisión tenía? Había sido escogida por los dioses como mensajera errante y eterna de sus designios, recorriendo inmensas distancias para colocar las piezas en su sitio y repartir mágicos nanobots donde fuera necesario. No era de extrañar que los celos hubieran cegado a Arkana. Su amiga Bethi había resultado estar muy por encima de ella, siendo –de forma literal– una agraciada de los dioses. Arkana había intentado seguir sus pasos, construyendo su imperio cuasi-divino con un Palacio sujeto desde el cielo y un cuerpo tan perfecto e intemporal como el de su enemiga. Y todo, ¿para qué?

–¿Estás bien? –preguntó Goldi a mi lado.

Estuve tentado de aprovechar el paréntesis de intimidad para contarle todo, para revelarle que lo único que ahora deseaba era encontrar a mi padre, confiar por fin en alguien y alejarme lo más posible de las ocultaciones y mentiras que me perseguían.

–Ya se me pasará –fue lo único que dije.

Mi hermana se limitó a asentir. Luego me llevó más allá de las luces rojas que perfilaban el criadero hasta una zona donde los focos blancos iluminaban la superficie del agua. Goldi silbó una llamada mientras lanzaba un puñado de moluscos traídos del vivero. En pocos segundos aparecieron las siluetas de varios daelacantos bajo el espejo de las olas. Aristas pétreas rompieron la superficie y los monstruos salieron, tragándose con deleite el

manjar anaranjado.

–A ver si recuerdas cómo se hace –dijo Goldinaz.

Sin previo aviso, se impulsó con ambas piernas hacia el mar que vibraba sobre nuestras cabezas.

–Busca el arnés que hay sobre sus lomos –me instruyó desde el agua, enganchándose a un magnífico ejemplar.

Salté desde la roca sobre el monstruo más cercano, pero la rápida bestia pasó de largo antes de que pudiera asirla, haciendo que me zambullera en el líquido. Perdí inmediatamente la orientación en medio de la masa ingrávida y fría, como si me hubiera incrustado en una mole de gelatina negra. No sentía ninguna presión en mis oídos, ni el empuje de flotación que debía llevarme a la superficie. Me asusté. Yo no era un daelacanto. Necesitaba respirar. Entonces abrí los ojos y vi las borrosas luces blancas. Buceé hacia ellas y por fin emergí a la superficie, respirando con avidez.

Goldi me animó desde lejos a montar otro daelacanto. En mis primeras lecciones en la playa de Dercanlea me había tumbado para esperar que un manso monstruo pasara por debajo. Intenté la misma postura, pero no pude orientar mi cuerpo sin la fuerza de flotación. Observé entonces que otra bestia se aproximaba buscando comida y me acerqué a ella. Cuando su cuerpo acorazado pasó junto a mí di unas furiosas brazadas y me agarré de una de las escamas. El fuerte tirón me arrastró y gracias a la baja gravedad conseguí ascender hasta el lomo. Allí encontré el arnés tras la enorme cabeza. Era diferente al de la Laguna. Éste tenía cuatro amarres. Apoyado contra la barrera del cráneo, probé a girar con suavidad, sintiendo cómo el animal respondía con potentes ondulaciones. En pocos segundos nos deslizábamos como un proyectil.

–¡Prueba un giro vertical! –Goldi me vigilaba desde lejos–. ¡Con los otros amarres!

Movimiento en vertical. Para eso servían las demás riendas. En Dercanlea jamás hubiera intentado hacer una maniobra así, pues podía haber sido aplastado contra el fondo marino. En Océano no existía ese peligro. El fondo quedaba a kilómetros de distancia.

Tiré del amarre para bajar, tomando una bocanada de aire. El daelacanto se hundió obedientemente inclinando sus aletas laterales. Las luces del techo desaparecieron de mi vista y una ráfaga de burbujas me acarició el rostro. Mantuve tensas las riendas mientras el giro continuaba y en pocos segundos las luces aparecieron de nuevo sobre la cabeza de mi montura.

Comprendí mi error al ver que salíamos del agua. Había relajado

el arnés demasiado pronto y la bestia se había enderezado, llevándome hacia el techo. En Dercanlea, o en cualquier otro planeta marino, la gravedad nos hubiera hecho caer sobre las olas con una espectacular salpicadura, pero en Océano la gravedad era ridícula y mi daelacanto no llevaba los repulsores para girar en el aire, así que su cabeza pétrea se dirigía a toda velocidad contra la roca. La bestia bajó instintivamente su testa, haciendo que el lomo donde yo montaba se levantara, amenazando con aplastarme contra el techo. Me eché, tratando de hundirme bajo las duras aristas. Pero el daelacanto fue más rápido que yo. Levantó su cola trífida sobre mi cabeza, golpeando con ella la roca para impulsarse de regreso al agua.

De nuevo en el mar comprendí que el animal había pasado muchas veces por la misma situación. Por suerte para mí, sabía perfectamente cómo reaccionar.

–Necesitas un poco más de práctica –rio Goldi a unos metros.

A partir de ese momento comencé a divertirme. Me sentía invencible con el daelacanto bajo mis piernas. Podía verme otra vez surcando la Gran Bahía de Vitera para liberar a Jilai y a Vliror. Pero el tiempo pasa demasiado rápido cuando se disfruta, y Goldinaz pronto me hizo señas para volver. Me apenó tener que separarme de mi montura.

–Es un magnífico animal –dije al ver cómo la bestia se alejaba.

–Una de las mejores hembras. Su nombre es Fiera.

–Ha sido mi mejor experiencia hasta ahora con el sexo femenino –contesté, de buen humor.

–Oh, seguro que las tendrás mejores –respondió Goldi con una mueca de incredulidad–. Hace falta práctica. Se aprende por ensayo y error, como con los daelacantos. Por cierto, no estas mal como piloto. Necesitaremos unos cuantos, para las pruebas en el espacio.

Recordé mi pesadilla de la noche anterior, pilotando una de las bestias en medio del combate. Mi hermana estaba intentando tentarme, pero no podía satisfacerla.

–No me quedaré mucho tiempo. Tengo una misión.

–¿Con Beth? –se sorprendió.

–Eso parece.

Mi viaje hacia la Vieja Tierra debía seguir siendo un secreto, incluso para Goldi. Ojalá hubiera podido ir al planeta solo, apoyado únicamente en mis deseos, sin depender de otros con planes y objetivos propios. Pero por el momento el único camino viable era seguir de polizón en la Amatista.

Mi hermana me miraba con curiosidad. Ya no era una muchacha. Sabía que, como agente, había cosas que no podía contarle.

–Comprendo –dijo–. Pero no te extrañe que volvamos a coincidir algún día.

–Eso espero, hermanita.

Ella también debía echar de menos a sus padres y al resto de nuestra familia en Dercanlea, ahora tan distante. La marcha de Anael, alejado por imperativos militares, nos había separado a los tres exiliados de la Laguna. Al menos Goldi había conseguido formar una nueva familia. Tenía una hija, y un futuro en este mundo de roca y agua, donde podía estar a salvo por el momento.

XI

No tardamos en dejar Océano. Azenobeth había resuelto sus asuntos, cualesquiera que fueran, y yo estaba impaciente por comenzar el largo periplo hacia la Vieja Tierra, harto ya de paseos y chapuzones en el mar.

El último día se llenó de despedidas. Fue triste tener que decir adiós a Goldinaz. A pesar de nuestros buenos deseos, era difícil que pudiéramos volver a encontrarnos. Pero si había vuelto a ver a Numa y a Tomlin, nada era imposible.

Al dirigirnos hacia el muelle de embarque, me detuve con Azenobeth en el mirador donde había observado el mar interior por primera vez. Sujetándome en la rejilla, hice el silbido que había practicado con Goldi. Enseguida acudieron un par de daelacantos. Los dejé marchar sin molestarlos más. Solo quería verlos por última vez. Me alejé por el corredor escuchando el murmullo de las olas que las bestias habían levantado y me pregunté si en la Vieja Tierra encontraría océanos en los que fuera posible nadar.

La Amatista estaba silenciosa y cálida, igual que la habíamos dejado días atrás. Comprobé que los cubículos de Tomlin y Arkana seguían intactos, cubiertos de perenne escarcha.

Azenobeth leyó sus constantes vitales.

–Todo parece correcto.

–¿Los despertaremos al llegar?

–Veremos cuál es la situación –respondió con frialdad.

Había estado apartada de mí estos días, ocupada en preparativos que suponía relacionados con la siguiente fase del Juego, con la recuperación de las Zarayan que Ahura debía acometer para conseguir una difícil victoria. Me pregunté qué relevancia tendría en esas estrategias su presencia en la Vieja Tierra, y qué piezas del Juego movería allí. Sin la hibernación, con años de forzada compañía, quizás hubiera conseguido que Azeni confesara las verdades que ocultaba. Pero la congelación le permitía seguir escapándose.

Unas horas después la áspera concha de Océano quedó oculta por el brillo de sus dos soles. Deseé que les fuera bien a sus habitantes humanos y a las bestias que vivían en su líquido corazón.

Azeni y yo tomamos una nutritiva sopa y tras la rápida digestión nos tumbamos en los nichos que quedaban libres.

–Esperemos que la Vieja Tierra siga allí y que encuentres lo que buscas –me dijo Azenobeth antes de cerrar la cubierta.

–Gracias, Azeni. No sé lo que tú buscas, pero ojalá se cumpla también.

–Que así sea, Nadir –respondió ella con emoción contenida–. Ahora, tengamos felices sueños.

Los sueños no fueron muy tranquilizadores. Cuando Azenobeth abrió el cubículo me encontré bañado en sudor, tratando de disipar el terror que había invadido mi mente. Azeni me abrazó, transmitiéndome calor y rescatándome de las sangrientas visiones.

–Estamos a salvo, Nadir. Son efectos de la congelación –escuché su voz viniendo desde lejos.

En algún momento consiguió llegar a mi consciencia el pensamiento de que habíamos terminado el viaje, y ese estímulo disipó por fin la borrosa cortina que había ante mis ojos.

–¿Estamos en la Tierra?

–Sí –sonrió Azeni, ojerosa–. Ha sido un largo camino –se masajeó la cabeza–, pero la bitácora no informa de ninguna incidencia, lo cual significa que hemos llegado.

Dejando a Tomlin y Arkana aún congelados, caminamos penosamente hasta el puente. A pesar de que la gravedad era de solo medio g, nos dejamos caer sin aliento en los sillones de la sala. La pantalla nos mostró las órbitas de un sistema estelar similar a cualquier otro, con un puñado de pequeños planetas rocosos, un cinturón de asteroides en la zona de inestabilidad gravitacional y unos pocos gigantes gaseosos a su alrededor. La Amatista se

acercaba al punto de intersección con el tercero de los planetas interiores. Para ser la cuna de la humanidad, el sistema no tenía nada de especial.

–La computadora ha realizado algunas correcciones –refunfuñó la capitana–. Las tablas de navegación estaban desactualizadas.

–¿Es esa la Tierra? –miré al punto del tercer planeta, buscando detalles más allá de los mudos números que lo acompañaban.

–Sí. Vamos a su encuentro.

Sentí renacer mis fuerzas, como si el antiguo mundo hubiera enviado energía a mi cuerpo exhausto.

–¿Cuánto falta para llegar?

–La computadora calcula unas cincuenta y cuatro horas.

–¿Por qué no aparece nada en la pantalla?

Incluso en Océano habíamos visto indicaciones superpuestas sobre la imagen.

–Estamos navegando sin transmisiones de datos, por precaución.

¿Qué temía la capitana?

–De todas formas, hay bases militares por todo el sistema, pero ninguna colonia estable. La Guerra de Secesión acabó hace miles de años con los asentamientos, y casi destruyó la propia Tierra.

–Así que las leyendas son ciertas. ¿Qué sucedió?

–Los historiadores no se ponen de acuerdo. Se perdió casi toda la información de esa época. Yo aún no había nacido, si es que te lo estás preguntando.

–No he dicho nada –alcé las manos defensivamente, como solía hacer Tomlin.

–Al parecer la población terrestre había crecido demasiado. Estaban sofocados por el hambre, la falta de energía y las enfermedades. Los humanos asentados fuera del planeta, en su gran luna y en los asteroides, no quisieron o no pudieron ayudar a su mundo nativo y hubo una revuelta populista en la Tierra. Los terrestres echaron las culpas de todos sus males a los espaciales, como llamaban a los colonos, y atacaron sus bases utilizando los sistemas de defensa contra asteroides. Así comenzó todo.

–¿No intervinieron los hrtar o los Mukjasar?

–Los humanos todavía no habían encontrado las otras razas. Pensaban que estaban solos en el espacio. Si hubieran sabido que tenían despiadados enemigos tan cerca quizás hubieran cooperado. Las colonias podrían haber producido más alimentos, y los terrestres hubieran negociado. Pero la gente pierde fácilmente la

paciencia cuando ve morir de hambre a sus hijos.

Me sorprendió la dureza de Azenobeth.

–¿Y quién ganó la guerra? –pregunté, sospechando la respuesta.

–Los espaciales, por supuesto. Era sencillo atacar la Tierra desde arriba. Los terrestres no tenían ninguna oportunidad.

Pasamos dos días reponiéndonos, tomando alimentos frescos y ejercitándonos en el fantástico gimnasio de la Amatista. Yo estaba preocupado por Tomlin y Arkana, que habían pasado más tiempo que nosotros en congelación, pero Azeni me aseguró que estarían bien. Tras cientos de años de práctica, la recuperación era un proceso rutinario y sus cuerpos no sufrirían daño permanente.

Durante un momento distendido pregunté a Azenobeth sobre la terrible verdad con la que tenía que enfrentarme tarde o temprano.

–¿Cuál es la verdadera edad de Arkana?

Necesitaba saberlo antes de que la Doña despertara.

La capitana me miró con ojos dulces, quizás con compasión.

–No es una pregunta que guste a las mujeres.

No supe si lo había dicho en serio o en broma. Viendo que yo no me había quedado satisfecho, continuó.

–Es difícil calcularlo. He estado viajando mucho y ella también, supervisando sus negocios en diferentes planetas, pero calculo que debe tener al menos unos cien años estándar.

–¡Cien años!

–Recuerda que, aparte de los dioses, es la mayor experta en rejuvenecimiento y tiene a su alcance todos los medios que necesita.

–Pero sus órganos, sus huesos… no pueden ser inmunes a la edad como los tuyos.

–Todos tenemos que morir algún día, Nadir. En mi caso ese día se ha retrasado más de la cuenta, pero llegará de una forma u otra.

Azeni se quedó pensativa mientras buscaba cómo interpretar sus palabras.

–Los despertaremos antes del descenso –anunció por fin–. Creo que Tomlin podría ser útil ahí abajo.

La capitana manipuló la vista de la pantalla con gestos precisos. Una mancha gris se fue enfocando sobre el fondo negro hasta formar un círculo de azul sucio, iluminado en una mitad.

–Ahí está la Vieja Tierra, todavía demasiado lejos para distinguir

detalles.

Entorné mis ojos buscando cualquier indicio.

–Tiene un anillo –descubrí.

–Está formado por restos de las colonias orbitales destruidas en la Guerra y material arrojado por los impactos sobre la luna. Está lleno de estaciones de observación y puestos militares de las diferentes potencias. Muchos ojos vigilan el viejo mundo.

–¿Por qué? ¿No dijiste que… ?

–No todo se destruyó. La Vieja Tierra guarda conocimientos perdidos hace milenios. Los bandos enfrentados se vigilan unos a otros para que nadie escape de la superficie con valiosos tesoros.

–¿Y Ahura Masda? Tramáis algo ahí abajo, ¿verdad? Mi padre está involucrado.

Azeni me ignoró y siguió mirando el nebuloso planeta. El color grisáceo de la superficie le daba un aspecto devastado y herrumbroso, como una nave abandonada al desguace. La capitana se giró finalmente hacia mí, tensando los rasgos de su rostro ovalado.

–Debo contarte algo antes de que los polizones despierten.

Me mantuvo en vilo unos segundos más, recogiendo los restos del desayuno. Por fin iba a revelarme uno de sus preciados misterios. Casi temblaba de anticipación.

Por fin se sentó a mi lado.

–¿Has oído hablar de Gayoma Retan?

–Eran los Fravashi que buscaban terminar con el Gran Juego, el Partido de la Paz –resumí lo que recordaba–. Construyeron Vikatee para ocultar las Zarayan, pero no consiguieron su objetivo. El avatar Fravashi me dijo que habían desaparecido.

–Estás más informado de lo que pensaba –dijo con suspicacia.

–Jared, el traidor de Vikatee, habló antes de que lo hicieran desaparecer. Él era el agente de Gayoma en la ciudad, antes de pasarse al bando de Angra Mainyu y tratar de eliminar a mi padre.

–Es arriesgado engañar a los Fravashi de cualquier facción. No les gustan los traidores. Por eso estamos en grave peligro.

–¿Qué quieres decir? ¿Vamos a traicionar a los dioses? –pregunté con fascinación.

–Gayoma Retan no desapareció. Se escondieron para continuar clandestinamente su misión.

–¿Tú trabajas para ellos? –me había dejado de piedra.

La mirada de Azeni se nubló y tuvo que esforzarse para hablar.

–Yo estaba allí, en la batalla de Salindra, cuando conseguimos robar milagrosamente las Zarayan a la flota de la Federación Panlear. También ayudé a construir Vikatee por orden de Gayoma, montando la estructura para esconder las esferas hasta que encontráramos la forma de ocultarlas indefinidamente, o de destruirlas.

Increíble. ¡Azenobeth era una de las Constructoras! Había visto nacer la ciudad: el Arqueón, los niveles, los mástiles de gigantescas velas, pero…

–¡De eso hace mil años! ¿Es posible alargar tanto la vida?

–Ochocientos cuarenta y tres años –repondió amargamente–. He estado en tantos lugares que perdí la cuenta de ellos hace siglos.

Me contó entonces que Gayoma le había dado la inmortalidad como recompensa por liderar el asalto de Salindra, en el que habían capturado las trece esferas. Sin embargo, ese regalo de los dioses parecía más bien una condena. Azeni había tenido que dedicar su vida a terminar con el Juego, sin saber que iban a pasar cientos de años sin conseguirlo.

La capitana me habló del nacimiento de Vikatee, el diseño de una sociedad dotada de la ecología y la mitología necesarias para sobrevivir cientos de años. Los Constructores pensaban regresar para salvar a sus habitantes una vez hubieran conseguido el final del Juego y la persecución de las esferas. Azeni habló fervientemente de los planes de Gayoma para dedicar las maravillosas energías de los dioses a proyectos creativos, sin utilizar seres vivos como entretenimiento. Pero algo falló cuando se enfrentaron a los demás Fravashi, y la organización de Gayoma casi desapareció, dejando abandonados a unos pocos operativos humanos que se pusieron al servicio de Ahura Masda, de Angra Mainyu o de jugadores independientes.

Imaginé a la misteriosa capitana a través de los siglos, apareciendo y desapareciendo de la partida como un comodín fantasmagórico desde las sombras, ocultando su verdadera naturaleza a los demás agentes de Ahura. Su reclutamiento de Sidin y la Señora Thuregi en Dercanlea tenía ahora una explicación. Ella sabía dónde se ocultaban las esferas y sospechaba que el fin de Vikatee y la caída de las Zarayan estaba próximo. Mientras, durante todos esos años, llevaba en su cuerpo los nanobots donados por los dioses para detener la degeneración de su cuerpo y de su mente, mantiéndola eternamente a su servicio. Arkana había tenido razón, por supuesto. Qué golpe debía haber sido para la Doña descubrir el secreto de Azeni y qué rabia había debido sentir al no poder

compartirlo. La amiga con la que competía en la Universidad jugaba con cartas trucadas por los Fravashi.

Por alguna razón, Azeni había decidido acabar con su clandestinidad. Por esto estábamos en peligro. Los Ahura Masda sabían ya que obedecía a otros amos, y quizás también que yo había escapado a la muerte que habían programado. Los dos éramos traidores, fugitivos de los dioses.

–Y has venido a la Vieja Tierra para seguir con tu misión secreta para los Gayoma –deduje–. ¿Aún creen que es posible detener el Juego?

–La situación se ha precipitado con el robo de las últimas esferas –admitió Azenobeth–. Tenemos que jugar nuestra última carta.

–¿Y mi padre? ¿En qué lado de la trama se encuentra?

–También trabaja para Gayoma. Sé dónde encontrarlo.

–¿En serio?

–Claro. Yo lo envié a la Tierra.

Ninguna de sus revelaciones me afectó como esta última. Era la oscura capitana quien había expulsado a mi padre hasta este planeta muerto, separándolo de nuestra familia para siempre. Ella había sabido dónde estaba y nunca me había dicho nada. Me había mantenido en la ignorancia, sin importarle la tortura que suponía para mí no saber si él vivía y si podría volver a verlo.

La miré con todo el odio de que fui capaz y me marché de la cocina para no darle una bofetada, por muy mujer e inmortal que fuera.

XII

Mantuve la distancia con Azenobeth durante el resto del viaje. Podía entender que los malditos dioses me ocultaran información sobre mi padre, pero Azeni… no podía creerlo. Tantas conversaciones juntos lamentándome de su ausencia y no había sido capaz siquiera de darme una pista sobre su paradero. Nuevas preguntas se abrieron paso, azuzadas por mi indignación. ¿Cuándo, exactamente, lo había enviado a la Tierra? ¿Por qué no le había permitido quedarse en Mekham? ¿Para qué lo necesitaba en el viejo planeta destruido? Me moría por arrancarle el resto de sus secretos,

pero sabía que se escabulliría otra vez. Debería esperar otro "momento adecuado", o mejor aún, tendría ya a mi padre para explicármelos.

Azenobeth parecía conformarse con mi enfado, refugiada tras su máscara de odiosa frialdad. ¿Le habían transmitido también los dioses su talento para aislarse del sufrimiento ajeno?

Mientras me debatía con mi furia interior, la Amatista se aproximó a un extraño astro de descarnada superficie, un árido desierto gris horadado por incontables impactos, sin atmósfera visible. Nos acercábamos a una versión enorme de Océano. Viendo mi preocupación, Azenobeth rompió nuestro mutuo silencio.

–Es la Luna, el satélite de la Vieja Tierra. Los espaciales tenían aquí sus bases principales. Aún alberga pequeñas explotaciones.

–La Luna, la Tierra... Los antiguos humanos no eran muy originales con sus nombres –me burlé sin ganas.

Me negué a preguntarle por qué nos dirigíamos al satélite sin vida en lugar de hacerlo hacia el planeta, un disco ceniciento que asomaba sobre el horizonte de la Luna. Pensándolo un poco, la explicación resultaba obvia. La Amatista no era una nave atmosférica. Teníamos que buscar otro medio de transporte para bajar a la Tierra.

Llegó por fin el momento de despertar a los dos polizones de su prolongada hibernación. La capitana no dejó lugar para las sorpresas. Llegó a los cubículos con su pistola en una mano y una argolla en la otra, dándome las instrucciones para activar la descongelación. Seguí el proceso con inquietud, pero me había prometido a mí mismo pagar a Azeni con su misma moneda, sin mostrar mis sentimientos.

El rostro de Arkana se agitó por fin. Qué duro me resultaba pensar que Numa, la avispada y elegante muchacha, era solo un disfraz escogido por la poderosa Arkana Darrensin. Observé embobado a través del cristal sus rasgos perfectos, temblando con los espasmos del regreso a la realidad. Ese rostro había permanecido oculto al público durante años en todas sus encarnaciones. Ahora yo conocía la verdadera apariencia de la Doña, pero no era más que otra envoltura para la incógnita de su personalidad.

Tomlin se incorporó el primero, su cara redonda cubierta de espesa barba. Se recuperó pronto del mareo y estiró las piernas cubierto con una manta, mientras Azenobeth y yo vigilábamos a

Arkana. La cubierta de la Doña llevaba un minuto abierta, pero la delgada figura seguía temblando. La capitana la observaba a distancia, como si pudiera saltar convertida en un monstruo mutante.

La congelación había cobrado un duro peaje al pequeño cuerpo. La forma de sus huesos era visible sobre su sencillo vestido. Puse la mano sobre su frente, que sentí helada. Sin mirar a la capitana, tomé otra manta y la extendí sobre Arkana, tomando su mano temblorosa con la mía. Tomlin se acercó, mirando sobre mi hombro. Entonces algo cayó de la mano trémula de la Doña: el cuerpo acurrucado de Kyobi.

Dejé la mascota hecha una bola al fondo de la litera y seguí calentando los dedos lívidos de su ama, hasta que poco a poco cedieron sus escalofríos. La piel de Arkana se coloreó de rosa pálido y su respiración se hizo más profunda. Cuando miré de nuevo su cara, los ojos se habían abiertos.

–Estás bien –dije, forzando una sonrisa.

–Solo un poco desmejorada –añadió Tomlin, rascándose.

Arkana nos miró a ambos como si no nos conociera.

–Ayúdame –habló finalmente, cogiéndose de mi brazo.

Se alzó con un rictus de dolor. Tuve que sujetarla para que no se desplomara hacia adelante.

–Dioses, ¿qué me habéis hecho? –se quejó.

Entonces vio a Azenobeth, que no ocultaba su arma.

–Pensaba que había sido una pesadilla –murmuró Arkana.

–Lo siento. Soy real –respondió la capitana.

–¿Dónde estamos? –preguntó Tomlin.

–Ya veréis –contestó tranquilamente Azenobeth–. Lo primero es tomar algo caliente.

Pari rehuyó unos instantes más de lo necesario el encuentro con Ormuth, pues temía su reacción. Últimamente estaba nervioso, obsesionado con su plan hasta el punto de saltarse las reglas éticas que siempre habían sido el orgullo de la Asociación. No solo desconfiaba de las evaluaciones probabilísticas del Oráculo, sino que ni siquiera quería oírlas.

Pero Pari se retrasaba también por otra razón. Había algo aterrador en las noticias que había recibido, algo relacionado con antiguos recuerdos que no conseguía encontrar, como si hubieran sido borrados de su memoria. Si Ormuth percibía la misma amenaza oculta, su

reacción sería imprevisible. A pesar de ello, el informe no podía esperar más. Él debía saberlo.

–La han localizado –dijo para captar su atención.

–Enseguida estoy contigo –llegó la respuesta.

Un instante después apareció frente a ella, encarnado como Señor de la Guerra Justa, con claras señales de impaciencia.

–Dímelo todo –la conminó.

–La Amatista ha sido detectada cerca del planeta Tierra.

Pudo leer sorpresa en el rostro grave de Ormuth, asombro ante una jugada imprevista, y algo más: un breve relámpago de búsqueda y después… confusión.

–¿La Tierra? Apenas tengo datos de ese planeta, y sin embargo… tenemos allí equipos de observación, ¿por qué?

–Vigilan las actividades de Angra Mainyu desde la órbita e impiden que los contrabandistas saqueen el lugar.

–Un pacto mutuo, ¿cierto? Se supone que es zona neutral.

–El acuerdo se pierde en el origen del tiempo –dijo Pari, recitando el tenue conocimiento rescatado de los archivos–. Todas las potencias se pusieron de acuerdo hace eones en que nada debía entrar ni salir de ese planeta. Me pregunto por qué.

Como había temido, Ormuth se encontraba agitado. Conocía lo suficiente sus reacciones para saber que sentía lo mismo que ella, una intuición venida del más profundo nivel inconsciente. Existía un terrible peligro escondido a su poderosa vista, y ni siquiera podían identificarlo. Solo estaba segura de que tenía que ver con la Tierra.

–¿Qué hacemos con Azenobeth? He dado la alerta.

–Bien… –asintió Ormuth mientras pensaba–. Quiero en la órbita del planeta a todas las unidades estacionadas en el sistema: cazas de combate, bombarderos pesados, destructores, todo lo que tengamos. Con la máxima discreción posible.

La orden solo podía significar una cosa. Ormuth no solo quería eliminar a una agente traidora. Se preparaba para la aniquilación del planeta entero. Ese tipo de acción iba totalmente en contra de los preceptos pero, por terrible que sonara, Pari sentía la misma necesidad perentoria de arrasar el oscuro mundo. ¿De dónde provenía ese brutal impulso de defensa? La idea se le ocurrió al mismo tiempo que a Ormuth. Sus mentes eran tan parecidas…

–¡Recuerdos suprimidos! –bramó el jefe de Ahura, con la furia de un dios impotente.

–Creo que debemos solicitar una entrevista con el Guardián de la

Memoria –dijo Pari, escuchando sus compulsiones internas.

Ormuth asintió de nuevo, enfrentándose al temido enemigo de la incertidumbre.

–Ese planeta es solo una parte de nuestra excelsa creación, tan solo un lugar más, pero algo extraño sucedió en él, un episodio que hemos olvidado y que regresa para perseguirnos de nuevo.

Cuando entramos en la base lunar presentábamos mejor aspecto. Solo Arkana seguía débil y pálida. La ayudé a atravesar las escotillas y seguí a su lado, preocupado por que se desmayara. Tras colocarle en el cuello la argolla de seguimiento y registrarla a fondo, Azenobeth había enfundado su arma. Ahora trataba de ignorar a su frágil enemiga, pero de vez en cuando me lanzaba miradas de advertencia cargadas de mudos sermones: no debía fiarme de la astuta bruja, aparentaba debilidad para que nos confiáramos. Sin embargo, Arkana no podía fingir su exhausta delgadez.

Me quedé con la Doña y con Tomlin junto a una rotonda de observación. La Vieja Tierra no era visible en el cielo, así que ellos no sospechaban nuestro verdadero destino. Examinamos el paisaje polvoriento mientras Azenobeth iba a negociar con los comerciantes que nos habían recibido, un grupo vestido con trajes elegantes, sofisticados cortes de pelo y exóticos perfumes, además de una escolta armada. Incluso en esta alejada luna había personas con poder y aires de grandeza, reflexioné.

–¿Dónde narices estamos? –me interpeló Rudenlo al alejarse la capitana–. ¿Por qué no nos dice nada?

–Sé tanto como vosotros –mentí.

Mi desconfianza se había hecho general.

–Pero despertaste antes que nosotros –comentó Arkana, más sutil que el científico.

No podían saber que había estado varios días en Océano, y no pensaba contárselo.

–A juzgar por la gravedad, estamos en un planetoide o un satélite bastante grande. Debe ser una explotación minera poco desarrollada –sugirió Tomlin, observando el deprimente paisaje.

–Perfecto para unas vacaciones –bromeó sin fuerzas Arkana.

Al poco rato volvió Azenobeth. Ignorando las preguntas de los otros dos, nos condujo a través de un pasillo mohoso.

–Saldremos enseguida –les calmó.

–Agente Dwarme, o quien seas realmente –insistió Tomlin con rudeza–. Entiendo que consideres a esta mujer una prisionera, pero yo no voy a seguirte sin tener información exacta sobre nuestro destino y sobre cuáles son tus planes.

El grandullón se plantó en medio del corredor con sus brazos cruzados. Azeni se volvió hacia él con cara de pocos amigos.

–Investigador de primera Rudenlo: primero, fuiste tú quien se metió en mi nave sin permiso y sin informar a tus superiores; segundo, si vienes conmigo tendrás un trabajo mucho más interesante de lo que un desertor encontraría en cualquier otro lugar. Y tercero, si te quedas aquí los contrabandistas probablemente venderán a buen precio tu carne. Al parecer no tienen abundancia de grasas y proteínas animales… Tienes medio segundo para decidir.

Tomlin miró los temibles ojos violáceos, demasiado asustado para preguntarse si Azeni hablaba en serio.

–En ese caso, continuemos.

La nave que abordamos era un cilindro roñoso, arañado por las inclemencias del espacio. El interior resultaba tan desolador como su casco, con varios asientos equipados con arneses oxidados, un equipo de supervivencia básico y mamparos que no habían sido rectificados en varias décadas. La cápsula con la que había descendido a Habesport era un yate de lujo al lado de esta chatarra.

–Precioso –resumió Arkana.

Tomlin iba a abrir la boca para protestar ante Azenobeth, pero se contuvo. Por mi parte lo único que me importaba era llegar a la Tierra de una maldita vez, encontrar a mi padre y dejar atrás las absurdas conspiraciones que me perseguían.

–Tranquilos –dijo Azenobeth–. Son profesionales. Están acostumbrados a este trayecto.

–Se nota que lo han hecho muchas veces –asentí.

El vehículo tembló y chirrió al despegar. Nos acomodamos sobre los duros sillones, rogando por nuestras vidas mientras la rugosa superficie lunar se alejaba hasta convertirse en un mar de cráteres. A los pocos minutos nos acoplamos a una nave más grande, un transporte que se puso enseguida en marcha, haciendo crujir nuestros maltrechos huesos con la aceleración.

Aguantamos sentados varias horas, agotando los escasos víveres traídos desde la Amatista. Cuando la espera y la tensión de nuestra

compañía mutua se estaban haciendo inaguantables, la nave se puso a girar. Nos abalanzamos sobre las portillas, buscando signos de lo que nos esperaba.

Tras el círculo del exiguo ojo de buey pude ver las cicatrices de la Vieja Tierra. A medida que giramos aparecieron profundos cañones y grietas en la corteza, inmensos cráteres de impacto y una extensa hondonada llena de un mar oscuro.

–El Gran Impacto –dijo Azeni–. Los incendios y terremotos que provocó arrasaron lo que quedaba de las ciudades, los seres vivos, el suelo y los bosques. Fue el fin de la Guerra.

–¡¿Estamos en la maldita Tierra?! –chilló Arkana con sorprendente fuerza.

–Pensé que resultaría una visita interesante –confirmó la capitana con sorna.

La Doña respondió con juramentos impropios de una dama de cien años.

El enigma

I

La Vieja Tierra era inhóspita, una extensión pedregosa y cenicienta que parecía haber sido barrida por huracanes de fuego. La nave de los contrabandistas descendió en medio de un valle rodeado de montañas dislocadas, posándose junto a unas instalaciones de aspecto descuidado. Tras abrir la compuerta, un hombre con traje hermético nos hizo correr hacia un vehículo de superficie, dándonos mascarillas para filtrar el polvo levantado por el viento. Lo que no evitaba era el nauseabundo olor a quemado y la falta de oxígeno. Pisamos la ceniza acumulaba entre los contenedores y la maquinaria dispersa junto a la pista. Afortunadamente el guía nos condujo enseguida al interior de un extraño camión, con pares de ruedas adicionales en su techo y sus costados. Apartando las incómodas mascarillas, recuperamos el aliento gracias al aire limpio y oxigenado del interior. Azenobeth pasó delante junto al conductor, un hombre tan sucio como la superficie del planeta. Tomlin ocupó él solo una de las bancadas traseras, y Arkana se acurrucó junto a mí en la otra.

–Agárrense –gruñó el piloto, con un acento sin vocales–. Si aparece una patrulla nos detendremos y desplegaremos el camuflaje.

Comenzó así un accidentado recorrido por el paisaje alienígena de la Tierra. El camión daba temibles saltos por los socavones, siguiendo un camino apenas visible. En la árida superficie no había plantas, animales o presencia humana, solo restos de construcciones y máquinas irreconocibles y corroídas. Únicamente el cielo resultaba acogedor, con su azul velado por nubes tenues y ocasionales polvaredas plomizas.

–Vaya sitio más triste –comentó Arkana, tras quejarse mil veces por las sacudidas del vehículo.

–Parece imposible que la vida humana comenzara aquí –añadió Tomlin.

–Hace mucho tiempo era diferente –dijo el ronco conductor–.

Antes de la guerra había grandes ciudades con sus sistemas de transporte, fábricas que alimentaban a millones de personas y centros comerciales que cubrían provincias enteras. A veces encontramos verdaderas maravillas sepultadas entre las ruinas.

Poco a poco nos alejamos de las montañas hacia una llanura desolada, interrumpida por remolinos sombríos que se alzaban desde el suelo. Los vaivenes del camión disminuyeron y pude observar mejor la enorme extensión. ¿Encontraría a mi padre en medio de esta devastación? Azenobeth miraba fijamente hacia adelante, perdida en pensamientos privados. Me negué a preguntarle.

Tras un largo recorrido llegamos a una depresión que parecía el fondo de un mar ahora evaporado. El conductor nos indicó cómo colocarnos las correas que guardaba bajo los asientos. ¿Por qué no había dicho antes que las tenía? Hubiéramos evitado unos cuantos golpes.

–¿Puedes ayudarme con los anclajes? –me pidió Arkana.

Soltando mi cinturón, me puse de rodillas sobre el asiento para alcanzar sus hebillas. Al apoyarme sobre ella noté de nuevo la delgadez de sus huesos.

–Gracias –sonrió incómoda.

No era sorprendente que Arkana y Azenobeth hubieran sido mejores amigas. Bajo sus retorcidas maquinaciones sobrevivía una chispa de inocencia, quizás de ternura, atrapada por las circunstancias adversas. Observé de reojo a Tomlin intentando cerrar su cinturón. Quizás me estuviera volviendo paranoico, pero comenzaba a sospechar que el ingenioso técnico era lo opuesto a ellas: tras una afable fachada ocultaba planes propios.

Los arneses y los asideros nos salvaron la vida. Descendimos súbitamente por una abrupta pendiente, y el camión comenzó a saltar como un animal encabritado. Aún me asusté más cuando el vehículo se dirigió de frente hacia una pared rocosa. De repente el suelo cedió y comenzamos a caer en la oscuridad. Ninguno de nosotros pudo evitar los gritos de pánico.

–¡Todo está bajo control! –aulló el conductor en medio del estrépito–. ¡Diviértanse!

Al encenderse los focos vimos el empinado túnel por el que nos deslizábamos. Hubiera podido ser divertido, de no resultar tan terrorífico despeñarse contra los salientes de las paredes. Súbitamente el camión hizo un trompo y mi estómago saltó fuera de

control. En medio del terror comprendí por qué el vehículo estaba rodeado de neumáticos. Las ruedas le permitían apoyarse sobre cualquiera de sus lados durante el temerario descenso.

–¿Está loco? ¡Párelo! –gritó Arkana con su mejor voz de mando.

Por mi parte no sabía qué era peor, las náuseas o los golpes que descoyuntaban mis articulaciones. Me sentía como si un instructor sádico y borracho me hubiera encerrado en el simulador de la Academia.

De pronto el camión frenó en seco, derrapando en llano hasta detenerse. Salimos fuera tras el conductor, tropezando en la penumbra con las losas de un pavimento desigual. Las ruedas en el techo del vehículo todavía giraban, expulsando la gravilla recogida durante la infernal bajada.

–Aquí no necesitan las mascarillas –dijo el conductor al ver que Tomlin se colocaba la suya–. Los subterráneos son respirables.

Era cierto. El aire frío y húmedo estaba libre de ceniza y no parecía faltarle oxígeno. Mientras el guía echaba un vistazo alrededor, escudriñé la oscuridad buscando indicios sobre el lugar donde nos encontrábamos. Desde luego no era una gruta natural.

–Ahora continuarán solos, donde sea que vayan –añadió el conductor con recelo–. Yo podría ayudarles por un poco más. Es fácil perderse en estos túneles.

–Está bien así, señor Comb –le respondió Azenobeth–. Deme el mapa y le entregaré lo prometido.

El hombre la miró un momento, dudando.

–El mapa –insistió la capitana.

–En los subterráneos no funciona el sistema de posicionamiento. Tendrán que conformarse con un sensor inercial –el hosco guía entregó un dispositivo a Azenobeth–. Debe calibrarlo cada kilómetro utilizando el mapa. Si no lo hace su error irá aumentando.

La capitana le entregó un sobre hermético. El hombre lo palpó y sonrió por primera vez.

–Pero no lo mantengan encendido mucho tiempo, o se agotará la batería –añadió sin coste adicional–. Y tengan cuidado con las ratas. Usen las bengalas.

Siguió recitando advertencias mientras regresaba al aparatoso camión. Después de arrancarlo y llenar la cavidad de humo, dio un amplio giro, iluminando otro túnel por el que desapareció. Entonces Azenobeth encendió una linterna.

–¿De verdad hay ratas? –preguntó Arkana.

–Lo dudo. Habrán muerto de inanición –opinó Rudenlo.

Azenobeth tomó la delantera con su linterna. Los demás la seguimos por el interior de una gran construcción, un espacio abovedado que pudo haber sido magnífico en su época. En los altos muros se adivinaban bajorrelieves y pinturas cuyos motivos eran indiscernibles en la oscuridad. La grandiosidad del conjunto quedaba rota por los desechos que cubrían el suelo. Su procedencia resultaba difícil de adivinar: papeles rotos, tejidos acartonados, plantas secas o quizás pieles de animales. Caminando a tientas pisé ocasionalmente objetos más sólidos. Imaginé que eran enormes piedras preciosas desprendidas de lujosos adornos, o pedazos de sofisticadas máquinas que alimentaban de energía a las ciudades antes de la Guerra. O quizás eran los huesos de nuestros antepasados, enterrados en estas catacumbas.

La capitana nos guio consultando el mapa, que iluminaba su rostro con un pálido resplandor. Estaba decidida a encontrar algo en este inframundo. Desde luego era el sitio perfecto para ocultar otra porción del tortuoso plan de los Gayoma, pero parecía improbable que mi padre andara escondido en un rincón de esta cueva. ¿Qué tramaba Azenobeth? Súbitamente, la inmortal agente desapareció delante de mis ojos, tragada por la tierra. Había saltado al interior de un ancho foso en el borde de la caverna.

–¿Dónde vamos? –Tomlin se resistía otra vez a seguirla.

–Tenemos diez kilómetros por delante –calculó Azeni-. Este lugar es una estación, un antiguo sistema de transporte subterráneo y estas vías –señaló la larga zanja– nos llevarán donde queremos ir.

–¿Queremos? –gruñó Tomlin.

–Cuanto antes lleguemos, antes conoceréis nuestro destino –dijo Azeni, emprendiendo el camino.

Me reí por dentro y ayudé a Rudenlo a entrar en la zanja. Luego hice lo mismo con Arkana, ingrávida en comparación con el técnico. Vigilé la retaguardia de la comitiva mientras recorríamos un interminable túnel, deteniéndonos brevemente en las bifurcaciones y un par de estaciones que encontramos en nuestro camino. Era fácil seguir los rieles paralelos, unidos por bloques resquebrajados, aunque a veces teníamos que rodear los desprendimientos que bloqueaban la vía. Por suerte, ninguno de ellos cerraba completamente el paso.

–Lo siento. Me quedo aquí –Tomlin se detuvo, sudoroso a pesar del frío.

–Tenemos comida –Azenobeth rebuscó en su mochila.

–No soy un esclavo –el técnico se sentó sobre un riel–. Exijo saber dónde vamos y cuánto nos queda.

–Apoyo la moción –añadió Arkana, también agotada.

–Queda menos de una hora –respondió la capitana, impasible–. Respecto a nuestro objetivo… Antes del Gran Impacto, cuando la Guerra acababa de comenzar, los terrestres crearon refugios para preservar sus posesiones más valiosas en caso de ataques masivos, como los que hubo después. En esos búnkers guardaron copias de sus bibliotecas y sus bancos de datos, muestras de semillas y secuencias genéticas, disponiendo instalaciones para mantenerlos y recuperarlos cuando fuera necesario. Pero no resultó. Es posible que no les diera tiempo a rescatar la información o no les fuera posible acceder a los refugios enterrados bajo toneladas de rocas, o quizás olvidaron su localización. Tras el desastre, los pocos supervivientes no consiguieron recuperar sus tesoros, y las condiciones nunca mejoraron lo suficiente como para reconstruir la civilización terrestre.

Todos comprendimos cuál era el final de nuestro camino.

–¿Cómo lo encontraron? –preguntó Tomlin.

El científico estaba súbitamente emocionado, como un niño ante un cajón de golosinas.

–Nuestros guardas en el anillo orbital confiscaron una nave de los contrabandistas, con valiosos restos de antigua tecnología. Conseguimos controlar el acceso al lugar antes de que corriera la voz.

–¡Una copia del conocimiento de la Vieja Tierra! –Rudenlo estaba extasiado.

–Eso pensamos –confirmó Azenobeth–, pero lo cierto es que hasta ahora ha sido imposible descifrar la mayor parte de los archivos. Necesitamos especialistas para comprender los códigos y los formatos que utilizaron.

–¡Haberlo dicho antes! –bramó Tomlin. El técnico se levantó, milagrosamente recuperado–. ¡Vamos! ¿A qué estáis esperando? –nos increpó.

Ormuth y Pari accedieron con precaución al espacio concedido por el Guardián de la Memoria. La reacción del espíritu les había inquietado. Extrañamente, su vaga petición de ayuda no había sorprendido a la vieja entidad. La mención de la Vieja Tierra había sido suficiente para que el Guardián los convocara de inmediato a las crisálidas de recuerdos.

Nada más entrar en el intervalo espacio-temporal reservado, sus percepciones periféricas les advirtieron del peligro. Comprendieron demasiado tarde que había sido un error abandonar la seguridad de su Dominio para exponerse aquí. Aunque su consciencia primaria estuviera a salvo, la información que llevaban consigo podía verse comprometida. Se suponía que el ámbito del Guardián era terreno neutral, pero las formas que aparecieron en la crisálida junto a ellos lo desmentían.

–¿Qué hacéis vosotros aquí? –arremetió contra ellos Vairya, el Ahriman de turno–. ¿Qué jugarreta es ésta, Guardián? –llamó al espíritu invisible.

Y Vairya no había llegado solo. En el mismo instante habían entrado en la crisálida la poderosa diosa de fuego, Zendra, que había sido Ahriman anteriormente, y también Markenor, el actual jefe del Consejo. Incluso se había materializado la ruda figura de Dedenna, a la que no veían desde hacía una eternidad.

La poderosa mente de Pari no tardó ni un momento en deducir lo que pasaba.

–Los Siete Fundadores, mi querido Ormuth –dijo por su canal.

–No todos. Falta la maldita Mithra –respondió el soberano de Ahura Masda, preguntándose por la razón del encuentro.

–¿Quién ha convocado esta reunión? Las reglas de la Convención prohíben… –Markenor emprendió una de sus insufribles argumentaciones legales.

Una voz los aturdió. Solo un espíritu tenía poder para hacer callar a los Fundadores.

–¡Haya paz, visitantes del Sagrado Templo de la Memoria! Escuchadme. Habéis venido a mí por una compulsión de vuestra memoria inconsciente. Yo no os llamé, y sin embargo sentisteis la necesidad de recordar un conocimiento olvidado.

–Les diste la información que te revelamos –protestó furioso Ormuth.

–Calma, Fravashi –le contuvo el Guardián, materializándose en la forma de un encorvado anciano–. Este encuentro estaba previsto en un contrato de los Siete Fundadores, un juramento olvidado por vuestro común acuerdo y consentimiento. Según ese pacto, implantado en

vuestro subconsciente profundo, cuando uno de vosotros hallara un indicio del peligro todos debíais acudir a la llamada. Supongo que la diosa Mithra no está en condiciones de venir –el anciano miró a los reunidos, como si contara su número.

–Olvidémonos de esa traidora –intervino impetuosa Dedenna, agitando uno de sus cuatro brazos–. Dinos, ¿qué es lo que debemos recordar, Guardián?

El espíritu sabía que, a pesar de su bravuconería, los seis estaban atemorizados. Siempre sucedía igual. La ausencia de los recuerdos generaba un profundo temor en los Fravashi, el miedo de lo que podía encontrarse oculto en las arenas del tiempo. En este caso, el temor no era infundado.

Los goznes de la pesada puerta rechinaron. La luz del otro lado cegó nuestra visión acostumbrada a la oscuridad de los túneles. El recorrido del laberinto se había hecho interminable. Incluso Azeni había llegado a desesperarse tras salir de la vía y buscar infructuosamente por los pasillos. Al cabo de un tiempo todos los cruces y desprendimientos parecían iguales. Por fortuna un lejano rumor nos había alertado de la presencia humana.

El soldado que había abierto el portal nos apuntó con su fusil de plasma. Tras él llegó un pelotón al mando de una teniente, todos uniformados como tropas de la Alianza.

–Discúlpenos, Comandante Dwarme –saludó la oficial–, no hemos recibido el aviso de su llegada.

¿Comandante? El rango militar de Azenobeth seguía subiendo. En Dercanlea había sido sargento, pero en la Amatista vestía una insignia de capitán, y aquí había llegado a comandante. La pequeña Beth ostentaba nombres y rangos según le convenía. ¿Estaban estas tropas bajo su mando, bajo el control de una traidora agente de los Gayoma?

–Se trata de una misión de incógnito, teniente –explicó Azenobeth–. El destacamento del anillo no debe saber que estamos aquí.

–Eso es bastante irregular –contestó la oficial.

–¿Por qué cree que hemos venido por esta cloaca? –señaló el corredor que dejábamos atrás–. Hay espías allí arriba. No podemos confiar en nadie.

La capitana-comandante miró a las tropas con una muda advertencia.

–Nadie debe saber que estamos aquí. Activen el protocolo de

emergencia, pero sin alterar las comunicaciones. La guarnición de la órbita no debe notar ningún cambio.

A pesar de su tamaño, Azenobeth podía doblegar a cualquiera con su voluntad. Los militares asintieron con firmeza.

–Otra cosa, teniente. Confío a su custodia esta muchacha –señaló a Arkana–. Quiero vigilancia ininterrumpida, día y noche. La hago personalmente responsable de su reclusión. Advierta a los guardianes de que, aunque lo parezca, no es una inocente jovenzuela. Y comprueben periódicamente que lleva su cepo de localización.

Arkana lanzó a Azenobeth una mirada asesina mientras los soldados se la llevaban. Me pregunté dónde la confinarían, pero me interesaba más el paradero de otra persona, del hombre que me había dado la vida y luego había sido arrancado de ella. Había tantas cosas que quería preguntarle… qué había pasado realmente en su caída, qué aventuras había vivido en la superficie de Mekham y, sobre todo, por qué había aceptado dejar a su familia para siempre. Mi corazón se aceleraba cada vez que nos encontrábamos con un hombre maduro por los corredores del Refugio. Cada vez miraba al viandante con expectación y me giraba hacia Azenobeth, esperando recibir de ella una señal que lo identificara. Pero nunca dio señas de reconocerlo.

Al igual que el túnel que habíamos seguido, las galerías del Refugio estaban quebradas y hundidas por los derrumbamientos, aunque los corredores principales estaban libres de escombros y en algunos tramos reforzados con nuevas secciones. Abriéndose a los lados encontrábamos estancias con máquinas de propósito desconocido y salas donde los técnicos manipulaban misteriosos aparatos. Otras habitaciones contenían enormes computadoras arcaicas conectadas a interfaces modernos. Tomlin asaltó a Azenobeth con preguntas: ¿utilizaban tecnología optoelectrónica, holográfica? ¿con qué sistemas operativos? Ante la insistencia de Rudenlo, la capitana entró en una sala, dirigiéndose a una mujer mayor que se desenvolvía con agilidad entre técnicos más jóvenes. Las pequeñas pupilas de Tomlin se dilataron al ver la omnipantalla que manipulaba la anciana. Mostraba un tremendo barullo de líneas y rectángulos coloreados que se movían siguiendo la voluntad de la escuálida anciana, que arengaba con energía a sus ayudantes.

–Necesitamos el código de direccionamiento de la capa tres y la jerarquía de referencias. Sin ellos es imposible entender nada por encima del almacenamiento físico.

–¿Doctora Fermal? –la interrumpió Azenobeth.

–¿Qué quiere? –la mujer se volvió con impaciencia.

–Traigo refuerzos. Éste es el doctor Rudenlo, especialista en física unificada y sistemas de información –señaló a Tomlin, que observaba el caos de la sala con atención profesional.

–¿Sabe usted algo sobre compresión distribuida por indexación probabilista, jovencito? –lo interrogó la anciana.

–Pues claro. He implementado mis propios algoritmos sobre redes neuronales de complejidad terakurtz –contestó Tomlin casi ofendido.

–Bien, entonces no pierda el tiempo ahí de pie. Aquel chico del pelo de punta –señaló a un hombre que se levantó inmediatamente– le dará una estación y le explicará por dónde empezar.

–Doctora –intervino la capitana–, disculpe, pero el doctor Rudenlo aún no ha comido nada.

–¿Nada? –la vieja miró el volumen del cuerpo de Tomlin–. Yo lo veo en muy buena forma. No se preocupe, muchacha, le daremos algo para que no se desmaye.

Resultaba divertido escuchar la familiaridad con que la doctora trataba a la poderosa Azenobeth y al vanidoso Tomlin. Sin embargo, ninguno de los dos pareció incomodarse.

Salí con la capitana, dejando a Rudenlo a merced de la imperiosa voz de la anciana. Enseguida desembocamos en un patio rectangular donde convergían varios pasajes por los que circulaba el personal del Refugio. Junto a una de las esquinas se levantaba una escalera construida con piezas de plástico fundido y un andamiaje de tubos.

–Si no recuerdo mal, la biblioteca está arriba –dijo Azenobeth, su voz ahogada por los ruidos mecánicos y las conversaciones que resonaban en el patio.

Una batería de potentes focos me impedía ver el techo, produciendo la falsa impresión de un espacio abierto a la luz del día. Imaginé que en realidad estábamos bajo muchos metros de rocas, escombros y ceniza.

Tras subir por los peldaños plásticos encontramos en el piso superior las salas de los libros. Percibí enseguida el olor mohoso de los viejos volúmenes. Recordaba bien su aroma de la biblioteca de Vikatee, y lo había revivido en los aposentos del Palacio Xandu. Pero la colección privada de Arkana y los estantes que el profesor Birker había cuidado afanosamente en la ciudad flotante palidecían al lado de la masiva colección del Refugio. Los volúmenes cubrían aquí largas filas de estanterías, alineadas sin apenas separación.

Parecía increíble que hubieran existido tantos libros impresos.

Al acercarme a una de las inmensas vitrinas observé que los tomos estaban más oscuros y carcomidos que los de mi ciudad y comprendí con vértigo que se trataba de libros originales, envejecidos durante miles de años. Estaba a punto de abrir uno cuando descubrí en la sala adyacente un equipo de personas se afanaba en separar las páginas de los volúmenes sobre sus bancos de trabajo, utilizando unas curiosas pinzas. A continuación vi, con horror, cómo depositaban los folios ya sueltos en una máquina que los desintegraba, llenando el aire de olor a quemado.

–Los están destruyendo –apunté espantado a Azenobeth.

–Es la única manera de preservar su contenido. Llevaría demasiado tiempo restaurarlos, así que escanean su composición.

Entramos respetuosamente en la sala de digitalización, donde los técnicos trabajaban entre el crujido del papel y el zumbido de los escáneres. Hacia el fondo un hombre mayor se sentaba frente a una pantalla donde aparecían las imágenes de las páginas digitalizadas. Al verlo sentado allí con sus gruesas gafas me recordó al viejo Birker, el bibliotecario al que había ayudado, limpiando y copiando los libros de Vikatee. Realmente el parecido era asombroso, aunque no podía ser él. Birker había muerto en Vikatee, y este hombre era un poco más joven. Sin embargo hasta los movimientos pausados con los que leía la pantalla se parecían a los del viejo profesor. ¿Se trataba de una alucinación?

–¿Profesor Birker? –dije, acercándome incrédulo.

El hombre se volvió hacia mí, subiéndose sus gafas.

–¿Qué deseas, muchacho? Estoy ocupado.

Era él. Sus rasgos huesudos y su calvicie se habían atenuado –o los había exagerado en mi memoria– pero, por imposible que fuera, se trataba del reservado bibliotecario de Vikatee. Estaba aquí, en la Vieja Tierra, delante de mí. ¡Mi padre no podía andar muy lejos!, comprendí con emoción.

–¡Profesor! ¡Soy Nadiroz! ¡Nadiroz Glemen!

El hombre se sobresaltó, ajustó sus gafas con una mano trémula y se levantó de la silla mirándome como a un fantasma.

–No puede ser. Todos moristeis –dijo con un hilo de voz.

Entonces descubrió a Azenobeth detrás de mí. La miró, interrogándola sin palabras. De repente dio dos pasos hacia mí y me abrazó con una enorme fuerza.

–Nadiroz –susurró–. ¡Qué alegría! Creía que no volvería a verte.

Se separó de mí para quitarse las gafas y secar sus lágrimas. La emoción del viejo me conmovió. Al igual que a mí, debía causarle una fuerte impresión encontrar a otro superviviente.

–Sentémonos ahí –Azenobeth nos llevó a una pequeña sala de reuniones, apartándonos de las miradas curiosas.

Me dirigí a Birker en cuanto entramos, incapaz de esperar.

–Profesor, estoy buscando a mi padre, Gawhan Glemen. Debe recordarlo, el custodio que leía los libros sobre pájaros. ¿Está aquí en el Refugio?

Birker se dejó caer en una silla. Alzó de nuevo su vista hacia Azenobeth, sentada enfrente.

–Azeni, tengo que decírselo –dijo el viejo.

La capitana se volvió hacia mí con inquietud.

–Ya no tiene sentido ocultarlo, Nadir. Este hombre es tu padre.

¿Cómo iba a ser mi padre? El viejo Birker parecía haber rejuvenecido, pero eso no lo convertía en Gawhan Glemen. Me volví hacia el profesor esperando su negación, pero en lugar de ello encontré un brillo especial en sus ojos, una expresión que solo había visto en mi propia madre.

–Hijo…

–¡No puedo ser tu hijo! –me levanté indignado. ¿Qué pretendían él y Azeni con esta farsa? ¿Qué jugarreta habían preparado los perversos dioses? ¿Quién era ese hombre?

–Déjame que te lo explique.

Entonces me di cuenta de que su voz era diferente a la del Birker que yo había conocido, menos grave y ronca.

–Has viajado desde muy lejos –sonrió el desconocido–. Eres un inteligente muchacho, bueno, casi un hombre.

–Dime la verdad –le dije–. Estoy cansado de mentiras y secretos.

–Lo siento, Nadir, lo siento mucho –inclinó la cabeza–. No tenía otra opción.

Entonces se levantó y paseó por la sala, como si quisiera evitar mi cercanía. Seguí intentando imaginar lo imposible, convencerme de que era realmente mi padre. Pero no podía ser.

Al volverme hacia Azenobeth, vi que ella se había marchado. Escapando a las preguntas, como siempre.

–El verdadero Birker –comenzó de nuevo el hombre– me entrenó para convirtirme en su sucesor, en el siguiente bibliotecario.

–Me lo contaste en Vikatee, es decir, Birker me contó que había estado enseñando a mi padre.

—Te conté algunas cosas, sí. Pero no te conté todo. El viejo Birker, el original, era un agente de Gayoma Retan, igual que los bibliotecarios que lo habían precedido.

—¿Birker un agente? ¿Pero cuántos agentes había en Vikatee?

—Una línea de ellos pasaba de un custodio a otro. Se encargaban de mantener el contacto con Gayoma Retan. Jared fue el último de esa lista, maldita sea su memoria. Pero Gayoma creó también otra línea de agentes clandestinos en la ciudad. Teníamos nuestro propio puskoru, pero no debíamos comunicarnos con los Fravashi hasta que llegara el momento. Nosotros trabajábamos como bibliotecarios.

—¿Jared no sabía que eras… que Birker era un agente?

—Sospechaba algo. Los custodios siempre se preguntaron por la razón de los libros y de los bibliotecarios. La Crónica decía que había que guardarlos como un tesoro, pero no explicaba su origen. Cuando Birker y yo averiguamos que la base de la ciudad se fracturaba tuvimos que advertir a los Gayoma, y decirles que Jared los había traicionado. Los espías de Angra en el mundo Fravashi debieron enterarse y le avisaron. Entonces supo que no era el único agente en Vikatee.

—¿Por qué los Gayoma no salvaron la ciudad?

—Gayoma apenas existía ya, como organización clandestina. De todas formas, supimos que una flota de Ahura vendría, pero tardaría años en llegar, así que buscamos otra solución.

—Las máquinas voladoras.

—Nuestra idea era hacer bajar a los habitantes de la ciudad hasta la superficie de Mekham. Los bibliotecarios sabíamos que el Peklon era solo un mito y que bajo las nubes había un mundo habitado. Pero Jared descubrió el plan y saboteó la planeadora de pruebas. Dejó solo unos pocos hilos intactos en las alas y en los amarres que me sujetaban a la baranda. Así que caí sin remedio. Tu madre se había empeñado en ver la prueba contigo. Fue culpa mía. No tenía que haberle contado nada. Mi corazón se rompió al veros juntos por última vez, gritando mientras yo me alejaba.

Acababa de describir mi pesadilla, el hombre cayendo al vacío con sus alas rotas bajo mi angustiada impotencia. Había sido real.

—Me salvé a duras penas aferrándome al armazón de pieles, ofreciendo la máxima resistencia al aire. Por suerte caí al mar, donde unos pescadores me avistaron y me llevaron a la orilla.

Me resistía a creerle. La historia era consistente con lo que sabía, pero los Fravashi podían haberla reconstruido. El mismo Tomlin

había tenido acceso a mis recuerdos con su máquina.

–Un momento –lo detuve–. ¿Dónde estaba escondida la segunda máquina voladora?

–Ah –sonrió, impresionado–. Conseguiste encontrarla. Eso explica que pudieras salvarte.

–Más o menos –respondí sin mencionar la esfera.

–Te fui dejando pistas, comentándote que antes de desaparecer había leído libros sobre pájaros y máquinas voladoras, pero no creía que la hallaras tan rápido.

Estaba totalmente confundido. Aquel hombre hablaba como mi padre, como si hubiera trabajado con Birker y construido las máquinas voladoras, pero también decía haber sido el profesor que me había dado clases y me había supervisado como bibliotecario.

–¿Dónde estaba escondida la otra máquina? –insistí.

–En el hueco del mástil roto que atravesaba el Arqueón. Durante las noches subía al techo para montar las planeadoras sin que nadie me molestara. Era un buen lugar para probar las alas contra el viento.

Su respuesta me dejó atónito. Sabía lo del escondite.

–No entiendo –dije casi gritando–. Dices que eras Birker y también mi padre. ¡No puede ser cierto!

–Es una historia complicada –sus ojos se hundieron con pesadumbre tras las gafas–. Cuando llegué a la superficie de Mekham busqué desesperadamente a un agente de Gayoma. Pensé que debía haber alguno entre los habitantes de aquellas tierras sin barandas, así que viajé de un reino a otro actuando como titiritero, contando la fantástica historia de la ciudad flotante como si fuera un cuento infantil, esperando llamar la atención. Pasó un año entero hasta que, tras ofrecer mi representación en una gran isla, se acercó un hombre. Un mes más tarde me acompañó a una cita en las montañas. Mis esperanzas de volver a Vikatee renacieron cuando vi aterrizar una nave solitaria. De ella bajó una mujer extraña.

–Azeni –utilicé el diminutivo que ambos compartíamos.

Él asintió.

–No estaba realmente allí. Era una proyección. Me agradeció que les hubiera avisado, pero repitió lo mismo que Gayoma nos había comunicado en Vikatee a través del puskoru: podían hacer poco para salvar la ciudad. La flota de Ahura Masda aún tardaría años en llegar. Entonces le rogué que me ayudara a volver a la ciudad. Quería ver a mi familia, cuidar de tu madre y de ti, y asistir al

nacimiento de mi hija…

El hombre se emocionó de nuevo. Mi incredulidad estaba comenzando a resquebrajarse.

–Pero Azeni me dijo que no podía llevarme de vuelta. Mi regreso milagroso a Vikatee supondría el caos. En la ciudad me interrogarían y todos acabarían enterándose de que el fin estaba cerca. Entonces se me ocurrió una solución alternativa, desesperada. Poco tiempo antes de la última prueba con la planeadora, el viejo Birker me había confesado que estaba muy enfermo. Por esa razón había estado enseñándome con urgencia todo lo que sabía. Mi idea era alocada, pero Azenobeth aceptó consultarla con Gayoma y hablar con el propio Birker a través de su puskoru.

–¿Te cambiaste por el profesor? –exclamé asombrado.

–Los aparatos médicos de la nave modificaron y envejecieron mis rasgos para parecerme a él. Después me transfirieron a Vikatee utilizando el puskoru de Birker. Fue la experiencia más espantosa de mi vida, peor que la caída de la ciudad. Me pareció estar muerto una eternidad, y sin embargo aparecí sin más en la biblioteca junto al asombrado profesor. Pasamos esa noche arreglando los detalles del cambio y preparando las estúpidas lecciones para la escuela. Luego el pobre viejo se marchó. No lo volví a ver. Supongo que debió tirarse por la borda.

En medio de mi estupor, de la necesidad de creerle y del temor a un nuevo engaño, recordé algo que en su momento me había parecido muy raro. Tras bajar con Jilai al nivel prohibido en busca de su anillo, tuve que confesar a mi madre el castigo impuesto por Dombrir y explicarle que debía trabajar por las tardes en la biblioteca. Ella me había asegurado entonces que Birker era un buen hombre y me había contado sus visitas tras la muerte de mi padre, y las veces que la había ayudado con pequeños favores. Entonces yo había sospechado que se trataba de maniobras de un perverso viejo interesado en la joven viuda. Comprendía ahora que era mi padre quien la visitaba, preocupado por su legítima mujer.

–¿Cómo pudiste hacerlo? –le golpeé con el puño–, estar tan cerca de nosotros sin decirnos quién eras, sin que supiéramos que estabas vivo…

Esta vez fui yo quien no pudo continuar. Era demasiado. ¿Por qué los dioses habían sido tan crueles? Hubiera sido preferible que nos fulminaran con el resto de la ciudad. ¿Habían disfrutado morbosamente con nuestro pequeño drama familiar?

–Tuve que prometerlo, mi querido Nadir. Me hicieron jurar por vuestras vidas antes de llevarme de regreso. Si hubiera podido hablar… pero me vigilaban con el puskoru.

Recordé la tristeza de Birker al anunciarle Dombrir que los más viejos de Vikatee deberían morir para retrasar la caída de la ciudad. Quizás mi padre, viendo próxima su muerte, nos hubiera revelado su secreto. Pero no tuvo tiempo.

Abrazado a él, recordé otros detalles que ahora cobraban significado. Aislados en la sala de reuniones, me contó historias de mi infancia, recuerdos que se hubieran perdido de no haberlo vuelto a encontrar. Relató entre lágrimas las cosas que había hecho por nosotros camuflado como el profesor Birker, pequeños favores que pasaban desapercibidos, como su intercesión ante el Superior Dombrir para que cumpliera mi castigo en la biblioteca.

En un momento de calma me percaté de que, por un retorcido camino, había conseguido mi propósito. Lo había encontrado. Mis pulmones se hicieron de repente más amplios, como si la presión que los había constreñido durante años se hubiera disuelto. Estaba por fin junto a mi padre. Juré por el universo entero que no volvería a separarme de él.

III

Tras un insomne descanso, pasé la mañana siguiente con mi padre, embriagado por la sensación de verlo conmigo y al mismo tiempo temeroso de que desapareciera de un momento a otro. No volví a ver a Azenobeth. O bien me esquivaba a propósito para evitar más preguntas, o estaba muy ocupada para interesarse por nuestro reencuentro. Tampoco conseguí hablar con Tomlin hasta la hora del almuerzo. Cuando nos cruzábamos con él iba enfundado en una bata tan roñosa como la que vestía en Maj. Pasó junto a mí sin verme, murmurando acerca de protocolos de comunicación y algoritmos de encriptado. Unas horas más tarde, aproveché la ausencia temporal de la doctora Fermal para sacarlo de la ‘zona de guerra’ y convencerlo de que almorzara con nosotros.

–Tomlin, éste es mi padre, Gawhan Glemen.

El científico nos miró. Tardó unos instantes comprender lo que le había dicho.

–¿En serio? ¿Es usted su padre? –me señaló como si yo fuera un animalillo abandonado.

Gawhan asintió divertido.

Nos acomodamos en el almacén de suministros acondicionado como cantina, sentándonos frente a las cajas sobrantes que servían de mesas. En el Refugio no había horarios fijos para comer o dormir. Bajo tierra las horas y los días habían perdido su ritmo natural y los técnicos venidos de mundos, con diferentes ciclos y horarios, se acomodaban como podían a los turnos de trabajo.

Para mi sorpresa, Tomlin solo pareció interesarse por el trabajo de mi padre en la biblioteca.

–¿Pero por qué digitalizan esos libracos podridos? –preguntó con escasa delicadeza–. Bastante trabajo tenemos ya con las memorias de estado sólido y los soportes ópticos.

–Los libros son un tesoro, ingeniero –respondió mi padre con voz pausada–, lo único que nos queda de la civilización primordial. Son testigos de nuestros orígenes, de cómo era la vida antes de que los dioses interfirieran en ella.

Miramos instintivamente a nuestro alrededor. La cantina estaba prácticamente desierta.

–¿Qué quiere decir? –respondió Rudenlo, abriendo los ojos como si pudiera absorber más información–, ¿no hay menciones a los Fravashi en los libros?

–Oh, los humanos primitivos tenían muchos dioses. Hay textos que mencionan a los Fravashi como antiguos espíritus. Eso es lo más raro –zarandeó su dedo–. Hablan de ellos como una religión arcaica, prácticamente extinta.

Tomlin y yo nos quedamos mudos. ¿Qué significaba eso? ¿Habían ignorado los Fravashi a los terrestres hasta después de la Gran Guerra?

–¿Y por qué Gayoma ha montado esta operación en el Refugio? –intervine–. ¿Qué esperan desenterrar del pasado?

El rostro de mi padre cambió de una forma sutil, adoptando la misma expresión que había visto tantas veces en Azenobeth; sabía la respuesta a mi pregunta pero no podía decirla. Debía ser la presencia de Tomlin.

–No sé si buscan algo en concreto –mintió–. Quieren sacar todo lo que puedan de aquí antes de que el lugar desaparezca.

–¿Por qué tanta prisa? –insistió Tomlin–. La doctora Fermal apenas nos deja dormir. Ni siquiera me permite tumbarme hasta que no descifre las memorias holográficas.

Esta operación tenía algo que ver con la guerra de las esferas –comprendí–, con la batalla final entre las facciones Fravashi. Por eso Azenobeth había venido. Decía que los planes se habían precipitado. En la información del Refugio existía algo que Gayoma necesitaba para sus planes. Pero no iba a ser sencillo encontrarlo. Las palabras de Tomlin corroboraron mis sospechas.

–Tenemos bibliotecas audiovisuales con decenas de sistemas de compresión diferentes, petabytes de revistas científicas en veinte formatos, bases de datos estadísticas sin referencias estandarizadas, interminables volcados de conversaciones triviales en cincuenta idiomas diferentes y solo los dioses saben qué más basura. No entiendo por qué guardaron esta montaña de material sin indexar. La estamos decodificando, pero será imposible encontrar nada en esta avalancha de información; así que estoy poniendo a punto un sistema de búsqueda semántica sin que se entere esa vieja del demonio. Nos permitirá seguir las relaciones e investigar el contenido con más facilidad, al menos en lo que se refiere al material escrito. Las imágenes y vídeos serán otro asunto.

A partir de ese momento Rudenlo nos perdió en un laberinto de términos técnicos que aparentamos comprender. Finalmente el ingeniero se disculpó y desapareció hacia la zona de guerra insultando a los ineptos programadores de la antigüedad y maldiciendo a la doctora Fermal.

Había llegado el momento de comprobar el grado de confianza de mi padre.

–Ahora cuéntame la verdad –le dije–. No creo que te enviaran aquí solo a escanear viejos libros.

Era extraño tenerlo enfrente, como ver un espectro del pasado, pero lo cierto es que en las pocas horas que llevábamos juntos una emoción instintiva me había unido a él. Por otra parte, a pesar de su obvio afecto, seguía siendo un extraño. Durante años lo había conocido con otro nombre y otra personalidad. ¿Cuál era ahora su papel en la perversa trama del Juego?

–Mi tarea no ha cambiado desde Vikatee –comenzó–. Sigo haciendo el trabajo que el viejo Birker me asignó, cumpliendo la misma misión que los bibliotecarios que me precedieron, aunque ahora tengo muchos más libros –sonrió, mostrando unos dientes más blancos que los que recordaba–. Ven, te enseñaré lo que realmente estudiamos. No hay muchas personas aquí que conozcan la verdad.

Regresamos al patio y entramos en un corredor que se abría al

otro lado. El estrecho túnel estaba pavimentado con planchas metálicas que tenían rozaduras de equipos pesados. Una verja corredera nos detuvo, pero mi padre pulsó un código y la barrera se deslizó silenciosamente a un lado mientras él miraba hacia atrás, como si temiera que alguien nos observara.

El fondo del túnel tenía un brillo inconfundible. La luz del sol llegaba hasta allí por una elevada claraboya. Pero antes de acercarnos hasta ella nos desviamos por un pasillo lateral y en pocos pasos llegamos a una puerta maciza, encastrada en la masa de roca. Mi padre desbloqueó la cerradura con su dedo y empujamos la pesada hoja. Una suave lámpara anaranjada se encendió automáticamente, iluminando una celda sin aberturas.

–Supongo que la recordarás –mi padre señaló la apuntada mole.

¿Cómo hubiera podido olvidarla? Rodeé el objeto de metal oscuro, familiar y fuera de lugar al mismo tiempo. Era la Insignia de la Ciudad, el monolito que había adornado la plaza de popa de Vikatee antes del desastre. Había vuelto a verla tras el ataque, en la bodega de la Cascanueces, junto a las dos esferas. Pero la Insignia no había seguido con las Zarayan. Debía haber llegado aquí con mi padre. Comprobé que en su superficie seguía grabado el misterioso texto en lengua Avestan.

–En Vikatee mis amigos y yo formamos un club para intentar descifrar la inscripción –rememoré con nostalgia.

–¿Recuerdas? Fui yo quien os mencionó el mensaje en clase.

–Es cierto –reí.

–No esperaba que pudierais traducirlo. Ni siquiera conocíais el idioma Fravashi. Pero quería picar tu curiosidad.

–Lo intentamos durante días sin conseguir nada. Después Azeni me enseñó Avestan, pero para entonces había olvidado el texto –palpé el relieve de los caracteres que sobresalían del duro material.

–Ahora es tu oportunidad –me invitó con un gesto.

Mi Avestan estaba un poco oxidado. Me esforcé en recordarlo con los trucos memorísticos que Azenobeth me había enseñado.

–*Ajohrot*… –leí la primera palabra–. Cuando…

–Desde –corrigió mi padre con benevolencia, como si fuera de nuevo el viejo Birker dando su clase.

–Desde el principio... de las Zarayan... –continué.

No me sorprendió que el mensaje se refiriera a las esferas. Ellas estaban detrás de todos los enigmas pendientes de resolver.

–Nacidas en el viejo… ¿lugar? –dudé.

–En el viejo mundo.

–Nacidas en el viejo mundo… el número… 376405… –deletreé.

Recordé las cifras. Era el código que Jilai y yo habíamos empleado para abrir la trampilla bajo el nivel prohibido.

–… abre las puertas para su… unión, pero… girando al revés…

–Esa expresión es difícil –rio mi padre–. Se suele traducir como "el turno opuesto". Un giro no tendría mucho sentido. ¿Qué más? –me animó.

–Hmm… produce en rápidos segundos la… explosión… con una palabra pequeña –terminé el texto–. La verdad, no entiendo nada.

–No está tan mal –me palmeó la espalda–. La traducción más común es la siguiente: "Desde la creación de las Zarayan en el viejo mundo, el número 376405 abre las puertas para su comunión, pero el turno opuesto consigue en segundos su destrucción con una corta palabra".

–Vaya galimatías. ¿Qué significa?

–Eso es exactamente lo que debo averiguar. La misión de los bibliotecarios ha sido desde siempre descifrar ese viejo mensaje. Azenobeth me trajo a la Tierra para ver si la información del Refugio nos ayuda a comprenderlo.

–¿Los viejos libros?

–No sabemos dónde puede estar la clave: en los libros, en los artefactos terrestres, escrita en los bancos de datos…. Por eso los Gayoma guardaron la biblioteca en Vikatee. Creen que la frase de la Insignia contiene la clave para la destrucción de las Zarayan. Si la conseguimos se terminaría el Gran Juego y con él los desastres que los Fravashi infligen sobre los seres humanos y los demás sintientes.

¡Destruir las Zarayan para acabar con el Gran Juego! ¡Ese era el plan de Gayoma! Capturarlas en Salindra y esconderlas en Vikatee no había sido suficiente. Había que eliminarlas, y el viejo texto decía cómo hacerlo. Bien, al menos había resuelto otro viejo misterio. El único motivo para guardar en Vikatee ese montón de viejos papiros, copiados una y otra vez por los agentes bibliotecarios de Gayoma, había sido buscar pistas para descifrar el mensaje de la Insignia. Qué locura.

–El texto es claro en un punto: las esferas se construyeron en la Vieja Tierra –explicó mi padre.

"La creación de las Zarayan en el viejo mundo", decía la frase.

–Si fueron fabricadas por los humanos, debe haber algo en el Refugio que explique por qué las crearon y cómo es posible acabar

con ellas, algo que explique qué significa la última parte del mensaje, “la destrucción con una corta palabra”.

Su rostro estaba lleno de cansancio, pero también de una ilusión renovada. Mi padre y los demás bibliotecarios habían luchado contra ese acertijo toda su vida y ahora el enorme almacén de información del Refugio estaba a su disposición, y a la mía. Por fin había encontrado mi oportunidad para vengarme de los dioses.

–Quiero ayudarte –le dije.

–Claro que sí –sonrió él con orgullo–. Trabajaremos juntos.

Regresamos con sigilo al patio central y fuimos inmediatamente a la biblioteca para continuar la investigación, pero mientras subía por la escalera una duda me cosquilleaba insidiosamente: ¿por qué era tan importante destruir las esferas? Si los dioses querían seguir con su Juego, ¿no podrían construir nuevas Zarayan o apostar sobre cualquier otra cosa? Azenobeth debía saber algunas de esas respuestas. Después de todo, había estado presente en la construcción de Vikatee, cuando la Insignia había sido colocada en la plaza de popa. Ella debía conocer su origen y su papel en el final del Juego.

IV

Como los demás Fundadores, Vairya salió conmocionado del Templo de la Memoria. Sabía ahora por qué eones antes habían decidido ocultar el doloroso conocimiento y por qué, junto a los demás Fravashi, se había sometido voluntariamente a la extirpación de sus recuerdos. Sin embargo, se daba cuenta ahora, había sido una temeridad olvidar que la amenaza del pasado existía. Tras dejar la zona neutral alrededor de la crisálida, Vairya se embarcó en un canal de comunicación ultrarrápido mientras pensaba con todos los recursos a su disposición. No podía informar a la junta de Angra Mainyu. Los conocía bien. El pánico los cegaría. Era preferible que tomara las riendas directamente. Avisó a Kerlock para que se presentara en la fortaleza de inmediato. Mientras franqueaba el Escher se preguntó, sin embargo, si no podría ser todo un montaje, una jugarreta tan retorcida como los bucles n-dimensionales que sorteaba en el laberinto, una maniobra desesperada de Ahura para distraer su atención antes de que las esferas llegaran al destino final, o quizás un plan de la traidora Mithra. Pero no podía ser. El Guardián de

la Memoria había sido creado para ser independiente de los intereses y alianzas de los Fravashi, nunca se prestaría a crear falsos recuerdos. Y ni siquiera la habilidosa Mithra podía sabotear sus mentes.

–Saludos, Ahriman –Kerlock estaba ya en la sala central cuando Vairya llegó.

–Mi fiel comandante –lo saludó informalmente–. Tenemos un objetivo de prioridad absoluta. Un viejo planeta prácticamente deshabitado.

–¿Alcance?

–Localizar, recuperar y arrasar. Pero no seremos los únicos. Habrá una batalla y tenemos que adelantarnos.

–Señor, si me da más detalles analizaré la situación de nuestros efectivos y definiré inmediatamente un plan coordinado.

¿Por qué no destruimos en aquel momento los restos de ese maldito planeta? ¿Por qué decidimos jugar con los humanos supervivientes en lugar de exterminarlos? Por mucho que le pesara, podía comprender las razones. Entonces los Fravashi eran diferentes. Aún llevaban la pesada sombra del pasado sobre sus hombros.

Las páginas de papel eran más flexibles y suaves que el papiro, sin las imperfecciones típicas de las fibras vegetales. También era un material más duradero. El ambiente del Refugio había mantenido los folios a salvo de los hongos e insectos que arruinaban los libros en Vikatee. Los libros habían aguantado varios miles de años sin pudrirse, aunque se habían oscurecido tanto que los textos y las ilustraciones resultaban ilegibles.

–El problema más serio es que se quedan pegados, sobre todo si les ha afectado la humedad –explicaba mi padre.

Me observaba con sus ojos de águila mientras yo introducía unas anchas pinzas entre las páginas, moviéndolas con suavidad para separarlas, tal como me había enseñado. En unos segundos pude levantar la hoja, que crujía como si se estuviera desperezando.

–Es una pena tener que desintegrarlas –llevó mi página hasta el escáner como si se tratara de un objeto sagrado.

Tras completar la digitalización de todo el volumen, acercamos nuestras sillas hasta el terminal. Allí mi padre inspeccionó los datos espectroscópicos, mostrándome cómo se manipulaban las imágenes para hacer visible el contenido y después transcribir automáticamente los textos para su almacenamiento e indexación. Cuando llegó mi turno cambié los ajustes del visor buscando el máximo contraste. Las letras aparecían y desaparecían en la pantalla como si estuvieran escritas con tinta invisible. Cuando

conseguí la combinación adecuada, el reconocedor detectó uno de los antiguos idiomas de la Tierra y grabó todas sus palabras. Cuando el texto estuviera completo, otro programa lo traduciría a la lengua común y lo organizaría para poder buscar su contenido.

Las ilustraciones eran otro asunto. No solamente teníamos que ajustar por separado el contraste de cada dibujo o fotografía, sino también añadir palabras descriptivas para interpretarlo. Había páginas enteras llenas de imágenes incomprensibles para mí. Por ejemplo, en una se veían varias personas corriendo por una extensión de hierba, vestidos con extraños atuendos. ¿Mostraba una escena de batalla, un deporte de equipo o una multitud en pánico ante un desastre? Era imposible saberlo. Tendríamos que esperar a la traducción para disponer de indicios.

Y así un libro tras otro, cada volumen era un misterio con su propia historia. Pero ¿cómo íbamos a descifrar la inscripción de la Insignia utilizando miles de textos incomprensibles? Me parecía inverosímil. Sin embargo, no me importaba, porque compartía esa misión imposible con mi padre. Poco a poco iba superando el choque de haberme encontrado con el viejo profesor y de saber quién era en realidad aquel hombre del que me había burlado tantas veces con mis compañeros de clase.

Mientras trabajábamos en la terminal pasó junto a nosotros uno de los técnicos de digitalización, saludándonos cortésmente. Me pregunté si ellos sabían por qué estábamos aquí, si eran conscientes de que el objetivo de esta aparatosa operación era solamente descifrar una antigua inscripción.

—Padre, ¿dónde estabas cuando los invasores atacaron? —le dije al regresar de la comida, ocultándole la verdadera pregunta: ¿sentía él, como yo, la injusta culpa de no haber podido salvar a los demás?

—Dormía en mi habitación, cerca de la biblioteca. El puskoru me despertó cinco minutos antes de que llegaran las naves, ordenándome que fuera corriendo a la popa. Pensé entonces en pasarme por vuestro apartamento para deciros algo… pero no pude. Ni siquiera estaba seguro de lo que estaba sucediendo. O quizás temía revelaros mi identidad y que me tomarais por loco, o me odiarais. Así que subí al nivel comunal y corrí lo más rápido que pude. Al pasar junto al Arqueón escuché gritos en su tejado y vi las naves que se acercaban por el cielo nocturno.

—¡Nosotros estábamos sobre el Arqueón: Jilai, Nilome y yo! El maldito Jared nos sorprendió mientras buscábamos tu máquina

voladora.

–Ese traidor –la voz de mi padre tembló de rabia–. Ni siquiera debía ser humano. Un hombre no hubiera sido tan ruin.

–¿Qué quieres decir? –pregunté asombrado.

–Los dioses viven en la dimensión inmortal, pero a veces envían sus espíritus encarnados para luchar en las batallas. Los llamaban los 'urvan'.

Me desplomé sobre la silla de transcripción. ¿Era posible que entre nosotros no solo hubiera agentes y estrategas reclutados por los dioses, sino también los propios inmortales en cuerpos humanos?

–Olvídalo –mi padre negó con la cabeza–, es solo una leyenda. El odio nos ha causado mucho sufrimiento, pero ahora estamos juntos. Debemos estar agradecidos y tratar de perdonar.

¿Agradecidos a quién?, pensé con rabia. Pero él tenía razón. No tenía sentido ensañarse con el pasado.

–¿Por qué tenías que ir hacia la popa? –volví a su historia.

–Tenía órdenes de liberar la Insignia del soporte y dejarla caer. Al ver las naves supe que debía evitar que los hrtar la capturaran.

Comprendí. La Insignia era la pieza adicional que faltaba para completar el rompecabezas de las esferas.

–No sabía que iban a sacarme de allí con el puskoru, Nadir. Ojalá me hubieran dejado con vosotros.

Me miró ansioso, como si esperara mi perdón. Me costaba imaginarlo, desapareciendo en la nada como el endemoniado Jared. Me levanté y lo abracé, fundiendo para siempre la fina capa de hielo que aún se interponía entre nosotros. Ahora nos teníamos el uno al otro.

De vez en cuando me levantaba y caminaba para que mis piernas no se anquilosaran. Todavía no había podido recuperar la musculatura perdida con la hibernación. En el Refugio todo el mundo tenía aspecto macilento y cansado. ¿Cuánto tiempo llevaban bajo el suelo, extrayendo los recuerdos de un mundo perdido? Paradójicamente, las horas pasaban con rapidez concentrados en nuestras tareas: despegar, escanear, ajustar el contraste y transcribir. Nos habíamos dividido el trabajo para ser más eficientes: yo digitalizaba y mi padre manipulaba la terminal. En eso mucho mejor. Cuando yo rompía sin querer el papel adherido por los hongos, él colocaba los fragmentos por separado en el escáner y luego los unía con paciencia en su pantalla. Parecía magia.

En la pared de la sala de digitalización colgaba un vetusto reloj de manecillas móviles, abollado y burdamente repintado. Se trataba de una auténtica reliquia de la Vieja Tierra, encontrada entre las ruinas por uno de los primeros exploradores. Cuando el escáner estaba apagado podíamos escuchar sus laboriosos tictacs, recordándonos que el tiempo seguía pasando.

–He terminado –anuncié a mi padre, dejando las tapas vacías de un libro sobre el montón destinado a la incineración.

–Todavía me quedan unas páginas de éste –dejó su pantalla por un momento, mirando el viejo reloj–. En cinco minutos podemos hacer una pausa.

Sin nada que hacer, tomé un folio amarillento, sobrante de uno de los libros, y escribí en él la frase de la Insignia. Después releí el texto en silencio: "Desde la creación de las Zarayan en el viejo mundo, el número 376405 abre las puertas para su comunión, pero el turno opuesto consigue en segundos su destrucción con una corta palabra". Como había dicho mi padre, la primera parte del mensaje parecía clara. El "viejo mundo" debía ser la Tierra. Las esferas habían sido creadas aquí. Eran, al menos, tan antiguas como el Refugio. Pero el texto no revelaba si sus autores habían sido los humanos o los mismos dioses. ¿Se habían fabricado con el único propósito de ser utilizadas en el Juego, o los Fravashi las habían adoptado después para ese fin? La verdad, no podía imaginar que los desesperados y hambrientos humanos hubieran creado las Zarayan. Las esferas debían ser una creación de los dioses. Entonces, la cruel partida divina debía haber comenzado aquí, entre las enormes ciudades arruinadas de la Vieja Tierra. Ésta había sido la posición de salida, el inicio de las primeras jugadas. ¿Habrían sido los Fravashi responsables de la guerra que había destruido el planeta, acabando casi con los humanos? No era descabellado pensar que el enfrentamiento entre terrestres y espaciales hubiera estado relacionado con el comienzo de la violenta pelea por capturar y retener las Zarayan. Por otra parte, quizás era paranoico pensar que los dioses estaban detrás de cada acontecimiento en la historia terrestre.

Igualmente misterioso era el origen de la Insignia. ¿Había sido creada con las esferas? Estaba hecha del mismo metal oscuro que la estructura de Vikatee. Pero, ¿quién había grabado sobre ella la receta para destruir a las preciadas Zarayan? Si habían sido los Gayoma, ¿por qué razón necesitaban buscar su significado? No tenía sentido.

"El número 376405 abre las puertas para su comunión". La

segunda parte del mensaje tampoco resultaba difícil de interpretar. La misma combinación de seis cifras había abierto las trampillas de Vikatee. Era un código de acceso. “Comunión” era un sinónimo de “unión”. Ese número era una clave para unir las esferas, para el movimiento final del Juego. Angra tenía que completar esa última jugada para ganarlo. Quizás por eso Azenobeth había llevado la Insignia a la Tierra, no solo para averiguar cómo destruir las Zarayan sino también para evitar que los Angra pudieran unirlas. Pero la clave no podía ser solo ese número, pues Jared lo habría transmitido fácilmente con su puskoru. Tenía que haber algo más.

Por último quedaba la parte más extraña del mensaje: “El turno opuesto consigue en segundos su destrucción con una corta palabra”. La traducción no sonaba bien. Algo estaba equivocado. La frase hablaba de la destrucción de las esferas causada por una palabra, en un tiempo de varios segundos. Pero, ¿qué era un “turno opuesto”? ¿Un cambio de orden, decir la palabra al revés? Resultaba demasiado trivial. Para deducirlo no hacía falta una antigua biblioteca terrestre. Al leer la Insignia hacía un rato, yo había traducido ‘giro’ en lugar de ‘turno’. Si hubiera visto a Azenobeth por la biblioteca, hubiese podido preguntarle cuál era la interpretación correcta. Podía tratarse de un giro opuesto. La misma clave numérica utilizada con un giro invertido. Pero ¿qué había que girar? Quizás la Insignia tenía un mando oculto, como el pomo de una puerta. Pero lo que me parecía más difícil de comprender era la referencia a la “corta palabra” que debía causar la destrucción. ¿Cómo esperaba el autor del mensaje que la identificáramos? ¿Estaría escrita en uno de los desaparecidos idiomas terrestres? ¿Aparecería, marcada en rojo, en una página de los miles de volúmenes guardados en el Refugio?

–Vamos a descansar, o nos volveremos locos –mi padre frotó sus ojos tras las pesadas gafas–. No es tan sencillo, ¿verdad? –añadió al ver sobre mi mesa la hoja con el mensaje escrito.

–¿Quién grabó la frase en la Insignia? –pregunté, hambriento de más información.

Él se encogió de hombros.

–No tengo ni idea, pero no creo que su intención fuera ponerlo tan difícil –dijo, limpiándose las gafas con su gastada camisa.

–Pues podía haber sido un poco más claro.

–El Avestan es una lengua extraña. Los pocos textos que se conservan se refieren a leyendas, personajes y lugares imaginarios. Cuando llegó la Gran Guerra, el idioma no se hablaba en la Tierra

desde hacía milenios.

–O sea, no comprendemos el mensaje porque está pensado para que lo lean los Fravashi.

–Es probable –torció sus labios resecos–. El significado debía ser claro cuando lo escribieron. Quizás no imaginaban que miles de años después el Avestan y otros conocimientos antiguos habrían sido olvidados.

–Pero…

–Anda, vamos a caminar. Necesito respirar. Aunque en el Refugio no es fácil conseguir aire fresco –alzó sus pobladas cejas.

Bajamos al piso inferior y caminamos por los corredores que rodeaban los bancos de datos.

–En la biblioteca de Vikatee leí un libro escrito por un matemático de la Vieja Tierra –contó mi padre–. Pertenecía a una de las antiguas razas humanas, la francesa. No pude comprender mucho de lo que decía y bastantes fórmulas resultaban ilegibles, pero encontré un párrafo fascinante en el que el autor hablaba de su técnica para resolver los problemas más difíciles.

–¿Ah, sí?

–Decía que había que alimentar primero la mente con toda la información disponible, para despúes darle vueltas a la pregunta, mirando los datos desde uno y otro ángulo hasta quedarse completamente atascado.

–Esa parte ya la tenemos cubierta. ¿Y luego?

–Sugería que, llegado al punto en que no se puede avanzar más, hay que dejar a la intuición que trabaje por su cuenta. Afirmaba que una parte inconsciente de nuestro cerebro –se tocó la sien– sigue procesando información, aunque no nos demos cuenta. Afirmaba que él mismo había encontrado la respuesta a varios problemas complicados cuando dejaba de pensar en ellos.

–Tomlin me dijo algo parecido en una ocasión.

–Entonces está decidido. Seguiremos paseando y pensaremos en otras cosas. Por cierto, por aquí hay una gruta que nunca he tenido tiempo de explorar –me guio por un desvío.

La gruta a la que se refería mi padre era una cavidad artificial, similar a las estaciones del tren subterráneo. Accedimos a ella por una grieta, al final de un pasillo que se había ido estrechando, como si aquellos que lo habían excavado hubieran agotado sus fuerzas.

–No debemos adentrarnos demasiado, es peligroso –la voz ronca de mi padre resonó en la oscuridad–. Toma esto –me alargó una

linterna.

Dirigí el haz tembloroso hacia las paredes, descubriendo restos de antiguos edificios, puentes derruidos y muros resquebrajados, montándose unos sobre otros como las piezas de un enorme juego de construcción caído: las ruinas de una gran ciudad de la antigüedad, aplastada por la Gran Guerra. El derrumbe de las estructuras había dejado un hueco junto al Refugio, cuyo armazón resistía el peso. Pensé ingenuamente que quizás pudiera encontrar entre los cascotes objetos del mundo antiguo, como el reloj de la pared. Incluso era concebible que hallara bajo mis pies una pista del origen de las esferas y del misterioso mensaje de la Insignia.

Mi padre caminaba unos metros por delante, iluminado por mi linterna. Antes de cada paso comprobaba la consistencia del suelo con sus botas. Recordé la historia del matemático francés. Debía pensar en otras cosas para dejar que mi mente subconsciente trabajara. Pero no resulta tan fácil parar el pensamiento.

–Padre… ¿dónde aparecen las esferas?

–¿Aparecen? –contestó, distraído.

–¿En qué libro se habla de ellas por primera vez?

–En Vikatee solo vi dos libros que mencionaran las Zarayan. El viejo Birker me los mostró. Uno de ellos era una colección de viejas leyendas, copiadas mil veces de un papiro a otro. En algunas de esas historias aparecían las esferas como objetos mágicos de la antigüedad, quizás creadas al inicio del mundo, y en otros relatos eran ellas las que habían creado nuestro universo.

–¿Y cómo lo sabían los autores? –pregunté intrigado.

–Eran narraciones mitológicas, Nadir, no tratados científicos.

Recordé la extraña historia que Jared había contado antes de morir. Había afirmado que nuestro universo era una simulación creada por los Fravashi. ¿Podían ser las esferas un nexo de unión entre ambos mundos, un mecanismo de los inmortales para controlar el mundo sintiente, o incluso para crearlo?

–Decías que había dos libros.

–El otro era una trilogía fantástica. En ella la búsqueda de las esferas era una excusa para contar absurdas aventuras, batallas espaciales, dramas familiares y elucubraciones sobre la inmortalidad… pura ficción.

Mi padre se volvió hacia mí, cegándose sin querer con la linterna.

–Pero habíamos decidido no pensar en eso durante un rato –me reprendió–. Háblame de ti. Te has hecho un hombre. Debes tener ya

experiencias con las chicas. ¿Ha habido alguna que… ?

Chicas. Dioses.

–¡Lo siento, tengo que irme! –interrumpí a mi padre–. ¡Me había olvidado de ella!

Creo que sonreía cuando le dejé. Corri temerariamente entre la oscuridad de las ruinas.

–¡Ten cuidado con los escombros! –escuché–. ¡Y con las chicas!

V

Me costó averiguar dónde habían encerrado a Arkana. Ningún técnico recordaba a muchacha prisionera, y los soldados parecían haber desaparecido del Refugio. Finalmente fue la anciana doctora Fermal quien me ayudó.

–¿Una muchacha encarcelada? –parpadeó perpleja, dejando por un instante su terminal–. Ahora entiendo.

–¿Sabe dónde está? –insistí optimista.

–Un niñato uniformado me echó de mi dormitorio –me regañó, como si tuviera yo la culpa–. No es que lo usara mucho, pero me gustaba aislarme de vez en cuando.

–¿Dónde se encuentra su dormitorio?

La habitación de la doctora estaba cerca de nuestros alojamientos, en un ala con habitaciones individuales para los oficiales militares y los jefes científicos. El guardia de la entrada me dejó pasar, tras una somera revisión para asegurarse de que no llevaba armas. El vestíbulo, amueblado con un par de sencillas mesas, estaba vacío. Tampoco había nadie en los pasillos, pero oí un sonido apagado, como el lamento de un animal herido. Avancé por el corredor y al doblar un recodo me encontré con un guarda. El soldado, amenazador con su arma al cinto y sus músculos hipertrofiados, se interpuso entre mí y una puerta. Tras ella escuchaba los sollozos de una mujer.

–¡La habitación está cerrada! –me detuvo el militar con su brazo.

–Eso ya lo veo. La chica que está dentro es mi amiga.

–¡Nadir! –gritó Arkana desde dentro–. ¡No me dejan salir desde hace dos días! ¡Por favor, no me encuentro bien!

–Se pasa el día quejándose –comentó el soldado con fastidio.

–¿Puedo entrar a verla un momento?

El tipo me miró como si uno de los dos fuera imbécil.

–Hay una orden de aislamiento –gruñó.

Le devolví una mirada de pena, sin muchas esperanzas de conmoverlo. Los había visto a docenas en la Academia. Solo había una forma de razonar con ellos.

–Llame a la cap… la comandante Dwarme, generala Dwarme, o lo que sea –señalé su brazalete.

El soldado me miró incrédulo. Volví a señalar su comunicador.

–Me conoce –insistí.

Siguiendo la rancia tradición militar, la llamada pasó por una cadena interminable de superiores a los cuales tuve que convencer con estúpidas amenazas. Debían temer lo suficiente a Azenobeth y a sus secretos designios, pues finalmente su voz surgió por el brazalete del nervioso soldado.

–Comandante Dwarme. ¿Quién habla?

–Disculpe, comandante –balbuceó el guarda–. Un chico insiste en visitar a la prisionera, abajo en el Refugio.

–Nadir –le recordé mi nombre.

Lo repitió por el aparato. Durante unos segundos solo oí los sollozos de Arkana. ¿A qué esperaba Azenobeth? ¿Iba a negarme la entrada? ¿Acaso pensaba que ayudaría a la Doña a escapar, o solo quería impedir que me revelara más secretos íntimos?

–Déjelo pasar, soldado –concedió finalmente la capitana–, y aproveche para dar un largo paseo.

–Oh… entendido, comandante.

El fornido guardia lanzó una última mirada de advertencia al cerrar la puerta tras de mí. Encontré a Arkana sentada al borde de una estrecha cama, secándose las lágrimas. Su cara mostraba cambios preocupantes. La tez sonrosada estaba gris y apagada, y la suave curva de sus mejillas se había hundido, haciendo visibles las aristas de sus pómulos. Había visto su pérdida de peso tras la hibernación, pero esto era más serio.

–Gracias a los dioses –me recibió con débil entusiasmo–. Creía que iba a morir aquí sola.

Incluso el agradable perfume que siempre la acompañaba había cambiado. La habitación, a pesar de ser lujosa para los magros estándares del Refugio, despedía un aroma siniestro.

–¿Estas enferma? ¿No te dan suficiente comida? –pregunté.

–No es eso –respondió, examinando sus manos.

Todavía me costaba verla como una adulta. No conseguía hacerme a la idea de que, a pesar de su apariencia juvenil, Arkana era tan mayor como la doctora Fermal. Sus dos personalidades, la ingenua juventud y la cínica madurez, se mezclaban en inescrutables proporciones. Por ejemplo, en las pupilas del rostro sombrío asomaba ahora el miedo de una niña perdida. No era extraño que se hubiera deprimido, tras dos días en esta celda sin ventanas, con la única compañía de las pareces de roca y de una decoración mohosa.

–Estoy bien, no te preocupes. Es la hibernación.

–¿Necesitas algo?

–Lo único que necesito es salir de aquí –replicó frustrada–. Disculpa. Este lugar me saca de quicio –añadió con abatimiento.

–Pediré a Azenobeth que te deje salir. No veo qué sentido tiene encerrarte aquí cuando el Refugio entero es una prisión.

–Bethi sabe que si salgo buscaré la forma de destruirla.

Me fascinaba su intenso odio al hablar de la capitana.

–¿Qué sucedió entre vosotras? Llegasteis a ser muy amigas.

–¿Amigas? Esa bruja no ha tenido amistades en su larga vida. No fui más que un instrumento de sus manipulaciones, como todos los demás –me señaló.

Ignoraba si la Doña sabía la historia de las Zarayan, la Insignia y el Gran Juego. En todo caso, dudaba que le interesaran tanto como su rencor hacia la capitana.

–Pero a ti te confesó cosas que no había contado a nadie más –dije para apaciguarla, y quizás también con cierta envidia.

Arkana se acercó. Nuestros cuerpos se tocaron levemente al hundirse el colchón.

–Fue en el primer año como instructoras. A Bethi le gustaba un chico, otro instructor. Dioses, todas estábamos coladas por él; era inteligente, tenía un corazón de ángel, y un cuerpazo.

Tragué saliva, azorado, sintiendo su roce. La belleza salvaje de la Doña no había disminuido, a pesar de su debilidad.

–Así que le pregunté si pensaba hacer algo con él. Yo no era tan atractiva como Bethi…

–Pero, Numa… quiero decir, Arkana… ¿por qué esa obsesión con la belleza física? Seguro que no estabas tan mal, y obviamente eras una de las personas más inteligentes de Taled.

–Sí, todo eso está muy bien cuando ya eres rica y te valoran por tu poder, pero para una adolescente no es fácil. ¿Te hubiera

causado la misma impresión si fuera gorda y pelada como ese amigo tuyo?

–Mujer…

–Hay mucha hipocresía. Todo el mundo critica la superficialidad de los hombres y mujeres que acuden a mí para rejuvenecer, pero tarde o temprano me lo piden ellos mismos. Les garantizo un resultado natural. Bueno, lo más natural posible.

A pesar de que sus argumentos eran válidos, faltaba algo en las explicaciones de Arkana. ¿Por qué se había mantenido siempre oculta a los ojos del mundo, incluso después de cambiar su aspecto? No debía ser solo para mantener el secreto de su edad.

Pero ese asunto podía esperar. Mi propósito ahora era indagar sobre el origen de su enemistad con Azenobeth.

–Entonces ¿qué pasó entre vosotras y ese hombre?

–Bethi me dijo que el chico le encantaba, pero que no estaba interesada. Ante mi insistencia, terminó por hacer una sorprendente confesión. Según ella, había renunciado para siempre al amor. Al principio pensé que me tomaba el pelo, pero luego comprendí por qué siempre rechazaba las salidas con chicos y por qué los infortunados que se enamoraban de la perfecta Bethi acababan con una expresión tan desesperada. En fin, supongo que me alegré de descubrir que no era tan perfecta y de poder superarla por fin en algo. Pero como comprenderás, me corroía la curiosidad. No la dejé en paz hasta que me contó más detalles sobre su celibato. Finalmente me reveló que tenía una 'condición' especial, pero no hubo forma de que me explicara en qué consistía su mal. Pensé que sería una enfermedad contagiosa, la razón obvia para evitar el sexo. Pero ella respondió que no se trataba de eso y se negó en redondo a seguir hablando de la cuestión.

–¿Por eso os enfadasteis?

–Fue una estúpida. No tenía que haber soltado esa cursilada de que había renunciado al amor. Le hubiera bastado con darme permiso para seducir al instructor; pero no, tuvo que ofrecerme unas migajas de sinceridad. Obviamente, me empeñé en saber cuál era esa condición que le impedía tener relaciones. ¿Se trataba de un problema anatómico, un trauma, o qué? Yo tenía un amigo en el departamento médico de la Universidad. Todos los residentes pasábamos nuestra revisión anual, y supuse que la ficha médica de Bethi estaría en la base de datos. Pero no pudimos encontrarla. En apariencia no había pasado nunca por el examen físico. Eso me intrigó aún más.

Sus ojos vibraban con fulgurante intensidad. Durante su verdadera juventud, Arkana debía haber sido un torbellino tan poderoso como el agujero negro de la Galaxia.

–Al día siguiente le hice a Bethi un arañazo, un corte casual con el cuchillo durante el almuerzo, lo suficiente para obtener una muestra de sangre de su brazo que mi amigo médico examinó en el laboratorio.

–¿Qué descubrió? –pregunté, sabiendo la respuesta.

–Nanobots. Millones de ellos. Nadan por sus células reparando mutaciones en el ADN, reprogramando su reproducción y eliminando amenazas. Esos ingenios eran infinitamente más sofisticados que todos los que han fabricado mis científicos. Supe que había encontrado la fuente de su peligrosa infección.

–¿Infección?

No consideraba peligrosos a los nanorobots. Habían salvado mi brazo en Dercanlea, y mi vida en el ataque de los Mukjasar.

–Inmortalidad de transmisión sexual –torció sus finos labios en una mueca–. Nuestra amiga no puede acostarse con nadie porque los nanobots invadirían a su pareja –hizo un gesto un tanto obsceno con su dedo– y Bethi convertiría al feliz muchacho en inmortal, lo cual seguro que está estrictamente prohibido por los dioses. Por eso había renunciado al amor.

La cabeza me daba vueltas. ¿Era así como Azeni pensaba dar a Sidin su recompensa? Pero todo eran suposiciones de Arkana.

–Hay formas de protegerse de las infecciones –repliqué.

–Ah, sacaste buena nota en Prevención y Salud –sonrió–. Pero los nanobots no son virus ni bacterias; atacan cualquier elemento extraño con el que entran en contacto y… ¡puf!, se acabó la protección.

¿Azenobeth no podía tener relaciones sexuales? ¿Cómo podía una mujer aguantar así ochocientos años? Si lo que decía Arkana era cierto… solamente podía compartir su vida con alguien que también tuviera el derecho a la inmortalidad. Debía haber esperado con ansia que los dioses concedieran la eterna juventud a Sidin. De ser ciertas las suposiciones de la Doña, la renuncia de Azeni suponía otra muestra de la crueldad de los dioses, el regalo envenenado de la vida eterna convertido en un terrible aislamiento.

–Al ver los nanobots entendí muchas cosas: por qué Bethi sacaba siempre las mejores puntuaciones, salvo cuando bajaba su nivel para disimular; por qué los supervisores la trataban con respeto a pesar de ser una novata; y por qué se escondía tras su coraza de

modesta perfección.

–Te enfadaste con ella –deduje de su ráfaga de reproches.

–¿Piensas que fue culpa mía? Le conté lo que había descubierto. Quería convencerla de que podía compartir su carga conmigo, como buenas amigas. Ya no tenía que ocultarme nada.

Me imaginé que Azeni había interpretado la oferta de Arkana como un intento, no muy sutil, de compartir su inmortalidad.

–¿Y qué respondió? –le seguí la corriente.

–Me dijo que apreciaba mi ofrecimiento pero que era una responsabilidad demasiado grande para compartirla, y además afectaba a la seguridad de la Alianza, así que no debíamos hablar de ello. Pues bien… a la mañana siguiente se presentaron dos guardias en mi dormitorio y me sacaron de mi cama delante de todo el mundo, sin tiempo para recoger mis cosas. Esos brutos me metieron en la primera nave que salía de Maj.

Con razón su marcha de la Universidad había quedado envuelta en rumores y leyendas. Pero Arkana no se daba cuenta de que había tenido mucha suerte saliendo con vida del asteroide con el conocimiento prohibido. Conociendo a Azeni, apostaba a que había organizado la expulsión para salvar a Arkana. A los dioses no les gusta que los sintientes hurguen en sus secretos.

–¿Aún te sorprende que la deteste? Me traicionó para seguir ocultando su eterna virginidad y sacrificándose por la causa. Bethi me abandonó a mi suerte y yo, aunque he luchado toda mi vida contra el declive físico, finalmente no he podido evitarlo.

–Pero piensa todo lo que has conseguido –acaricié su rostro con lástima–. Eres una mujer admirada, envidiada. Puedes hacer lo que quieras, eres dueña de media galaxia y además… estás preciosa.

Mi torpe intento no funcionó. Arkana inclinó su rostro para ocultar las lágrimas. Lo único que podía hacer era abrazarla.

–¿De verdad te gusto así? –escapó de mis brazos, levantándose junto a la cama.

A pesar de su delgadez, era muy bella, una de esas mujeres que solo existen en los teledramas virtuales y en nuestras fantasías. Pero antes de que pudiera expresarle mi admiración, Arkana continuó lamentándose con rabia.

–Lo aposté todo. Tuve que planear mi último intento sin que nadie se enterara, sin que la maldita prensa me encontrara, mientras los médicos me trataban durante meses. Resultó muy duro, insoportable a pesar de la anestesia. Si hubiera sabido cómo iba a ser nunca lo hubiera hecho. Sentí durante semanas un dolor terrible

en cada célula del cuerpo.

Se abrazó el torso para detener los escalofríos.

–Durante un tiempo pensé que había valido la pena. Aparentemente había conseguido revertir el envejecimiento metabólico. Cuando vi cómo me mirabas en el Palacio y te ruborizabas en la piscina, me compensó por el sufrimiento. Pero, como te he dicho, la nanotecnología de mis laboratorios es un burdo juguete al lado de las máquinas autorreproductoras que circulan por las venas de Bethi. La odié aún más al darme cuenta de que todo había sido inútil. Y ahora… ¿No te das cuenta? –estiró sus ojeras, mostrando la oscuridad que rodeaba sus ojos–. Mi cuerpo se está descomponiendo. He alterado demasiado el equilibrio hepático, o quizás la hibernación aceleró la descomposición de los nanobots.

Se acercó a mí, presa de la desesperación.

–¡Me estoy muriendo, Nadir!

Me levanté y la abracé de nuevo. Su cuerpo parecía ingrávido, hueco por dentro. La sujeté con fuerza para calmarla, besé su pelo y acaricié la melena ahora lacia y sin vigor. Nuestros labios acabaron rozándose y probé el líquido salado que los humedecía, el sabor agridulce de un beso imprevisto y sorprendente. No debía pensar en quién era, en todas nuestras diferencias. Nada de eso debía importar por unos momentos. Debía solo abandonarme al deseo, a la cálida sensación de su boca y la suavidad de su piel. Sus manos recorrían mi espalda con ardor y las mías se deslizaron bajo su blusa de lana, encontrando unos diminutos pechos de puntas heladas que calenté con mis palmas encendidas. Dominado por las fuerzas desatadas, la aferré contra mí. Pero algo crujió.

–¡Ay! –dejó escapar Arkana, casi sin aliento.

–¡Lo siento! –la solté, alarmado–. ¿Te he hecho daño?

Tardó varios angustiosos segundos en volver a respirar.

–Estoy bien, estoy bien. Perdóname.

–No estás bien. Hablaré con Azenobeth –la miré, lleno de determinación–. Seguro que ella puede hacer algo. No te preocupes.

Pero Arkana no me devolvió la mirada. Su desgaste físico había derrotado también su ánimo. Necesitaba ayuda inmediata. Azenobeth no podría negarse.

El guarda tardó un rato en llegar. Estuvo cacheándome a conciencia.

–La comandante Dwarme me ordena comunicarte que llegará mañana por la noche –dijo, como si anunciara un merecido castigo.

–La espero con impaciencia.

Mientras me retiraba a dormir, deseé con todas mis fuerzas que mi encuentro con la capitana no llegara demasiado tarde para Arkana.

VI

–¿Qué tal con la chica? –preguntó mi padre cuando me incorporé el día siguiente al trabajo.

–Está enferma –le respondí, saliendo de mis cavilaciones–. Tengo que hablar con Azeni. Es la única que puede curarla.

Mi padre era un hombre prudente. No insistió en el tema. Cuando me sintiera con fuerzas se lo explicaría.

Trate de no pensar, pero después de un rato digitalizando hojas ennegrecidas me invadió la futilidad de nuestros esfuerzos. ¿Cómo íbamos a descifrar el mensaje si lo único que hacíamos era meter páginas y más páginas en los ordenadores? Nunca nos deteníamos a leer lo que había escrito en los libros. Y aunque lo hiciéramos, ¿cómo iban a ayudarnos a resolver el enigma de una frase mal traducida? Un número de seis dígitos activa la unión de las esferas, pero “el turno opuesto consigue en segundos su destrucción con una corta palabra”. Era absurdo. Y mientras, Arkana se consumía encerrada en una apestosa habitación. Tenía que ir a verla otra vez en cuanto pudiera, peleándome con el guarda si hacía falta.

Miré una vez más el anticuado reloj de manecillas colgando de la pared. Apenas había pasado un décimo de hora. Por cierto, había algo raro en las marcas impresas. Las conté. Había doce separaciones grandes y cinco más pequeñas en cada intervalo.

–Padre, ¿cómo medían los terrestres el tiempo?

Siguió mi mirada hasta el reloj.

–Ya lo ves; dividían una hora en sesenta minutos y cada minuto también se dividía en sesenta segundos. Es más incómodo que nuestro sistema decimal, pero debían estar acostumbrados a contar así. Se llama numeración sexagesimal.

–¿Sexagesimal?

–Se refiere al número sesenta. También lo utilizaban para medir ángulos. Un giro completo se dividía en seis partes de sesenta

minutos de arco, y cada minuto en sesenta segundos de arco.

–¿Por qué usaban ese sistema tan raro?

–Fue inventado por la primera civilización terrestre que utilizó la escritura y las matemáticas, la primera que nos dejó sus leyes. A veces se le llama Mesopotamia, pero también Persia o Babilonia. Parece ser que a esos humanos arcaicos les gustaba el número sesenta. Utilizaban sus dedos para contar, de esta manera –me lo mostró–, con el pulgar de la mano izquierda iban señalando los tres huesecillos de los cuatro dedos más largos, o sea, contaban un total de doce huesos. Y con los cinco dedos de la mano derecha contaban cuántos grupos de doce completaban. Así podían numerar manualmente hasta doce por cinco, o sea, sesenta. Lo consideraban el número perfecto. Su calendario, que era muy preciso para aquella época, tenía un año de trescientos sesenta días: doce meses de treinta días cada uno.

–Pero ese es nuestro año estándar.

–Exactamente. Al salir al espacio volvimos a utilizar el antiguo calendario sexagesimal. Y como los mesopotámicos pensaban que la Tierra tardaba trescientos sesenta días en dar la vuelta a su sol, supongo que creyeron lógico dividir cualquier giro completo en trescientos sesenta grados.

En ese momento lo vi de nuevo como el anciano profesor Birker, relatando antiguas historias de sus libros.

–Por cierto, precisamente eran los antiguos persas los que veneraban a los Fravashi en su religión zoroástrica. Pero más tarde su religión se propagó por la Tierra, dividiéndose en muchas otras…

En algún momento había dejado de escuchar a mi padre. Quizás fueron los procesos subconscientes de los que hablaba el matemático terrestre los que me advirtieron de la conexión encubierta en sus palabras. La religión de los Fravashi y el sistema sexagesimal habían estado unidos en el primitivo pasado terrestre. La idea saltó a mi consciencia sin que pudiera identificar el razonamiento que me había llevado hasta ella: los dioses usaban el sistema sexagesimal. Mi mente comenzó entonces a desarrollar una actividad frenética, girando sus ruedecillas internas en grados, minutos y segundos: “el giro inverso consigue en segundos su destrucción con una corta palabra”. Con una certeza inexplicable comprendí que ‘segundos’ no se refería a una medida de tiempo, sino de ángulos. El enigma de la Insignia hablaba de un giro inverso medido en segundos. Esa era la traducción correcta.

Para los Fravashi sería natural hablar y calcular con el sistema

sexagesimal, pero no lo era para mí. Necesitaba la ayuda de un experto que verificara mi intuición, pero preferí no hablar de ello a mi padre. Quería confirmar antes si mi idea tenía sentido. Así que cuando terminé de digitalizar el siguiente libro decidí dar un paseo.

–Voy a ver a Rudenlo, padre. Tengo que preguntarle algo.

–No tardes, tenemos mucho trabajo –señaló la pila de volúmenes oscuros que acabábamos de recibir.

No encontré a Tomlin en el reino de la doctora Fermal, así que volví al piso superior. Finalmente, lo vi en una estancia al otro lado del patio, rodeado de modernos equipos y de un grupo de técnicos que montaba una gran omnipantalla.

–¿Qué te parece? –señaló la superficie curva–. Va a ser nuestra sala de consulta, donde conectaré mi sistema de búsqueda. Ya tengo indexados casi todos los archivos. Ha sido sencillo, una vez deducidos los protocolos básicos.

–¿Podremos consultar también los libros? –pregunté interesado.

–Por supuesto. Todo el material que haya sido transcrito a digital. Aunque me extrañaría que halláramos algo de interés en esas antiguallas podridas. La biblioteca contiene solo una millonésima parte de la información total del Refugio.

–Entonces, ¿has descifrado todos los datos? –aunque sabía de las portentosas habilidades de Tomlin, me sorprendía que también fuera un genio de la informática.

–Algunos formatos se resisten. Ni siquiera sabemos qué contienen. Pero pronto lo averiguaremos –sonrió optimista.

Entonces se inclinó para susurrarme al oído, como un chiquillo confesando sus travesuras.

–De hecho he encontrado información extremadamente interesante sobre… ya sabes.

Me puse en alerta. ¿Investigaba Tomlin el enigma de la Insignia? ¿Lo había reclutado Azeni para ello, o trabajaba por su cuenta? Los motivos de Rudenlo siempre habían sido extraños, aunque sospechaba que lo único que había detrás era su desmesurada curiosidad.

–Me falta conectar los hilos, por así decir, pero no creo que tarde mucho. Esta misma noche haré una búsqueda exhaustiva.

Esta noche llega Azenobeth, recordé.

Un destello de luz me sobresaltó. En la gran pantalla aparecieron siluetas, recortadas contra flashes de color. Varias personas movían extraños objetos en sus manos, rascándolos y apretándolos. Otro

pulsaba rítmicamente sobre una caja alargada. Más atrás, una chica los acompañaba golpeando unos tambores. Los que estábamos dentro de la sala observamos atónitos la insólita escena, que se volvió aterradora cuando la mujer que probaba los controles activó el sonido. Sonó una cacofonía espeluznante, como los aullidos de mil animales rabiosos acompañados por explosiones de plasma.

–¿Qué infiernos es eso? –gritó alguien tapándose los oídos.

–¡El ruido está sincronizado con sus movimientos! –explicó a gritos la mujer que había puesto en marcha la abominación–. ¡Creo que es música terrestre!

Por fin desconectó el sonido y pudimos volver a respirar.

–No me extraña que destruyeran su civilización –dijo otro técnico, masajeándose las orejas.

Todos reímos excepto Tomlin. Creo que fui el único que le oyó murmurar.

–Si supierais la verdad…

Me pregunté qué indicios había encontrado entre los inmensos archivos digitales. Busqué un momento a solas con él, pero estaba ocupado montando su nuevo juguete y era obvio que no quería ninguna molestia. Así que tuve que posponer también mis preguntas sobre el sistema sexagesimal.

Mi padre se despidió después de cenar, agotado tras otro día de trabajo en la terminal. Yo regresé al dormitorio de jóvenes, donde algunos roncaban ya en sus camastros. Otros hacían cola frente a las duchas o se entretenían con sus comunicadores, tumbados en las literas.

Un giro inverso. No hacía más que darle vueltas, como un animal encerrado buscando un hueco entre los barrotes. Activé la calculadora del brazalete. En la academia nos habían enseñado a programarla para realizar cálculos complejos. Introduje el número de seis dígitos que aparecía en la Insignia y lo asigné como entrada para un flujo de proceso. No me pareció que el misterioso número tuviera nada de particular, salvo que comenzaba y terminaba con el mismo dígito: 376403. El giro inverso podría ser un número negativo, así que añadí el signo en la pequeña pantalla del brazalete. Sin embargo el mensaje de la Insignia no contenía ningún signo de ese tipo. Entonces recordé las propiedades de las magnitudes angulares. En el sistema sexagesimal una vuelta hacia la izquierda iría de 0 a 360 grados y un giro inverso, negativo, se produciría hacia la derecha, en sentido horario. Pero en realidad un

ángulo inverso de 90 grados, hacia la derecha, apuntaba en la misma dirección que un giro de 270 grados hacia la izquierda, por ser su diferencia igual a una vuelta completa: 270 - (-90) = 270 + 90 = 360. En sexagesimal un ángulo sigue apuntando en la misma dirección al sumarle o restarle 360 grados, o cualquier número de vueltas completas. Era difícil pensar en sexagesimal, pero el principio de periodicidad angular era el mismo.

Entonces, si el número 376403 es un giro en grados, pensé, resulta ser mucho más grande que una sola vuelta de 360, pero si comienzo a quitarle las vueltas que le sobran tendré un ángulo equivalente. Hice la resta varias veces hasta que la calculadora me sugirió utilizar la función 'módulo' para realizar el cálculo. Ajá. Tras un montón de vueltas, un giro de 376403 grados era equivalente a un ángulo de 203 grados. Y el giro inverso, -203, representaba la misma dirección que un ángulo positivo de… -203 + 360 = 157 grados.

Ya no podía parar. Mi mente seguía funcionando a pesar del cansancio, como si mi inconsciente guiara el proceso. "En segundos", decía la frase. No segundos de tiempo, sino de ángulo. 157 grados en segundos de arco serían… multipliqué por 60 para pasar a minutos y luego otra vez para los segundos… 565200 segundos. Seis dígitos, como el código original de la Insignia. ¡Podía ser la clave para la destrucción de las esferas! Pero ¿cómo aplicarla? Quizás tuviéramos que apretar los dígitos grabados en el metal, como si fueran botones de un panel. Pero el 5 no aparecía entre los símbolos de la Insignia. Quizás el código numérico debía introducirse de otra manera, apretando los símbolos en los lugares indicados por las cifras: la quinta letra del mensaje, luego la sexta, otra vez la quinta, la segunda y dos veces el cero. ¿El lugar cero? Podía ser el primero, el uno el segundo, y así sucesivamente. Sin embargo, aún quedaba un misterio: ¿a qué se refería la expresión "con una corta palabra"?

Tras unos minutos de elucubraciones aritméticas, el agotamiento hizo por fin mella en mi ánimo y todos los cálculos me parecieron una pérdida de tiempo. Como había dicho mi padre, era mejor olvidarme y esperar a que mi mente se decidiera a unir las piezas.

En el limbo que precede al sueño, una fuerte sacudida me hizo caer a un imaginario vacío. Abrí los ojos espantado, encontrando el rostro de un soldado, el mismo que había guardado la puerta de Arkana.

–Levanta, Glemen. La comandante te espera.

Maldije para mis adentros mientras me ponía las botas. Me había

olvidado de la llegada de Azenobeth. Preparé mentalmente mis argumentos mientras seguía al soldado a paso rápido. ¿Cómo convencer a Azeni de que salvara a su enemiga, de que olvidara el rencor que las separaba desde hacía tantos años? Me parecía ahora entender el origen de su odio mutuo. Azeni había encontrado a una amiga muy parecida a ella, una compañera en quien confiar tras vagar durante siglos de un lugar a otro sin poder compartir sus preocupaciones. Por eso se había sentido tan herida cuando Arkana había quebrado su confianza. Pero Azeni debía comprender que una verdadera amistad no podía construirse ocultando secretos. Seguramente lo sabía, y eso añadía otro elemento de tortura a su difícil existencia como agente inmortal.

El soldado me llevó a la misma sala de consulta donde había visto a Tomlin y su equipo hacía pocas horas. Esta vez dos hombres armados montaban guardia en la entrada Azenobeth estaba en el interior, observando en la gran pantalla un diagrama táctico como los de la Amatista, con naves moviéndose cerca de un planeta rodeado por un anillo de puntos coloreados, la Vieja Tierra.

–Nadir… –la capitana me recibió con un cansado suspiro. Ignoraba lo que había hecho durante dos días, pero no parecía feliz.

–¿Todo bien? –pregunté con mi mejor sonrisa.

–No deberíamos haber venido a la Tierra –respondió, apagando la pantalla–. Pero ya está hecho.

–¿Qué sucede?

–Saben que estamos aquí. No tenemos mucho tiempo para resolver el enigma. Supongo que Gawhan te lo ha contado.

–Sí.

Estuve a punto de explicarle mis locas ideas sobre el mensaje, pero de repente había perdido mi fe en ellas. Eran tontas especulaciones. Tenía cosas más urgentes que tratar con la capitana.

–Azeni, tienes que ayudar a Arkana. Por favor.

El rostro de la capitana se endureció, como si la presión que aguantaba en su interior se hubiera vuelto insoportable.

–¡Te estás portando como un niño! ¿Piensas que soy injusta con ella? ¿Crees que no sé cómo tratarla? No tienes ni idea de lo que ha intentado hacer para destruirme, de todas las veces que ha estado a punto de…

–Ya lo sé. No pretendo que la perdones.

–La dejaré salir, pero tiene que ir acompañada por un escolta a todas horas –me miró con severidad–. Esto es demasiado importante para que lo sabotee.

–Está muy enferma.

Mi tono debió ser lastimosamente sincero, porque la ira de Azenobeth se aplacó un tanto.

–¿Enferma? Imaginaba que intentaría algo así contigo.

–No es un truco. Ve a verla tú misma. Su cuerpo se está deshaciendo por dentro.

–Quién sabe lo que se habrá hecho a sí misma. No se puede jugar así con la naturaleza.

–A menos que los dioses te den la receta –le lancé una merecida pulla.

–Su obsesión la ha destruido. No es asunto nuestro. A todo el mundo le llega su hora.

En el rostro de Azeni había un pequeño resquicio de piedad que decidí aprovechar.

–Si la dejas morir pudiendo salvarla, es como un asesinato a sangre fría.

–Nadir, he vivido muchos años. Estoy inmunizada contra los chantajes emocionales. Arkana solo ha traído complicaciones y seguirá causando problemas mientras viva. Tú también lo verías si no estuvieras tan cegado por las hormonas. Un agente no debe dejarse arrastrar por sus sentimientos, y menos cuando…

–¡Un agente debe ser humano, aunque viva mil años!

Reconozco que le asesté un duro golpe, pero estaba desesperado. Claro que me influían las hormonas. Si la capitana hubiera sabido que había besado apasionadamente a su odiada enemiga…

–Está bien –cedió, quizás por cansancio–. Intentaré sintetizar un compuesto que la revitalice.

–No le queda mucho.

–Dioses. Te lo daré por la mañana. Necesito descansar. A cambio prométeme que ayudarás a Tomlin y a tu padre con todas tus fuerzas. Necesitamos salir de aquí pronto con la clave, o con toda la información que consigamos reunir sobre ella. No nos queda mucho.

–Te lo prometo. Y gracias.

Le di un beso en la mejilla, apoyando mi mano en su brazo. No quería enfrentarme a Azeni. Aunque no olvidaría nunca que me había ocultado la situación de mi padre, la apreciaba más de lo que estaba dispuesto a aceptar lógicamente. Pero no aceptaba que ella perdiera lo que aún le quedaba de humana. No debíamos volvernos como los dioses. Tenía que haber otra manera de derrotarlos.

VII

Luché toda la noche contra la angustia indefinida de mis sueños. No eran demonios los que me perseguían esta vez, sino un misterio aritmético. Me peleaba desesperado con mi comunicador para completar el cálculo que debía revelar el código. Como había previsto mi padre, mi inconsciente buscaba frenéticamente la solución, pero siempre faltaba una pieza. Mientras realizaba mi imaginaria investigación, Arkana susurraba: “Date prisa, Nadir, no queda mucho tiempo”. La clave era necesaria para ensamblar los nanobots que debían reparar sus quebradizos huesos. Solo necesitaba un poco de tranquilidad para calcularla. Sabía que las instrucciones que faltaban estaban allí, entre los estantes de libros. El problema es que no podía leer aquellos extraños idiomas terrestres. Me quejaba a mi padre, pero él seguía destruyendo los volúmenes sin darme tiempo a descifrarlos.

Finalmente me desperté, más por deseo de volver a la realidad que por haber descansado. En el soporte junto a la litera tenía un paquete. No había mensajes en mi comunicador, pero sabía lo que contenía la caja. Corrí con ella en mis manos hacia el alojamiento de los oficiales. Algunos estaban levantándose, tomando sus desayunos cargados de estimulantes. Me miraron con sorpresa mientras cruzaba su vestíbulo, pero los ignoré.

Esta vez encontré una mujer uniformada frente a la puerta de Arkana. No parecía sorprendida de verme.

–Soy Nadir –le dije, mostrando el paquete.

La guardia abrió la cerradura y me dejó pasar. Arkana estaba tumbada en su catre, con el mismo jersey de lana que la última vez. La llamé, pero su rostro gris no se inmutó. ¿Había llegado demasiado tarde? Sentándome junto a ella, puse la mano sobre su hombro, notando una extremada delgadez. La sacudí con temor. Estaba fría. Al empujarla más fuerte respondió con un apagado quejido.

–Arkana, despierta. He traído la medicina.

La ayudé a incorporarse, sosteniéndola mientras bebía el vial. Tosió un par de veces, pero lo apuró sin rechistar.

La abracé para darle calor. Unos minutos después su cara había

recuperado algo de color. Entonces pareció despertarse por fin. Me habló, recordando que había bebido algo de sabor desagradable. Cuando le expliqué que el brebaje era un regalo de su odiada Bethi frunció los labios con disgusto. Le conté que pronto podría salir de su encierro, y que a cambio yo tenía que hacer un favor a la capitana. Los renacidos ojos de Arkana me miraron con curiosidad.

–Espero que no sea una tarea muy horrible.

–Se trata solo de una adivinanza. Pero dudo que sea capaz de descifrarla.

–Seguro que sí. Eres un muchacho muy listo.

Acompañó su frase con un beso que no dejaba lugar a dudas sobre su entusiasmo. Era toda una invitación a quedarme, pero aún recordaba con angustia el crujido de sus delgados huesos al abrazarla. Además, tenía trabajo urgente.

–Me voy ahora, pero por favor, cuídate. Come todo lo que puedas. Pronto vendré para sacarte.

El brillo de sus pupilas casi me retuvo, pero conseguí darme la vuelta y marcharme. No era tan ingenuo como suponía Azeni. Podía darme cuenta de que Arkana me manejaba con sus encantos, pero cualquier muchacho como yo se hubiera rendido a las promesas silenciosas de esos ojos.

–Volveré a mediodía y daré un paseo con ella –dije a la soldado, alejándome sin esperar respuesta.

¿Qué podía hacer ahora? Estaba harto de escanear páginas. La capitana había dejado bien claro que teníamos muy poco tiempo para descifrar el enigma. Nuestros enemigos –que controlaban las fuerzas militares de todo el universo conocido– sabían que estábamos aquí y no tardarían en actuar para impedir que pusiéramos en peligro su preciado Juego. ¿Cuánto quedaba? ¿Una semana? ¿Un mes? Las tropas del cinturón orbital estaban demasiado cerca.

Entonces recordé mi último encuentro con Tomlin. Si había instalado ya su sistema de búsqueda podría consultar todas las bases de datos, incluso los libros digitalizados. Necesitaba las pistas que me faltaban, y quizás en los antiguos textos Avestan existían acertijos o expresiones similares a las de la Insignia.

Subí por la escalera del patio central hacia la sala de consulta, cruzándome con ojerosos técnicos, bibliotecarios y archiveros. No podía distinguir a los que acababan de levantarse, despeinados y adormilados, de los que deambulaban consumidos por la falta de sueño. Todos ellos tenían ojos enrojecidos y caras de necesitar unas

largas vacaciones, tras pasar meses desenterrando chatarra, quitando óxido y desentrañando bancos de memoria.

La sala de consulta estaba desocupada. Me las ingenié para encender la pantalla, pero no pude hacer más. Necesitaba que Tomlin me enseñara a utilizar el sistema de búsqueda. Me llevó un rato encontrar al científico, que parecía haber sido tragado por la misma tierra que había engullido las ciudades humanas. Finalmente lo hallé medio escondido en un cuarto, absorto en su comunicador.

–¿No te han enseñado a llamar antes de entrar? –ocultó el brazalete, incómodo.

–Perdona. ¿Está en marcha el sistema de búsqueda?

–Sí, pero aún lo tengo en pruebas. Tendréis que esperar un par de días. Todo el mundo tiene demasiada prisa últimamente.

Me sorprendió verlo tan esquivo. Ayer mismo había estado eufórico, anticipándome sus descubrimientos.

–Necesito buscar algo –insistí–. Puedo ayudarte con las pruebas.

–Aún no hay acceso a través del directorio. Déjame trabajar y en un par de días estará listo.

Me enfureció su testarudez, pero el enfado no me iba a servir con él. Como sugerían en el entrenamiento, a veces es mejor servirse de la curiosidad.

–Necesito saber qué significaba para los antiguos la expresión 'palabra corta', o 'corta palabra'. ¿Es posible que tenga algo que ver con números o medidas de ángulos?

–Desde luego, no sé qué narices os enseñan en la Academia –Tomlin gruñó con sarcasmo–. ¿No sabes qué es una palabra?

¿Estaba burlándose?

–Pues claro que sé lo que es una palabra.

–No una palabra de un idioma humano, tonto. Me refiero a una palabra de lenguaje máquina.

–Ah –oculté mi ignorancia. Se refería a algún oscuro concepto informático.

–Ese asunto de las palabras cortas trajo de cabeza a los analistas hasta que llegué aquí –Tomlin nunca desperdiciaba una oportunidad para lucirse–. Asumían que estos viejos ordenadores trabajaban con la información en grupos de 256 bits, el tamaño de palabra que nos permite cálculos de trayectorias con precisión relativista y procesar sonido y vídeo tridimensional. Pero los antiguos usaban computadoras electrónicas, mucho más lentas, con procesadores enormes y memorias ridículas. Por eso dividían la

información en palabras pequeñas, de 64, 32 e incluso 16 bits, siempre múltiplos de la unidad de 8 bits, el byte. Así que, imagínate, encontramos los datos del Refugio troceados de varias formas, una locura. Y por si fuera poco, el orden de los bytes variaba según el sistema operativo –bufó despectivamente–. ¿En qué pensaba esa gente? No eran capaces de ponerse de acuerdo en nada.

Tenía sentido, pensé. La clave era un número con una cierta cantidad de bits. Como habíamos sospechado, se trataba de un conocimiento básico para los antiguos, pero que ahora solo los especialistas como Tomlin recordaban.

–¿Qué aspecto tiene un número en forma de palabra corta?

–Para un número sin decimales usarían un tipo de dato llamado ‘entero corto’, que también sirve también para codificar las letras de cualquier idioma. El entero corto tiene 16 bits, o sea, dos bytes. Su valor está entre 0 y 65.000, bueno, hasta 256 por 256 para ser exacto.

Por los malditos dioses, tenía que acordarme de todas esas cifras.

–La manera más sencilla de escribir esos números es la numeración hexadecimal –continuó Tomlin, superado ya su hermetismo–. Seguro que tampoco recuerdas qué es eso.

–¿Sexagesimal? –mi corazón se aceleró.

–No, hombre, hexadecimal: base dieciséis. Con ese sistema un entero corto se escribe con cuatro dígitos, por ejemplo A97F, o algo similar.

–No comprendo. ¿Por qué se usan letras?

–Si no hubieran destruido Maj Taled te devolvería a la Universidad de una patada. Qué vergüenza.

Tomlin estaba insoportable, precisamente cuando mi impaciencia había llegado a su punto álgido.

–Explícamelo, por favor.

–En el sistema hexadecimal necesitamos dieciséis dígitos diferentes en lugar de diez. Por eso además del cero al nueve se utilizan seis letras del alfabeto, de la A a la F, como dígitos adicionales.

–Comprendo. ¿Y cómo…?

–Anda, déjame trabajar. Este sitio está plagado de matemáticos y en tu comunicador tendrás manuales de aritmética elemental. Pregunta a alguien por ahí –señaló un lugar indeterminado lejos de él.

Me marché, tratando de encajar las piezas del rompecabezas y también de comprender la conducta de Rudenlo. Nunca lo había visto así. El estrés y el aislamiento de este campo subterráneo de trabajos forzados estaban acabando con su buen humor.

Mi padre corría indeciso entre el escáner y la terminal, como si dudara en cuál de ellos trabajar.

–Nadir, ¿dónde te habías metido? He estado buscándote. Azenobeth dice que debemos darnos prisa y prepararnos para…

–Lo sé, he hablado con ella. Creo que podemos dejar los libros. Creo que sé cómo calcular la clave.

Me observó desde sus lentes, como solía hacer Birker, dudando de que el muchacho que tenía enfrente aprendiera algo de provecho.

–¿Estás seguro?

–Tenemos que probarlo. No hay otra manera.

Me lancé a saltos por la escalera del patio, bajando como si el cronómetro de nuestra vida se fuera a agotar de un momento a otro.

–¡Espera! ¡Te vas a caer! –gritaba mi padre.

Llegué a la verja del pasillo inferior y tuve que esperar una eternidad hasta que llegó para abrir la cerradura. Tras cruzar el túnel entramos finalmente en la húmeda penumbra de la celda que guardaba la Insignia. Allí estaba el monolito, desafiándonos.

Extendí la pantalla del brazalete para que mi padre pudiera ver el diagrama de los cálculos.

–El número en el texto de la Insignia es el 376403 –señalé el bloque de entrada–. Estoy seguro de que representa un giro en grados, equivalente al resto de su división por 360 –le mostré el operador–, es decir, 203 grados. El giro inverso es 360 menos esa cantidad –apunté otra fórmula–, lo que da 157 grados.

Mi padre observaba el esquema, parpadeando.

–La frase dice “en segundos consigue la destrucción con una palabra corta” –continué–. Multiplicando por 3600 pasamos el giro inverso a segundos, resultando 565200. Ahora me falta añadir algo más. Tomlin me ha explicado que los antiguos humanos usaban el sistema hexadecimal para representar números enteros como palabras cortas en los ordenadores… por aquí tiene que haber un operador que haga la conversión. ¡Aquí está!

Añadí la nueva operación al final del proceso. La calculadora me dio el resultado: 89FD0.

–¿Es esa la clave? –mi padre mantenía un atento escepticismo.

–Debería serlo.

–¿Y qué hacemos con ella?

–Apretar los símbolos correspondientes del mensaje –sonreí.

Mi padre repasó los cálculos, frotándose el mentón sin afeitar.

–Pero en la Insignia no existen los dígitos 8 y 9 –observó.

–Mierda. Es verdad.

–Alguna parte del cálculo no es correcta –sentenció–. Quizás no sea un giro.

Busqué alrededor de la mole metálica, como si mi frustración pudiera obligar a aparecer los símbolos que faltaban. Entonces me di cuenta de que había otro problema. Tomlin había dicho que una palabra corta en hexadecimal tenía cuatro dígitos. Mi resultado tenía cinco.

–Una cosa –dijo mi padre–. Si la frase habla de segundos, ¿por qué supones que el número original está en grados?

–¡Claro! –le di una palmada.

Rehíce rápidamente la fórmula. Un giro completo eran 360*3600 segundos de arco, lo que daba 1.296.000. Si a ese resultado restaba la cifra original de la Insignia, suponiendo que eran también segundos, me daba un giro inverso equivalente de 919597. Y al conectarlo con la conversión a hexadecimal resultaba… E082D.

–¡Tampoco vale! –exclamé, frustrado–. Contiene un 8 y sigue teniendo cinco dígitos. Deberían ser solamente cuatro.

Repasé el proceso frenéticamente, pero no encontré ningún error. Le dejé el brazalete a mi padre, pero tampoco él fue capaz de hallar la solución. ¿En qué me había equivocado? Obviamente, en mi suposición de que un muchacho sin habilidad matemática podía descifrar el misterio que había eludido a los sabios bibliotecarios durante siglos.

–Volvamos, padre. Esto no nos lleva a ningún sitio.

Intentó animarme, palmeando mi espalda mientras cerrábamos el portalón metálico. El enigma seguía a salvo al otro lado. Caminé con lentitud por el túnel, abatido. Al llegar de nuevo a la verja, mi padre se detuvo.

–Espera. He recordado algo. Los textos Avestan no utilizan el mismo sistema de numeración que nosotros.

–Tomlin dijo que los antiguos terrestres usaban el hexadecimal.

Pero entonces recordé un detalle de mi defectuosa memoria. Había estado allí olvidado durante años, pero ahora lo vi tan claro

como aquel aciago día en que había bajado al nivel prohibido.

–¡El panel de las trampillas de Vikatee solamente usaba ocho símbolos, del 0 al 7, igual que los puskoru!

Regresamos con largas zancadas junto a la Insignia. La calculadora me informó de que el sistema de ocho dígitos se llamaba octal. Tenía sentido. El código original –376403– solo contenía dígitos del 0 al 7. Conecté el operador de conversión que faltaba y repasé el flujo. El número inicial era un giro en grados en sistema octal, luego hallaba el giro inverso equivalente, lo pasaba a segundos y lo transformaba en una palabra corta hexadecimal. Contuve la respiración al pedir el resultado.

–B6D0 –anuncié a mi padre con el corazón desbocado–. Son cuatro dígitos.

–¡Podría ser! En el número de la inscripción aparecen el 6 y el 0, y fíjate, aquí está la segunda letra del abecedario Avestan, que sería la B… –apuntó a otro lugar del texto– ¡y aquí está la D!

–Además, la B y la D aparecen una sola vez en todo el mensaje –comprobé.

–Diantre. Los bibliotecarios lo sabían desde hace mucho tiempo, pero siempre pensé que se trataba de una casualidad. ¿Y ahora qué?

–Probemos a apretarlas en orden –sugerí–: B6D0.

Jadeando de emoción, mi padre me concedió el privilegio. Apreté la letra B. No se hundió. Seguí con las demás. Nada. Ni un sonido. Ninguna señal.

–¿Lo intentamos a la vez? –propuso.

Apoyé una mano en cada número y él hizo lo mismo con las letras. Intentamos presionar al mismo tiempo. De nuevo nada. Esperamos unos segundos, indecisos.

–Quizás el mecanismo ya no funcione –mi padre rompió el silencio–. O a lo mejor no hay que presionar los símbolos.

Golpeé con rabia el duro metal negro, arañándome el puño.

–¡Ábrete sésamo! –gritó mi padre, encogiéndose de hombros al ver que el monolito seguía impávido–. Es la contraseña en una antigua historia –explicó.

Entonces recordé que el entero corto estaba formado por dos bytes, que debían ser el B6 por un lado y el D0 por otro.

–Vamos a probar emparejando una letra y un número –sugerí–. Yo conecto el B y el 6, y tú el D y el 0.

–¿Por qué no? –respondió mi padre.

Extendimos nuestros brazos a través de la inscripción.

–Ahora –indiqué.

Presionamos a la vez. Los símbolos no respondieron.

–¡Maldita sea! –protesté de rabia.

Entonces oí un suave chasquido. En una de las aristas laterales del metal se había abierto una rendija. Contemplamos atónitos la ranura, tan larga como mi mano. Sin poder contenerme, apoyé los dedos y deslicé la portezuela a un lado. La rendija se amplió, revelando una oquedad en el irrompible monolito.

–Deberíamos avisar a Azenobeth –dijo mi padre.

No podía detenerme ahora. Al fondo del hueco brillaba un pequeño objeto, una medalla formada por dos tiras rectangulares abrazadas entre sí.

–No podemos irnos dejando la Insignia abierta –respondí– y no me atrevo a cerrarla de nuevo.

Fue una de esas decisiones tomadas en una fracción de segundo, sin tiempo para pensar en las consecuencias, ni en la responsabilidad que adquiría. Tomé la medalla en mi puño, notando su peso, y cerré la portezuela, encajándola con un chasquido. La superficie de la Insignia quedó tan sólida como antes. Solo mi padre y yo conocíamos su secreto. Habíamos descifrado el misterio perseguido durante siglos por los bibliotecarios, la misión asignada por Gayoma Retan. No podía creerlo, y juzgando por cómo miraba la medalla, mi padre tampoco.

–Llevémosla a Azeni –levanté el premio.

Resultaba difícil creer que un pequeño objeto de aspecto inofensivo pudiera causar la destrucción de las poderosas Zarayan. Pero el tamaño no siempre es importante.

Al regresar al patio central nos dimos cuenta de que algo malo pasaba. Un pelotón de soldados corría por el piso superior gritando órdenes a los técnicos que iban de un lado a otro, corriendo como hormigas desorientadas, cargados con equipos y cajas de material. Entonces, mientras decidía a quién podía preguntar, el patio retumbó sacudido por un lejano trueno.

–¿Qué pasa? –regresé junto a mi padre.

–Protocolo de evacuación –contestó sombrío.

Me llevó hacia la escalera, obstruida por la gente que intentaba subir o bajar por ella.

–¿Dónde vamos?

–Tengo que copiar unos archivos.

Lo seguí por los atestados peldaños, sorteando empujones y gritos angustiados. Me topé de frente con un soldado.

–¿Qué sucede? –le chillé.

–Ataque inminente, vayan a los puntos de recogida –respondió el militar, cuyo vozarrón no conseguía disimular el miedo.

Justo cuando habíamos conseguido el arma contra las esferas. Los ojos y oídos de los dioses llegaban a todas partes. Aferré la medalla de la Insignia, como si una garra invisible pudiera quitármela.

Nos quedamos atascados entre los que trataban de subir a recuperar sus cosas y los que bajaban para seguir la evacuación. Durante unos tensos segundos pareció que nunca llegaríamos arriba. Entonces comenzó el bombardeo. Una terrible explosión sacudió la escalinata, haciéndonos gritar. Los soldados pidieron silencio. Escuchamos un silbido agudo y otra detonación aún más fuerte. Crujidos. Unas rocas desprendidas del techo cayeron al fondo del patio. Mi padre me agarró con fuerza cuando la gente comenzó los empujones. Pensé que me arrancarían el brazo, pero súbitamente la presión cedió. Los soldados habían extendido dos rampas hinchables desde el piso superior y el personal de arriba estaba bajando por ellas. Por fin conseguimos subir y llegar a la sala de digitalización, entre nuevas explosiones. Mi padre se dirigió a su terminal, pero yo me detuve en seco.

–Padre, debo avisar a alguien.

–La chica –comprendió, alzando sus cejas.

–Ahora vuelvo –le prometí.

–Date prisa. Nos veremos abajo, en el lado norte del patio –gritó cuando yo salía por la puerta.

Descendí por la escalera ya despejada, topándome con Rudenlo, que subía sin resuello, con la mirada de un trastornado. Ni siquiera me había visto.

–¡Tomlin!

–Tengo que… llevármelo todo, antes de que lo destruyan –se repetía a sí mismo–. El secreto… no puede morir aquí.

Quise decirle que no se preocupara, que ya teníamos lo que habíamos venido a buscar. Pero el grueso científico había pasado de largo, y yo también tenía prisa.

VIII

Arkana y yo corrimos en zigzag por los corredores, casi bloqueados por nuevos desprendimientos. Afortunadamente la medicina había hecho su efecto y la Doña parecía haber recuperado fuerzas. A medida que avanzábamos aumentaban las señales de lucha a nuestra espalda; las sacudidas de las explosiones, nubes de humo asfixiante, olor a plástico quemado y un rumor creciente de máquinas de guerra. Por fin llegamos a un espacio abierto, el patio. Lo hallamos vacío salvo por un marejada de papeles, cajas desparramadas y piezas abandonadas en la evacuación.

En medio de la desolación sonó un grito. Mi padre nos llamaba desde el otro lado del recinto. Avanzamos hacia él entre los restos esparcidos por el suelo. Me pregunté dónde estaría Azenobeth. Quizás se había marchado para dirigir sus tropas contra los atacantes.

Mi padre miró a Arkana con curiosidad, pero atendió a lo más urgente.

–No creo que podamos salir por la rampa oeste –señaló el estrecho túnel que llevaba a la Insignia–. Están combatiendo por allí.

–Las explosiones están por todos lados –respondí–. También

vienen del sur.

–¿No hay otra salida? –intervino Arkana.

–Vinimos al Refugio por un viejo sistema de transporte subterráneo –conté a mi padre.

–¿Recuerdas cómo llegar allí?

–Tendríamos que volver al sector sur.

Como si los dioses quisieran contrariarnos, una brutal sacudida hizo crujir el techo del patio. Una esquina se derrumbó, cegando la entrada al corredor por el que acabábamos de entrar. Pocos segundos después la escalera que unía los dos pisos chirrió lastimosamente y se derrumbó. Nos apartamos para evitar que nos alcanzara, y entonces oímos un ruido en el piso superior. Rudenlo estaba allí, asomado a la barandilla.

–¡Baja por la rampa! –señalé el tobogán hinchable que quedaba intacto.

–¿Estás loco? –gritó.

Mi padre se acercó hasta el final de la rampa, apartándola de las rocas. Arkana y yo amontonamos cajas y otros materiales blandos para crear un colchón en su extremo.

–¡Vamos, Tomlin, tírate! –le animamos.

El grueso científico se había acercado a la boca del tobogán, pero no parecía reunir suficiente valor para lanzarse. Entonces una nueva explosión reventó el tapón de cascotes que había cegado el corredor sur, lanzando escombros por el aire.

–¡Tomlin, lánzate ya! –le conminé– ¡Tenemos que marcharnos!

El miedo consiguió que se metiera en la empinada rampa. Los tres frenamos su aparatosa caída con la ayuda de las cajas.

–¡Maldita sea! –se enderezó tambaleante.

Un par de soldados de la Alianza entraron en el patio desde el hueco abierto en el corredor sur. Huían de los rayos de calor que atravesaban la nube de polvo. Ambos se atrincheraron entre los pedruscos desprendidos del techo, a pocos metros de nosotros, y apuntaron con sus armas hacia la abertura.

–¡Vámonos ya! –insistió mi padre.

Yo no había sido entrenado como soldado, pero mi cuerpo recordaba las lecciones en la Laguna y los enfrentamientos con los demonios hrtar y los Mukjasar. Una parte de mí deseaba coger un arma y enfrentar a los invasores al lado de los soldados, pero sabía que mi ayuda serviría de poco. Era una lucha desesperada.

Mientras nos retirábamos hacia la cantina, esquivando disparos y

rayos, sonó un terrible estruendo. En el boquete sur se abrió un remolino de cascotes, despedido por el chirriante cono de una máquina perforadora. Sentí inmediatamente una abrasadora onda de calor y vi las líneas de fuego atravesar la polvareda del patio, enviando la muerte a los soldados parapetados. Varios hrtar emergieron tras el tanque, barriendo las sombras con sus varas, al mismo tiempo que nuevas tropas de la Alianza llegaban desde el túnel oeste, intercambiando disparos con los demonios.

–¡Nadir!

Ignoré la voz que me llamaba, sofocada por el fragor del combate, y me acerqué a los soldados caídos. Mientras me agachaba para mirar los rostros calcinados tropecé con un fusil de plasma. Era pesado, pero conseguí levantarlo con las dos manos y apuntar a los demonios que avanzaban hacia el pequeño contingente de humanos en el túnel oeste. Alguien me empujó antes de que pudiera disparar.

Era Azenobeth. Parecía haber cavado un túnel con sus propias manos. Estaba cubierta de suciedad y arañazos, sin aliento.

–¡Deja eso! ¡Tenemos que irnos! –gritó mientras arreciaban los disparos entre los hrtar y las tropas.

Entonces llegó Arkana. Las dos mujeres se miraron fijamente, como si fueran a saltar una sobre la otra.

–¡Se ha abierto un hueco en la pared! –dijo por fin la joven Doña señalando la esquina noreste. Mi padre y Rudenlo nos reclamaban desde allí con gestos impacientes.

Atravesamos el espacio que nos separaba de ellos, sorteando los fragmentos del suelo y la metralla que volaba por el aire. Mi padre me ayudó a cruzar una fisura abierta en el pavimento, y luego tendí el brazo a Arkana para que la saltara. Azenobeth se detuvo antes de llegar hasta nosotros, inspeccionando desde lejos la brecha del muro.

–¡Escapad por esa abertura! –nos ordenó.

Rudenlo, mi padre y Arkana desaparecieron por el hueco, pero yo me quedé donde estaba. Había algo extraño en el tono de Azeni, como si no fuera a venir con nosotros. Cuando me volví hacia ella, la capitana-comandante había desaparecido. Mire alrededor buscándola en la penumbra ardiente del patio, pero no pude verla entre la polvareda. ¿Dónde se había metido? Mientras tanto, los demonios estaban arrinconando a los humanos con sus rayos.

No podía marcharme así. Levanté el pesado fusil de plasma y apunté a los demonios. Entonces sucedió algo asombroso. Sin siquiera dispararles, los alienígenas comenzaron a caer uno tras otro

frente al cañón de mi arma. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué magia los derribaba?

–¡Nadir, vámonos! –me llamó Arkana desde la grieta.

Atónito por lo que había visto, entré en el agujero. Los horrendos chirridos de los hrtar seguían a mi espalda. Si eran órdenes o gritos de agonía, no podía saberlo. Un fogonazo iluminó desde el patio el camino a través del muro y una fracción de segundo después la explosión me empujó a los brazos de Arkana. Aturdido, la seguí cruzando una amplia cueva. Mi padre y Rudenlo iban más adelante con una linterna.

¿Qué habría sido de Azenobeth? Los nanobots podían evitar el envejecimiento y curar las heridas, pero dudaba que la comandante sobrevivira a una explosión o a un certero haz de energía.

–¡Rápido! –nos instó mi padre.

Al desembocar en otro espacio más grande reconocí el lugar donde había estado ayer mismo, la caverna abierta entre los restos de una antigua ciudad sepultada, la oquedad llena de escombros, cenizas y artefactos corroídos. Al menos allí dentro la atmósfera estaba libre de humos y de atacantes. Arkana y yo nos unimos a mi padre y Tomlin, que seguían avanzando, pero el suelo se convirtió pronto en una empinada ladera de derrumbes. Subíamos con dificultad entre pilares inclinados y retorcidas vigas, apoyándonos sobre fragmentos que sobresalían en cualquier ángulo posible. Pasamos por una zona llana, la fachada caída de un edificio arrasado por el desastre, y luego volvimos a ascender.

La Doña parecía resistir la marcha. Los dos llegamos al lugar donde Tomlin se había detenido, resoplando junto a un grueso pilar. Aproveché la pausa para observar el panorama desde la altura. Relámpagos luminosos entraban a través de las grietas de abajo, iluminando el piso de la caverna. Aunque las grandes explosiones habían cesado, el combate continuaba dentro del Refugio.

¿Qué había sido de Azenobeth?, me pregunté con preocupación. ¿Cómo íbamos a escapar sin su ayuda? No podíamos orientarnos entre las ruinas, ni sabríamos qué hacer en el improbable caso de que encontrasemos una salida al exterior. Me prometí a mí mismo que si la capitana volvía con nosotros la perdonaría por haberme ocultado la misión de mi padre, aunque seguiría reclamándole una explicación. Toqué una vez más el bulto metálico en mi bolsillo. Aun sin Azeni, lo más urgente era escapar de los hrtar y poner el medallón a buen recaudo.

Arkana estaba ya a unos metros de nosotros. Empujé a Tomlin sin delicadeza para que continuara, pero una sacudida nos lanzó al suelo. Una sección de la ladera se había levantado como si tuviera vida propia, creando una avalancha de escombros y bloques de hormigón. La linterna de mi padre se dirigió desde arriba hacia la terrible aparición: el cono de otro tanque perforador.

Rudenlo y yo no tuvimos tiempo de reaccionar. El empuje del pesado tanque arrastró los restos sobre los que nos apoyábamos, haciendo que perdiéramos el equilibrio. Evité por muy poco que mi pierna quedara aplastada bajo un bloque de piedra. Durante unos segundos angustiosos Tomlin y yo saltamos precariamente entre los escombros, tratando que el alud no nos enterrara. Finalmente el derrumbe se detuvo.

–¡Arriba! –oí a mi padre gritando desde una posición más alta.

Estaba ayudando a Tomlin a salvar una viga que se interponía en nuestro camino cuando un feroz resplandor me paralizó. Las puertas del tanque se habían abierto a una veintena de metros, dejando salir a varios hrtar que se desplegaron con torpeza entre los escombros. Rudenlo se tiró al suelo y yo me quedé inmóvil, oculto tras un saliente. Esperaba que Arkana y mi padre se hubieran puesto también a cubierto, pero los demonios intercambiaron sus chirridos y dos de ellos dispararon hacia la parte superior de la ladera, donde alguien gritó. Antes de ser consciente de ello, el fusil estaba en mis manos. Encontré el enfoque y el disparador mientras mis ojos buscaban las siluetas de los hrtar. Marqué el casco de uno de ellos y disparé una ráfaga doble, suficiente para freír el cerebro del reptil. Efectivamente, el hrtar se tambaleó y cayó. Por desgracia el haz de plasma había trazado una brillante línea en la oscuridad y el segundo hrtar me localizó, girando hacia mí su mole de extrañas articulaciones, vara en ristre. Le disparé sin preocuparme por marcar primero, pero de mi fusil solo salió una tenue luz. Maldije mi suerte. Había olvidado comprobar el nivel de carga.

Me dejé caer en el saliente para esquivar el disparo del demonio, dándome un fuerte golpe en la rodilla. Sin tiempo para lamentarme, agarré el fusil por el cañón aún caliente y esperé a que el demonio se acercara. Como nosotros, tenía dificultad para mantener el equilibrio de su pesado cuerpo sobre los escombros de la ladera. Cuando se inclinó para pasar una viga salté con el fusil levantado, dejándolo caer como una maza contra su casco. La coraza resonó como una campana y el demonio trastabilló, pero seguía en pie, clavado sobre sus anchas patas. No podía dispararme a tan corta distancia pero, siguiendo mi ejemplo, utilizó su vara para batear

mis costillas, doblándome de dolor. El hrtar aprovechó entonces para derribarme de una patada. Caí boca arriba, indefenso. Los ojos verdes del bicho brillaron triunfantes a un par de metros sobre mí. El gigante levantó su pesada pierna, doblando la extraña articulación. Traté de girarme de lado, pero estaba atascado. Entonces oí de nuevo el sonido de su cabeza redoblando como una campana. El monstruo trató de volverse, pero una masa oscura lo derribó sobre la pendiente.

—¡Arkana! —grité al reconocer el delgado cuerpo.

Me ayudó a levantarme. Respiré con dificultad, sintiendo un agudo dolor en el costado. El hrtar yacía un par de metros más abajo, buscando apoyo para incorporarse. Recordando la batalla en Vitera, tomé su vara abandonada y arponeé el visor, dejando escapar el gas que le permitía respirar. Mientras se convulsionaba, escuché los gritos metálicos de sus compañeros, acudiendo al rescate desde el otro lado del vehículo blindado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Arkana.

Los demonios saltaban apresuradamente hacia nosotros. Pronto nos freirían con sus rayos. Los rayos. Jilai nos había salvado en Vitera utilizando una de sus varas. Le pasé el tubo a Arkana y estiré del guante del hrtar con todas mis fuerzas. No salió. Los otros demonios se acercaban. Palpé en la oscuridad. El guante tenía un cierre de bayoneta. Lo retorcí y conseguí sacarlo, sintiendo el hedor de los gases. El interior del guante era suave y húmedo. Superando mi repugnancia, tomé la vara con la mano enguantada y la apunté hacia los hrtar, apretando en la sección media como hacían los demonios.

Nada sucedió. ¿Cómo lo había hecho Jilai? Los hrtar miraron con perplejidad y se apostaron para disparar. Si no conseguía hacer funcionar el rayo estábamos muertos. Agité el arma como si fuera una varita mágica, pero no emitió energía. Sin embargo, algo fantástico ocurrió. Las armas de nuestros oponentes salieron volando por el aire, dejándolos tan sorprendidos como a nosotros. La magia que había visto hacía unos minutos en el patio se había repetido. Una influencia invisible había atacado a los monstruos en mi lugar. Armado otra vez con mi fusil, como si fuera una maza, salté hacia ellos aguantando el dolor en mi pierna y mis costillas. Arkana me seguía con un par de ladrillos en sus manos. Los hrtar no se intimidaron ante una amenaza tan ridícula. Cuando llegamos a pocos metros, unas afiladas hojas de metal salieron de sus brazos, brillando contra los focos del tanque. Dos gigantes con enormes pinchos frente a un par de débiles muchachos. No era justo.

Entonces los demonios cayeron como muñecos sin vida, con repentinos agujeros en sus cuellos. Eché un vistazo alrededor. No había nadie más. Su rugiente tanque parecía abandonado. Entonces oí un quejido a mis pies. Una pequeña figura estaba caída contra los restos del edificio.

–¿Arkana? –la llamé, asustado.

–Estoy bien –respondió a mi espalda–. ¿Quién es…? –añadió al ver el cuerpo sobre el que me inclinaba.

Giré su cabeza con cuidado, descubriendo las facciones angulares de Azeni. La capitana estaba inconsciente. ¿De dónde había salido? Un osado rincón de mi mente comprendió lo sucedido, pero aparté la idea mientras me preocupaba por ella.

–¡Es Azenobeth! –grité, intentando contactar con Tomlin y con mi padre, si es que seguían vivos.

Otro gemido hizo que me inclinara hacia la agente. Su rostro parecía tan consumido como el de Arkana antes de tomar la medicina. ¿Estaban fallando los nanobots que permitían su inmortalidad?

–¿Estás herida? –le pregunté.

–Agua… com… comida –oí la débil voz.

Mi padre regresó, afortunadamente ileso. Por suerte llevaba una bolsa de agua de la que Azeni bebió ávidamente.

–Pero no tengo comida –se lamentó–. No pensé en eso.

–Seguro que Tomlin lleva.

Conocía las costumbres del técnico. Era incapaz de ir a ningún lugar sin un surtido de dulces hipercalóricos. Sostuve la cabeza de Azenobeth mientras mi padre le buscaba. Arkana la observaba con una expresión inescrutable. Me daba pena ver a la bella y orgullosa capitana en aquel estado, mirando al vacío con sus ojos hundidos. Entonces recordé algo que podía animarla.

–Mira, conseguimos descifrar el código, y sacamos esto de la Insignia –le mostré el curioso medallón–. Ahora podemos destruirlas.

Azenobeth trató de sonreír sin mucho éxito. Mi padre regresó entonces con unas golosinas. Abrí la que parecía más blanda y la puse en su boca. La devoró con sorprendente ferocidad. Le fui dando más y ella las engulló todas. Al minuto llegó Tomlin, magullado y con una quemadura en el muslo. Había encontrado en sus bolsillos un pastelillo de carne salada que pasé también a Azeni.

–Tenemos que marcharnos antes de que vuelvan. ¿Por qué no

tomamos ese cacharro? –el técnico señaló el tanque que ronroneaba a unos metros.

–¿Sabes conducirlo? –preguntó mi padre, desconocedor de las múltiples habilidades de Tomlin.

–Será fácil. Es similar a un modelo que…

–No es buena idea, hombretón –interrumpió Arkana–. Los hrtar pueden localizar sus vehículos, incluso controlarlos remotamente.

–De todas formas, el doctor Rudenlo tiene razón –opinó mi padre–. Tenemos que huir. Estarán aquí enseguida.

–No podemos dejar a Azenobeth –protesté.

Mi padre se inclinó sobre ella. Entre los dos levantamos el cuerpo de la capitana y lo colocamos sobre su hombro. Los cinco fugitivos emprendimos así la marcha hacia la parte superior de las ruinas, donde parecieron terminarse nuestras opciones. Sin embargo, tras explorar un poco encontramos una galería semiderruida por la que continuamos, ascendiendo a través de pasadizos que podían ser huecos de ascensores o escaleras. De tanto en tanto escuchábamos un lejano estruendo que nos ponía en alerta, aunque su origen resultaba imposible de determinar. Por el camino encontramos extraños lugares que debieron estar habitados en el remoto pasado terrestre: salas con vestigios irreconocibles, muebles reducidos a esqueletos metálicos con telas carcomidas y estructuras de madera que se convertían en polvo al tropezar con ellas.

Exhaustos, decidimos descansar en el interior de un enorme tubo maloliente y húmedo, similar al que habíamos seguido para llegar al Refugio. Ahora nos hubiera venido muy bien el mapa y el vehículo de los contrabandistas, cubierto de neumáticos.

–Gracias, Gawhan, estoy mejor –dijo Azenobeth a mi padre cuando la dejó sobre una roca.

La capitana se había recuperado asombrosamente. Cosa de sus bichitos microscópicos, supuse.

–Debemos pensar ahora en un plan de acción –dijo.

–Es cierto –intervino Tomlin. Hasta entonces el técnico había permanecido callado, excepto para quejarse y conversar con Arkana sobre quién sabe qué–. Necesitamos una nave para salir de este condenado planeta.

El túnel resonaba con brutales detonaciones, unas sordas y lejanas, otras parecían producirse directamente sobre nosotros.

–La Amatista no es una nave atmosférica –nos recordó Azeni–. Podría hacerla descender a baja velocidad, pero seríamos un blanco fácil. Otra opción es contactar con los contrabandistas, pero dudo

que se arriesguen a venir por nosotros en medio de una batalla, por mucho que les paguemos –lanzó una ojeada a Arkana.

–¿Cuál es la situación ahí arriba? –pregunté.

–Todos están contra nosotros –contestó amargamente–. Los hrtar llegaron primero y a esta hora habrán barrido al puñado de tropas que custodiaban el Refugio. La Alianza y los Mukti también se han unido a la fiesta en el exterior, y todos pelean por los despojos.

–¿La Alianza? –se sorprendió Tomlin. Él no sabía que nos perseguían como traidores.

–Tendremos que arreglárnoslas por nuestra cuenta –terció mi padre–. Buscaremos un espaciopuerto. Debe haber alguna nave, Azeni.

–Estamos en la Vieja Tierra –negó ella–. Aparte de esquivos traficantes de reliquias solo hay destacamentos militares, y ya no tenemos aliados entre ellos. Estamos solos.

Leí el mensaje oculto tras las palabras de la capitana: todas las facciones Fravashi se habían unido contra Gayoma Retan. El plan para revelar el secreto de la Insignia había sido descubierto. Los dioses en pleno querían destruirnos. La cosa se había puesto muy difícil.

–Tenemos otra opción –intervino Arkana, rompiendo el silencio.

–¿Qué opción es esa? –Azenobeth respondió defensivamente.

–Tengo una nave espacial con una lanzadera planetaria –dijo Arkana con firmeza. Volvía a ser la poderosa Doña Darrensin.

–¿Aquí, en la Vieja Tierra? –preguntó Azeni con incredulidad.

No era tan sorprendente, pensé. El imperio comercial de Arkana Darrensin se extendía por todo el espacio conocido. Pero no era esa la explicación.

–Es mi propia nave, la Indomable. Me siguió hasta aquí.

–Pero si la vimos explotar –recordó Tomlin.

–Es fácil engañar a los sensores con unos cuantos fuegos artificiales –sonrió Arkana, triunfadora–. Hubiera sido idiota por mi parte, destruir a mis propias tropas y quedarme indefensa en la Amatista. Simulé la explosión para que no me obligaras a marcharme –miró a la burlada Azenobeth. Todos éramos de nuevo insectos atrapados en su trampa.

–Entonces asunto resuelto –aplaudió el científico–. Tu lanzadera puede sacarnos del planeta, ¿no?

–Claro. Pero a cambio pediré algo –Arkana dedicó una mueca burlona al técnico–. Favor por favor.

–¿Qué quieres? –preguntó Azenobeth, conteniendo su rabia.

Por un instante temí que la Doña nos pidiera el medallón de la Insignia. Podía revelarse como una agente Fravashi, para rematar su engaño. Pero Arkana solo tenía una obsesión.

–Ya sabes lo que quiero, Bethi. Lo que tú tienes.

Mi padre miró a ambas mujeres, desconcertado.

Azenobeth cerró los ojos, como si necesitara aislarse un instante. Su rostro aún mostraba huellas de un intenso agotamiento. ¿Qué iba a hacer?, me pregunté. En otras circunstancias la capitana no hubiera dudado en destruir a Arkana o forzarla sin miramientos a llamar a su nave. Pero Azeni se había quedado sin energía para luchar y sus únicos aliados estábamos en este túnel. Necesitaba la cooperación de la Doña.

–De acuerdo, acepto el trato –dijo, sin abrir sus ojos.

El nudo en mi estómago se aflojó un poco.

–¿Tengo tu palabra? –respondió la Doña, sorprendida por la falta de resistencia.

–Por supuesto. Pero es mi deber advertirte. Lo que tanto deseas no es una panacea. Ni siquiera es una bendición.

–Desde luego tú no lo has sabido aprovechar –respondió la Doña sin piedad.

–¿Cuánto tardará esa lanzadera? –intervino el práctico Tomlin.

Arkana miró su brazalete. Ni Azenobeth ni sus soldados habían sospechado que podía utilizarlo para comunicarse con su nave. Ahora, con suerte, ese descuido supondría nuestra salvación.

–Tardará unas dos horas en llegar a la vertical.

–No puede ser tan rápida –Tomlin calculó mentalmente.

–Avisé a la Indomable en cuanto comenzó el ataque –sonrió con astucia, demasiada para un rostro tan joven.

Durante las dos horas siguientes seguimos ascendiendo, dando rodeos y salvando brechas que atravesaban los restos de la ciudad demolida. El aire se fue volviendo acre, impregnado del olor a quemado que habíamos sufrido a la llegada. En cierto momento Arkana se situó junto a mí y me cogió con fuerza la mano, como si quisiera recordarme el especial vínculo que nos unía. Le devolví el apretón, tratando de resistir sus dotes de persuasión. La Doña tenía sus propios intereses en este juego.

Mi padre fue el siguiente en acercarse. Tras un intercambio de frases sobre mis heridas me preguntó por el significado de la escena

entre Arkana y Azenobeth. Por mucho que me pesara, tuve que responderle que se trataba un delicado asunto personal y tendría que explicárselo más adelante. Por los malditos dioses, clamé para mis adentros, al final yo no era tan diferente de Sidin y Azenobeth; también callaba y mentía para proteger a los demás. Mi estómago se retorció al pensar en lo que mi padre sentiría. Avergonzado, me alejé hasta la retaguardia, donde Azenobeth caminaba con dificultad. Sin decir nada, tomé su brazo y la ayudé a pasar por encima de una columna derruida. Me lo agradeció con una tibia sonrisa, pero siguió caminando en silencio. Entonces recordé la medalla de la Insignia. La saqué y la puse en su mano, sin que nadie se percatara de dello. Ella levantó la llave para la destrucción de las Zarayan, mirándola un segundo, como si quisiera asegurarse de su autenticidad.

–Así que es cierto –me miró con sorpresa–. Pensaba que antes había tenido una alucinación.

–Desciframos la clave –confirmé, ahorrándole los detalles.

–Es una estupenda noticia, Nadir. Aunque en estas circunstancias va a resultar difícil sacarle partido.

Esperaba una felicitación más efusiva, pero Azenobeth distribuía las emociones en pequeñas dosis. Entonces, para mi sorpresa, tomó mi mano y volvió a dejar el medallón entre mis dedos.

–Por ahora es más seguro que la lleves tú.

Unos minutos después notamos un cambio desagradable. La oscuridad se hizo súbitamente más intensa y la linterna de mi padre se perdió en la distancia, en medio de un aire irrespirable. Entonces una salva de relámpagos multicolores estalló por encima de nosotros, trayendo el eco lejano de la batalla. Una estela de fuego cruzó el cielo, explotando en mil pedazos antes de llegar al suelo, iluminando en su camino la silueta de unas montañas remotas.

Era una noche profunda, en la superficie yerma del viejo planeta.

–¡Volvamos abajo! –gritó Tomlin, tosiendo.

Esperamos en un pasaje subterráneo, aterrados por el despliegue de explosiones y temblores que llegaban de la atmósfera. Finalmente escuchamos un rumor diferente, penetrante y agudo. Arkana nos hizo la señal que esperábamos y salimos al exterior, ansiosos. A unas decenas de pasos, posada sobre el terreno gris, nos esperaba una lanzadera con sus alas desplegadas, luces de posición y motores encendidos, levantando una nube de cenizas.

Distinguí un piloto humano en la cabina, vestido con el uniforme de los guardas del Palacio Xandu. Los cinco entramos en el interior

del aparato por una rampa, encontrándonos incómodamente apretados en su diminuta cabina. La puerta se cerró y pudimos por fin respirar el aire limpio de la lanzadera.

–Sácanos de aquí –ordenó Arkana al piloto–. Preparaos para el despegue –nos sugirió a los demás.

Mi padre y Tomlin se habían dejado caer en dos de los asientos para que pudiéramos caber en el pequeño espacio.

–Pero solo hay cuatro sillones –contó Rudenlo.

–No puede ser –Arkana miró alrededor–, las lanzaderas son de cinco plazas… Joder, había olvidado al piloto.

–¿Cuál es el problema? –pregunté–. Podemos meternos dos en el mismo asiento. Yo no soy muy ancho.

La perspectiva de despegar con una de las dos mujeres a mi lado no me disgustaba

–No es posible, Nadir –respondió Azenobeth–. Los asientos se adaptan automáticamente al cuerpo para protegerlo de la aceleración. Solo puede ir una persona en cada uno.

Un silencio aciago, roto por lejanas explosiones, llenó la cabina. Desde la parte delantera nos llegó un pitido de alarma.

–Señora, tenemos que marcharnos *ya* –suplicó el piloto–. Varias naves de caza se acercan.

–Yo me quedaré.

Miré en pánico a la persona que había hablado.

–No, padre. Tú no –protesté, mirando a los demás. Otro debía cederle su lugar. Tomlin, por ejemplo.

–Es lo mejor, Nadiroz –insistió, levantándose–. Lo siento. Me hubiera gustado que tuviéramos más tiempo, pero mi trabajo está hecho. Ya no soy necesario.

–¡No voy a separarme de ti otra vez!

Mi padre hurgó en su mochila y sacó algo. Un libro.

–Tómalo. Lo salvé del escáner. Está en buenas condiciones, es un facsímil plástico.

Tomé el libro sin apartar los ojos de su rostro. ¿Iba a abandonarme de nuevo? ¿Era ese nuestro destino, perdernos el uno al otro?

–Si te quedas aquí morirás –sollocé.

–No moriré –sonrió con pesar.

Del interior de su chaqueta extrajo un desgastado disco metálico con símbolos Avestan apenas visibles. Era el mismo modelo arcaico que había visto llevar a Jared.

–Volveremos a vernos –me dijo, atragantándose–. Cuídate mucho hasta entonces.

Intenté saltar sobre el asiento para llegar hasta él, pero fue más rápido que yo. Desapareció con un débil resplandor, dejándome tan solo su sillón vacío.

–¿Dónde ha ido? –pregunté otra vez a Azenobeth.

Mientras yo intentaba superar el choque, la capitana comía otra ración de emergencia. Estaba ausente, a miles de años-luz de la lanzadera.

–No podemos saberlo –respondió después de tragar–. Gawhan está de nuevo en manos de los dioses.

Miré el libro que sostenía en mis manos, lo único que me había quedado de él. “La Ilíada”, rezaba el extraño título. Lo guardé en mi bolsillo. Tras años de separación, habíamos vivir juntos unas escasas horas, charlando ocasionalmente mientras trabajábamos. Pero seguía sin conocerlo. Había tenido mi oportunidad para saber quién era realmente más allá del fantástico relato de sus aventuras, y ahora se había marchado de nuevo, quizás para siempre. ¿Había decidido él mismo el destino de su viaje a través del puskoru? ¿Se había quedado en la Vieja Tierra o había saltado a una nave enemiga para entregarse a los agentes Fravashi? Si, como decía Azeni, estaba en manos de los dioses, quizás había alguna posibilidad de que sus caprichos nos pusieran de nuevo en el mismo camino. Sin embargo, me parecía poco probable. Maldije mi lenta reacción. ¿Por qué no lo había sujetado, aferrándome antes a su cuerpo? Podría haberlo retenido lo suficiente para buscar otra solución. Le hubiera dado la llave de la Insignia a Azeni para entregarme con mi padre a los esbirros de la Alianza. Al menos hubiéramos podido seguir juntos.

Un grito me sacó de mis lamentaciones.

–¡Maniobras evasivas! –avisó el piloto por la megafonía.

El brusco giro de la lanzadera me aplastó las entrañas. Terribles ondas explosivas, superpuestas a la vibración de los motores, nos sacudieron mientras los impactos de plasma iluminaban el escudo electromagnético de la nave, vibrando con espeluznantes chasquidos.

–Escáner táctico –ordenó Arkana.

Inmediatamente apareció una omnipantalla, mostrando una nube de flechas a nuestro alrededor. Tres de ellas estaban disparándonos ya y media docena más se aproximaban. El color del indefenso

punto central pasó de amarillo a naranja brillante. Nuestras probabilidades de supervivencia menguaban rápidamente. No importaba si los cazas atacantes eran hrtar o de la Alianza, la lanzadera no podía escapar de ese enjambre de naves de ataque.

–Nos queda un minuto –advirtió el piloto, nervioso.

–Fije los blancos –ordenó Arkana.

–¡No podremos esquivarlos mucho más!

–Espere a que se acerquen, Rutko –le respondió la Doña.

–¿Están locos? ¡Debemos rendirnos! –gritó Tomlin, histérico.

Rutko. Con razón el piloto con el uniforme Darrensin me resultaba familiar, aun llevando su casco. Me pregunté si el rudo guarda me había reconocido, si sabía que el joven intruso con el que había jugado en el Palacio estaba entre sus pasajeros. Sea como fuere, siguió maniobrando desesperadamente la lanzadera. Miré de reojo a Azenobeth, que apretaba sus labios con fuerza. Era frustrante no poder hacer nada mientras las nueve flechas de la pantalla seguían convergiendo hacia el punto del centro. No nos quedaba mucho tiempo de vida.

–¡Ahora, Rutko! –gritó Arkana.

En la imagen, un haz de líneas verdes apareció de la nada, extendiéndose como finas agujas hacia la nube de puntos atacantes. De pronto un flash luminoso nos cegó desde las portillas de observación. Un momento después una secuencia de terribles explosiones nos zarandeó como la tempestad a un bote de pesca. Cuando la lanzadera recuperó la estabilidad vi que los cazas habían desaparecido de la pantalla. El punto central era ahora de color verde.

–¡Madre de los dioses! –exclamó Tomlin–, ¿qué ha sido eso?

–Pulsos de antimateria guiados por láser –dijó Azenobeth–. Ni los escudos electromagnéticos más potentes pueden detener esos haces. Es una tecnología ultrasecreta, o al menos eso pensaba. ¿De dónde los has robado, Arkana?

La silla de la Doña giró para mirarnos directamente. Todo rastro de inocencia había desaparecido de su rostro.

–No necesitaba robarlos, mi querida Bethi. Tú los trajiste.

–¿La Amatista? –la cara de Azeni se llenó de asombro–. Estaba en la Luna. Tú… no puedes controlar mi nave.

–Yo no, pero por suerte una amiga mía se quedó a bordo –Arkana le regaló una elegante y retorcida sonrisa.

IX

–¿Dónde está esa maldita muñeca? –preguntó furiosa Azenobeth nada más entrar en la nave.

Arkana ya había utilizado antes a la pequeña Kyobi, cuando la robot se había infiltrado en los sistemas de la Alianza, permitiendo a su dueña seguirme y encontrar a Azenobeth. Recordé vagamente haber visto a la mascota junto a Arkana al abrir su cubículo de hibernación. Debía haberla puesto en marcha a escondidas, para que tomara la Amatista en nuestra ausencia.

–Rudenlo, por favor, ¿puedes encontrar a ese parásito y desconectarlo por mí? –la capitana agitó sus manos, nerviosa como nunca.

–Bueno, yo… –el técnico miraba con temor a ambas mujeres.

–Antes de nada… me debes algo, Bethi –intervino Arkana–. Dámelo y liberaré la nave. Y no te enfades con Kyobi. Si no hubiera utilizado tus cañones ahora seríamos basura espacial.

Seguida por su enemiga, Azenobeth caminó a grandes zancadas hacia el puente de mando. Miraba a todos lados, como si buscara más visitantes indeseados. Tomlin y yo seguimos a las dos mujeres, preguntándonos cómo acabaría todo.

A pesar de las protestas de Rutko, Arkana había ordenado al capitán de su guardia que se quedara en la lanzadera, al otro lado de la esclusa. Pero supuse que podría seguir los acontecimientos a través del brazalete de la Doña.

–¡Bethi! –llamó Arkana, deteniendo la ansiosa inspección de la capitana–. Cuanto antes me entregues los nanobots, antes la tendrás.

–¿Tan segura estás de querer la inmortalidad? –se giró Azeni, rabiosa–. ¿Realmente quieres ser como yo? No estás preparada para esa responsabilidad, ni para el sacrificio que implica. Hay una buena razón por la que los dioses no dan ese don a cualquiera.

–No te preocupes –respondió la Doña, impasible–, no voy a ser una virgen santa como tú, pero tendré precauciones.

–¿Una virgen?

–Tranquila, te dejaré en paz –insistió la Doña–. Solo quiero olvidarme para siempre de la antigua Arkana, de esa segundona.

Quiero vivir como soy ahora, sin preocuparme por el futuro.

Se había acostumbrado a conseguir lo que deseaba: riquezas, palacios flotantes, un ejército de servidores, todas las cosas que el dinero y el poder podían comprar. Solo se le había resistido hasta ahora su absurdo complejo de inferioridad y el tiempo mismo.

–De acuerdo –concedió la capitana con frialdad–. Sin embargo, recuerda que la inmunidad a los efectos de la edad no significa que puedas escapar a todo daño, empezando por el que te haces a ti misma.

–No me vengas con acertijos. Y nada de trucos –Arkana se acercó al puesto de control, examinando la consola–. Recuerda que aún tengo el mando de la Amatista y la Indomable nos apunta con sus cañones. No son tan letales como los tuyos, pero servirán contra un escudo desactivado.

Azenobeth miró también la consola, maldiciendo al comprobar que la Doña no mentía.

–Necesitaré media hora –dijo con gélida calma.

–Supongo que podré esperar sin necesidad de hibernación.

–Llévalos a dar un paseo por la nave, Nadir –me indicó Azeni–. Creo que la Doña no tuvo tiempo de verla en su anterior visita.

Tenía que mantener vigilados a Arkana y a Rudenlo mientras ella se ausentaba. Tragué saliva.

Representé mi papel de guía lo mejor que pude, mientras seguía intentando asimilar la pérdida de mi padre. Él se había sacrificado para que yo continuara viviendo, a costa de dejarme de nuevo huérfano y de abandonarme a la incertidumbre sobre su suerte. Yo ya no era un niño, seguiría adelante, pero de nuevo me había quedado sin nadie en quien confiar.

Mostré con desgana la sala de ejercicios y el taller a Arkana, que tampoco parecía muy interesada. El fantástico diseño de la Amatista no debía impresionar a la dueña del magnífico Palacio Xandu. La bodega de servicio aún contenía la cápsula en la que ella había llegado presentándose como Numa. Con qué deseo la había esperado, antes de saber quién era.

La habitación privada de Azeni seguía cerrada. Tampoco pude abrir la sección de máquinas, que quizás era preferible mantener a buen recaudo. Durante el recorrido esperé oír los graciosos pitidos de Kyobi surgiendo de algún rincón, pero por lo visto la mascota se había escondido bien.

–¿No vamos a entrar en la bodega de carga? –preguntó Tomlin.

El técnico sabía perfectamente lo que había allí: la burbuja de aislamiento, la misma que le había servido para colarse en la Amatista. Arkana me miró con curiosidad, pero cumplí mi papel de guardián de los secretos.

–No hay nada que ver ahí –agité mi cabeza–. Mejor vamos al comedor. Me muero por una comida de verdad.

–Yo también –me apoyó Tomlin, relamiéndose por adelantado. Arkana no objetó a la idea.

Quería aprovechar nuestra visita a la cocina para convencer a Arkana de que escuchara las advertencias de la capitana, de que no se lanzara apresuradamente a la inmortalidad. Tenía la clara intuición de que sus avisos eran algo más que una argucia para confundirla. Sin embargo la Doña tenía ahora todas las cartas en la mano para consumar su venganza y dudaba que quisiera escucharme. Cuando Tomlin se marchó de la mesa para traer los platos decidí hablar, pero justo entonces la Doña recibió una llamada por el brazalete. Escuché la voz preocupada de Rutko.

–Todo va bien –le interrumpió la Doña–. Quédate en la lanzadera entreteniéndote con tus teledramas pervertidos y déjanos en paz un rato. Te avisaré cuando vaya a salir.

El guarda se despidió sin alterar su voz. Estaba acostumbrado a las bruscas maneras de su jefa.

Tomlin llegó con otra bandeja humeante de tortitas requemadas. Por suerte ya estábamos saciados. La voz de la capitana por la megafonía nos salvó de la degustación.

–Venid al puente. Todo está preparado –dijo inexpresiva.

–Eh, no habéis probado los pasteles crujientes –protestó Tomlin al ver que salíamos corriendo.

Azenobeth apagó la pantalla del puente al vernos entrar.

–Ahí tienes tu trofeo –señaló a la Doña un inyectable colocado sobre la mesa, lleno de líquido con irisaciones rosadas.

–¿Esperas que me lo tome aquí mismo? –respondió Arkana, llevando el tubo frente a sus ojos.

–Haz lo que quieras, pero devuélveme mi nave y márchate. Ya tienes lo que buscabas. Que lo disfrutes.

Azenobeth parecía extrañamente confiada, casi contenta. ¿Había preparado algún truco, tal como sospechaba Arkana? Seguramente solo estaba impaciente por que su odiada enemiga se fuera, para

poder alejarse de la Tierra y continuar con su misión. Después de todo, comparada con la destrucción de las Zarayan y la liberación de los sintientes, ¿qué importancia tenía que la Doña se inmunizara contra el envejecimiento?

Arkana le contestó en un tono cargado de veneno.

–Entonces, querida, si te parece, prefiero tomarme mi cóctel en la Indomable –examinó los reflejos ambarinos del líquido–, y discúlpame si te dejo sin compañía.

Arkana pulso su brazalete y un pitido respondió desde el techo. Uno de los paneles se abrió y una araña metálica cayó en el hombro de la Doña. La astuta mascota regresaba con su dueña.

–Bii-li-bip –gorjeó Kyobi, girando su cámara.

–En fin, llegó la hora de las despedidas –Arkana se encogió de hombros con fingida pena–. Doctor Rudenlo…

–Estoy preparado –respondió Tomlin, colocándose junto a ella.

–¿Te marchas con Arkana? –preguntó Azenobeth, sorprendida.

–Eh… sí, creo que puede ser una asociación mutuamente beneficiosa –trató de sostener la mirada de la capitana.

–El doctor tendrá la oportunidad de desarrollar su talento para la corporación Darrensin –confirmó la Doña–. El banco de datos del Refugio es un justo pago por ese privilegio.

Tomlin sonrió con traviesa timidez, sosteniendo un bloque de memoria en su mano.

–Tuve tiempo para copiarlo todo, incluso los libros –me miró.

–Doctor Rudenlo, esa información es propiedad de toda la humanidad –protestó Azenobeth–. No puede sustraerla para…

–No te alteres, Bethi –Arkana levantó la palma de su mano en signo de paz–. Será accesible para todos, a un precio razonable.

–Sin embargo, la memoria contiene secretos que no deben ser revelados a la ligera –añadió el técnico en tono misterioso.

Antes del ataque, Rudenlo había encontrado algo importante en los archivos del Refugio. Por eso había estado nervioso y huidizo.

–Cuéntanos qué es, Tomlin –pregunté, muerto de curiosidad. ¿Tiene que ver con los dioses?

El técnico abrió la boca, pero Arkana lo detuvo y me lanzó una invitación con sus ojos.

–Podrás compartir todo con nosotros, Nadir. Sé que las cosas no han sido fáciles para ti, pero tienes toda la vida por delante, una vida que puede ser muy larga –jugó con el inyectable de la inmortalidad–. Eres inteligente, buena persona, leal con tus amigos

y capaz de superar tus miedos. Necesito a alguien como tú.

Entreví las posibilidades. Quizás pudiera, poco a poco, rescatar a la Numa escondida tras la máscara de Arkana. Estaba ahí dentro, asomando en sus ojos cuando la Doña era vulnerable, cuando olvidaba sus barreras frente al mundo.

–Adelante, Nadir –Azenobeth asintió con una triste sonrisa–. Yo puedo continuar sola a partir de aquí.

Era cierto. Azeni podía tener el medallón y continuar la misión. En poco podía ayudarla ya. Pero en esos momentos no decidí con la razón. Ni siquiera pude sopesar mis sentimientos conscientemente. El camino se iluminó por sí mismo y lo único que pude hacer fue aceptarlo con más o menos temor. El viejo Sidin me lo había explicado en Dercanlea al convencerme de que debía dejar el planeta, a pesar de que él mismo había renunciado a hacerlo. Esos momentos especiales de los que me habló son diferentes para cada uno, pensé, cuando descubrimos que algunos lazos son más fuertes de lo que creíamos y que los vínculos no dependen de nuestras preferencias, ni siquiera de nuestros deseos. Por fin lo entendía.

–No puedo irme, Arkana. Te lo agradezco mucho, pero tengo una misión que cumplir.

–Comprendo –una tristeza lejana hizo temblar sus labios de Numa–. Ya te dije que eras muy leal. Bien, quizás nos veamos de nuevo, si tu vida es larga.

–Es posible –asentí, aliviado por su aceptación–. Cuídate.

–Bien –Arkana se irguió, adoptando su pose de mando–. Es hora de marcharme y comprobar si ese brebaje funciona. ¡Duerme, Kyobi! –ordenó a la mascota.

La muñeca saltó a su mano, donde cayó hecha una bola.

–Te la puedes quedar, Nadir. Como recuerdo –Arkana guiñó un ojo al lanzarme la pelota metálica–. Con la palabra clave puedes desactivar mis programas de seguimiento: es "Xandu". Y tú, Bethi, no me guardes mucho rencor.

–Por supuesto, querida –se despidió Azeni.

Arkana se dirigió hacia la popa precedida por el gigantón de Tomlin. Contemplé por última vez el hipnótico movimiento de sus caderas, haciendo un gran esfuerzo para no seguirlo.

–Espero que no te arrepientas de tu decisión –dijo Azeni cuando desaparecieron los dos.

Su mirada reflejaba sorpresa y ternura. Pero tenía la sospecha de que conocía demasiado bien la naturaleza humana para asombrarse por mi decisión. No supe qué contestarle, así que solo apoyé mi

mano sobre su hombro. ¿Era posible tener sentimientos paternales hacia una mujer que había vivido casi mil años, o es que sentía una perversa atracción hacia las mujeres maduras bien conservadas? Qué confuso resultaba hacerse adulto, reflexioné, qué difícil poder discernir sentimientos y separar los afectos del deseo, si es que era posible separarlos.

Tomand el mando como capitana, Azenobeth activó la pantalla del puente para mostrar la esclusa de salida hacia la lanzadera. Mientras, dejé la bola de Kyobi en un cajón, dudando que alguna vez volviera a abrir la traicionera cápsula.

–Asegúrate en un asiento –me indicó Azeni–. Esperaremos a que esos dos se marchen y saldremos con máxima aceleración.

–Eso si Arkana nos devuelve el control de la Amatista.

–¿Qué crees que he hecho durante media hora? –sonrió–. No necesitaba tanto tiempo para preparar la fórmula.

Le devolví la sonrisa. Tenía que quitarme mi imaginario sombrero. Arkana y ella eran dos maestras de las artimañas.

–Por cierto, ¿funcionará el inyectable que le diste?

–Claro que sí, solo que…

Un grito agudo la interrumpió, la voz de Arkana. Miramos de inmediato la imagen de la cámara. Junto a la esclusa, Tomlin luchaba con la Doña, diminuta a su lado. El científico la sujetaba con sus grandes brazos. Entonces ella le lanzó una patada en la ingle y escapó por el corredor.

–Esa hermosa amistad no ha durado mucho –Azeni alzó sus negras cejas.

A los pocos segundos Arkana entró en el puente, congestionada.

–¡Ese imbécil me ha atacado! –se detuvo, tensa de ira–. Se va a comer sus propios huevos para desayunar, si es que aún los tiene enteros. Si llego a tener un arma…

–¿Qué ha sucedido? –pregunté, sorprendido de que el tímido técnico se hubiera atrevido a tocar a la poderosa Doña.

–Ese gordo estúpido me ha quitado el inyectable.

–¡Tenemos que detenerlo! –exclamó Azenobeth.

La capitana corrió hacia la popa, pero se detuvo al ver llegar a Tomlin, que entró alzando el inyectable en su mano regordeta. La mitad del líquido rosado había desaparecido. El científico caminó hacia nosotros, con signos de dolor en sus partes bajas.

–Demasiado tarde, chicas. Ya he tomado mi ración. Supongo que será suficiente.

–Hijo de una babosa de estercolero –recitó Arkana–. Era mía.

–Oh, no te sulfures, Doña Darrensin. Pensaba darte la otra mitad –dijo Rudenlo sin perder su compostura.

–Ah, ¿sí? ¿Y cómo vas a evitar que te despelleje, doctorcito? Esa fórmula no te hace invulnerable.

–Supongo que no. Pero tengo otra cosa que me salvará de tu ira –unos pliegues de satisfacción se formaron en sus mejillas.

–Tu valioso secreto –adivinó Arkana.

–Mi valioso secreto, ya lo creo. El mayor misterio que ha conocido la humanidad, poderes frente a los cuales la inmortalidad es un juego de niños. Hablo de los dones de los mismos dioses.

–Estás chiflado, Rudenlo –contestó Arkana.

Intuía una verdad tras las palabras del técnico. Sabía que había hallado un terrible secreto en los archivos de la Vieja Tierra. Pero ¿qué encantamiento podía otorgar el poder de los dioses? Tomlin era un tecnólogo, debía estar hablando de un conocimiento científico. Solo podía ser una cosa: la entrada a la dimensión de los Fravashi, la forma de atravesar la barrera dimensional que nos separaba de ellos y acceder a su universo divino, como hacen los puskoru. Rudenlo había estado persiguiendo esa idea desde el principio, intentando averiguar cómo funcionaban los dispositivos Fravashi, dónde se encontraban los inmortales y cómo llegar hasta ellos, comprendí demasiado tarde. ¿Pensaba infiltrarse en sus dominios para robar sus secretos? Al final se había revelado tan hambriento de poder como la propia Arkana.

Sin embargo, Azenobeth no parecía preocupada.

–Lamento darte una mala noticia, doctor –intervino.

La capitana dejó ver el arma con la que apuntaba a Tomlin. Yo sabía que la pistola neuromuscular era innecesaria para Azeni, pero comprendí por qué la utilizaba. Los demás no debían saber la verdad sobre sus capacidades de lucha.

–¿Vas a matarme sin saber lo que he descubierto? –rio Tomlin, despreocupado–. Te aseguro que cambiará tu perspectiva sobre vuestros divertidos juegos con los dioses.

–No voy a matarte si no me fuerzas a ello –respondió Azeni con calma–. El arma es una simple precaución, porque no te gustará lo que voy a decirte.

Tomlin se quedó en silencio, igual que Arkana y yo, preocupados por una maniobra extraña de la capitana.

–Eres un hombre extremadamente inteligente –dijo Azenobeth–,

pero como suele suceder, tu ambición te ha impedido ver lo evidente.

–Déjate de sermones. Arkana tiene razón; es fácil dar lecciones a los que no gozan de tus mismos privilegios.

–No es una lección, solo enuncio un hecho. Deberías haberte dado cuenta de que una fórmula de inmortalidad debe estar asociada a marcadores celulares del ADN y la histocompatibilidad de un individuo específico.

Los tres la miramos, preguntándonos si lo que había dicho tenía sentido.

–Tonterías –replicó Tomlin–. No tomaste ninguna información genética de Arkana, solo pudiste hacer un preparado genérico.

–Podría haber conseguido fácilmente las muestras cuando estuvo congelada, pero no fue necesario. La base de datos de la Alianza contiene todas sus referencias biométricas. Por eso enviaron a Nadir a Habesport, para recoger un objeto de la Doña y comparar sus marcadores biológicos con los del archivo. De esa manera supieron que la misteriosa mujer había estado recientemente en el Palacio. ¿No es así, Nadir?

–Fui yo quien preparó esa misión, listilla –intervino Arkana.

–Eso era evidente. No eres muy sutil –Azeni mantuvo su mirada–. Tu interés en Nadir despertó aún más la preocupación de la Alianza por tus actividades. En todo caso, Tomlin… lo relevante ahora es que los nanobots de esa fórmula identificarán tus células como cuerpos extraños y, como su objetivo es eliminar las amenazas para el organismo de Arkana, comenzarán a destruir todos tus tejidos. Es lo mismo que sucede en el rechazo de un órgano trasplantado, solo que mucho más rápido.

Esperé otra respuesta desdeñosa de Tomlin, pero su rostro había cambiado. En pocos segundos su piel sonrosada se había vuelto grisácea y su sonrisa de suficiencia se había tornado en un rictus de angustia. Arkana lo miraba con verdadero terror.

–Lo siento, Rudenlo –afirmó la capitana–. No imaginaba que harías algo así.

–¡Dame un antídoto! ¡Rápido! –suplicó sin orgullo alguno, luchando contra el dolor que contraía sus temblorosos labios.

–No hay tiempo suficiente.

–¿Y la hibernación?

–No detendría a los nanobots.

–¡Maldita zorra! ¡Te diré lo que quieras! ¡Te lo contaré todo!

Agh… –se sujetó el vientre con las manos, mientras su cuerpo se doblaba–. ¡Llevadme a la burbuja! –pidió entonces.

Comprendí su idea. Quería ganar tiempo.

–Hacedlo –me indicó Azeni–. Intentaré sintetizar un antídoto.

No fue fácil llevar al voluminoso técnico hasta la bodega de carga. Sus piernas se iban volviendo más débiles por momentos y la pequeña Arkana y yo apenas podíamos sostenerlo.

–¡Más rápido! –gritaba Tomlin de tanto en tanto.

Temía que se derrumbara en cualquier momento. Durante el camino intercambié con Arkana algunas miradas para coordinar nuestros movimientos, pero no entablé conversación con ella. No hubiera sabido cómo explicarle mi decisión de quedarme. Pero ella, ¿por qué se quedaba ahora en la Amatista? Lo supe por la forma en que miraba a Rudenlo. Quería conocer el secreto del científico moribundo, como antes había querido saber el de Azenobeth.

Tomlin estaba decidido a llegar a la burbuja a pesar de sus convulsiones de dolor y de las arcadas sanguinolentas que lo asaltaban. Finalmente conseguimos traspasar la compuerta de la bodega. Allí, asegurado entre soportes, estaba el enorme globo blanco había fabricado en en núcleo de Maj Taled.

X

Mientras empujábamos el cuerpo de Rudenlo por la abertura, observé que los postes que atravesaban el globo tenían ahora abrazaderas, unidas por correas de cuero.

La voz quebrada de Tomlin resonó en el interior hueco. Parecía haber mejorado al llegar a la burbuja, como si las esperanzas de sobrevivir aún pudieran sostener su cuerpo agonizante.

–Tenemos que subir… a los arneses.

No podíamos seguir pisando la superficie interior del globo si queríamos poner la burbuja en marcha. Arkana y yo aupamos a Tomlin con dificultad y luego trepamos utilizando los asideros de las columnas.

–Actívala… arriba –me dijo el técnico.

Aunque aún me dolía el costado, no me resultó difícil subir. En el centro, pegado sobre el núcleo donde se escondía el microagujero

negro, encontré el panel de control.

–Uno, seis, cuatro, tres, tres… cinco –recitó Tomlin.

Tras pulsar la combinación, la puerta circular se estrechó, sellándose con un leve siseo. El brillo mate de la superficie fue sustituido entonces por el fantasmal resplandor amarillento. La fisura espaciotemporal del agujero negro se había extendido a nuestro alrededor, separándonos del resto del universo.

–Estamos flotando –reaccionó Arkana, sorprendida por la súbita falta de gravedad.

–Ahora… no podrán escucharnos –comenzó Tomlin.

–Pensaba que nos habías traído para darle tiempo a Azenobeth –contesté.

–Ya es… tarde para eso –dijo, vomitando pequeñas gotas negras.

Su rostro se estaba oscureciendo como un gigantesco hematoma. Arkana lo miró con aprensión.

–¿Qué descubriste? –preguntó la Doña.

–El origen de los Fravashi… todo está aquí –señaló su bolsillo.

–¿El origen? ¿Qué quieres decir? –pregunté.

–Los Fravashi no son verdaderos… dioses –se atragantó–. No puedo… ¡no puedo ver!

Sus globos oculares sobresalían de su cara demacrada, totalmente negros.

–Está desvariando –opinó Arkana.

–Sigue, Tomlin, te escuchamos.

–Los Fravashi son… –el esfuerzo hacía temblar su mandíbula– … eran… terrestres.

–¿Cómo? –exclamé por puro reflejo.

Arkana tenía razón. Lo que decía no tenía sentido.

El técnico levantó su mano hinchada, exigiendo silencio.

–Documentos del gobierno… redes sociales… los humanos jugaban en… comunidades virtuales.

Era exasperante y triste escucharlo, tratando de hilar las palabras mientras sucumbía a la plaga que devoraba sus células. Pero, ¿qué pretendía decir? Había mencionado un juego…

–Transhumanistas… descubrieron cómo… vivir virtualmente… en computadoras.

Mundos simulados. Habíamos hablado de esa posibilidad en alguna ocasión. ¿Habían desarrollado esa tecnología los humanos en la Vieja Tierra? ¿Qué tenía eso que ver con los dioses?

–La Guerra de Secesión… los Transhumanistas… decidieron huir… al espacio… expulsados… furiosos… se convirtieron en… inmortales.

–¿Cómo lo hicieron, Tomlin? –intervino Arkana, atenta.

–Metieron sus… consciencias… en grandes ordenadores… crearon sus propios… mundos.

Arkana hizo una mueca de disgusto.

–¿Esos humanos que huyeron de la Tierra se convirtieron en dioses, viviendo en mundos virtuales? –recapitulé.

–Sí… los Fravashi.

Tomlin no desvariaba. Pero seguía siendo una locura. La idea me dejó sin respiración: Los dioses Fravashi… no eran más que antiguos humanos. No estaban en otra dimensión, sino en algún lugar del universo sintiente, viviendo en gigantescas computadoras. No era nuestro mundo el simulado, como Jared había intentado hacernos creer, sino el de los inmortales. Pero no era posible. El científico debía haber interpretado mal los documentos.

–Tomlin –busqué signos de vida en sus ojos vacíos–, ¿cómo iban entonces los Fravashi a comunicarse instantáneamente? La velocidad de la luz…

–Usan repetidores… taquiónicos… lee a… R. L. Backward. La señal viaja hacia atrás… en el tiempo.

–¿De qué narices habla? –Arkana se había perdido.

–Te lo explicaré luego. Pero… –insistí a Tomlin, resistiéndome a aceptar que lo que había creído durante años era falso– ¿por qué unos humanos inmortales querrían hacernos sufrir, por qué nos embarcarían en las cruentas guerras de su Juego?

–No… no lo sé –balbuceó con lágrimas teñidas de rojo–. Quizás nos odian… quizás… están locos.

–¿Ese es el gran secreto que nos otorgará el poder de los dioses? –protestó Arkana–. Unos tipos chiflados huyeron de la Tierra en mundos virtuales y andan por ahí, regalando la inmortalidad a su capricho. Bueno, quizás podríamos negociar con ellos…

Mi cabeza daba vueltas en un remolino de sorpresas difíciles de asimilar. Sentía que faltaba algo, una pieza crucial del rompecabezas.

Tomlin trataba de decir algo más, pero el dolor lo ahogó. Las gotas negras que había vomitado desaparecieron con un brillo cegador al tocar la barrera luminosa que nos encerraba.

–Esferas… –consiguió articular Rudenlo.

–¿Qué pasa con las esferas, Tomlin? –le apremié.

Maniobré en la ingravidez para acercarme a su lengua amoratada.

–¿Qué pasa con las esferas? –repetí.

Las Zarayan eran la clave de todo. Siempre lo había sabido.

–Esferas… –siguió Tomlin con angustiosa lentitud– … de materia condensada… son poderosas… computadoras… los Fravashi viven… dentro de… ellas.

Había cerrado mis ojos, rogando que aguantara vivo un minuto más. Quizás por eso sus palabras me atravesaron el cerebro como una descarga de plasma, iluminando toda mi vida bajo una nueva luz, transformando mi realidad en una imagen inexplicable, una caricatura de mis creencias. Los humanos transformados en los dioses Fravashi vivían en las trece esferas. Mi mente reinterpretó los acontecimientos a toda prisa, desde la visión de mi primera Zarayan bajo el suelo de Vikatee. Los Fravashi habían estado refugiados en la ciudad flotante durante mil años, viviendo en trece computadoras de materia condensada. Yo me había colgado a una de ellas para sobrevivir a la caída desde la ciudad, las había utilizado para matar al Almirante Kautrk y había visto aparecer el avatar Fravashi junto a dos de las Zarayan –¡con razón!–. Ellas me habían llamado en la Samotracia, antes de ser robadas por los Mukjasar. La inagotable energía de las Zarayan alimentaba los mundos virtuales desde donde los antiguos terrestres nos controlaban enviando mensajes taquiónicos a los puskoru, comunicándose instantáneamente con su vasta red de estrategas y agentes. Y el objetivo del absurdo Juego era volver a reunir esas trece esferas. ¿Por qué? ¿Por qué ejecutaban los Fravashi esa macabra danza con sus propios hogares?

–Nadir…

Abrí los ojos. Seguía en la burbuja, apartado temporalmente del universo sintiente. Aquí dentro éramos casi como los Fravashi, pero no podíamos comunicarnos con el exterior.

–Nadir… –repitió Rudenlo.

–Estoy aquí. Te escucho.

–Quería… –el técnico consumía sus últimas fuerzas–… quería construir mi propio hogar… cambiar… para no ser… un feo gordo… que nadie quiere… pero tú… tú fuiste… mi amigo. Gracias…

Fueron sus últimas palabras. Los labios oscurecidos temblaron unos instantes y se quedaron definitivamente inmóviles. El cuerpo de Tomlin quedó flotando, una estatua de agrietado carbón sujeta

por una telaraña de correas y postes. Lloré por su trágico fin. Era el hombre más inteligente que había conocido, casi mi única compañía entre los habitantes del asteroide. Me había mostrado, y ayudado a comprender, desconocidas maravillas del universo. Al final había sucumbido a sus debilidades y deseos, y en eso no era mejor ni peor que cualquier otro ser humano.

Incluso Arkana parecía impresionada. Para una persona tan preocupada por el aspecto físico debía ser duro haber visto la terrible transformación, y pensar que podía haberle sucedido a ella. Sobreponiéndome, tomé el bloque de memoria del bolsillo de Tomlin y trepé hacia el núcleo, donde encontré el botón de parada. Antes de apretarlo pensé que si moríamos aquí nadie conocería el secreto de los Fravashi; el relato de Rudenlo y la información del Refugio quedarían perdidos para siempre.

Pulsé el botón, cerrando mis párpados. Cuando el zumbido cesó abrí los ojos. La abertura circular se estaba ensanchando de nuevo, ofreciéndonos una salida al imperfecto universo material.

–Nadir… –Arkana controló su voz, tratando de volver a ser la mujer segura y poderosa–. ¿Vas a contarme qué significa esa historia de las esferas?

–Ignora lo que ha dicho, Arkana. Tenías razón. Tomlin estaba desvariando.

–¡No me tomes por estúpida!

Cuando salí a la bodega todo me pareció diferente. Aparentemente los grises mamparos eran los mismos y el olor del purificador de aire no había cambiado, pero… todo me pareció tener más sustancia, haber adquirido un tono y una textura más concretos. Todo resultaba más real que antes.

Me embargó la extraña sensación de haber sido liberado. Los que hasta entonces había creído dioses no eran ni omnipotentes ni omnipresentes; eran tan humanos como yo y estaban encerrados en trece pequeñas cárceles. Tenían un gran poder, sí; controlaban flotas estelares, naciones e imperios, y las lealtades y odios de billones de seres. Pero yo tenía la llave de su destrucción.

Ayudé a Arkana a salir por el esfínter de la burbuja, notando la tensión contenida en su delgada mano y su mirada vigilante. Temía más a esa frágil figura que a todos los Fravashi juntos.

Encontramos a Azenobeth en el laboratorio, observando en su terminal el esquema de una rara criatura sobre la que aplicaba coloridas formas tridimensionales.

–¿Habéis dejado a Rudenlo en la burbuja? –preguntó al vernos.

–Me temo que ha muerto –anunció Arkana–. Cuelga dentro de esa bola como un melón de Katlain carbonizado.

–¿Tan rápido? –exclamó la capitana–. Pensaba que iba a congelar el tiempo en la burbuja.

–¿De qué habla? –me preguntó Arkana.

–La burbuja se puede programar para que el tiempo en su interior transcurra a diferente velocidad –expliqué.

–Acababa de empezar con el antídoto –Azeni señaló la pantalla–. Vaya, siento lo del doctor. Hubiera podido hacer tantas cosas interesantes si no hubiera… –dejó caer una mirada acusadora sobre Arkana.

–¿Uno de los nanobots del vial? –preguntó la Doña, observando la imagen del terminal–. Es increíble.

–Olvídalo –respondió Azeni con brusquedad–. Tu mascota no pudo acceder a mis diseños.

–No importa –sonrió turbiamente Arkana–. La nave sigue en mi poder. Tendré tiempo para extraerlos.

–Prometiste soltarnos –respondió la capitana con desprecio.

¿Por qué Azeni jugaba con Arkana? Había dicho pocos minutos antes que teníamos otra vez el control de la Amatista.

–Prometí soltarte a cambio de algo –respondió la Doña–, pero el episodio con el doctor ha aumentado mis dudas sobre el inyectable.

–Si ese es el problema, puedo disipar tus suspicacias. ¿Ves este componente en la cabeza? –mostró la estructura del nanobot, ampliándola hasta que se hizo visible una madeja de hilos–. Aquí está tu marcador celular.

–Podría ser cualquier cosa –se burló Arkana.

–Permíteme.

Moviéndose como un relámpago, Azenobeth hizo un gesto hacia la Doña y se retiró con una aguja entre los dedos.

–¡Ay! –se quejó Arkana–. ¡Me has inyectado!

–He tomado una muestra de tu sangre.

Azenobeth pasó la aguja sobre una placa y añadió unas gotas de

líquido rosado tomadas de un matraz. Tras meter la placa en una ranura del terminal, la pantalla mostró una nube de células, los glóbulos rojos de Arkana, nadando junto a otros corpúsculos. La imagen se amplió de nuevo y pude distinguir unos nanobots de aspecto burdo, pequeños huevos con sencillas pinzas.

–Tus toscos productos, querida –apuntó Azenobeth–. Y por aquí –desplazó la imagen– viene la caballería.

Un alud de nanobots insectoides apareció, impulsándose con sus colas. Utilizaron sus brazos móviles para aferrarse a los glóbulos rojos y, tras inspeccionarlos, los dejaron marchar. Entonces uno de los robots atrapó otro corpúsculo.

–Una bacteria. Observad –indicó la capitana.

El nanobot extendió un largo tubo hacia el interior de la célula extraña. El color de la bacteria se oscureció rápidamente y su membrana se disolvió, dejando salir el líquido grisáceo.

–Ya veo –Arkana observaba fascinada los diminutos guerreros–. Admito que es una demostración convincente. Valdrían una fortuna.

La Doña sostenía en su mano el inyectable, aún lleno hasta la mitad. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo tenía.

–Se descompondrán en unos minutos –Azenobeth alzó los hombros–. Después no te servirán de mucho.

La Doña levantó su brazalete.

–Rutko, contacte con la Indomable. Quiero aquí las tropas en dos minutos.

La Doña se quedó esperando la contestación.

–¿Qué demonios… ? ¡Rutko, responda!

–No gastes la voz –Azenobeth no disimuló su diversión–. He cortado las comunicaciones.

–Zorra, ¿cómo has podido?

–Mi nave no estaba tan indefensa. Al advertir mi presencia activó ciertas salvaguardas.

–¿Ahora vas a secuestrarme? –la desafió Arkana.

–Solo quiero que nos dejes en paz de una vez. Tenemos trabajo que hacer.

–Claro, os dejaré tranquilos –sonrió Arkana–. Pero es justo que me quede con mi regalo.

Antes de acabar la frase, la Doña aplicó el inyectable sobre su hombro. Azenobeth no movió un dedo para detenerla. Ocultaba algo. Todo lo que había dicho a Arkana en los últimos minutos era puro teatro. Por el momento su enemiga se limitó a sonreír,

rompiendo el inyectable vacío contra el suelo.

–Ahora supongo que me dejarás ir a la lanzadera.

–Por supuesto –respondió Azeni con absoluta calma–. Eres libre de marcharte. Pero no tengas prisa. Te recomiendo que descanses un poco. La pócima causa una ligera somnolencia mientras se desarrolla la acción reparadora.

–¿Cómo? –se enfadó Arkana, tambaleándose–. ¡Es una trampa! ¡Rutko…!

Sostuve a Arkana antes de que se desplomara y la deposité sobre una silla retráctil del laboratorio. Sus ojos abiertos me miraban con miedo.

–Descansa, todo irá bien –le susurré.

Tras quedarse dormida su rostro pareció de nuevo el de una simple muchacha agotada por las emociones.

Un minuto después, Azeni y yo estábamos en la burbuja de aislamiento, con el cadáver oscuro y arrugado de Rudenlo colgando en su arnés. No sabía por qué había insistido la capitana en que viniéramos, pero me serviría para poder hacerle algunas preguntas, libres de los ojos y oídos de posibles espías divinos.

–Actívala –me pidió tras asegurarnos con las correas.

Pronto flotamos bañados por el brillo ambarino.

–Así podemos hablar tranquilamente, sin consumir tiempo del exterior –explicó la capitana, que parecía cansada–. Pero primero deberíamos deshacernos de su cuerpo –señaló lo que quedaba de Tomlin.

El funeral no fue muy ceremonioso. Me limité a soltar las correas que sujetaban a Rudenlo y a empujarlo hacia la barrera. Azeni contribuyó con unas palabras.

–Las cenizas vuelven a las cenizas –entonó cerrando los ojos–, el polvo al polvo… para que la materia y la energía regresen a su origen y se reencarnen en nuevas vidas.

–Que así sea –respondí ritualmente.

Había perdido otro amigo, uno más en la larga cadena de muertes que me perseguía.

El cuerpo de Tomlin desapareció al atravesar la barrera, con una explosión de luz que se extinguió junto a sus últimos restos. Azenobeth abrió entonces sus ojos.

–¿Qué te contó antes de morir? ¿Cuál es ese secreto que les iba a permitir convertirse en dioses?

No se trataba de una orden, pero tampoco de mera curiosidad. ¿Debía revelar a Azeni, la agente que había sacrificado siglos de su vida por los Fravashi, que sus amos no eran más que humanos renegados, viviendo en las esferas por las que tanto habíamos sufrido? ¿Cómo reaccionaría? Yo sabía ahora que si utilizábamos la llave de la Insignia para destruir las esferas, no solamente detendríamos el Juego, sino que eliminaríamos totalmente a los dioses, incluyendo a los Gayoma a quien ella servía. ¿Era eso lo que buscaban, su propia muerte?

–¿Y bien? –insistió ella tras mi silencio–. Tienes el banco de memoria –vio el bulto en mi camisa–. ¿Qué encontró Rudenlo?

–Creo que por fin os entiendo, a ti y al viejo Sidin –dije–. El conocimiento debe ser manejado como un arma poderosa que puede dispararse contra quien la empuña. Solo debe entregarse cuando llega la necesidad.

–Y cuando el otro está preparado –completó Azenobeth–. ¿Aún desconfías de mí?

–No es eso, pero tú tampoco me cuentas todo. ¿Qué le has dado realmente a Arkana? Le dijiste que solo los dioses otorgaban ese don, que no podías dárselo tú misma.

–En esa ocasión no le mentí –sus labios moldearon una sonrisa casi imperceptible.

–Le diste tu palabra.

–No me dejó otra opción.

–¿Entonces qué valor tienen tus promesas?

–Oh, no seas tan simple. Una palabra no tiene validez cuando se da bajo coacción. ¿No prometerías lo que fuera si las vidas de tus amigos dependieran de ello, si la liberación de la humanidad estuviera en juego?

–¿Qué le has dado a Arkana para liberar a la humanidad de su grave amenaza? ¿Un somnífero eterno?

–La verdadera poción de inmortalidad contiene varios tipos de nanobots que trabajan de forma coordinada.

–La versión corta, por favor –no quería una explicación científica al estilo de Tomlin.

–Por un lado están los que reparan las células y limitan el crecimiento estructural: colágeno, tejido conjuntivo, cartílago…

–Permiten vivir para siempre.

–Sí. Pero los dioses no dan nunca su fórmula, solo la transmiten a los puskorus para que, llegado el caso, ellos realicen la síntesis de

las diminutas máquinas.

–¿Y los otros nanobots?

–Actúan sobre el cerebro. Es el órgano más difícil de mantener en funcionamiento durante un largo tiempo.

–Las neuronas no se regeneran –comprendí.

–Aparecen algunas nuevas, pero no sustituyen a las que van muriendo. Además, las conexiones neuronales antiguas tienden a mantenerse, y el sistema de aprendizaje y memoria se vuelve menos flexible. Los ancianos no adquieren tantos nuevos recuerdos y conocimientos como los jóvenes, se van refugiando en aquellos que les quedan. A medida que envejecemos nos atrincheramos en nuestras creencias y evitamos los riesgos y la incertidumbre.

–Una persona inmortal se volvería cada vez más rígida –deduje.

–El segundo componente de la fórmula se encarga de evitarlo. Aumenta el ritmo de producción de nuevas neuronas y rompe selectivamente las conexiones para que puedan formarse otras. Es un proceso complejo. Arkana está ahora inmersa en un profundo sueño mientras estos nanobots hacen su trabajo, como la limpieza que realiza nuestro cerebro durante la noche.

–¿Qué quieres decir? ¿Estás borrando su mente?

–Selectivamente. Desaparecerán los recuerdos y conocimientos adquiridos a partir de su madurez biológica y se estimulará su plasticidad neuronal. Su mente rejuvenecerá al mismo tiempo que su cuerpo. La fórmula que le di no contiene la inmortalidad, pero sí una batería completa de reparación y protección. Después, Arkana seguirá envejeciendo normalmente, pero su reloj habrá vuelto atrás. Tendrá una segunda oportunidad.

–Volverá atrás su reloj, ¿hasta cuándo? –pregunté, aturdido.

–Hasta los dieciocho o veinte años. No hay un umbral preciso. Algunos recuerdos anteriores desaparecerán y otros más tardíos se mantendrán desconectados, como si vinieran de un sueño. Se sentirá confusa al principio, pero su personalidad básica seguirá intacta y libre para aprender de nuevo, para tener otras experiencias y seguir otros caminos.

–Es monstruoso, como si la hubieras matado. ¿Tanto te molestaba? Podías haberla dejado ir. Tenías el control de la Amatista.

–Ya lo viste, Nadir. Ella quería la inmortalidad. Y nunca hubiera sido inmortal sin antes olvidar. No es posible. Le advertí que pagaría un alto precio. Es por su propio bien. Se ha liberado de su pasado.

Por la forma en que se había emocionado al hablar, era obvio que Azeni había sufrido la misma experiencia. Al otorgarle los Fravashi la inmortalidad, la capitana debió perder sus recuerdos de adulta. Volvió a ser una jovencita. No debió ser fácil encontrarse de repente en un entorno desconocido, con gente a la que no recordaba. Entonces pensé en Sidin, en su rechazo a la inmortalidad. Su negativa adquiría ahora otro significado. Quizás el viejo se había negado a rejuvenecer para poder conservar sus recuerdos, para no olvidar que tenía una familia, una mujer y un hijo.

–Desde luego, ha resultado muy conveniente para ti –miré a la capitana, todavía disgustado.

–Es lo mejor para todos.

–¿Qué vas a hacer con ella?

–Dejarla marchar –respondió Azeni–. Sigue siendo la mujer más rica del mundo y tiene muchos recursos a su disposición. Se recuperará y vivirá al menos cincuenta o sesenta años más.

–Rutko y los demás le contarán lo que ha pasado, la historia de vuestros enfrentamientos y el viaje hasta la Vieja Tierra. Imaginará que la has engañado y te aborrecerá aún más.

–Quizás no. Es posible que nada de eso le importe ahora. El recuerdo de lo que le sucedió en Maj Taled y las emociones negativas asociadas habrán desaparecido. Nuestra enemistad ya no significará nada para ella.

–Entonces ¿no se podría quedar con nosotros? –propuse, sabiendo que era una idea ridícula.

–Ja, ja –Azenobeth rio hasta que se le saltaron las lágrimas.

Cuando volvió a hablar, la tensión había desaparecido. Éramos solo dos amigos que discutían planes alocados en una situación absurda.

–Y decías que yo buscaba beneficiarme –rio de nuevo.

–Piénsalo. Tendríamos una poderosa aliada. Hasta los imperios hrtar y Mukti compran sus productos. Si la ponemos de nuestro lado tendremos acceso a su flota comercial, a su sistema de información y comunicaciones, y seguramente a una red de espías y contrabandistas extendida por todos los sistemas.

–¿Piensas convencerla de que ella y yo somos buenas amigas de la infancia?

–No es una mala idea.

Azenobeth se frotó ambas sienes con una sola mano.

–La verdad es que necesitamos aliados. Tanto Ahura Masda y la Alianza como Angra Mainyu con sus imperios guerreros, van a ir a por nosotros. Ahora ambos sabrán que Gayoma no ha desaparecido y lucharán para evitar que saboteemos su reconquista de las esferas. Sabemos demasiado, y no van a tener ningún escrúpulo con nosotros.

La situación era incluso peor de lo que Azenobeth pensaba. Los dioses debían detenernos a toda costa, no solo para defender su Juego, sino su misma existencia. Los Gayoma estaban dispuestos, por alguna razón, a afrontar su desaparición, pero para los demás Fravashi nos habíamos convertido en una amenaza de muerte.

–Entonces, ¿qué hacemos? –pregunté con preocupación.

–Yo seguiré adelante –respondió la capitana con resignación–. El plan era infiltrarnos en la operación de Ahura para el rescate de las Zarayan, pero una vez han descubierto mi tapadera no puedo pedirte que continúes conmigo. Lo mejor es que te marches con Arkana. Ahora puede ser diferente con ella. Será una muchacha de tu misma edad.

Lo decía sinceramente. Resultaba tentador, comenzar una vida con Arkana, dos jóvenes inexpertos y aventureros, de igual a igual, Numa y Nadir. Pero no funcionaría. Arkana siempre sería la rica y poderosa Doña Darrensin y yo un jovenzuelo sin patria ni oficio, perseguido por media galaxia.

–Me quedo contigo –decidí–. Si me explicas el plan.

–Sencillo. Gayoma aún tiene espías entre las facciones Fravashi. Nos avisarán cuando localicen el escondite donde Angra Mainyu piensa juntar las trece Zarayan y de alguna manera aprovecharemos la operación de Ahura Masda para recuperarlas. Una vez lleguemos al lugar elegido, les quitaremos las esferas y las destruiremos.

–Parece coser y cantar.

No sabía si reír o llorar. Quizás debía reconsiderar la decisión de quedarme.

–No va a ser fácil, pero guardamos algunas sorpresas –me animó Azeni–. Aparte de mis cañones de antimateria, tenemos la burbuja de aislamiento.

–El agujero negro… podríamos usarlo como arma.

–No creo, pero el globo nos servirá para movernos más rápido que cualquier nave tripulada. La burbuja nos aislará, y la Amatista podrá utilizar sus motores al máximo sin aplastarnos. Además, el viaje será instantáneo para nosotros. No necesitaremos la hibernación.

–No lo entiendo. Creía que el tiempo dentro de ella transcurría más lento.

–Todo depende de cómo se reconecten los dos universos separados cuando se abre la portilla. El doctor Rudenlo era un genio –miró la barrera donde sus restos se habían desintegrado–. Su muerte nos ha situado en desventaja. No sé qué tecnologías pondrán en marcha los Fravashi para detenernos.

–Pero tú también guardas tus propias sorpresas –apunté con un dedo acusador–. Vi lo que les pasó a los soldados hrtar en el Refugio. No pude verte a ti, pero sí los agujeros que dejaste en sus cuellos. ¿Cómo lo hiciste?

–Otro modelo de nanobots. Crean refuerzos en las fibras musculares, en los pulmones y en los circuitos sensoriales y motores –pasó los dedos por su brazo engañosamente delicado–. La velocidad de percepción y movimiento se acelera unas veinte veces. Casi no da tiempo a pensar.

–Por eso no podía verte, ni ellos tampoco.

–El Refugio estaba oscuro. Eso ayuda bastante.

–Además de ser inmortal eres también una máquina de matar –la miré con cierta aprensión.

–Los Gayoma me dieron los dos poderes. La reconstrucción celular no siempre es suficiente. A veces hay que moverse con rapidez para sobrevivir. Pero los nanorefuerzos gastan mucha energía. En un par de minutos pueden consumir todas tus reservas. Hay que usarlos con cuidado. Se requiere un duro entrenamiento para controlar la aceleración y para que el cuerpo sea capaz de almacenar energía suficiente.

–¿Me enseñarás?

–Tendrás que aprender a utilizar esa técnica, y algunas otras. Los Fravashi utilizarán cosas peores contra nosotros.

XII

Antes de marcharnos quise echar un último vistazo a la Vieja Tierra y Azeni me concedió el capricho. La pantalla del puente nos mostró la imagen del enorme globo grisáceo lleno de cicatrices, aún resplandeciendo con monstruosas explosiones y rayos de plasma.

Qué insensatez. No había sido suficiente que la Guerra de Secesión destruyera prácticamente toda la vida del planeta y estuviera a punto de extinguir la raza humana. Irónicamente, si Tomlin estaba en lo cierto, los renegados Fravashi podían haber sido los únicos en salir con vida del mundo original.

Tras despedirnos de la Vieja Tierra, Azeni desconectó la lanzadera de su anclaje en la Amatista. Rutko había permanecido allí, fiel a su Doña, esperándola sin poder comunicarse con ella, pero ahora se veía obligado a abandonarla sin saber lo que le había pasado. Azeni ni siquiera se molestó en enviarle una nota de explicación.

Tras dejar libre a Rutko, nos introdujimos en la burbuja para probar la teoría del viaje instantáneo. Llevé conmigo a Arkana utilizando una camilla flotante. La rejuvenecida Doña seguía durmiendo plácidamente, con buen aspecto después de que Azeni le hubiera inyectado una solución de nutrientes.

Cuando la barrera se apagó y salimos de nuevo a la bodega de la Amatista comprobamos que, mientras habían pasado unos pocos segundos para nosotros, la nave de Azeni había empleado su prodigiosa aceleración durante cinco días para alejarnos de los peligros que rodeaban la Tierra. Éramos por fin libres para ir donde quisiéramos.

Dejé de nuevo la litera de Arkana en su soporte del puente. Azeni le quitó por fin el brazalete de seguimiento. Para bien o para mal, la Doña era ahora nuestra responsabilidad. Sobre todo la mía, por convencer a la capitana de que la lleváramos en la Amatista. Temía el momento en que despertara. ¿Y si se negaba a continuar con nosotros? Quizás nos pidiera regresar al mundo que recordaba en su juventud, un mundo que ya no existía. Al mismo tiempo, tenía la esperanza de que Arkana se transformara realmente en Numa, de que los nanobots le hubieran devuelto también su inocencia y su alegría juvenil, y que hubiera olvidado todo aquello que la había hecho luchar contra su propio cuerpo. Deseaba que ahora pudiera estar conforme con ser quien era, por dentro y por fuera.

Me senté en uno de los puestos mientras Azenobeth se ponía a preparar el plan de vuelo. Iba a buscar un lugar para tratar de comunicarnos con los Gayoma. Aunque el viaje fuera instantáneo para nosotros, la nave tendría que emplear años para llegar, esquivando posibles emboscadas enemigas, peligrosas nubes de gas, restos cometarios e incluso estrellas apagadas. Azeni tenía que programar el mecanismo de seguridad que la burbuja tenía en su concha externa para que rompiera la discontinuidad y abriera la

entrada en caso de que cualquier emergencia nos amenazara.

Mientras Azeni preparaba los programas, aproveché para revisar el cubo de memoria de Rudenlo. Afortunadamente el científico no lo había protegido con una marca biométrica. En el menú principal encontré su aplicación de búsqueda y una carpeta llamada "Fravashi", que contenía una larga lista de enlaces a videoprogramas, artículos y conversaciones. Cada contenido estaba identificado con etiquetas: "transhumanos", "computación", "juegos", "guerra". No sé cuánto tiempo estuve leyendo, escuchando extractos de noticias y ojeando las interminables charlas entre los protagonistas de la destrucción de la Vieja Tierra. Me sumergí en recuerdos que no eran los míos pero que resultaban aterradoramente reales, como si la burbuja me hubiera transportado a esa época distante, hace miles de años, al planeta superpoblado en el que una generación de emprendedores escapó al espacio para alimentarse de asteroides y cometas, asentando raíces en satélites y hábitats solares mientras los veinte mil millones de terrestres se enfrentaban a un duro destino.

El cubo de memoria era el testamento de una sociedad increíblemente compleja en la que convivían multitud de naciones, razas, lenguajes e ideas contrapuestas sobre la crisis que se cernía sobre la especie, confinada a un único sistema estelar. Durante siglos cada avance en ciencia, ingeniería, energía y medicina había contribuido a que aumentara el número de humanos, pero ese incremento no podía durar para siempre. La situación se hizo cada vez más insostenible. Incluso las poblaciones menos desarrolladas consumían enormes cantidades de energía y recursos. Las frecuentes plagas, revueltas y hambrunas no contenían por mucho tiempo el crecimiento.

La población con mayores recursos se refugió en sus privilegios o escapó a los hábitats del espacio, y con el aumento del precio de las materias primas, la colonización del sistema solar se hizo rentable. Extraer minerales y productos químicos, o cultivar alimentos en los asteroides, cometas y satélites del sistema, se volvió un gran negocio, y los que invirtieron en el espacio se convirtieron en una élite económica que dominaba la Vieja Tierra desde las alturas, aislados de los disturbios que la asolaban.

Pero nadie estaba contento con esta situación. Para los espaciales era inútil disponer de grandes reservas de dinero terrestre, pues no deseaban gastarlas en el hacinado planeta, ni podían utilizarlas para comprar bienes que llevar al espacio. Vencer la pesada gravedad del planeta era mucho más caro que producir lo mismo en la Luna, el

cinturón de asteroides o los satélites de Júpiter. Así que los espaciales dejaron de comerciar con los terrestres. Habían creado nuevas ciudades con sociedades dinámicas, sin problemas de espacio, contaminación o enfermedades.

Los terrestres se quedaron sin su única posibilidad de salvación y eso, por primera vez, unió a todo el planeta. Empeñaron sus recursos, aún ingentes, en la construcción de una flota de naves capaces de salir de la órbita y amenazar los hábitats espaciales, pensando que el chantaje les haría negociar. Al fin y al cabo, pensaban, los tipos del espacio eran un puñado de engreídos que vivían en el frágil entorno del vacío o rodeados de atmósferas irrespirables, donde cualquier accidente significaba la muerte instantánea. No tenían la más mínima posibilidad contra un planeta hambriento.

Mientras tanto otra trama de la apasionante historia terrestre llegó también a su culminación durante el comienzo de la Guerra de Secesión. Desde hacía décadas muchos habitantes de la Vieja Tierra habían huido del entorno inseguro y asfixiante de las ciudades, pero no hacia el espacio –carecían del dinero para hacerlo–, sino fuera de la realidad misma. Nuevas drogas de diseño y refinados dispositivos de realidad virtual por contacto neural les permitían vivir la práctica totalidad de su tiempo en un entorno artificial que los aislaba del mundo exterior en declive.

El uso de las drogas fue fomentado por los gobiernos para reducir los costes sociales. ¿Qué mejor solución para la superpoblación que los ciudadanos improductivos se eliminaran a sí mismos con una sonrisa de felicidad? Los más listos huyeron de la adicción física hacia realidades virtuales que replicaban heroicas civilizaciones del pasado o reinos de fantasía donde podían encontrar aquello que la Tierra ya no les daba. El software y el hardware para simular estas sociedades artificiales evolucionó durante siglos hasta que mediante la conexión neural se consiguió una inmersión total en la percepción, la acción y las emociones del juego. Para unos era solo un pasatiempo: convertirse en un pirata que saqueaba naves espaciales cargadas de tesoros, construir con los despojos su propia base en un asteroide capturado a los comerciantes del Sol Negro, formar parte de una poderosa alianza de insurrectos sin piedad, e incluso dominar personalmente todo un cuadrante galáctico. El software tenía infinitas posibilidades, y los más avispados florecían como estrategas y políticos dentro del los universos virtuales.

Los desarrolladores de los programas también jugaban, con cartas marcadas. Habitaban a escondidas los mundos que ellos

habían creado y se divertían manipulando las reglas para favorecerse a sí mismos. Los juegos virtuales movían inmensas cantidades de dinero dentro de sus dominios, pero también en el mundo real. Las apuestas se fueron convirtiendo en un factor importante de las simulaciones. Tanto los especuladores financieros del mundo físico como las mafias internas del juego luchaban por hacerse con el control de los mercados mientras los lances y batallas de las comunidades más famosas eran seguidos con febril obsesión por medio planeta.

Un grupo de científicos y desarrolladores de juegos comenzó a aglutinarse alrededor de una idea revolucionaria. Los Transgresores, como se denominaron a sí mismos, influidos por la antigua filosofía transhumanista, se plantearon llevar la totalidad de sus consciencias al interior de un mundo virtual y separarse para siempre de la realidad material. Rechazaban la degeneración de la cultura terrestre, pero también la escapatoria de los emprendedores espaciales. Los Transgresores soñaban con una democracia perfecta en el ciberespacio, donde todos podrían superar las limitaciones de sus cuerpos y las barreras de los privilegios, dejando atrás los intereses corruptos de los poderes terrestres. Sin embargo, los más realistas entre ellos se prepararon para liderar la batalla por el control de una nueva dimensión.

La oportunidad para los Transgresores surgió al crearse INCOG, la infraestructura de computación global. Los avances técnicos en la manipulación de materia condensada, formada al colapsar los átomos en una masa de neutrones, permitían concentrar en un volumen igual a una canica los circuitos equivalentes a todos los ordenadores de la Vieja Tierra. Los gobiernos terrestres soñaron con una red de cálculo y comunicaciones para coordinar la vigilancia y el control de los miles de millones de habitantes, mientras se les compensaba ofreciéndoles mundos virtuales con un nuevo nivel de realismo. El principal problema técnico del proyecto INCOG era la inestabilidad de la materia condensada, la posibilidad de un accidente catastrófico en la insegura superficie terrestre. Finalmente se optó por desplegar la INCOG en el espacio, gracias al acuerdo conseguido entre terrestres y espaciales, unos años antes de la crisis que condujo a la Guerra. Se había planeado una constelación de treinta y ocho satélites artificiales en órbita baja, con núcleos de computación de materia neutrónica dotados de interfaces físicas de avanzada nanotecnología y sistemas de comunicación taquiónica, prácticamente instantánea, para enlazar con las redes de la Tierra. El gigantesco coste del proyecto hundió aún más la economía

terrestre, pero a cambio se ofrecieron vagas esperanzas a los millones atrapados en el planeta.

Resultaba difícil seguir el hilo de lo que había sucedido después. Tomlin había enlazado retazos de conversaciones, mensajes desencriptados e informes de los servicios secretos. Al parecer, los Transgresores se habían infiltrado en el desarrollo de INCOG. Uno de sus equipos clandestinos había adaptado los primeros escáneres de nanoestructuras para capturar las estructuras más finas de un cerebro humano; sus conexiones sinápticas, sus recuerdos y sus patrones de percepción y respuesta. Tras dos años de pruebas con voluntarios en situación terminal, tuvieron sus primeros éxitos en la replicación funcional de los procesos mentales. Los clones virtuales podían ver, pensar y responder como si estuvieran en el mundo real, y esos pioneros ayudaron a los técnicos a hacer los retoques necesarios al software. A partir de ahí todo sucedió rápidamente, acelerado por los preparativos de la Guerra.

Gracias a un programadora conocida como Mithra, los Transgresores se infiltraron en el primer mundo virtual implantado en los satélites de la INCOG, un multijuego hiperrealista masivo llamado Persia Renacida, inspirado vagamente en la mitología zoroástrica de la antigua Mesopotamia. Como era habitual, Persia Renacida combinaba elementos antiguos y futuristas, e incluía una sofisticada estructura de apuestas en la que participaban los propios jugadores.

Comencé a temblar mientras desentrañaba los detalles. Tenía frente a mí una explicación clara y aterradora del origen de los Fravashi. Los Transgresores habían invadido el mundo virtual de un juego, Persia Renacida, adoptando su antigua mitología y viviendo eternamente en su interior. Consiguieron así escapar de la Vieja Tierra justo cuando la Guerra se iniciaba. Mediante la poderosa red de comunicaciones, transmitieron a los satélites de la INCOG sus identidades, capturadas con los escáneres. En ese momento se habían lanzado únicamente catorce satélites. Los Transgresores les bautizaron en código como Zarayan, adoptando ellos mismos el nombre de los espíritus guardianes que en la mitología zoroástrica luchaban en la batalla del bien contra el mal, los Fravashi.

Miré a Azenobeth, ocupada con la programación de la Amatista, y a Arkana, durmiendo como una mariposa en la crisálida de su transformación. ¿Era posible que solo yo supiera el secreto de los inmortales? ¿Se había perdido su historia durante la Guerra? Al fin y al cabo, nunca había sido una noticia de dominio público. El movimiento clandestino era conocido únicamente por los servicios

de inteligencia y los iniciados que lo formaban.

Sintiendo que mi cabeza ardía, me concentré en los últimos documentos almacenados por Tomlin, ignorando docenas de artículos científicos que seguramente nunca llegaría a entender, incluyendo uno del tal R. L. Backward mencionado por Rudenlo antes de morir. Dentro de la carpeta dedicada a la Guerra de Secesión encontré una crónica resumida. La historia que relataba era algo diferente a la versión de Azenobeth. Las cosas habían ido mal desde el principio para los terrestres, tras perder inesperadamente la conexión con los satélites INCOG, cortada por los Transgresores. Los gobiernos y militares de la Tierra no pudieron contar con su red de comunicación instantánea, y los receptores taquiónicos que habían instalado en sus nuevas naves resultaron inútiles. Desconociendo inicialmente la conspiración de los Transgresores, culparon del desastre a un sabotaje de los espaciales y se lanzaron sin miramientos contra sus bases más cercanas: las factorías de alimentos en la órbita de Venus y sus puestos de enlace en las rutas comerciales hacia los planetas interiores. Pero los espaciales vivían dispersos por el sistema y poseían miles de naves. Acostumbrados a pensar desde el espacio, se dieron cuenta de que era fácil golpear a la Tierra. Solo tenían que dirigir hacia ella un puñado de asteroides y cometas, capturados para extraer sus minerales. Los impactos serían más potentes que todo un arsenal de cabezas nucleares. Tosco y cruel, pero tan efectivo como tirar piedras a la multitud atrapada en una sima.

Antes de que los espaciales pusieran en marcha su contraataque, una de las Zarayan cayó sobre el viejo planeta. La crónica no mencionaba a los Fravashi, así que no estaba claro si había sido un error de los Transgresores al mover las esferas para salir de la órbita terrestre, o una maniobra de distracción para huir. Sea como fuere, el impacto del satélite de neutrones produjo una terrible explosión que sacudió la corteza del planeta, el Gran Impacto cuya huella circular había visto desde el espacio. La liberación de la materia nucleónica de la Zarayan hizo allí realidad los peores temores de sus diseñadores, envenenando la atmósfera del planeta con radiaciones y temperaturas mortales. Rudenlo había recopilado imágenes horrendas: calles llenas de cadáveres abrasados, vehículos inservibles empotrados en edificios deshabitados y bosques con grandes árboles reducidos a esqueletos resecos. Era demasiado horrible. Podía imaginar el resto. Había visto de primera mano el cráter, la superficie resquebrajada, el aire quemado y las ciudades sepultadas de la Vieja Tierra.

Uno de los informes sobre las esferas INCOG mencionaba que habían sido dotadas de propulsión antigravitatoria, precisamente para evitar su caída a la Tierra. La energía concentrada en el núcleo de las Zarayan había sostenido a Vikatee durante mil años. Los Transgresores Fravashi podían utilizarla para marcharse a cualquier lugar que desearan. Entonces, ¿por qué habían vuelto para dominar a los humanos y a las demás especies sintientes? ¿Por qué eran indiferentes a nuestro sufrimiento y a las consecuencias de su odioso Juego?

Me separé de la consola, abrumado. Los datos del Refugio revelaban que los dioses, en los que había creído toda mi vida, no eran más que humanos virtuales haciéndose pasar por Constructores del universo, blandiendo su supuesto derecho divino para mover los hilos de nuestros destinos. Los verdaderos dioses, si existían más allá de nuestros angustiados deseos, se habían desentendido de los desmanes que sucedían en su creación.

Mithra corría un gran riesgo accediendo al Templo. La diosa sabía a través de sus espías que los otros Fundadores habían acudido antes a la llamada de la memoria, y que el Consejo se había convocado para discutir la eliminación de la amenaza humana. Qué choque debían haber sufrido los arrogantes jefes Fravashi al recordar su origen como simples seres materiales, al darse cuenta de que su identidad como creadores y señores del universo sintiente era una fantasía creada para el Juego, y que los seres a los que despreciaban como una creación derivada eran más reales que sus simuladas existencias. ¡Qué golpe contra el orgullo de los inmortales!, rio la consciencia que había enviado al Templo. Pero no debía tomar a la ligera la reunión del Consejo. El plan colgaría de un hilo si las facciones se unían. Tenía que saber exactamente lo que habían conseguido sus enviados en la Tierra, si habían recuperado la llave de seguridad que ella misma había depositado en la Insignia antes del borrado de sus memorias. Se lamentó, como había hecho tantas veces. Miles de años perdidos por no prever que incluso ella misma podía olvidar la solución al enigma. El síndrome de la diosa Hibris, demasiado confiada en sí misma. Al proponer su plan al Consejo no había calibrado las consecuencias de que los Fravashi se creyeran verdaderos dioses, de que olvidaran sus orígenes. Pensó que borrando las memorias de su pasado no solo tendrían más recursos de almacenamiento para crear una nueva realidad, sino que podrían liberarse de las compulsiones destructivas de los humanos. Qué error. Seguían más atados que nunca a sus instintos animales.

–¡Detente, astuta Mithra! –escuchó la voz imperativa del Guardián-. Tu presencia en el Templo es perturbadora.

–Estoy en terreno neutral, espíritu. Conozco bien las reglas.

–No puedo darte acceso a las memorias sin la presencia de los otros Fundadores. Ellos ya estuvieron aquí.

–Lo sé. No vengo por eso. Recuerdo lo suficiente de los tiempos anteriores al olvido.

Mithra no dijo al Guardián que solo había podido salvar pequeños fragmentos de memoria con sus trucos de programadora, escondiendo archivos ilegales en los resquicios del sistema y rutinas autodesplegables entre las ecuaciones de la simulación, donde ni siquiera el vigilante espíritu podría encontrarlos. Pero algunos de los recuerdos que quería conservar habían sido destruidos por los microprocesos de reciclaje del sistema operativo.

–¿Por qué vienes entonces, Mithra?

–Vengo a asimilar la memoria de un urvan, creado por mí en el universo sintiente.

–El envío de urvans debe ser autorizado por el Consejo –protestó el Guardián.

–El Consejo puede ordenarlo expresamente, pero cualquier Fravashi con los recursos necesarios puede crear su propio urvan, y tiene derecho a asimilar sus memorias cuando regrese. ¿No fue eso lo que hizo Vairya el Ahriman con su enviado Jared?

El Guardián se quedó mudo. Las redes de información de Mithra se movían por niveles insospechados de los Dominios.

–Sospecho que en esa ocasión no te negaste a su reintegración, ¿verdad, Guardián?

–¿Cómo identifico a tu urvan? –se rindió el espíritu.

–Responde al nombre de Gawhan Glemen.

Instantes más tarde, envuelta en una cápsula de restauración, Mithra absorbió los datos de la memoria de Glemen. Al desconectarse, supo que estaban más cerca que nunca de liberar al universo sintiente. También supo que Nadir, Azenobeth y todos los miembros de Gayoma tendrían que morir para conseguirlo.

Un suave lamento me despertó de mi melancolía. No eran imaginaciones mías. Arkana estaba intentando incorporarse en la litera, sujetándose la cabeza con una mano, mientras Azenobeth la observaba impávida desde su puesto. Me levanté nervioso y corrí junto a la joven Doña, que miraba a su alrededor con confusa

incredulidad.

–¿Cómo te sientes? –le pregunté, sentándome junto a ella. Sus ojos habían recuperado su viveza y su tez era de nuevo sonrosada.

–¿Quién eres? –se apartó de mí.

–Me llamo Nadir.

–¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

Se volvió entonces hacia Azenobeth.

–¿Bethi? ¿Qué ha sucedido? –la animosidad hacia su antigua amiga había desaparecido de su voz–. Esto no es… la Universidad.

Azeni la miró, suavizando su expresión. En sus ojos violeta vi asomar cierta ternura, quizás el recuerdo de la amistad perdida. La capitana descendió de su puesto, acercándose a la nueva Doña.

–No te preocupes, Arkana. Te lo explicaré todo.

Entonces Azeni se giró hacia mí.

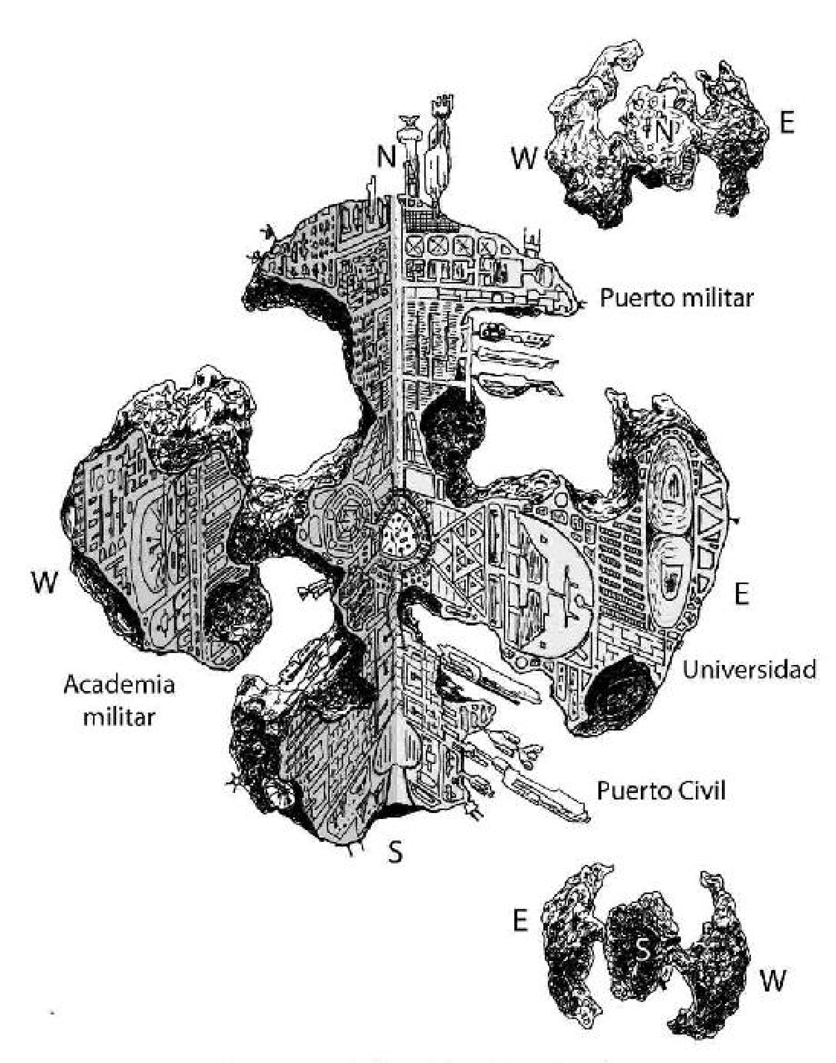
–Éste es Nadir. Él te ha salvado.

–¿Nadir? –la Doña entornó los párpados al mirarme, como si le costara enfocar mi rostro–. Nos hemos visto antes, ¿verdad? No consigo recordar.

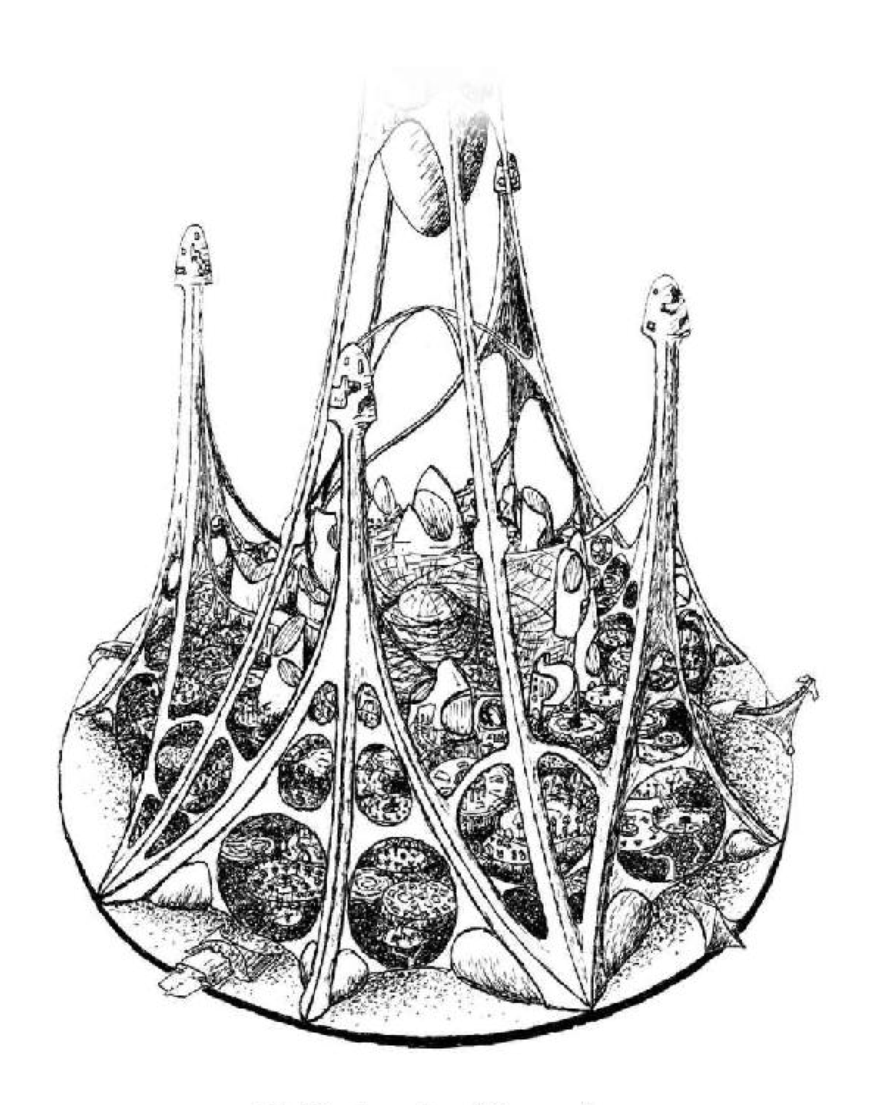
Por fin tenía delante de mí a Numa. Podría encontrar ahora su propio camino, tras olvidar su pasado de poder y rencor.

–Yo sí lo recuerdo –le respondí feliz–. Nos encontramos en una preciosa piscina.

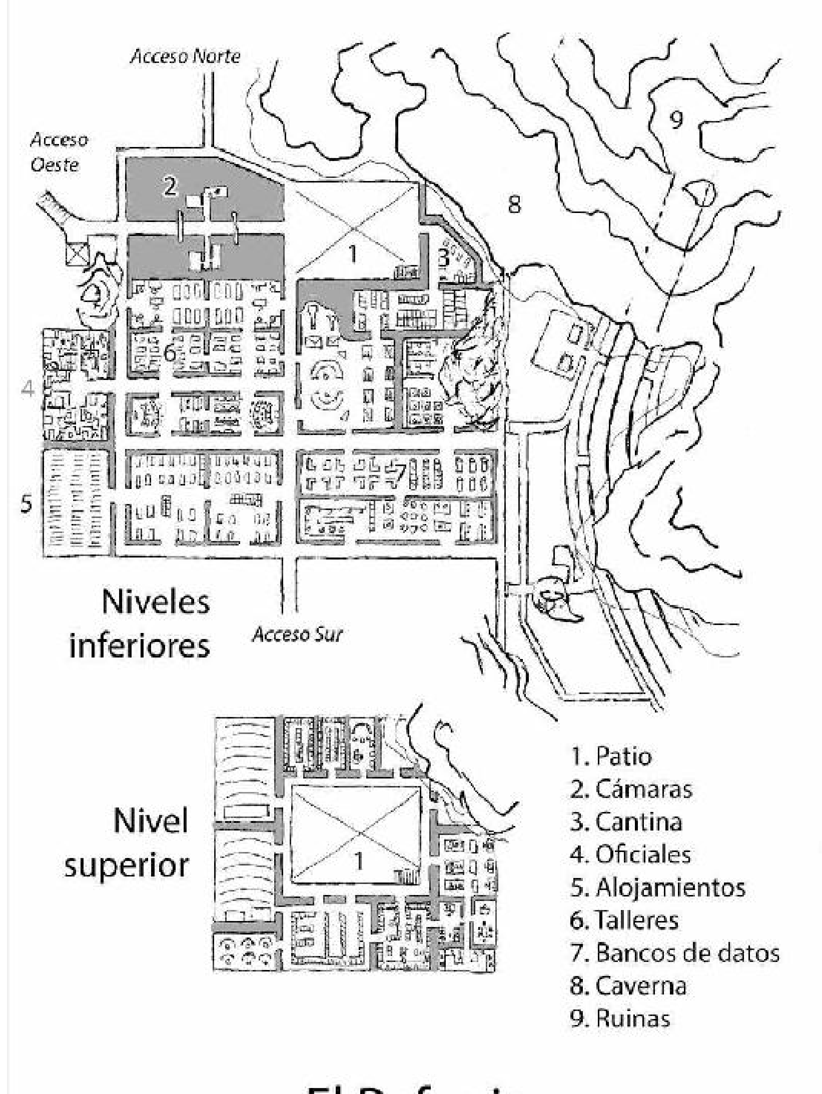
FIGURAS Y MAPAS



Asteroide Maj Taled



El Palacio Xandu

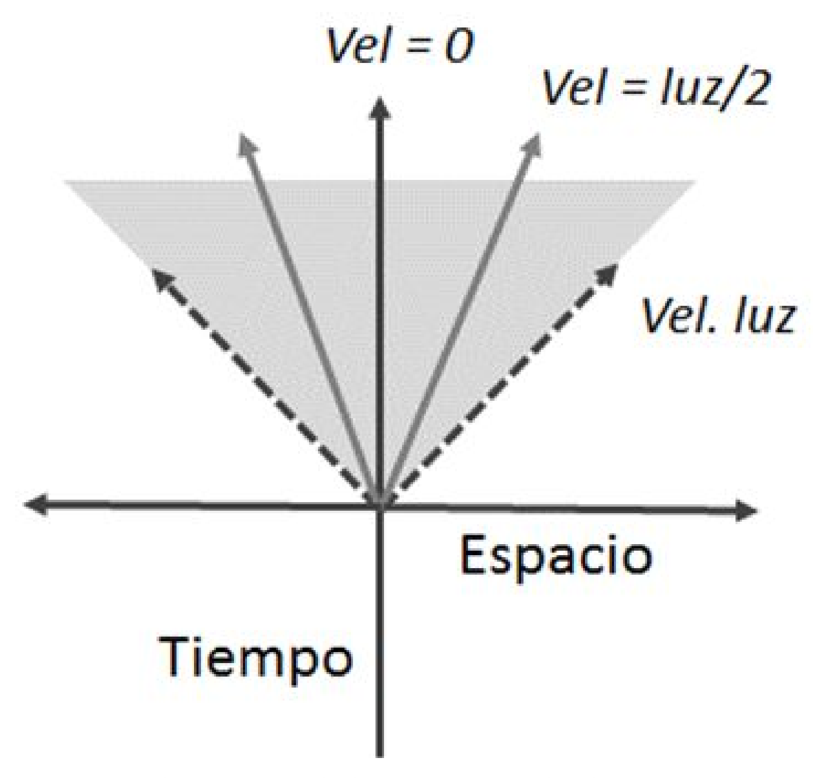

Acceso Norte
Acceso Oeste
Acceso Sur
Niveles inferiores
Nivel superior
1. Patio
2. Cámaras
3. Cantina
4. Oficiales
5. Alojamientos
6. Talleres
7. Bancos de datos
8. Caverna
9. Ruinas

El Refugio

APÉNDICE

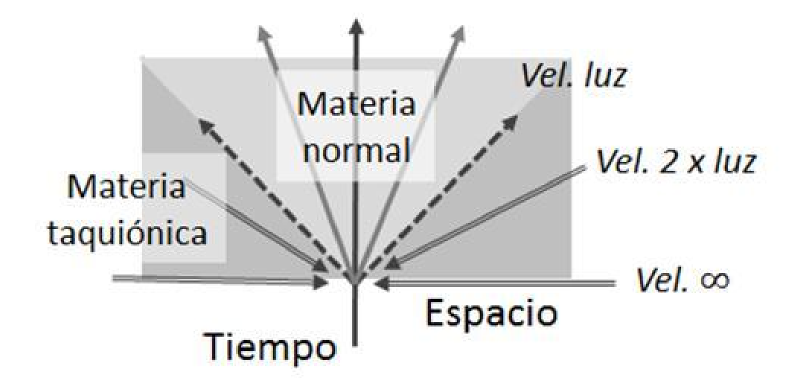
Notas de Tomlin Rudenlo sobre el artículo de R. L. Backward: "Comunicación instantánea mediante taquiones"

R. L. Backward parte de la interpretación clásica de la Teoría de la Relatividad de Einstein: la *materia ordinaria* no puede superar la velocidad de la luz. Si imaginamos todos los posibles movimientos en línea recta de un objeto a partir de una posición en el espacio y el tiempo (punto central), estos movimientos deben caer dentro de un cono orientado hacia el eje del tiempo.



Cuanto más rápido se mueva el objeto, mayor trecho de espacio cubre en una unidad de tiempo y su línea de movimiento tiene menor inclinación, hasta llegar a la línea que representa la luz, de la cual no puede bajar.

Sin embargo, si existieran las partículas hipotéticas conocidas como *taquiones*, de masa imaginaria, se moverían siempre más rápido que la materia ordinaria y que la luz, siguiendo líneas con mayor inclinación. Además, según se sigue de las ecuaciones, su movimiento sería *inverso en el tiempo*.

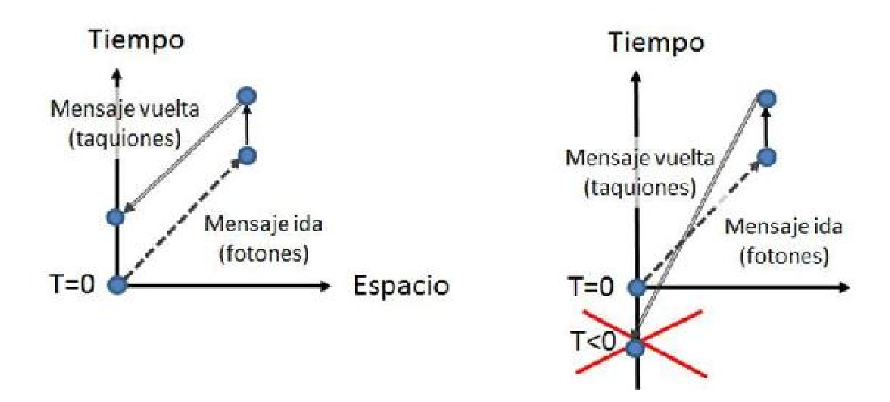


La teoría de Backward es que podemos combinar la transmisión de señales mediante ondas electromagnéticas normales (que viajan a la velocidad de la luz) con el envío de partículas taquiónicas para conseguir la comunicación prácticamente instantánea entre lugares alejados, sin producir paradojas.

En la comunicación lumínica ordinaria las ondas electromagnéticas (formadas por fotones) viajan a la velocidad de la luz entre un lugar y otro. Cuando recibimos la respuesta a un mensaje ha pasado un tiempo considerable. Por ejemplo, si enviamos un mensaje a una estrella situada a 5 años-luz, la contestación tardará al menos 10 años en llegar hasta nosotros.

Sin embargo, si para la comunicación de vuelta utilizamos taquiones que viajen a

una velocidad justo por encima de la luz (pero hacia atrás en el tiempo), la respuesta llegará poco después de que hayamos enviado el mensaje original (figura izquierda).



Como los taquiones no pueden moverse más lento (con mayor inclinación) que la luz, evitamos que su movimiento hacia atrás en el tiempo sea demasiado rápido. Como consecuencia, no es posible que lleguen antes de que salga el mensaje original (figura derecha), soslayando así posibles paradojas causales.

AGRADECIMIENTOS

Por mucho que te guste, escribir a veces se hace duro, y es necesario tener alrededor personas que te apoyan con ánimo y entusiasmo, y también reclamándote que termines el libro de una vez.

Much@s lo habéis hecho y os estaré siempre agradecido. Me temo que os seguiré necesitando.

Jordi Santonja se merece una mención especial por su impagable revisión, y Alex Drasse por lanzarse a la aventura de crear la portada con tan maravillosos resultados.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Bayarri nació en Valencia en 1967. Es doctor en Física y licenciado en Filosofía. Ha vivido en España y Estados Unidos, compaginando su carrera profesional como investigador universitario y desarrollador de programas de simulación y realidad virtual con la escritura de novelas, guiones cinematográficos y relatos.

Más información y noticias sobre los libros, artículos y conferencias de Salvador Bayarri, y acceso a descargas gratuitas en:

http://bayarrilibros.blogspot.com

Twitter: @LibrosSBayarri